



*Cortejo en
Mount Street*
KRISTI ANN HUNTER

Libros de
seda



© *Privado*

Kristi Ann Hunter se graduó en Informática por el Georgia Tech, pero siempre supo que lo que quería era escribir. Ha ganado el premio RWA Golden Heart, el ADFW Genesis y el Georgia Romance Writers Maggie Award. En 2016 ha sido la ganadora además del premio RITA a la mejor novela romántica inspiracional. Vive con su marido y sus dos hijos en Georgia. Para saber más sobre ella, visite su página web: www.kristiannhunter.com.

La vida para *lady* Adelaide Bell era más fácil cuando podía esconderse a la sombra de su hermana... Eso le funcionó hasta que esta se casó. A pesar de las presiones de su madre, una mujer socialmente ambiciosa, lo que menos espera es tener que acabar casándose por obligación para salvar su reputación, que hasta entonces había sido intachable.

Lord Trent Hawthorne era feliz siendo el segundón de la familia y no el duque, como su hermano. Eso le daba libertad para gestionar su hacienda, tomarse el tiempo que le hiciera falta para saber qué hacer con su vida, y también para coquetear y enamorarse de quien quisiera. Pero cuando se ve obligado a casarse con una desconocida por una cuestión de honor, sus sueños de tener un matrimonio como el de sus padres se desvanecen.

¿Podrán Adelaide y Trent construir una relación de verdad y resistirse a las presiones de la alta sociedad londinense?

Cortejo
en
Mount Street

Cortejo en Mount Street

Título original: *An Uncommon Courtship, libro 3 de la serie Hawthorne House*

© 2017 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

An Uncommon Courship

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición digital: mayo de 2018

ISBN: 978-84-16973-59-0

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kristi Ann Hunter

*Cortejo
en
Mount Street*



*Libros de
seda*

Prólogo



Hertfordshire, Inglaterra, 1796

Muchos hombres tenían la suerte de contar con la influencia de un gran padre o un hermano admirable. Al joven lord Trent Hawthorne, de seis años de edad, le habían bendecido con ambos. De pie, junto a su padre, en la cima de una colina desde la que se podía ver una gran parte de su propiedad, no se molestó en preguntar por qué le habían llevado a él, un hijo menor de edad, a hablar de asuntos de la finca. Desde que tenía tres años su padre le había incluido en todas aquellas conversaciones diciendo: «La vida es impredecible y tienes que estar preparado. Espero que ambos viváis para ver a vuestros nietos, pero puede que algún día Dios decida que prefiere tenerte como duque».

Trent no entendía nada, pero le gustaba pasar rato con su padre y hermano, así que nunca se quejaba.

Al otro lado del enorme hombre que era su progenitor estaba su hermano mayor, Griffith. Con diez años, ya mostraba indicios de que llegaría a ser tan alto como su padre, si no más. Trent estiró la espalda todo lo que pudo, incluso se puso de puntillas para ver si lograba que la cabeza le llegara al hombro de su padre, pero lo máximo que consiguió fue alcanzar un punto por debajo de su hombro.

—¿Qué opináis, muchachos?

Trent cejó en su empeño por estirarse y miró hacia el paisaje que se

extendía por debajo de ellos. Las paredes cubiertas de enredaderas de un antiguo torreón se erguían desde la ladera al otro lado del camino, bajo una atalaya de piedra en ruinas. El valle que tenían bajo sus pies estaba lleno de árboles raquíticos y parches de pasto dispersos entre grandes charcos de agua. A través del agua poco profunda podían verse más matas de hierba que le daban un aspecto espeluznante y peligroso. Quizá deberían excavar el terreno y hacer que los charcos fueran más profundos para así poder nadar en ellos. Aunque también era cierto que tenían un lago en perfectas condiciones para hacerlo cerca de la casa.

Griffith ladeó la cabeza y alzó la mirada hacia su padre.

—Ovejas.

Su progenitor entrecerró los ojos y miró el terreno pensativo.

—¿Has dicho ovejas?

Eso era precisamente lo que Trent adoraba de su padre. Casi todo el mundo habría tenido miedo de contestarle. Primero habrían esperado a conocer su opinión y después habrían estado de acuerdo con ella, fuera la que fuese. Después de todo, ese hombre enorme era un poderoso duque. Las únicas personas en toda Inglaterra que gozaban de más prestigio social que él llevaban sangre real en las venas. Pero en realidad, al menos en lo que a su familia concernía, John, duque de Riverton, era la persona más accesible del reino. Incluso si la idea implicaba arrojar ovejas sobre un terreno empantanado.

Trent no tenía idea de si a las ovejas les gustaba nadar. Si lo hacían, Griffith era muy listo al querer traerlas aquí en lugar de llevarlas sucias al lago. Que fuera el hermano mayor era lo mejor. Y aunque el título nunca pasara a sus manos, Trent quería que su padre estuviera orgulloso de haber incluido a sus dos hijos en esa discusión. El problema era que su pequeño cerebro no sabía mucho sobre ovejas.

—¿Pero no encogerá la lana si dejamos que naden en esos charcos? La niñera dice que eso fue lo que le pasó a mi abrigo cuando me metí con él en el lago el año pasado.

Su padre le sonrió y le alborotó el pelo rubio. Sus ojos verdes brillaron divertidos cuando le miró, haciendo que Trent se sintiera como si midiera

más de dos metros, aunque nunca llegara a ser tan alto.

—No creo que funcione así, hijo. Pero es cierto que hay un montón de agua. ¿Crees que a las ovejas les gusta nadar, Griffith?

Griffith apartó la vista de Trent y miró a su padre con un poco de desasosiego que disimuló enseguida. A Griffith le quedaba poco para terminar la escuela y su progenitor cada vez insistía más en que expresara sus pensamientos y opiniones en voz alta. Vio como cambiaba de postura y como estuvo a punto de tropezarse con las piernas desgarbadas propias de un niño de diez años de considerable altura.

—He estado leyendo sobre las zanjas de drenaje que están haciendo en Escocia. Podríamos construir algunas, transformar el área en pasto para las ovejas y después sembrar en lo que ahora son pastos.

Su padre se inclinó para que sus ojos quedaran a la altura de los de Griffith.

—¿Zanjas de drenaje?

Griffith movió la garganta ostensiblemente mientras tragaba saliva.

—Sí, señor. Las excavamos y ponemos piedras dentro para controlar el barro. De esa forma el agua irá hacia el río.

—¿Dónde has leído sobre esas zanjas?

Trent intentó imitar la actitud de sorpresa de su padre, pero el viento no dejaba de azotar la pequeña coleta que llevaba atada en la nuca, enviando mechones de cabello rubio a sus ojos. Resultaba muy difícil mostrar cierta compostura, mucho menos parecer impresionado, con el pelo tapándote el rostro. Cuando se echó hacia atrás el cabello con ambas manos, vio como Griffith sopesaba sus palabras. A su hermano siempre le gustaba meditar lo que iba a decir. Tardaba demasiado tiempo; o eso pensaba él.

Griffith tomó una profunda bocanada de aire, cuadró los hombros y habló sin el menor atisbo de la vacilación que había mostrado instantes antes.

—Cuando visitamos al señor Stroud hace unos años, lo único que tenía era unas turberas. Pero cuando vino a vernos el mes pasado trajo consigo aquellos excelentes repollos. Le pregunté qué había cambiado y me dio un libro donde se explicaban los nuevos métodos de cultivo.

Su padre se irguió todo lo alto que era con una amplia sonrisa en el rostro.

Echó los hombros hacia atrás y colocó los puños sobre las caderas. Trent se fijó en una de las costuras de su levita que parecía a punto de estallar por la postura de puro orgullo de su padre. ¿También se habría metido con ella en el lago?

—Del mismo modo que fui bendecido al nacer donde lo hice, lo he sido con mi progenie. —Su padre rodeó a Griffith por los hombros y lo abrazó con fuerza—. Dios sabía lo que estaba haciendo cuando te envió conmigo. Deja que el Señor te guíe, muchacho, y serás mucho mejor duque de lo que yo he sido nunca. En cierto modo, creo que ya lo eres.

Atravesaron el campo de regreso a casa, hablando de zanjas de drenaje y lanzando piedras mientras caminaban.

Cuatro días más tarde, el duque murió.

Capítulo 1



Hertfordshire, Inglaterra, 1814

Lord Trent Hawthorne estaba convencido de que el desayuno era uno de los mejores regalos que Dios le había hecho a la humanidad. ¿Qué mejor forma de celebrar las nuevas misericordias del Señor y los flamantes comienzos que regocijarse con las oportunidades que te traía el día comiendo una buena loncha de beicon crujiente? Incluso después del fallecimiento de su padre, el almuerzo matutino le había proporcionado una fuente de consuelo, un recuerdo de que Dios todavía tenía una razón para que él siguiera en este mundo. Sí, la mayor parte de su vida, Trent se había despertado cada mañana con la certeza de que nada podía arruinarle el desayuno.

Bastó una boda para demostrarle que estaba equivocado.

Concretamente, su propia boda.

Con una mujer que apenas conocía.

Frunció el ceño a su plato y tuvo la sensación de que el bollito que había en el centro le devolvía el gesto. Por primera vez en su vida, los huevos tenían un aspecto desagradable, el beicon le parecía seco y quebradizo y la tostada sabía a polvo mezclado con mantequilla en mal estado. Sencillamente, era incapaz de ver el lado positivo a la forma en que había comenzado aquel día, y mira que llevaba intentándolo durante las últimas tres semanas.

Tres semanas después de haber escuchado como se leían las amonestaciones en la iglesia, soportando él solo las miradas especulativas y la curiosidad apenas velada mientras la que iba a convertirse en su esposa pasaba el tiempo en Birmingham, comprando un nuevo guardarropa. Por lo visto, las prendas que eran adecuadas para una joven dama soltera se desintegraban en harapos polvorientos en cuanto pronunciaba sus votos matrimoniales. No recordaba que hubiera sucedido nada parecido con la ropa de sus hermanas cuando se casaron el año anterior, pero *lady* Crampton debía de haber sido testigo directo de un suceso parecido en algún momento de su vida, porque había insistido en que su hija debía adquirir un guardarropa completamente nuevo.

Por supuesto, también se había mostrado inflexible en que no debían de esperar más de las tres semanas que se requerían desde la lectura de las amonestaciones para la celebración del matrimonio, así que Trent no creía que fuera una mujer que se caracterizara por tomar decisiones de lo más lógicas.

Tampoco era que le preocupara mucho *lady* Crampton. O su hija; al menos no la que había conocido. Seguro que había visto a la otra en algún momento de su vida, pero hacía solo tres semanas que se había enterado de que *lady* Crampton tenía una segunda hija. Una segunda hija sin ninguna enfermedad o problema aparte del hecho de que había nacido en segundo lugar y que su madre se había centrado única y exclusivamente en criar y moldear a su propia imagen a una primogénita consentida, egoísta, intrigante y socialmente ambiciosa, sin encontrar el tiempo ni la motivación necesarios para encargarse de su otra descendiente.

Era evidente que ahora la condesa estaba más que feliz de prestar atención a esa hija. Al fin y al cabo, iba a formar parte de la familia del duque de Riverton. ¿Qué otra cosa podía pedir una madre para una hija? Aunque seguro que *lady* Crampton hubiera preferido que su retoño se casara con el mismísimo duque en vez de con su hermano pequeño, pero aun así seguía siendo un buen partido para una muchacha que conocía cuáles eran los mejores lugares de la zona para recoger setas, incluidas las profundidades de una antigua fortaleza de piedra situada en una finca vecina, bajo un techo

medio caído y un suelo parcialmente derrumbado.

Trent hurgó entre los huevos antes de dejar que el tenedor cayera sobre el plato.

—Voy a derribar esas ruinas con mis propias manos.

—No creo que haga mucha falta después de que te pasaras todo un día y una noche quitando las enredaderas de una de las ventanas con una piedra. Un esfuerzo que te causó el suficiente daño en las manos como para que te plantees hacer lo mismo con una pared de piedra.

Trent volvió la cabeza para mirar a su hermano mayor, que estaba sentado a su lado y que, por la buena cuenta que estaba dando de su plato, no parecía tener ningún problema con la comida. Griffith, duque de Riverton, era una mole de hombre, pero Trent había entrenado con los mejores púgiles del país y estaba convencido de que podía dejar fuera de combate a su hermano.

Griffith se encogió de hombros mientras cortaba un cuadrado perfecto de jamón.

—Bueno, lo hiciste. Por cierto, ¿cómo las tienes?

Trent las flexionó y se alegró de comprobar que el dolor había disminuido hasta alcanzar un nivel tolerable. Todavía quedaban algunas líneas tenues de los cortes que se había hecho mientras cortaba una densa capa de enredaderas silvestres llenas de espinas con la única ayuda de una piedra afilada. Por fin podía doblar los nudillos, que prácticamente se había destrozado en la inútil tarea, lo suficiente para formar un puño.

—Tengo las manos mejor, aunque a partir de ahora voy a ser mucho más precavido y llevaré siempre un cuchillo encima.

Griffith enarcó una ceja dorada.

—¿Tienes pensado quedarte atrapado en unas ruinas a menudo? Te sugiero que la próxima vez intentes que no haya una joven dama de por medio. Más que nada porque solo puedes proponer matrimonio una vez.

Trent refunfuñó y se frotó la cara con las manos antes de mirar a su alrededor en busca de su nueva esposa. No le costó mucho localizar su esbelta figura en medio de un grupo de aristócratas bien alimentados; seguro que esa fue la razón por la que pudo moverse con tal fluidez por el suelo que se derrumbó bajo sus pies. En cuanto este cedió, los agujeros de las vigas que

solía usar para descender a la parte inferior de las ruinas se habían convertido en una escalera inservible y se habían quedado atrapados allí dentro.

Y no solo durante una noche. Atrapados para el resto de sus vidas, gracias a unas normas del decoro que exigían que Trent salvara la reputación de la dama casándose con ella. Daba igual que nadie supiera que habían estado allí, ni que habían conseguido salir rompiendo las enredaderas cuando el sol asomaba por el horizonte a la mañana siguiente. Trent era un caballero y no podía permitir que la reputación de la joven quedara en entredicho cuando él había sido el que la había metido en ese lío.

—En realidad puedes proponer matrimonio todas las veces que quieras. Aunque solo te pueden aceptar una vez.

El arrebato de una carcajada obligó a Griffith a tomar a toda prisa la servilleta para evitar ahogarse mientras mantenía la comida en la boca. Le vio tragar saliva y limpiarse las comisuras de los labios.

—Me alegra comprobar que vuelves a tener el mismo buen humor de siempre. Durante un tiempo pensé que lo habías perdido cuando te rompiste el tobillo.

—No me rompí el tobillo. —Aunque fue un milagro, teniendo en cuenta cómo se había caído a través del suelo podrido de la antigua fortaleza—. El cirujano dijo que solo fue un esguince. Y que después empeoró por no quitarme la bota en toda la noche y la caminata que me di al día siguiente.

No le quedó otra. Después de la aventura vivida, su obligación era escoltar a *lady* Adelaida a su casa, así como ultimar con su padre, el conde de Crampton, los arreglos necesarios para la boda. Por desgracia, la conversación también incluyó la empalagosa asistencia de la socialmente ambiciosa *lady* Crampton. Aquella incómoda reunión también tuvo lugar durante un desayuno.

Griffith echó un vistazo al bollito que tenía el plato.

—Si te vas a limitar a mirarlo con el ceño fruncido, me lo comeré yo. Y deberías plantearte cambiar de cara y no parecer tan torturado. La gente está empezando a mirarte.

Trent soltó un gruñido, aunque se enderezó e intentó suavizar el gesto.

—Llevan mirándome desde que me senté. ¿Por qué crees que están

evitando esta mesa?

—Porque todos se han acercado a felicitarte y no has hecho otra cosa que asentir con la cabeza a modo de respuesta.

Trent volvió a gruñir y empujó su plato en dirección a su hermano. Se fijó en una rodaja marrón que le resultaba muy familiar en el borde del plato de Griffith.

—¿Qué es eso?

—Setas. Creo que tu esposa puede ser bastante ocurrente. Están muy buenas. ¿Quieres probar una ahora que las han cocinado como es debido?

—No, gracias. —Intentó no tener una arcada ante la idea de comer una seta. Durante aquella interminable noche, solo habían podido comer aquellos hongos marrones que *lady* Adelaide había recogido. Y aunque no habían estado mal, incluso crudos, no se veía capaz de volver a comer otra seta sin tener la sensación de estar atrapado, sentado sobre la suciedad de una fortaleza medio en ruinas, viendo como sus planes de futuro de desvanecían lentamente junto con la puesta de sol.

Recogió su servilleta y jugueteó con el borde con los dedos.

—Nunca he prestado demasiada atención a la etiqueta que hay que seguir en estos casos. ¿Cuándo crees que podré marcharme?

—Tienes pensado llevarte a *lady* Adelaide contigo, ¿verdad? —Entre las gruesas cejas rubias de Griffith se formó un ceño de preocupación que alcanzó a sus profundos ojos verdes. No era una mirada que Trent viera a menudo, pero sí demostraba que su hermano sería algún día un padre excelente.

—Por supuesto. —Trent dobló el trozo cuadrado de tela y lo tiró sobre la mesa—. No sería propio de un caballero dejar a su mujer en la casa de su padre. Sobre todo, cuando dicha casa está habitada por una mujer como *lady* Crampton. Sigo sin creerme del todo que haya podido criar a *lady* Adelaide. Es demasiado dulce para tener una madre así.

—¿Tanto tiempo has pasado en su compañía?

Trent volvió a fruncir el ceño.

—Un día y una noche. Pero los pasamos rodeados de polvo y suciedad y no se transformó en ninguna arpía. Eso tiene que contar para algo.

O al menos eso esperaba.

Lady Crampton y su hija mayor, *lady* Helena, eran dos de las personas más irritantes que Trent había conocido jamás. Y eso que conocía a toda la aristocracia de Londres y buena parte de la alta burguesía. Si la otra hija resultaba estar cortada por el mismo patrón, iba a tener una vida realmente dura.

—Teniendo en cuenta que vivimos en la misma localidad, estoy seguro de que hemos debido de coincidir en muchas reuniones y eventos a lo largo de los años. Sin duda es una buena señal que no me acuerde de ella cuando sí lo hago tan claramente de su madre.

—Ahora que la tenemos delante nadie diría que es una dama de la que uno se pueda olvidar fácilmente. No es para nada convencional.

Trent siguió la mirada de su hermano y tuvo que reconocer que tenía razón. *Lady* Adelaide tenía una apariencia única, con una espesa mata de pelo tan oscura que era casi negra y unos enormes ojos azules que hubieran parecido incluso más grandes si hubiera llevado las lentes. Varios mechones de pelo (demasiado cortos para rizarlos o recogerlos junto con el resto del peinado) le caían sobre la frente. Sin las lentes de montura negra las puntas de algunos pelos le rozaban las pestañas. Se había quemado accidentalmente el pelo una mañana, intentando usar unas tenacillas, y estaba tardando en crecerle.

Aquella era una de las cosas de las que se había enterado mientras estaban sentados el uno al lado del otro en medio de toda esa suciedad, comiendo setas. En la tranquilidad que proporcionaba la oscuridad, entre alguna que otra cabezadita y el intento de abrirse paso entre las enredaderas, habían hablado. Eso era lo único que impedía que Trent tuviera un ataque de pánico por aquel matrimonio. Si ambos encontraban la forma del volver al punto en el que estaban antes de aceptar su destino, cabía la posibilidad de que ese matrimonio fuera, cuanto menos, tolerable.

—Me sorprende que nuestra madre no haya regresado de inmediato. ¿No recibiste ayer una carta de ella? ¿Te dijo por qué no venía? —Griffith cortó el bollito en rebanadas, liberando un pequeño hilo de vapor del dulce todavía caliente que consiguió que a Trent se le hiciera la boca agua y se le revoliera

el estómago a la vez.

Aunque el malestar del estómago seguramente se debía más al hecho de que la razón por la que su madre no había acudido a la boda era porque no se lo había contado. Lo había intentado. Más o menos. Pero como quería creer que todavía había una forma de salir de aquella situación, le pareció que ponerla por escrito la hacía más irreversible.

Algo así como el registro parroquial que ambos habían firmado hacía escasamente una hora.

Se aclaró la garganta y evitó la mirada de Griffith.

—Bueno... no. No mencionó nada de la boda.

Su hermano abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio? No tenía ni idea de que le desagradara tanto *lady* Crampton.

—Creo que en una ocasión la oí decir que una de las ventajas de haberse vuelto a casar era que ya no tenía que vivir al lado de la condesa nunca más.

La condesa, la nueva suegra de Trent, no parecía estar padeciendo el mismo malestar que los contrayentes. Estaba sentada al lado de su hija, sonriendo y charlando, mientras la serena sonrisa de *lady* Adelaide se tensaba y su mirada desenfocada empezaba a entrar en pánico. Trent la miró un poco más de cerca, intentado discernir si realmente había un problema o si solo se sentía superada por tanta atención. Al verla tropezar hacia un lado se dio cuenta de que el tacón del zapato se le había enganchado con el dobladillo del vestido y estaba tratando de liberarlo sin que nadie se percatara. Aunque por las miradas de advertencia que le estaba lanzando su madre, no estaba teniendo mucho éxito.

Aquello era algo de lo que sí podía salvarla. Si nada bueno salía de esa boda, por lo menos podría alejar a *lady* Adelaide de la influencia de su madre... y tal vez salvar a Londres de otra insulsa más en busca de atención.

—Me gustaría pasar la noche en Londres. —Tenía una propiedad mucho más cerca de allí, una pequeña finca que su hermano le había vendido por una miseria, pero una tormenta reciente había causado desperfectos en los dormitorios y en ese momento estaban reparándolos. Además, viajar a Londres implicaba que tenían que salir ya mismo, y aun así les esperaba un duro viaje.

—Pero si estamos en medio de una fiesta espléndida. Y tú eres el invitado de honor. —Griffith se limpió la boca con la servilleta, aunque Trent estaba convencido de que lo hizo con la intención de ocultar una incipiente sonrisa.

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? —Griffith siempre le había advertido de que llegaría el día en que alguna de sus maquinaciones le estallaría en la cara. Pero aquello no había sido ninguna maquinación; simplemente se había encontrado con un caballo solitario atado cerca de unas ruinas y se dejó llevar por la curiosidad. De todos modos, consecuencias como aquella eran demasiado graves para que un hermano se divirtiera a su costa.

—No. Aunque he hecho un buen trabajo resignándome en las últimas semanas. —Griffith bajó el tenedor y la sonrisa desapareció de su rostro para dar paso a un gesto solemne y pensativo—. Si hubiera podido, habría ocupado tu lugar. Me lo planteé. Lord Crampton no hubiera puesto ninguna pega al cambio.

—No te hubiera dejado hacer una proposición tan ridícula. —Trent cerró los ojos y soltó un suspiro ante la idea de Griffith entrando en Moonacre Park con su hermano pequeño pisándole los talones. Desde luego era una imagen de lo más hilarante. En realidad, toda aquella situación tenía su toque de humor—. Si te soy sincero, creo que lord Crampton se habría tirado al suelo y te hubiera besado los pies. Después de quitar de en medio a *lady* Crampton de un empujón, por supuesto.

Griffith esbozó una ligera sonrisa a modo de respuesta, un poco triste y tensa, acompañada de una mirada llena de arrepentimiento mientras se removía en la silla. Desde que era un niño, a Trent le había maravillado el tamaño de su hermano y siempre se había preguntado por qué Dios había escogido hacer un hombre con unos hombros tan increíblemente anchos. Ahora lo tenía claro. Sin ellos, Griffith no hubiera podido soportar el peso de todas las responsabilidades con las que cargaba. Responsabilidades con las que Trent no había estado dispuesto a ayudar a medida que se hacía mayor.

Pero ahora que veía a su hermano frotar el dedo índice contra el pulgar como si fuera un hombre mayor en vez de un joven de veintiocho años, pensó que con veinticuatro años ya iba siendo hora de que asumiera que era un

adulto. Por mucho que quisiera evitar las consecuencias de sus circunstancias, nunca habría soportado que Griffith sufriera en su lugar.

—Dios no comete errores. —La declaración de Trent cortó de raíz la angustiada reflexión de Griffith.

—¿Qué?

—Que Dios no comete errores. Es lo que me dijiste. Cuando iba a empezar el colegio y te confesé que me sentía mal porque nuestro padre no pudiera acompañarme. —Tragó saliva ante el recuerdo. Llevaba años sin llorar por la muerte de su progenitor. Y aquel no era el momento más propicio para retomar viejos hábitos—. Dijiste que Dios no comete errores y que las cosas eran así porque seguro que tendría algo planeado para nosotros, aunque no lo entendiéramos.

—Bueno, yo... —Griffith se recostó en su silla, volviendo a parecerse más al sofisticado duque que era—. Es cierto.

—Entonces confiemos en Él también en esta situación. Sí, les hubiera encantado casar a una de sus hijas con un duque. Pero he sido yo quien les ha tocado. —Porque, si Dios quería, él jamás llegaría a ostentar ese título—. He contraído matrimonio con *lady* Adelaide. Veamos qué es lo que Dios tiene planeado en este sentido.

Griffith sonrió, pero ahora con su sonrisa más orgullosa y paternal. Aquella que hacía que a Trent se le hinchara el pecho de orgullo, aunque le rompiera el corazón.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio?

Trent le devolvió la sonrisa e hizo todo lo posible por parecer un niño para que Griffith volviera a ser un hermano mayor «joven».

—Cuando empecé a intentar parecerme a ti.

Capítulo 2



*L*ady Adelaide Bell (suponía que ahora *lady* Adelaide Hawthorne) siempre había pensado que el día que su madre por fin estuviera orgullosa de ella sería el día más feliz de su vida.

Qué equivocada había estado.

En ese momento, prefería de lejos los días en que su progenitora se quejaba constantemente de lo corriente que era su segunda hija. A decir verdad, no es que fuera tan malo. De hecho, uno de los significados de la palabra era precisamente ese, «común». Sinceramente, que te contaran como una más de la población no era para tanto. Implicaba que te mimetizabas mejor con el entorno y se olvidaban de ti rápidamente.

Aunque que te olvidaran tenía sus ventajas e inconvenientes. Le había venido bien que la modista, el dueño de la mercería y otros tantos comerciantes locales se «olvidaran» de que su madre la hubiera dejado abandonada en alguna de sus tiendas y tuviera que regresar a casa, a pie, durante varios kilómetros. Por supuesto, si su madre no se hubiera olvidado primero de ella, no habría sido necesario agradecer la falta de memoria de los dueños de aquellos locales.

Ese día, sin embargo, su madre estaba decidida a compensar todos aquellos años de descuido. Cuando se despertó por la mañana, la había estado observando a los pies de la cama, dispuesta a compartir con ella un sinfín de consejos sobre cómo sacar el máximo partido de ese día. Adelaide no había conseguido deshacerse de ella desde entonces. Por suerte, había dejado de

hablar durante la ceremonia, pero en cuanto llegaron al desayuno que ofrecieron con motivo de la boda, se apresuró a recuperar el tiempo perdido.

Sonrió a la señora Guthrey. O por lo menos pensaba que era ella. Sin las lentes (que su madre había insistido que no llevara en todo el día) todo lo que había más allá de hasta donde le llegaba el brazo no era más que un borrón. Aunque tampoco le importaba mucho quién le estaba hablando. Llevaba toda la mañana limitándose a sonreír y a hacer gestos de asentimiento, sin saber muy bien qué hacer con toda la atención que estaba recibiendo. Hasta hacía tres semanas, la mayoría de la gente que estaba en aquella recepción ni siquiera habría sido capaz de recordar cómo se llamaba. Aunque en los últimos días seguro que habían repetido su nombre en innumerables ocasiones. Un matrimonio apresurado con uno de los solteros predilectos de la zona era material de primera clase para un buen chismorreo, sobre todo cuando la mujer en cuestión abandonaba de forma abrupta la localidad hasta el día antes de la boda.

Se produjo una pausa en la conversación e intentó asentir con la cabeza y despedirse de sus interlocutores antes de poder pasar a otro grupo, pero primero tenía que liberar su zapato. Y tenía que hacerlo sin saber exactamente dónde se había quedado atrapado. Iba a tener que agacharse para solucionarlo y su madre se pondría de los nervios.

Se alejó un par de pasos del círculo de personas y se arrodilló para desenganchar el zapato. Como era de esperar, en el mismo instante en que se incorporó, tenía a su madre frente a ella con una sonrisa en los labios que no alcanzó en absoluto a sus ojos.

—¿Qué estás haciendo?

Adelaide parpadeó. ¿Acaso no era obvio? Había tenido la sensación de que había solventado el problema con bastante celeridad, pero había tardado un par de segundos en liberar el calzado.

—Tenía el zapato...

—La señora Guthrey te estaba hablando de lo encantada que estaría de tenerte en la Fiesta de la Floración y tú simplemente te has apartado de la conversación. —El susurro de desagrado que le llegó al oído le resultaba bastante más familiar que las alabanzas que su madre le había prodigado

desde que se comprometiera con el hijo de un duque.

—Pero si odias la Fiesta de la Floración. Siempre estás diciendo que no se te ocurriría poner un pie allí, ni aunque te invitaran.

Su madre hizo una mueca de disgusto; en realidad apretó los labios más que fruncirlos. Al fin y al cabo, quería evitar las arrugas a toda costa.

—Eso era antes de que entendiese lo que de verdad significa. Ahora que la señora Guthrey me ha explicado sus virtudes, estoy esperando con entusiasmo la invitación.

Adelaide luchó con todas sus fuerzas para no poner los ojos en blanco. Cómo le hubiera gustado que su hermano, Bernard, estuviera cerca para poder intercambiar una mirada con él. Lo más triste de todo era que su madre estaba convencida de que la razón por la que no le gustaba la Fiesta de la Floración era porque no la entendía, no porque la señora Guthrey nunca la hubiera invitado a su casa. Porque de eso trataba la «fiesta»: una reunión con un nombre rimbombante para que el señor Guthrey mostrara a sus invitados la impresionante colección de plantas tropicales que tenía en el invernadero. Y ahora tendría que acudir a ella para que su madre también pudiera ir.

—Estoy segura de que será una experiencia maravillosa.

Con una leve sonrisa y un asentimiento de cabeza (la misma combinación que llevaba realizando desde hacía tres semanas), se dio la vuelta con la intención de cruzar la estancia, pero su madre le agarró del brazo y la detuvo.

—¿Dónde vas?

—Allí. —Señaló una mesa que había a unos metros de distancia. No podía ver lo que contenía, aunque existía una alta probabilidad de que se tratara de comida—. Tengo hambre.

Empezó a andar, pero se le volvió a enganchar el zapato con el dobladillo y tuvo que dar dos pasos rápidos para no caerse. Debía de haberse descosido la costura.

Lady Crampton soltó el suspiro propio de una condesa condenada a tener hijos que no podían valerse por sí mismos, antes de agacharse y romper el hilo suelto que Adelaide seguía pisando.

—Nunca me imaginé que fueras tan torpe. Es la tercera vez que tengo que hacerte un arreglo en la ropa hoy.

Aquella era la auténtica demostración de cuánta atención le había prestado su madre durante los últimos años, porque su doncella no dejaba de señalarle todos los problemas que tenía con la ropa.

Como la hija mediana de una familia muy ocupada, Adelaide se había pasado toda la vida haciendo y siendo todo lo que querían sus padres y la institutriz para que todo el mundo a su alrededor estuviera contento. Y siempre parecían más felices cuando se olvidaban de su presencia. Así que se convirtió en la hija silenciosa que sonreía a los invitados y luego se iba corriendo hasta el cuarto infantil y tocaba suavemente el piano mientras todo el mundo charlaba o jugaba a las cartas. Un piano que tocaba de forma medianamente aceptable, como todo lo demás.

Su madre suspiró.

—Menos mal que las colas ya no están de moda. Hicieron todos esos vestidos tan elegantes el primer año que Helena estuvo en la capital...

Adelaide intentó no estremecerse ante la mención de su preciosa hermana mayor, rubia y sin lentes. Desde que tenía memoria, su madre había preparado a Helena para un futuro prometedor, moldeándola para que se convirtiera en la dama más deseada de la tierra. Una futura princesa, o al menos una duquesa. Que terminara como una simple vizcondesa todavía provocaba desmayos a su madre. Y ahora, sin saber muy bien cómo, era ella la que había terminado en la posición que su progenitora siempre había querido para su hermana (bueno, casi en la misma posición) y las expectativas eran demasiado abrumadoras. Lo suficiente para hacer que una joven volviera a desear que se olvidaran de ella en la modista.

Sin embargo, últimamente había sucedido todo lo contrario. Se había pasado la mayor parte de las tres últimas semanas visitando a tres modistas diferentes, escogiendo vestidos, haciéndose pruebas y oyendo a su madre dar la lata a las pobres costureras para que terminaran las prendas en un tiempo ridículamente corto. ¿No sabían que Adelaide iba a casarse con el hermano del duque de Riverton? Había sido horrible, pero por lo menos habían estado en una localidad diferente a la suya. No volvería a pisar Birmingham en la vida.

—No te haría ningún daño sonreír un poco. La gente te está mirando. Es tu

boda. Nunca más volverás a atraer tanta atención sobre tu persona y solo te preocupa la comida. No me extraña que no hayas sido capaz de cazar al hermano correcto.

Adelaide dejó de escudriñar la mesa para ver qué tipo de comida contenía y se volvió a su madre con los ojos como platos.

—No estaba intentando cazar a nadie. Estaba buscando setas.

—Y ese, querida, es el problema. ¿Qué te habría costado pedir ayuda al duque? Estabas en su propiedad, después de todo. —Su madre se sacudió un poco de polvo invisible de la falda—. Tenía la esperanza de que te dieras cuenta de la gran ventaja que suponía un acceso total a esa propiedad. ¿Por qué si no os dejé allí toda la noche?

—Dada la frecuencia con la que solía recoger setas de la antigua fortaleza, no podía pedirle que... Un momento. ¿Qué quieres decir con eso de que nos dejaste allí? ¡Pasó un carro!

Sintió una ardiente picazón en los ojos y parpadeó rápidamente para evitar que se transformara en lágrimas. Hubo un momento, durante toda esa larga tarde en la que estuvieron atrapados, en que creyeron oír a alguien conduciendo por esas viejas ruinas, así que se pusieron a gritar con todas sus fuerzas. La falta de respuesta les hizo pensar que solo habían oído a sus caballos moverse desde el pasto de hierba hasta el arroyo que había cerca de allí. Pero no se lo habían imaginado; por lo visto su madre los había abandonado a su suerte a propósito.

—Por favor, no llares a mi carruaje «carro». Y sí, venía de visitar a la señora Pearson y decidí atajar por la propiedad de Riverton. Creí que habías cazado al duque, pero no debí depositar todas mis esperanzas en que fueras capaz de cazar a un miembro de tan alto linaje. Aun así, el hijo menor de un duque es mucho mejor de lo que seguramente conseguirías durante un verano en Londres.

Adelaide volvió a parpadear mientras abría y cerraba la boca como si fuera un pez. Quería decir algo, debería decir algo, pero ¿qué? Saber que podían haber salido de allí, o por lo menos contar con un testigo que acreditase que se habían comportado de forma adecuada lo cambiaba todo y nada a la vez. Seguían casados, tendrían que seguir casados, porque si su madre hubiera

planeado salvarla de la posible pérdida de su reputación ya habría hecho algo..., pero ¿qué pasaría cuando lord Trent se enterara? ¿Pensaría que ella había planeado aquel encuentro, a pesar de que él entró en las ruinas llevado por su propia curiosidad?

—Les ruego que me disculpen, ¿pero puedo reclamar la presencia de mi esposa durante un instante?

La profunda voz irrumpió en los pensamientos de Adelaide. Soltó un chillido y se volvió... solo para encontrarse con su nuevo marido a menos de medio metro de ella.

—No tengo la culpa —espetó a toda prisa.

—Me consta. —Los labios de él se curvaron en una media sonrisa con hoyuelos incluidos. Sus ojos verdes, sin embargo, no transmitieron la misma alegría y encanto que la sonrisa, aunque tampoco podía reprochárselo. Ella había salido ganando mucho más que él con aquel matrimonio.

—Por supuesto que puede llevársela, milord. —Su madre esbozó su sonrisa más amable e hizo una reverencia—. Al fin y al cabo, ahora forma parte de la familia.

La sonrisa de lord Trent perdió algo de la poca alegría que escondía y su mirada reflejó un brillo de dolor que disimuló rápidamente.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Gracias. ¿*Milady*? —Lord Trent extendió el brazo en su dirección y ella se agarró a él un tanto aturdida. ¿Iban a bailar? Su madre había contratado un cuarteto de cuerda, pero en ese momento no estaban tocando nada animado. Se aferró al brazo de él con la fuerza suficiente para sentir tensos sus músculos. Puede que pareciera un caballero relajado, aunque estaba claro que aquel día le estaba superando. No podía culparle.

Lord Trent la condujo hasta el corto tramo de escaleras que había al final de la habitación y se detuvo en la entrada abierta de doble puerta.

—¿Dónde vamos? —susurró ella.

—A Londres —respondió él con otro murmullo.

Mientras parpadeaba varias veces, intentando comprender lo que acababa de decirle, vio como él se volvía hacia la multitud presente.

—Quiero agradecer a todos que nos hayan acompañado en el día de hoy.

Su voz inundó la estancia sin parecer que estuviera gritando. Una a una, las conversaciones se fueron apagando, hasta que todos se quedaron mirando a los recién casados. Incluso a esa distancia podía sentir la expectación que subyacía en alguno de los invitados, aunque no sabía muy bien qué estaban esperando. Como escándalo, había que reconocer que tampoco era muy interesante y lord Trent no iba a ponerse a detallar ningún pormenor. Quizá aguardaban algo que mereciera la pena para escribir a sus amistades. Se alegró de no poder distinguir ningún rostro a esa distancia.

Lord Trent sonrió a Adelaide.

—Mi mujer y yo no podríamos haber esperado una mejor celebración. Me gustaría que disfrutaran de la hospitalidad de lord y *lady* Crampton durante todo el tiempo que les plazca.

Adelaide se mordió el labio para no echarse a reír. Su madre había enloquecido a la servidumbre, ordenándoles que se prepararan para una mañana llena de invitados, contando con que todos ellos habrían abandonado la casa al mediodía, ya que su padre se había negado a proporcionar los fondos necesarios para mantenerlos «felices» durante más tiempo.

—Para nosotros, sin embargo, ha llegado la hora de despedirnos. —La voz de lord Trent se elevó ante los murmullos de asombro—. Tengo toda una nueva vida por delante y temo que, si me quedo aquí, no podré comenzarla como se merece. —Dio una palmadita a Adelaide en la mano que tenía envuelta sobre su brazo.

La multitud se fundió en un suspiro colectivo. Adelaide trató de sonreír, pues sabía que en ese momento todos la estaban mirando y no quería dar la sensación de estar aterrada porque su flamante marido se la llevara tan lejos. Pero lo estaba. Vaya sí lo estaba. El discurso que él acababa de dar contenía todas las palabras adecuadas y su comportamiento haría que hasta los más escépticos se cuestionaran lo que habían oído sobre aquel matrimonio precipitado, pero ninguno podía ver sus ojos tan de cerca o la tensión que corría por su cuerpo que hacía que notara como los músculos le temblaban bajo la mano.

A continuación, lord Trent procedió a escoltarla fuera de la habitación. Con cada paso que daban le sentía más relajado.

Ninguno de los dos pronunció una sola palabra mientras la ayudaba a subir al carruaje y ascendía detrás de ella. Cuando la portezuela se cerró, lo vio reposar la cabeza contra el cojín de terciopelo rojo, cerrar los ojos y apretar los labios en una tensa sonrisa.

Atravesaron el camino de entrada sumidos en un silencio sepulcral. Adelaide presionó la cabeza contra la ventana y contempló como la casa borrosa se hacía cada vez más pequeña hasta desaparecer en el horizonte.

Jamás la había sentido como un hogar. Se había pasado más de una tarde con la nariz enterrada en un libro para poder escapar a algún otro lugar, a cualquiera. Por eso le sorprendió la tristeza que la embargó cuando tomaron la carretera principal. Puede que nunca le hubiera importado Moonacre Park, pero era lo único que conocía. Y ahora ya nunca más sería su casa.

¿Pero cuál sería?

Capítulo 3



Estaba casado.

Le era difícil ver más allá del innegable hecho de que, a partir de ese momento, el resto de su vida estaría acompañado de la mujer que tenía sentada enfrente.

Cuando Trent alcanzó la edad suficiente para ser consciente de la libertad que le proporcionaba ser un segundo hijo, supo que su futuro matrimonio sería una de las decisiones más importantes que tendría que tomar a lo largo de su vida. Y aunque no le había preocupado en exceso ni le había dedicado muchos pensamientos, sí que se había hecho ilusiones. Había supuesto que sería una ocasión feliz, llena de amigos y familiares agradecidos por tener una excusa con la que reunirse a mitad de año. También había estado seguro de que amaría a su prometida y que, durante la ceremonia, intercambiaría con ella leves sonrisas cargadas de significados ocultos, tal y como había visto hacer a sus hermanas con sus respectivos maridos.

Pero en lugar de eso, tenía una esposa que no lo había mirado ni una sola vez, ni siquiera en el momento álgido de la ceremonia. Efectivamente, Adelaide había pronunciado sus votos a su pañuelo de cuello en vez de a él. Esperaba que no se molestara por el hecho de que no llevara el mismo todos los días.

Era una broma para sí mismo, que solo rondaba por su cabeza, pero fue incapaz de contener la risa que aquello le produjo.

Su esposa, en cambio, no se rio, aunque su risa sí logró que desplazara la

atención del suelo hasta los dedos de sus pies. ¿Tal vez aquello significaba que aquella atención pronto ascendería hasta llegar a mirarlo a la cara?

—Espero que no te haya importado que nos hayamos marchado un poco antes. Pensé que estaríamos más cómodos en nuestra propia casa.

—¿Nuestra casa? —preguntó *lady* Adelaide parpadeando. Al menos su mirada se iba a acercando cada vez más a él mientras las negras y espesas pestañas que tenía aleteaban sobre sus cristalinos ojos azules.

Aquellos parpadeos propios de un búho le recordaron que la madre de ella había insistido en que no llevara las lentes durante la boda. Trent se las había pedido a su doncella, con la intención de dárselas en el desayuno, pero en el mismo instante en que puso un pie en la recepción de la boda, habían requerido su presencia y desde entonces no había podido estar cerca de ella. Esperaba que las lentes supusieran una agradable ofrenda de paz; un pequeño gesto que estableciera el modo en el que quería que se desarrollara su matrimonio.

A fin de cuentas, sería algo con lo que tendrían que lidiar el resto de sus vidas.

Sacó las lentes del bolsillo y se las entregó.

—Toma. Se las pedí a tu doncella a primera hora de la mañana.

—Gracias. —Vio como deslizaba la montura por su nariz y le miraba a los ojos por primera vez desde aquella desastrosa noche en las antiguas ruinas—. ¿No está Londres demasiado lejos para un viaje de un solo día?

—He pedido que dispusieran caballos de repuesto a mitad de camino. Si cabalgan a un ritmo decente, lo conseguiremos. —Se removió en el asiento, preguntándose por enésima vez si había tomado la decisión correcta.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Seguro que sí. Tal vez podríamos pedir a una de las posadas que nos preparase algo para llevar y poder comérmolos durante el camino.

Ahora le tocó a él parpadear. Había esperado cierta reticencia, incluso había estado pensando en las distintas opciones que tenían para pasar la noche. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si la pronta aquiescencia de su esposa al viaje a Londres había sido porque de verdad estaba de acuerdo con ello o porque creía que sería un marido difícil. ¿Por qué no se le había

ocurrido pensar hasta ese momento que tal vez ella se mostraba tan recelosa a ese matrimonio como él?—. Creo que podemos permitirnos el lujo de perder un poco de tiempo en comer como es debido.

—Oh. Siento haberlo malinterpretado, lord Trent. —Adelaide volvió a parpadear y bajó la mirada de nuevo hasta sus pies.

Si aquella era alguna indicación de cómo se iba a desarrollar el resto de sus vidas, desde luego era una triste señal. Soltó un suspiro y se trasladó al lado del carruaje donde estaba ella. Tal vez podían volver a empezar y mejorar la situación en la que se encontraban antes de llegar a Londres.

Aunque estar sentado codo con codo con ella le produjo cierta agitación interior. No recordaba haber ido en ningún carruaje con una mujer con la que no estuviera emparentado, y mucho menos en el mismo asiento. La sensación no era en absoluto desagradable. Se aclaró la garganta y la tomó de la mano.

—Creo que sería más apropiado que me llamas Trent, como hace mi familia.

—Si así lo deseas.

El silencio cayó como una pesada losa mientras esperaba que ella le ofreciera una propuesta similar. Cuando vio que no iba a llegar, decidió presionarla.

—¿Puedo llamarte Adelaide?

Ella volvió hacia él y parpadeó otra vez con aquellos confusos ojos de búho que tenía.

—Por supuesto.

El carruaje avanzaba fácilmente por la carretera, al contrario que la conversación, que seguía sumida en el lodazal más profundo que había visto en su vida. En las ruinas, mientras había sido de día, habían encontrado cosas de las que hablar al tiempo que trataban de abrirse paso entre las enredaderas. Pero en cuanto salió la luna, sellando su destino con su halo plateado, la conversación se fue marchitando poco a poco. Tres semanas después, y con la perspectiva de una boda, no habían hecho nada por reavivarla.

Los kilómetros que los habían separado mientras eran niños parecían ahora una distancia mucho menor que la que había entre ellos en ese momento dentro del vehículo.

—Fui al arroyo que me comentaste. El que pasa por los pastos de las ovejas y los rodea hasta casi formar una isla. —Cuando hablaron sobre cuáles eran sus lugares favoritos de la zona, Adelaide mencionó cómo le gustaba ir allí y leer porque nadie más solía acudir y perturbar la belleza natural de aquel sitio.

—¿Llevaste contigo un libro y te sentaste en el árbol con forma retorcida? —Movié los hombros para poder ponerse más de frente a él.

Trent sonrió de oreja a oreja y también se acomodó para poder mirarla mejor.

—Me temo que soy demasiado grande para poder meterme en tu rincón de lectura. Tuve que sentarme en el suelo y apoyarme contra él.

—Oh.

Y el asunto de la casi isla se acabó tan pronto como había empezado. Adelaide se volvió hacia la ventana, aparentemente imperturbable por la falta de conversación y la tensión que se respiraba en el ambiente. Aquello hizo que se preguntara qué era lo que ella esperaba de aquel enlace. Si no era una interrelación con él, ¿qué podía ser? ¿Conexiones sociales? ¿Llevar la casa?

Trent contuvo un gruñido de frustración. «Su casa». Había estado tan concentrado en tratar de alejarse de las miradas indiscretas, tan desesperado por regresar a aquello que le era conocido, que no había pensado en todas las repercusiones que acarrearía llevarla a su casa de Londres.

—Tengo que advertirte sobre algo.

Ella dejó de mirar la ventana y se volvió con las cejas tan enarcadas que desaparecían bajo los cortos mechones que le caían por la frente.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestra casa. En Londres. —Trent sonrió a través del punzante dolor que se instaló en su pecho al pronunciar la palabra «nuestra»—. No es muy convencional.

Eso era quedarse corto. Había heredado la mitad del personal cuando se mudó allí después de que Amelia, una amiga de la familia abandonada por su tutor en Londres, se trasladara a Hawthorne House bajo la protección de Griffith. El personal prácticamente había criado a Amelia, lo que significaba que actuaban más como familia que como sirvientes. Si él, que sabía

perfectamente dónde se estaba metiendo, había tardado unas pocas semanas en acostumbrarse, ¿cuánto le costaría a Adelaide? Lo mejor sería ponerla en antecedentes del singular mundo del que estaba a punto de entrar a formar parte. Cualquiera mujer que conociera el extraño funcionamiento del servicio doméstico en aquella casa saldría corriendo en la dirección opuesta.

Aunque esa opción ya no era viable para Adelaide.

Una ligera arruga apareció sobre el centro de sus lentes mientras ladeaba la cabeza, pensativa.

—Has estado viviendo en una casa de soltero, así que imagino que las cosas se han hecho de una forma... determinada. Puedo hacer los cambios necesarios.

—¡No! —Pronunció aquella negativa de forma mucho más áspera de la que pretendía, pero Adelaide tenía que saber que no iba a despedir a ningún miembro de su personal. Si quería, podía contratar a todos los que quisiera, pero no podía deshacerse de ninguno de los que ya estaban. Aquello molestaría enormemente a Amelia y al resto de mujeres de la familia.

—¿No? —Más parpadeo. ¿Es que nunca se le cansaban los ojos?

Flexionó los hombros e intentó parecer relajado mientras se volvía a apoyar en el respaldo del asiento acolchado.

—Lo que quiero decir es que preferiría que no prescindieras de los servicios de nadie que forme parte del servicio doméstico. Todo el mundo hace un buen trabajo. Solo es que la casa se lleva de una forma... diferente.

—Oh. —Adelaide abrió los ojos sorprendida. Las largas pestañas negras enmarcaban la gran extensión de blanco con esos iris que parecían dos lagos de color azul claro en el medio. Se le habían contraído las pupilas hasta formar dos puntos extremadamente pequeños. Aquello no podía ser buena señal—. Estoy segura de que me acostumbraré. —Se alejó hasta quedarse en la esquina del asiento—. Esta mañana, mi madre me ha despertado muy temprano. ¿Te importa si me duermo un rato?

—Por supuesto que no.

¿Qué otra cosa podía decir? «No, no puedes hacerte la dormida solo para eludir una conversación peliaguda». Con unos padres como los suyos (o, mejor dicho, con una madre como la suya, porque lord Crampton tampoco

era el peor de los hombres) tenía que haberse topado con su buena dosis de discordia. ¿Se limitaba a irse a la cama cuando las cosas se ponían tensas? Tal vez aquello explicara que siempre estuviera medio desaliñada.

Observó a su esposa fingir que se quedaba dormida. Se refería a ella de ese modo porque, si dejaba de llamarla así, tenía miedo de olvidarse de que estaba casado. A pesar de la mañana tan incómoda que había pasado, una parte de él todavía no estaba segura de que aquello hubiera pasado de verdad. Sí, había estado de pie frente al sacerdote y la había reclamado como suya, pronunciado los votos ante Dios y ante los hombres, y había firmado con su nombre en el registro de la iglesia. ¿Qué más necesitaba para estar completamente convencido? ¿Para darse cuenta de que ahora tenía una esposa?

Frunció el ceño. Aquella no era la mejor manera de pensar en ella, ni siquiera en la intimidad de su propia mente.

Un leve ronquido inundó el interior del carruaje, sorprendiéndole lo suficiente como para que sus labios se curvaran en una ligera sonrisa. O estaba realmente cansada o era la mejor actuación de sueño fingido que había contemplado jamás. Aunque tampoco había presenciado muchas. La gente no solía hacerse la dormida en los eventos sociales.

Trent se acomodó en su rincón. Podía haber vuelto a su asiento de enfrente, pero eso era lo que hacían las parejas en la fase de cortejo. Y aunque no se sintiera como un hombre casado, tenía que empezar a actuar como tal. El sueño de Adelaide había pasado de ser una farsa a transformarse en realidad. Quizá le sucediera lo mismo a su matrimonio.

Capítulo 4



La carrera a Londres (porque no podía llamarse de otro modo) dejó a Adelaide confusa, con un dolor sordo en todo el cuerpo y un martilleo punzante en la parte posterior de la cabeza. A pesar de que llegaron a la capital con los últimos rayos de sol, la ciudad todavía estaba en pleno bullicio y pudo maravillarse de toda su inmensidad.

Mientras la atravesaban, intentó no quedarse con la boca abierta, pero tenía que reconocer que resultaba fascinante para una joven que jamás había visto una población más grande que Birmingham. La fachada con columnas de St. George en Hanover Square sobresalía en la carretera, tal y como lo hacía en las ilustraciones de Ackerman. Era un milagro que su madre no hubiera querido esperar y celebrar la boda allí.

Aunque la espera tampoco habría proporcionado a lord Trent una oportunidad para echarse atrás, ¿verdad? Si hubieran tenido esa opción, Adelaide la habría aceptado encantada. Había leído los suficientes libros como para saber que la historia estaba llena de matrimonios concertados sin amor, sobre todo entre miembros de la aristocracia, en los que los contrayentes apenas se conocían. Pero ella era una mujer moderna y que la ataran a un hombre del que prácticamente no sabía nada le parecía un error. Además, en su caso en concreto, no había habido ningún motivo de índole política, ni el matrimonio iba a unir grandes propiedades o capitales. No, lord Trent había sacrificado su libertad en el altar de su reputación simplemente porque así lo dictaban las normas sociales. Por lo menos, las mujeres que se

habían visto envueltas en una situación comprometida conocían al hombre en cuestión, lo habían elegido de un modo u otro. Lo único que ella sabía de lord Trent era que le gustaba leer.

Y que era aficionado a dar puñetazos. Que además entrenara para mejorar cuando los propinaba no la tranquilizaba en absoluto. Había oído historias similares de mujeres que solían llevar un chal de más al mercado de la plaza incluso durante el verano. Apartó la mirada del paisaje de la capital que le ofrecía la ventana y se fijó en el modo en que los hombros de lord Trent ocupaban gran parte del respaldo del asiento y hacían que se estirasen las costuras de la levita hecha a medida que vestía. Si no era el hombre que esperaba que fuera, puede que en su caso un chal no fuera suficiente.

Echó la cabeza hacia atrás y volvió a mirar por la ventana. Las casas que ahora se veían eran bonitas y elegantes, con un montón de ventanas que atestiguaban la riqueza de la zona por la que estaban pasando. ¿La estaría llevando a Hawthorne House? Aquello explicaría su anterior advertencia sobre que no tendría mucho que opinar en lo relativo al servicio doméstico. Había oído hablar mucho sobre el esplendor de la mansión de Grosvenor Square y tenía ganas de verla, pero esperaba que no fueran a vivir con su familia.

—¿Dónde vives?

—«Vivimos» en Mount Street.

El énfasis que puso al usar la primera persona del plural hizo que le ardieran las mejillas.

—Y aquí estamos —sonrió Trent mientras el carruaje aminoraba el paso.

Adelaide pegó la cara contra la ventana, ansiosa por ver su nuevo hogar, a pesar de la repentina agitación que hizo que la cena se le revolviera en el estómago.

Había oído hablar lo suficiente de Londres como para darse cuenta de que las casas que tenía frente a sí eran modestas para los estándares de la aristocracia, pero sin duda eran bastante mejores que muchas otras de la capital. Se trataba de un edificio de color marrón claro, con ventanas mirador en curva que parecían marcar una división entre las distintas viviendas adosadas. Se veía demasiado pequeña para poder celebrar un gran baile.

Mejor. Podía manejar una cena social sin problemas, ¿pero habría estancias lo suficientemente grandes como para albergar un evento de mayor importancia?

—¿Has celebrado muchas fiestas? —Se estremeció nada más formular la pregunta. Iba a tener que enseñarle a su lengua a expresarse mejor antes de decir lo que pensaba en voz alta.

—¿Siendo soltero? No he celebrado nada, aparte de alguna que otra cena familiar.

Abrió él mismo la portezuela y bajó del carruaje, dejándola con la duda sobre si a partir de ahora se esperaba que organizara muchas reuniones sociales o no. ¿Era propio del hijo más joven de una familia ocuparse de ese tipo de acontecimientos? Se agarró a la mano que él le ofreció y descendió a la acera, deseando que las piernas dejaran de temblarle.

La puerta de entrada de la casa se abrió, mostrando a un hombre alto con una narizota afilada y una cabeza sin un solo pelo. La luz de las velas del interior se proyectó sobre la calva del hombre haciendo que reluciera hasta tal punto que se preguntó si de vez en cuando se la pulía.

—Bienvenido a casa, milord.

—Buenas noches, Fenton. ¿Está todo el servicio reunido? —Trent la agarró de la mano y tiró de su brazo hacia él antes de escoltarla hacia la casa. Bueno, «escoltar» no era el término exacto. Prácticamente tuvo que arrastrarla al interior porque sus pies decidieron desconectarse de su cerebro y se negaron a caminar al lado de él por si solos.

Al otro lado de la puerta la esperaban los miembros del personal. ¿Y si no les gustaba? ¿Y si no la escuchaban? ¿Y si no sabía qué decirles? En esa última pregunta no había lugar a un «y si». En realidad, no tenía ni idea de qué decirles.

—Sí, milord. —El hombre alto hizo un amplio gesto con el brazo para señalar a la fila de sirvientes a lo largo de la pared del vestíbulo. Se dio cuenta de que el vestíbulo no era muy grande, al igual que el servicio doméstico, por lo que había espacio suficiente para que todos ellos contemplaran abiertamente a la mujer que acompañaba a su señor.

¿Les habría hablado lord Trent de ella? ¿Sabrían quién era?

—Me gustaría presentaros a *lady* Adelaide... mi esposa. —Trent le soltó la mano y se hizo a un lado, haciendo una floritura con el brazo como si estuviera mostrando a una yegua premiada en el mercado.

—¡Oh, qué emoción! —Una mujer alta, delgada, de caderas casi inexistentes y de pelo gris y con rizos apretados dio un paso al frente desde la cabecera de la fila. Adelaide supuso que se trataba del ama de llaves. Parecía una mujer afectuosa; demasiado afectuosa si el fuerte abrazo en el que de pronto se vio envuelta era señal de algo.

El abrazo no duró mucho y el ama de llaves enseguida se separó de ella para prodigar toda su atención a Trent. Entonces colocó los puños sobre las caderas, o más bien sobre la estrecha parte del cuerpo donde se localizan normalmente las caderas, ya que la mujer tenía la forma de una esbelta columna.

—No se habrán pasado todo el día viajando desde Hertfordshire, ¿verdad?

Trent agachó la cabeza y cambió el peso de un pie a otro como si fuera un niño al que le hubieran sorprendido robando galletas de la cocina.

—A decir verdad...

El ama de llaves soltó un resoplido antes de volver a dirigirse a Adelaide con una sonrisa en los labios.

—Soy la señora Harris, el ama de llaves. ¿Le gustaría tomar el té en el salón? Me temo que solo nos dijo que venía alguien importante, así que no tuve ocasión de preparar el dormitorio adecuado. Tardaré un poco en organizarlo todo. ¿Trae una doncella consigo?

¿Por qué no se le había ocurrido pensar en su doncella o en sus baúles? Aquel viaje apresurado a Londres no parecía haber incluido demasiado equipaje.

—No...

Trent se aclaró la garganta.

—Siento la falta de información.

Adelaide parpadeó asombrada. ¿Le estaba pidiendo perdón al ama de llaves?

—Su doncella y Finch llegarán el lunes o el martes con el resto de nuestras cosas. *Lady* Adelaide ha traído un pequeño baúl en el carruaje. Confío en que

Lydia pueda ocuparse de sus necesidades durante estos pocos días.

Si en ese momento decidía sentarse en el suelo, ¿alguien se daría cuenta? Esperaba que no, porque estaba empezando a marearse. Supuso que Finch era el ayuda de cámara de Trent, lo que significaba que ambos estaban allí sin sus sirvientes personales. El viaje a toda prisa a Londres cada vez le parecía más fruto de una decisión estrambótica.

—Estaría encantada.

Adelaide movió la mirada hacia la escasa fila de sirvientes hasta que la posó sobre una muchacha rubia con varios mechones de pelo escapando rebeldes de diversas partes de la cofia. En un primer momento pensó que solo era una niña, pero una inspección más detenida demostró lo contrario. Allí donde la señora Harris carecía de curvas, esa joven las tenía en abundancia. Incluida una que hacía que sobresaliera la parte delantera de su falda. Ahora sí que no pudo evitar que se le desencajara la mandíbula. ¡Aquella criada estaba embarazada!

Trent volvió a agarrarla del brazo para que se aferrara al suyo y se inclinó sobre ella hasta que sus labios le rozaron la oreja.

—Ni una palabra. Ya te lo explicaré después.

Todavía estaba temblando por el escalofrío que aquel murmullo le había provocado, cuando el ama de llaves los guio hasta un salón que daba al vestíbulo.

—Ahora ambos van a descansar un rato mientras yo me encargo del té. No hay ninguna razón por la que no pueda conocer al resto del personal mañana por la mañana.

Como si acabaran de recibir una orden tácita, los sirvientes se dispersaron y dejaron a Trent y Adelaide en lo que una vez tuvo que ser un elegante salón. Apenas le había dado tiempo de tomar nota del sofá de rayas blancas y verdes que sin duda había visto días mejores, cuando el mayordomo entró.

—¿Necesitan alguna cosa más, milord?

Trent sonrió con sorna.

—¿Además de algo de comer y un dormitorio adecuado para mi esposa?

—Esto... Sí, señor. Le entiendo. Supongo que me necesitará para reemplazar a Finch.

—En efecto. Te brindaré la oportunidad de contarme las últimas noticias.

Adelaide miró a su marido y al mayordomo calvo. ¿Iban a intercambiar chismes? Buscó a tientas el brazo desgastado y se dejó caer sobre el asiento. No era capaz de recordar la última vez que alguien en su casa (bueno, ya su antigua casa) había dirigido unas palabras a un sirviente más allá de las necesarias para que realizara alguna tarea determinada. Y ahora, en lo que llevaba de noche, la había abrazado el ama de llaves, le habían asignado a una doncella personal embarazada y había contemplado a su marido quedar con el mayordomo para charlar. Trent se había quedado corto cuando le avisó de que la casa no era muy convencional.

En cuanto se marchó el mayordomo, alzó la mirada y se encontró a Trent observándola con gesto inseguro, como si estuviera esperando que se pusiera a juzgar su nueva casa; una inseguridad que le resultó extraña en un rostro que siempre le había parecido sereno y seguro de sí mismo.

Trent se frotó la nuca con la mano y apartó la mirada antes de caminar de un lado a otro con tanto nerviosismo que, si la alfombra no hubiera presentado signos de deterioro, le habría preocupado que hiciera un surco en ella. La estancia no parecía muy pasada de moda, aunque sin duda se le había dado un buen uso desde su decoración. Seguramente tenía el mismo aspecto que cuando Trent se mudó allí. Al fin y al cabo, un soltero tampoco tenía muchos motivos para renovar el salón.

Cuando casi se había armado de valor para decir algo, un lacayo entró con una bandeja que dejó sobre la mesa de té antes de marcharse y cerrar la puerta tras de sí.

De nuevo volvía a encontrarse sola en una habitación con un hombre al que apenas conocía.

Otro recordatorio de que se había casado esa misma mañana.

¿Es que a partir de ahora todo en su vida le iba a resultar desconocido a consecuencia de un único suceso?

El tintineo de la porcelana atrajo su atención. Alzó la mirada y vio a Trent sirviendo el té. Le resultaba extraño ver una tetera en las manos de un hombre.

—¿Cómo sueles tomarlo? —quiso saber él.

—Del mismo modo que tú —respondió ella en voz baja. Pero en cuanto le vio echar cinco terrones de azúcar y un chorrito de leche en su taza se encogió por dentro. ¿Cómo podía beber algo tan dulce?

Adelaide dio un sorbo a su té antes de tomar una galleta solo por ser educada. La galleta tenía un sabor insulso; el complemento perfecto para un té demasiado dulce. Estaba claro que alguien conocía perfectamente al dueño de la casa. Con temor de que se le cayera algo, dejó la taza sobre la mesa y depositó la galleta a medio comer en el plato antes de doblar las manos sobre el regazo. Todo estaba sucediendo demasiado rápido para asimilarlo así que se aferró a la única cosa de la que podía exigir una explicación.

—Cuéntame lo de la doncella.

Trent se sentó con su propia taza y un puñado de galletas.

—Está casada con mi ayuda de cámara.

Le alegró haber dejado la taza en la mesa porque, después de aquello, nadie la habría culpado por caerse redonda en el suelo.

—¿Disculpa?

—Lydia. Está casada con Finch. Hasta ahora ha funcionado de maravilla. Aquí solo puedo tener un par de caballos, así que solo necesito un mozo de cuadra. Lydia y Finch viven en la habitación del segundo mozo que hay sobre el establo. El bebé nacerá en verano, de modo que, después de esta temporada, desempeñarán sus funciones en la propiedad que tengo en Hertfordshire. Bueno, él lo hará. Ella no creo que pueda hacer otra cosa que ejercer de madre durante una temporada. Con el tiempo han hablado de abrir una posada.

Trent se llevó a la boca la mitad de una galleta, pero continuó eludiendo su mirada.

—Entiendo. —Aunque no era verdad. ¿Quién tenía un ayuda de cámara casado y permitía que viviera lejos de él? ¿No se suponía que los sirvientes personales tenían que estar cerca de uno?—. ¿Algún otro caso especial del que deba estar al tanto?

Trent se encogió de hombros.

—Lydia, Fenton y la señora Harris venían con la casa. Finch también, por decirlo de algún modo. Oswyn, Digby, Mabel y Eve se han ido uniendo al

personal durante los dos últimos años. Había otra criada, pero tuvo problemas en adaptarse a la... mmm... familiaridad... de la señora Harris, así que se fue a trabajar a otro sitio. Todo el mundo parece prosperar en este ambiente.

—Me abrazó. —Adelaide no puedo evitar el tono plano de su voz. No podía recordar la última vez que sus padres la abrazaron; mucho menos un sirviente.

—Lo sé. Suele cenar conmigo. Igual que Fenton. También compartimos una copa de oporto todas las noches. —Trent se sonrojó y bajó la mirada a su taza de té.

Adelaide no sabía qué decir. O qué pensar. O qué hacer. Se había pasado cada rato libre que había tenido durante las tres últimas semanas estudiando al detalle cada libro que había encontrado que hablara sobre cómo gestionar una casa, lamentándose en silencio de por qué nunca había aprendido esa tarea. Las lecciones de Helena siempre eran lo primero y nadie había tenido nunca tiempo para enseñarle nada. Aunque nada de lo que hubiera aprendido le hubiera sido de mucha utilidad en su nuevo hogar.

Y si bien le alegraba saber que su vida no iba a ser como las áridas y desalentadoras situaciones que se mencionaban en uno de los libros que había sacado del estudio de su padre, le hubiera gustado no estar tan perdida a la hora de saber qué esperar al respecto. Además, las constantes sorpresas no estaban ayudando en nada al dolor de cabeza que tenía.

—Bueno. Estoy segura de que todo va a ir bien.

Trent le sonrió. Una sonrisa abierta y sincera que la dejó sin aliento. ¿Solía sonreír a las mujeres de ese modo? De ser así, estaba segura de que se encontraría con más de una dama que habría deseado ocupar su puesto.

En ese momento, oyó un enérgico golpe en la puerta. Inmediatamente después, la señora Harris asomaba la cabeza por el umbral.

—*Milady*, su dormitorio está listo. Tómese el tiempo que necesite para terminar el té. Lydia la estará esperando cuando esté lista.

Ah, sí, la sirvienta embarazada. Desde luego la había sorprendido y también había entendido mejor esa norma social según la cual los criados no debían casarse nunca. Era bastante incómodo pensar que la persona que estaba esperando para atenderte estaba en una condición delicada.

Y lo más importante de todo, si su habitación estaba preparada significaba que su cama también lo estaba. Miró a Trent disimuladamente. Una cama que su marido tenía todo el derecho a visitar. Después de esa noche, puede que hubiera niños. Nunca había bailado con ese hombre, mucho menos besarle, y ahora podían tener hijos juntos.

Le entraron unas ganas de enormes de pedir otra taza de té.

Capítulo 5



Había una increíble cantidad de té en la taza que Adelaide dejó en la mesa. Y eso que se la había llevado a los labios en nueve ocasiones. Trent lo sabía a ciencia cierta porque las había contado.

Vio cómo se alisaba la falda y se aclaraba la garganta.

—Creo que iré a mi habitación.

Trent asintió, pero Adelaide no se movió del borde del sofá. Dejó de mirar su taza y frunció el ceño. ¿Llevaba el guante del revés? Estaba seguro de que no lo había visto así durante la boda.

Adelaide se removió en el sofá y se abrazó la cintura como si estuviera intentando fundirse con la mismísima tapicería del mueble.

¿Qué estaba pasando? La mirada de Trent voló hasta el servicio de té. No era el refrigerio más elaborado, pero teniendo en cuenta que habían estado viajando todo el día sí parecía adecuado. Los días que Trent se dedicaba a boxear o a montar a caballo toda la tarde, la señora Harris solía servirle unas rodajas de carne fría y pan con el té de la tarde/noche. Puede que viajar fuera mucho más extenuante para una mujer que para él.

—¿Todavía tienes hambre? Puedo pedir que traigan algo con un poco más de sustancia de la cocina.

—¿Qué? Oh, no. No es eso. Es que... bueno, no sé dónde está mi dormitorio.

Lo dijo tan bajo que apenas pudo oírla. Pero en cuanto entendió sus palabras deseó no haberlo hecho, porque se sintió como un auténtico imbécil.

Pues claro que no sabía dónde estaba su alcoba. Si solo había visto poco más que el vestíbulo.

Se aclaró la garganta y dejó la taza de té sobre la bandeja.

—Todavía no es muy tarde. ¿Quieres que te enseñe toda la...?

—Sí, por favor.

Le hizo gracia la rapidez con la que aceptó su oferta y se acordó del día en que había tomado posesión de la casa dos años antes. El primer día, se había pasado todo el tiempo yendo de habitación en habitación, intentando hacerse a la idea de que todo aquello ahora era suyo. Sí, parte del mobiliario estaba en mal estado y la mayor parte de la decoración estaba pasada de moda, pero era suya, y por primera vez en su vida se sintió una persona adulta. Incluso instaló un estudio en una de las estancias. No es que hiciera mucho más que responder correspondencia, pero, aun así, tenía uno.

Se puso de pie y se sorprendió al comprobar que tenía las manos un poco sudorosas ante la perspectiva de mostrar la casa a su esposa. ¿Y si no le gustaba? Quizá debería haber pasado las tres últimas semanas en Londres, acondicionando la casa. No, seguramente ella querría decorarla a su gusto. Eso era lo que siempre hacía su madre. Además, tampoco habría podido hacer mucho sentado en un sofá con el tobillo en alto.

—Evidentemente, este es el salón. —Movi6 el brazo en un amplio arco, señalando la estancia en la que se encontraban. Mientras Adelaide se volvía para contemplar las paredes cubiertas de seda de un tono verde que había ido perdiendo color con el paso de tiempo, intentó secarse disimuladamente las manos en los pantalones antes de ofrecerle el brazo.

—Es muy... verde.

Trent se ech6 a reír.

—Hace por lo menos diez años que tendría que haberse redecorado. Si quieres, puedes encargarte tú misma. Hasta ahora no he usado mucho esta habitación, así que la dejé como estaba cuando adquirí la casa.

—Está muy bien para un soltero. —Ella se puso de pie y desliz6 una mano sobre su codo.

—Lo sé. Griffith la hered6 y, como no necesitaba dos residencias en Londres, me la dio. —Era una historia mucho más larga, por supuesto, pero

supuso que en ese momento era demasiada información para Adelaide, así que decidió dejarlo de lado.

Su mujer le miró parpadeando.

—Qué gesto más... amable... de su parte.

¿No eran esas las cosas que solían hacer los familiares? Por lo menos esa era su experiencia, aunque a medida que se iba haciendo mayor se iba dando cuenta de que su familia tal vez no se amoldaba a los estándares de la aristocracia. Ni a cualquier otro estándar.

Se aclaró la garganta, preguntándose cómo podía explicar a Adelaide cómo era su familia y si necesitaba hacerlo. Al fin y al cabo, pronto lo descubriría por sí misma. Su madre y hermanas le prodigarían más cariño del que quizá pudiera soportar. En cuando se decidiera a contarles que se había casado.

—El comedor está por aquí.

Y continuó mostrándole toda la vivienda. No era una casa tremendamente grande, pero muchas de las habitaciones de la planta de arriba llevaban años cerradas.

—No sé para qué se supone que son estas habitaciones, pero puedes convertirlas en lo que quieras.

Adelaide, que había estado sonriendo levemente la mayor parte del recorrido, de pronto bajó la mirada y se ruborizó intensamente.

—Creo que son las habitaciones para los niños.

Trent miró a su alrededor. Aquellas no podían ser las estancias infantiles. Eran demasiado serias. No había ni un solo detalle que indicara que habían pertenecido a algún niño.

—Vamos a tener que renovarlas a conciencia. Recuerdo la zona infantil de Hawthorne como una de las más luminosas y alegres de la casa. Quiero lo mismo para mis hijos. —Se arriesgó a lanzar una rápida mirada a la mujer que ahora estaba destinada a darle esos hijos—. «Nuestros» hijos, quiero decir.

—¿Podemos ir ya a mi dormitorio?

Volvió a usar ese tono de voz comedido. Mientras le iba enseñando la casa había empezado a bromear con él, pero en cuanto habían tocado un tema

incómodo ella se había retraído. No tenía ni idea de cómo lidiar con aquello, después de haberse criado entre mujeres que estaban más que gustosas por hacer notar su presencia y opiniones. Desde luego lo habían hecho de la forma más educada y elegante posible. Su madre no habría permitido lo contrario.

Como tampoco habría permitido que Trent se quedara mirando como un idiota a su mujer después de que ella le pidiera algo.

—Por supuesto. Tu dormitorio. —La llevó por un tramo de escaleras y la acompañó hasta el pequeño salón al que daban las alcobas de ambos.

—Mi habitación es esa —informó él, señalando su puerta—. La tuya esta.

—Gracias. —Adelaide se detuvo en el umbral de su puerta—. Es esta... bueno... buenas noches.... por ahora... eso es... yo...

Antes de que Trent encontrara sentido al barullo de palabras que estaba saliendo de su boca, Adelaide se escurrió por la puerta abierta hasta el dormitorio y la cerró a toda prisa.



Aunque el mismísimo Gentleman Jack, el púgil más famoso del país, le hubiera golpeado hasta la extenuación, no lo hubiera reconocido en voz alta... pero llevaba deseando casarse mucho tiempo. Se recostó en el sillón orejero de cuero que había en su estudio y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, preguntándose cómo era posible que las cosas se hubieran torcido de tal modo y cómo diantres lo iba a solucionar. Sí, era cierto que nunca se había sentado con otros hombres del club a charlar sobre cómo deseaba que fuera su futura esposa, pero tenía que reconocer que sí se había pasado más de una tarde, en la misma postura que tenía ahora, fantaseando con ella. Y no necesariamente en lo relativo a su aspecto (jamás se había encaprichado de ninguna mujer lo suficiente como para imaginársela en ese papel) sino sobre su vida juntos.

Sin embargo, ninguna de esas ensoñaciones comenzaba con su esposa siendo una completa extraña y viniendo de una familia a la que apenas toleraba. Ni tampoco incluían la incertidumbre de si terminaría gustándole;

mucho menos amándola. En sus hipótesis más descabelladas jamás se había imaginado que terminaría preguntándose si la gente creería que no era un matrimonio por amor o que alguien tuviera las agallas para interpellarle sobre cómo se sentía ante esa unión.

Y desde luego nunca había contemplado la posibilidad de pasarse la noche de bodas descansando en el estudio.

Hundió los hombros sobre el cuero oscuro, intentando encontrar una posición más cómoda en el enorme sillón Chippendale. Solía meditar en la poltrona Bergère de su padre, pero no había durado ni cinco minutos en ella antes de retirarse a su actual asiento. La silla de su padre, situada en su dormitorio, se encontraba demasiado cerca del problema como para poder pensar con claridad sobre él. La puerta de la habitación de Adelaide estaba a escasos seis pasos de la suya. Los había contado, dos veces, antes de atravesar como un vendaval la sala de estar y retirarse a su estudio.

Esa era la verdadera razón por la que había querido pasar la noche en Londres. Allí, en su propia casa, rodeado de sirvientes en los que confiaba y en un entorno en el que estaba cómodo, le sería más fácil lidiar con algo que le había estado preocupando desde que habían anunciado el compromiso de forma oficial. En la planta de arriba, en un dormitorio que no había usado desde que llegó a esa casa, dormía una mujer. Bueno, suponiendo que estuviera durmiendo. No lo sabía de verdad porque ella estaba arriba y él abajo. Habían pasado dos horas desde que su esposa había cerrado la puerta de su alcoba tras de sí. Esperaba con todas sus fuerzas que no le estuviera esperando todavía.

A diferencia de muchos de los muchachos con los que había ido a la escuela y de los hombres con los que coincidía en su club de deporte, Trent todavía no había experimentado el aspecto físico de las relaciones románticas. Griffith siempre había puesto mala cara a los chicos que entraban en los dormitorios con aire de suficiencia y una sonrisa de satisfacción en las caras, mientras recibían codazos de felicitación y risas cómplices. Su hermano siempre había dicho que uno no tenía derecho a pedir algo a su esposa si no ofrecía lo mismo a cambio, y que, si la espera no fuera factible para un hombre, la Biblia nunca habría recogido esa indicación. Trent meditó

esas declaraciones tan profundas y ciertas y decidió esperar. No siempre fue fácil, pero esperó.

Y ahora estaba casado.

Tenía una esposa en la planta de arriba que lo demostraba. Al menos desde el punto de vista legal.

Pero no se sentía casado y ese era el motivo que le había llevado abajo, cuando el lugar en el que debía encontrarse estaba justo frente a la puerta que conectaba su dormitorio con el de ella. Después de pasarse años construyendo barreras alrededor de sus impulsos naturales y convenciéndose a sí mismo de que tenía que hacer caso omiso a todas aquellas conversaciones que mostraban el popular punto de vista diferente a sus creencias, por fin había conseguido que su mente y cuerpo fueran a la par en ese asunto. Pero ahora ambos volvían a estar en desacuerdo. Su cabeza sabía que en la planta de arriba había una esposa; una a la que habían educado para cumplir con sus obligaciones maritales. Adelaide no entendería por qué estaba allí abajo, dándole vueltas a una copa de brandi de la que no había bebido ni una sola gota, en vez de estar llamando a su puerta en ropa de cama.

Una parte de él tampoco lo entendía.

Pero él se había hecho el firme propósito de esperar hasta que estuviera casado, para que su esposa fuera la primera y única mujer a la que tocara. Y siempre se había imaginado que esa esposa sería alguien que él habría escogido, alguien a quien querría y que estaría deseando formar una familia y empezar una nueva vida junto a él. En vez de eso se había casado con Adelaide Bell. Y no la amaba. Ni siquiera sabía nada de ella, aparte del hecho de que llevaba lentes y no le gustaban las zanahorias.

Siempre había creído que conocería a su mujer un poco mejor que eso.

¿Y si no estaba dormida? ¿Debería enviarle un mensaje? ¿Pero qué podía decirle? No había forma posible de redactar una nota que no resultara fría, insultante... o ambas cosas a la vez. Tenía la esperanza de que se hubiera dormido mientras le esperaba en la cama.

Lo que les habría ayudado a evitar la situación tan incómoda que se produciría durante el desayuno de la mañana siguiente.

Frunció el ceño. ¿Acaso ese matrimonio iba a arruinarle su comida

favorita del día el resto de su vida?

Sin duda el desayuno del día siguiente era un caso perdido, pero tenía que hacer algo para salvar los demás desayunos que estaban por venir.

Mañana harían todas las cosas que solían hacer los matrimonios. Bueno, lo que fuera que hicieran durante el día. Era muy pequeño cuando murió su padre, así que los recuerdos que tenía de sus progenitores juntos eran difusos y vistos desde la perspectiva de un niño. Los padres de Adelaide, sin embargo, estaban vivos. Y aunque le molestaba tomar como ejemplo nada que hiciera *lady* Crampton, lo cierto era que ella y lord Crampton parecían entenderse lo suficientemente bien. Seguro que Adelaide sabía lo que solían hacer los matrimonios. Él simplemente la imitaría.

En cuanto actuaran como una pareja casada, empezaría a verse como un hombre casado y la idea de llamar a su puerta no le haría sentirse tan culpable. Aquel proceso no debería llevarle más de unos pocos días, un par de semanas a lo sumo.

Trent se llevó el vaso a los labios, pero no llegó a beber de él. Su plan de acción solo tenía un problema. ¿Cómo demonios se lo iba a explicar a Adelaide?

Capítulo 6



Se planteó poner la excusa de que le dolía la cabeza. ¿No necesitaban algunas mujeres un día de descanso después de viajar? Podía hacerse pasar por una de esas féminas. O por una de esas damas que desayunaban en su dormitorio. Como señora de la casa tenía esa prerrogativa, si así lo deseaba. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que no implicara terminar de vestirse y enfrentarse al hombre con el que se había casado.

Nunca se había sentido tan avergonzada. ¿Qué estaría pensando ahora mismo de ella? La noche anterior, en cuanto estuvo dentro de su dormitorio, los acontecimientos del día terminaron por superarla, haciendo que se sintiera exhausta. Lydia había demostrado ser toda una profesional, aunque un poco ruda a la hora de peinarla, y en veinte minutos la tenía lista. Adelaide se había metido en su nuevo lecho con el salto de cama que su madre insistió que se comprara.

Incluso ahora le ardía la cara al pensar en la fina prenda que colgaba del respaldo de la silla. Odió cuando le tomaron las medidas para hacérsela, aunque le disgustó todavía más la conversación que tuvo con su madre en la que no dejó de insistir en que se lo pusiera. Jamás se habría imaginado que la única persona que la vería sería su doncella; su doncella provisional y embarazada para ser más exactos.

¿Qué habría pensado él cuando acudió a su alcoba y se la encontró durmiendo en la cama, tapada hasta la barbilla con las sábanas? Tenía que haber parecido la esposa más reticente de Inglaterra. El pobre hombre se

había visto atrapado en un matrimonio no deseado con ella. Y ahora creería que era una.... una... Adelaide no podía pensar en una palabra para definir a un tipo de mujer así, aunque seguro que un hombre conocería el término adecuado. Pues bien, ahora ella era una de esas.

No tenía otra opción que bajar a desayunar y arreglárselas de algún modo para darle a entender que no era reacia a que la visitara en su habitación. Pensó en dejar abierta la puerta que conectaba sus dos dormitorios, pero aquello avergonzaría a la doncella. También era cierto que su actual doncella estaba casada, así que quizá las reglas normales del decoro no se aplicaban en ese caso. Aun así, no podía importunar de ese modo la intimidad de Trent.

—Anoche le planché este adorable vestido azul. ¿Lo llevará esta mañana? Veré el resto de su ropa mientras come. —Lydia salió del vestidor mostrando solo una ligera torpeza al andar. El embarazo no ralentizó sus movimientos cuando la llevó hacia el armario y le metió el vestido por la cabeza antes de que le diera tiempo a parpadear. Antes de darse cuenta estaba vestida y sentada en el taburete frente al tocador, mientras Lydia le deshacía la trenza suelta con la que la había peinado la noche anterior.

Su madre siempre le había advertido que nunca hablara con los sirvientes de nada que no tuviera que ver con sus tareas, pero Adelaide tenía la sensación de que en esa casa las cosas se hacían de otro modo. Iba a tener que aprender algunas reglas nuevas si quería satisfacer las expectativas de su esposo.

—¿Sabes si...? ¿Se ha levantado ya mi marido?

—Oh, sí, *milady*. —Lydia le pasó el cepillo por el pelo provocándole un gesto de dolor. Una buena noche de descanso no había mejorado la habilidad de la doncella en lo que al cabello se trataba—. Se ha ido a montar a Hyde Park, aunque estará de vuelta en cualquier momento. Nunca se pierde el desayuno.

Adelaide empezó a confeccionar una lista de mental de todo lo que sabía acerca de su marido. Aunque por ahora no era muy larga.

- Le agrada montar por la mañana.
- Le gustan los desayunos.

- Escribe con la mano derecha, pero practica esgrima mejor con la izquierda.

Lo último era uno de los pocos retazos de información que recordaba de su conversación de «aquella noche», mientras meditaba sobre la prisión en la que había empezado a transformarse todo aquel asunto. A pesar de que sabía con certeza que no iba a poder salir con su reputación intacta de aquellas ruinas, toda esa historia le resultaba un poco patética. Atrapada en un matrimonio por culpa de unas enredaderas y un montón de piedras. Y una madre oportunista.

—¿Sale a montar todas las mañanas? —Adelaide jugueteó con una pila de horquillas que había sobre el tocador, intentando distraerse de los tirones que Lydia le estaba dando. Sabía perfectamente que Rebecca no llegaría a Londres tan rápido.

—Sí, *milady*.

Estupendo. Pediría a su padre que le enviara su montura a Londres y así podría cabalgar con su marido por las mañanas. Si él quería. Qué incordio. Le iba a costar bastante averiguar lo que se suponía que Trent esperaba que hicieran juntos los maridos y las mujeres.

O tal vez no. El desayuno ya iba a ser bastante incómodo con toda aquella conversación sobre las visitas nocturnas. Podía aprovechar la coyuntura y sacar a colación el asunto de las demás obligaciones maritales. Tal vez aquello lograría que todo fuera menos vergonzante. Desde luego no podía empeorarlo.



Media hora más tarde se sentía tan frustrada como avergonzada.

El problema que tenían las conversaciones era que alguien tenía que comenzarlas. Y un cordial «buenos días» de uno de los interlocutores, seguido de otro igual de educado «buenos días» de la otra persona, no ayudaba mucho a un intercambio fluido de palabras. Evidentemente él no estaba por la labor de formular la pregunta típica de las mañanas: «¿Has dormido bien?». No podía culparle, ella tampoco lo estaba.

El aparador del salón del desayuno estaba repleto de bandejas con comida. Huevos, tostadas, beicon y una gran variedad de pasteles que lograron que la boca se le hiciera agua. Trent le hizo un gesto para que fuera por delante de él. Mientras se servía más de lo que seguramente sería capaz de comer, trató desesperadamente de encontrar algo que decir. Cualquier cosa que no pudiera parecerle una burla sobre los acontecimientos de la noche anterior.

Cuando se dio la vuelta, se encontró de pronto con otro problema. ¿Dónde se suponía que tenía que sentarse? La pequeña mesa de desayuno era redonda, así que no había cabeceras. Normalmente solía escoger el asiento que le ofreciera las mejores vistas desde la ventana, ¿pero y si él hacía lo mismo? Tampoco se trataba de un paisaje espectacular, solo se veía el patio de la cocina y un pequeño establo, aunque sí permitía que entrara un poco de luz solar.

Un lacayo evitó que tuviera que tomar una decisión al deslizar una silla en su dirección. Adelaide se sentó en ella con elegancia y casi se le pasó por alto la pregunta que le había hecho sobre si prefería té, café o chocolate.

—¡Oh, café!

Apenas podía contener su entusiasmo. Le había encantado el café desde que lo probó por primera vez en casa de su tía. Sin embargo, su madre lo consideraba demasiado plebeyo para una familia de la aristocracia, así que nunca podía beberlo en casa. Pero el hecho de que como mujer casada ahora pudiera comenzar el día saboreando el caliente y amargo brebaje la hizo lo suficientemente feliz como para intentar iniciar una conversación con su marido.

Por desgracia, su alegría también debió de apoderarse de su proceso mental, porque las siguientes palabras que salieron de su boca fueron:

—¿Has dormido bien?

Se quedó paralizada, con la taza de café humeante a un par de centímetros por encima del plato. Justo lo que había querido evitar a toda costa ahora flotaba entre ellos, como la infame bruma de Londres.

¿Qué probabilidades había de que Trent no se diera cuenta si se excusaba en ese mismo momento y no daba la cara durante un rato? Un mes o dos deberían bastar para disminuir el intenso calor que sentía en las mejillas.

Elevó las pestañas lo suficiente para mirarle de reojo. Aquellos ojos verdes estaban clavados directamente en ella; señal de que notaría perfectamente si intentaba escabullirse. Lo único que podía salvarla era que Trent también tenía la cara alarmantemente roja. Vio como se pasaba una mano por el pelo, haciendo que varios mechones de cabello rubio le cayeran por la frente, pero aquello no logró ocultar las dos manchas de color carmesí que teñían sus pómulos.

Si a ambos les avergonzaba el asunto, deberían ser capaces de cambiar de tema sin que el otro se quejara por ello.

Tan pronto como cualquiera de los dos encontrara algo que decir.

—Tengo un caballo. —Casi soltó un gemido por lo desesperadamente abrupto que sonó aquel tropel de palabras, pero logró contenerlo llenándose la boca de tal modo que casi se atragantó con los huevos.

—Ah. —Trent balbuceó antes de tomar un sorbo de té—. Como yo. ¿Quieres que lo traigan a la ciudad? Si prefieres podemos enviarlo a alguna de las otras propiedades.

Adelaide se tragó el bocado a medio masticar.

—¿Vamos a visitar la finca de Hertfordshire pronto? Mencionaste algo de unas reparaciones, ¿verdad?

Trent asintió.

—El ala de los dormitorios sufrió daños considerables durante una tormenta reciente. De no ser así, te habría llevado allí anoche. El viaje no habría sido tan agotador.

Ambos volvieron a ruborizarse. Como siguieran así, iban a ahorrarse un montón de dinero en calentar la casa. Incluso ahora se estaba planteando seriamente tirar un poco de café al pequeño fuego que habían encendido para caldear la estancia del frío de la mañana. Aunque era un poco ridículo culpar de su actual incomodidad a unas llamas que ardían tan suavemente en la chimenea que más bien eran ascuas, pero aquello hacía que se sintiera mejor.

Al final decidió que era preferible que acabaran de desayunar en silencio. Era lo más sensato. Seguro que a la mañana siguiente las cosas estarían menos tensas entre ellos ya que no volvería a haber ninguna «postergación», a falta de un término mejor.

Porque no la habría, ¿verdad?

¿Y si la razón de que no hubiera visitado su alcoba no era porque se quedó dormida? ¿Y si no tenía intención de convertirla en su esposa en toda la extensión de la palabra? Trent no necesitaba un heredero. Podía ignorarla, recluirla en una de sus propiedades y continuar disfrutando de la vida a su placer. Nunca antes se le había ocurrido que quizá no tuviera hijos de ese matrimonio forzado.

Se le quedó atascado un trozo de tostada en la garganta que no logró bajar ni con un gran sorbo del café que se estaba enfriando a toda velocidad.

Trent carraspeó y se puso de pie. Adelaide alzó la mirada para poder verlo; no confiaba en que las piernas le respondieran mientras trataba de convencerse de que aquel nuevo temor era ridículo e infundado. Viajar la había dejado exhausta. Seguro que no eran la única pareja que había esperado una noche.

—Suelo ir a la capilla de Grosvenor para el servicio dominical. Me temo que todavía no he alquilado un banco propio. Aunque si prefieres no usar el banco de la familia, puedo intentar obtener uno en St. George.

Adelaide se había olvidado por completo de que hoy era domingo. Irían a la iglesia juntos. Entraría de su brazo y se sentaría en su banco. Con ese gesto, anunciarían su matrimonio sin necesidad de tener que pasar por tediosas presentaciones, preguntas para nada sutiles y miradas escépticas sobre su persona.

—El banco de la familia me parece perfecto.

—¿Puedes estar lista en media hora? La mayoría de los sirvientes van a St. George, así que llevo el coche de dos caballos hasta Hawthorne House y después voy andando hasta la capilla Grosvenor.

—Eso suena fantástico. —Y lo decía en serio. Por el nombre, tenía la sensación de que se trataba de un lugar más pequeño y acogedor para asistir al culto. Tal vez fuera parecida a la iglesia local que había en su casa. Había pasado mucho tiempo en ella, visitando al rector y a su esposa cuando su madre se olvidaba accidentalmente de ella los domingos por la mañana, sobre todo desde que nació su hermano Bernard. A fin de cuentas, un número par ofrecía una imagen mucho más elegante al recorrer la calle. El rector era muy

aficionado al juego de Matatenas y Adelaide y él comentaban el sermón mientras echaban una partida.

Dudaba que ese día jugara al Matatenas, pero la distracción de acudir al culto y tener algo que hacer de verdad hizo que las piernas dejaran de temblarle. Ahora estaba convencida de que podía andar; algo que necesitaba hacer ya mismo si quería estar lista en media hora.

—¿Puedo acompañarte arriba? —Trent le ofreció brazo. Volvió a fijarse en los mechones de pelo que le caían sobre la frente y le entraron unas ganas locas de alzar la mano y colocárselos.

En su lugar, deslizó la mano en su brazo con una sonrisa de asentimiento. Y mientras se maravillaba al sentir la calidez que proyectaba la extremidad de un hombre al tocarlo sin guante, de pronto fue consciente de que estaba casada. Y ese hombre era su marido.

Por primera vez en tres semanas, pensó que tal vez aquello podía ser algo bueno.



Podía haber esperado una semana. Solo llevaban un día casados. La mayoría de la gente no esperaría verlos por la calle hasta pasados varios días, si no semanas. Pero la absoluta desconexión con todo lo que le resultaba familiar le había dejado ansioso por regresar a su rutina habitual. Aunque con Adelaide a su lado en el carruaje, la rutina era de todo menos habitual. Aquella falda azul al lado de sus pantalones marrón oscuro ofrecía un marcado contraste que nunca había visto antes.

Llevar de paseo a damas en su coche no era algo que soliera hacer. A menos que estuvieran emparentados, limitaba sus encuentros sociales a lugares más públicos. Cuando se decidiera a cortejar a una mujer iba a ser algo especial, tan emocionante para él como para ella.

Al menos ese había sido el plan.

Pero ahora iba conduciendo con su esposa al lado, y aunque se había esperado lo peor, después de la situación incómoda del desayuno, encontraba estimulante echarle un vistazo y ver los rayos del sol iluminando su bonete,

resaltando la cinta que debía ir sujeta a la barbilla, pero que se había desatado y ahora se enredaba en las plumas del lateral del sombrero.

Sonrió. Iba por la calle, acompañado de una mujer hermosa, ¿y se preocupaba por una relación que ya era un éxito seguro? Por lo menos en lo relativo a llegar al altar. ¿Qué hubiera hecho si tuviera que cortejar a Adelaide? ¿Si hubiera ido a su casa y la hubiera recogido como hacían otros caballeros en la fase del cortejo?

—¿Tienes algún color favorito?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Color?

—Sí. Color. Azul, verde, marrón. Ya sabes.

—Oh. —Adelaide volvió a mirar al frente y contrajo la nariz hasta que se le formaron unas pequeñas arrugas en los laterales de los ojos.

—Me gusta el azul. Al menos siempre tiendo a comprar un montón de vestidos azules. Ahora, además, puedo escoger tonos azules más atrevidos; un cambio que me entusiasmó cuando mi madre me llevó a la modista hace unas semanas.

No era la primera vez que una mujer que conocía traía a colación el tema de la moda en su presencia. Incluso podía llevar el peso de una o dos conversaciones sobre el asunto. Pero se sentía un poco raro hablando de sus vestidos. Quizá porque a partir de ahora sería él el encargado de comprárselos.

—¿Tienes todo lo que necesitas? Supongo que no habrás podido hacerte con todo lo que precisas para la temporada en solo tres semanas.

—Oh, bueno, para una temporada normal no, pero como ahora soy una mujer casada, creo que tengo bastante.

Se quedaron callados el resto del corto trayecto. ¿Dónde estaba esa elocuencia que le había conseguido invitaciones a todos los eventos sociales de su alrededor desde que tenía quince años? Él, que había logrado dar la vuelta a todas las malas notas que había obtenido en la escuela, que convenció al heredero del conde de Egleshurst de colocar una silla y un pupitre en medio del campo de atletismo de Eton para que se pusiera a estudiar las conjugaciones del latín y que estuvo a punto de persuadir a una

de las patrocinadoras de Almack's para que le dejara entrar cinco minutos después de las once.

Con toda esa experiencia debería de haber sido capaz de encontrar «algo» de lo que hablar con su esposa.

Dejaron el vehículo con los mozos de Hawthorne House e hicieron a pie la escasa distancia que les quedaba hasta la capilla de Grosvenor, donde mantuvieron una discusión un poco forzada sobre las hojas de los árboles; una conversación que dejaron de lado en cuanto subieron por la escalera de la capilla.

¿Cuántas veces había atravesado esas puertas sin fijarse en quién pasaba por delante de él? A casi todos solía verlos en otros eventos a los que acudía. Y aunque la mayoría veía la iglesia como otro lugar más en el que exhibirse, a su familia siempre le había interesado más el servicio en sí. Esa era una de las razones por las que acudían a la capilla de Grosvenor en vez de a St. George.

Hoy, sin embargo, fue consciente de todos y cada uno de los asistentes. Como duque de Riverton, Griffith tenía alquilado un banco en la parte de delante del santuario y Trent y Adelaide tuvieron que pasar por delante de todo el mundo para llegar hasta allí.

Y todos parecían muy interesados en ellos.

Cuando la puerta del banco reservado se cerró, quedó claro que Adelaide era ahora miembro de la familia Hawthorne.

Cientos de susurros crearon un murmullo bajo que duró hasta que resonaron los primeros acordes del órgano. De niño, siempre había rezado para que el sermón fuera breve y conciso. Hoy, sin embargo, esperaba que no terminara nunca. No porque estuviera interesado en él; apenas había escuchado una palabra, pues se había pasado todo el tiempo pendiente de los pequeños cambios de postura que Adelaide hacía cada pocos minutos.

No era la primera «esposa» que se sentaba en ese banco. Los maridos de sus dos hermanas lo habían usado. Colin y Georgina seguían utilizándolo cuando estaban en Londres, aunque Ryland y Miranda habían alquilado el que había al otro lado del pasillo. No obstante, Adelaide sí era la primera esposa de Trent que lo ocupaba. Y la única, esperaba. Porque si las

situaciones incómodas eran la tónica general de todos los matrimonios, tenía que poner en duda la cordura de los hombres que, según había oído, tomaban más de una esposa.

El servicio concluyó demasiado deprisa y tuvo que enfrentarse a la difícil decisión de cuándo abandonar el banco. Detrás de ellos, empezaron a oír pasos andando por el suelo desgastado y las puertas de los bancos abriéndose y cerrándose en su particular bendición. Eran sonidos propios de la gente. Y la gente hacía preguntas. Tenía que haber esperado una semana. Se suponía que Griffith iba a estar en Londres la semana siguiente. Con el duque a su lado, nadie se habría atrevido a acercarse a él. Su hermano resultaba demasiado intimidante, así de sencillo. Era la primera vez que Trent consideraba su innata simpatía una desventaja.

—¿Terminamos con esto de una vez? —preguntó a la preocupada y poseedora de una belleza poco convencional morena que tenía al lado. Adelaide lo miró parpadeando. Por extraño que pareciera, estaba empezando a aficionarse a esos parpadeos. Tenía unos ojos fascinantes, que capturaban su atención sin la ayuda de esos lentos movimientos de párpados o las lentes, que los hacían parecer más grandes de lo que ya eran. Trent se aclaró la garganta—. Estoy seguro de que habrá presentaciones. ¿Estás preparada?

Adelaide asintió.

—Oh, sí. Se me dan bastante bien los nombres, creo.

—Una vez más en la brecha —Trent se inclinó sobre ella para extender el brazo y abrir la puerta del banco.

Su suave risa le acarició la oreja mientras echaba de nuevo el brazo hacia atrás.

Él también esbozó una amplia sonrisa, contento porque a Adelaide le hubiera hecho gracia su referencia a Enrique V, aunque Shakespeare seguramente se hubiera burlado por comparar el hecho de soportar a los miembros de una congregación con una invasión prácticamente imposible.

Si los ojos como platos que miraban en su dirección eran alguna señal, todavía no se había debido de propagar por Londres la noticia de sus nupcias. Había esperado que *lady* Crampton se encargara de publicar alguna columna en el periódico para que toda la aristocracia se enterara de que había casado a

su segunda hija con el hijo de un duque. Ahora, todo el mundo al que presentaba a Adelaide parecía completamente sorprendido, como si hubieran intentado convencerse a sí mismos de que era una prima que estaba de visita o algo parecido, a pesar de que todos los integrantes de la familia Hawthorne eran rubios. Una joven dama incluso parecía estar esforzándose por no romper a llorar.

Algo que pareció perturbar a Adelaide porque, cuando lograron librarse de la multitud y se disponían a regresar a Hawthorne House, preguntó:

—¿Tenías mucha relación con ella? —La mano en su codo se tensó unos segundos antes de que los dedos volvieran a deslizarse suavemente por su antebrazo.

—¿Con quién?

—Con la señorita Elizabeth. La que lloraba cuando nos presentaste. ¿Estabas cortejándola?

Trent se detuvo y se volvió para poder mirarla a la cara en medio de la calle.

—No, ni tampoco he cortejado a ninguna otra. Voy a los bailes y reuniones sociales porque tengo que hacerlo. De vez en cuando hasta «quiero» hacerlo. Bailo. Sonrío. Pero no cortejo a nadie. Seguro que estaba molesta por alguna otra cosa.

—Mmm. —Adelaide lo miró de arriba abajo y luego echó un vistazo por encima de su hombro en dirección a la iglesia.

—Sea como sea —dijo él mientras reanudaban la marcha—. Estoy casado contigo.

—Sí. Supongo.

Y con eso desapareció cualquier esperanza de mantener una agradable conversación de camino a casa.

Capítulo 7



El estiramiento que solía hacer Trent todas las mañanas se vio obstaculizado por el brazo del sofá que tenía encima de la cabeza y el respaldo tapizado que empujaba contra su hombro. Con un gruñido, giró sobre sí mismo hacia un lado y balanceó las piernas hasta que pudo apoyar las rodillas en el suelo y estirar los brazos a lo largo del sofá. Sus músculos gritaban de agonía tras toda una noche sentado en una silla, seguida de unas pocas horas de vueltas e intentos de ponerse cómodo en un estrecho sofá.

Giró la cabeza hacia delante y hacia atrás, esperando aliviar algo de la tensión y la migraña que tenía.

No tuvo éxito.

Estaba claro que, hasta ahora, el matrimonio no le estaba haciendo ningún favor, aunque tampoco entendía por qué debería. Se había casado porque tenía que hacerlo, porque no le había quedado otra salida. Había cumplido con su deber de caballero, como bailar con aquellas damas a las que nunca sacaban a la pista y sostener la puerta abierta. Sí, esa obligación tenía bastantes más consecuencias que quitarse el sombrero ante una dama que pasara como gesto de deferencia, ¿pero tenía que cambiarle por completo la vida? Jamás había cortejado a ninguna mujer, ni había estado interesado en ninguna en concreto, así que, en cierto modo, nada había cambiado.

Podía seguir como hasta ahora y todo sería como si ese matrimonio nunca se hubiera producido.

Se levantó del sofá con un único impulso y gimió cuando todas las articulaciones de su cuerpo protestaron por el movimiento. Estaría como nuevo después de sus ejercicios matutinos.

La casa estaba en silencio mientras subía las escaleras. Decidió no mirar hacia la puerta del salón de arriba. Casi siempre se preparaba él mismo para su paseo de por la mañana; lo que le dio la excusa perfecta para no detenerse a pensar en por qué no quería llamar a Fenton para que hiciera las veces de su ayuda de cámara. Aunque pensar en el hecho de que no tenía que pensarlo le quitó la gracia al asunto.

Cuando Digby lo vio, abrió los ojos como platos y miró el reloj de la pared para corroborar la hora tan temprana, pero no dijo nada mientras le preparaba el caballo. El sol apenas se abría camino a través de las nubes y la niebla en el momento en que se alejó trotando en dirección a Hyde Park. Necesitaba una buena cabalgada para aclarar la mente y volver a poner en orden su vida. Sí, ahora tenía una esposa en casa. Pero aquello no tenía por qué cambiar nada.

El caballo vio que una hoja cruzaba el camino y se hizo a un lado. Por lo visto ni *Bartholomew* se creía esa mentira. Trent le dio una palmada en el cuello y estiró las piernas para darle la señal de que empezara a galopar. El viento le retiró los mechones de la cara y atravesó las costuras de su traje, haciendo que fuera muy consciente del frío matutino y que tuviera la sensación de volver a estar vivo.

Vio a varios caballeros a lo largo del camino, algunos al galope como él y otros a un trote más pausado. Al ver a un capado negro soltando espuma mientras el jinete lo acompañaba de vuelta a la avenida principal, se recordó que no podía dejarse llevar por las ganas que tenía de escapar con su caballo y olvidarse de todo. Tiró de las riendas y redujo la velocidad de su montura; un gesto que jugaba a favor de la salud del caballo, pero que permitiría que se acercaran a él los jinetes que venían con intención de charlar. Algo raro a esas horas de la mañana, aunque cuando las noticias eran lo suficientemente interesantes, la gente hacía caso omiso de las posibles molestias.

—¡Hombre, Hawthorne! —Un impresionante caballo marrón apareció haciendo cabriolas y se puso a trotar junto a Trent—. He oído comentarios de que ayer tenías una esposa sentada a tu lado en la iglesia.

Miró por encima del hombro al señor Bancroft y esbozó una amplia sonrisa.

—Bueno, no podía permitir que se sentara en los bancos gratuitos.

Bancroft se rio por lo bajo.

—¿Sabes? Hiciste llorar a mi mujer durante el té. Albergaba la esperanza de emparejarte con nuestra Hannah. Creía que no te casarías hasta dentro de unos cuantos años.

Ya eran dos, aunque Trent nunca había pensado en ese sentido en la hija de Bancroft. Ni siquiera estaba seguro de que conociera a la tal Hannah, aunque sí que estaba convencido de que todavía no tenía los dieciséis. Aun así, no haría nada que insultara a la mujer de otro hombre. Ni tampoco a la suya propia.

—¿Qué puedo decir? Caí en las redes del matrimonio antes de buscarlo siquiera.

—Ah, sí, el amor es lo que tiene. Me pasó lo mismo con mi esposa. Sí, señor, tú y yo somos unos afortunados. El Señor tuvo a bien bendecirnos, a pesar de nosotros mismos. —Bancroft palmeó a su caballo en el cuello—. *Ulysses* está cada vez más inquieto. Ya nos veremos, Hawthorne.

Apenas le dio tiempo a levantar una mano, cuando el caballo de Bancroft ya salía al galope.

De modo que era un afortunado. Pues él no se sentía así. Sino todo lo contrario. La discrepancia entre la realidad y lo que suponía la gente se metió por debajo de su pañuelo de cuello, descendiendo hasta la parte baja de su espalda y produciéndole una comezón que arruinó por completo la libertad que había encontrado con la corta cabalgada de aquella mañana.

Guió al renuente caballo hasta casa, resistiendo el impulso de frenar al animal cuando aceleró el ritmo a medida que se acercaban al pequeño establo.

Cuando entró dentro de la casa para desayunar, la incómoda irritación se había propagado por toda la espalda. Y el ceño fruncido de la señora Harris cuando se la encontró en la puerta no ayudó en nada que mejorase su estado de ánimo.

—He preparado una bandeja esta mañana.

Trent se frotó la nuca con la mano.

—Siento haberte molestado. Aunque sabes que siempre desayuno aquí abajo, después de mi paseo matutino.

El ama de llaves se cruzó de brazos, cuya cara redonda con el ceño fruncido parecía fuera de lugar en aquel rostro normalmente cariñoso.

—No se la he preparado a usted.

—Ah, sí, para Adelaide. Bien. —Se quitó los guantes de montar—. Y ya que estamos, ¿por qué exactamente supone algún problema?

—Porque el sofá de su estudio no está hecho para dormir —resopló ella—. Me están entrando unas ganas enormes de servirle gachas esta mañana.

Y a él de conseguir una nueva ama de llaves. Aunque no se lo diría. Ni tampoco cumpliría dicha amenaza si alguna vez se atrevía a decirlo en voz alta. En el fondo sabía que tendría que conservarla hasta que ella misma decidiera retirarse, salvo que quisiera sufrir la ira de, por lo menos, la mitad de su familia.

—Preferiría que no lo hicieras. Si me obligas a empezar el día sin tu mantequilla de canela y el beicon perfectamente crujiente, hoy no seré capaz de hacer nada como Dios manda. Si quiero producir algo hoy no puedo estar languideciendo por uno de tus maravillosos desayunos.

La señora Harris elevó una de las comisuras de los labios en una medio sonrisa.

—Siga con lo suyo, entonces. Vaya arriba a asearse un poco. Diré a Fenton que ha vuelto.

Superada la crisis y salvado el desayuno, Trent subió las escaleras sin hacer mucho ruido para no anunciar su regreso a toda la casa. Engatusar a la señora Harris era una cosa. Engatusar a su mujer, a la que había abandonado... otra vez... era otra bien distinta. Seguramente se pondría a balbucear y se ruborizaría de la cabeza a los pies.

Se tomó el desayuno sin dejar de mirar de reojo la puerta. Temía que, a pesar de que le hubieran enviado una bandeja, Adelaide decidiera bajar a desayunar. Pero ella nunca apareció y se quedó sentado delante de un plato vacío, mirando a las paredes y preguntándose a qué lugar de su casa podía ir para no toparse con ella.

Las opciones eran escasas, así que optó por el siguiente paso más lógico.
Salió de casa.



Otra bandeja con el desayuno, otro duro recordatorio de que había transcurrido otro día y otra noche más sin ninguna interacción «significativa» con su marido. Adelaide miró con el ceño fruncido los huevos cocidos. Bueno, olvidemos lo de «significativa». Algo tan sencillo como un «buenos días» habría hecho que estuviera más feliz, o al menos un sencillo gesto de asentimiento. Aunque aquello habría requerido que estuvieran en la misma habitación y, salvo una breve discusión sobre dónde podía guardar sus baúles, no le había visto desde que su doncella personal y su equipaje llegaron de Hertfordshire.

Tomó la rosa que había en la bandeja y empezó a darle vueltas entre los dedos. La señora Harris siempre ponía una (seguramente para que ambas obviaran la verdadera razón por la que tenía que llevarle la bandeja). Tras llevársela un instante a la nariz para aspirar su aroma, la colocó en el jarrón que había sobre el escritorio donde solía desayunar. Cuatro rosas. Una por cada día que llevaba evitando a su marido por la mañana. Los pétalos de la rosa del lunes estaban empezando a marchitarse, otra señal del tiempo que había pasado desde la última vez que habló con lord Trent.

Debajo de las rosas, había un montoncito de papeles doblados, el único tipo de comunicación que había mantenido con su marido en días. Él le mandaba un mensaje todas las tardes, entregado por Fenton, a cada cual más simple. En el del primer día, le comunicaba que había dado instrucciones a Oswyn, el lacayo, para que estuviera disponible en caso de que ella deseara ir a algún sitio; algo que formaba parte del trabajo del hombre.

Los de los siguientes días fueron aún más ridículos, diciéndole cosas como dónde había dejado los periódicos por si quería leerlos y recordándole que informara a la señora Harris de cuáles eran sus platos favoritos. Como si la señora Harris no se las hubiera arreglado ya para conseguir ese dato por sí misma. Adelaide pasaba mucho más tiempo con el ama de llaves que con su

marido; lo que no le hubiera molestado mucho si al menos hubiera pasado algún momento con su esposo.

La esquina de la tostada cayó sobre los huevos y ella movió el lado del pan hasta que hizo un agujero en medio de ellos. ¿Cuántas veces había deseado a lo largo de su vida que le llevaran una bandeja con el desayuno? Aquello significaba que no tenía que sentarse en la mesa ni escuchar los planes que todo el mundo tenía para pasar un día emocionante mientras ella solo podía pensar bajo qué árbol se iba a sentar para leer. A menos, por supuesto, que su madre requiriera su presencia para algo, como por ejemplo las lecciones de baile. Si Helena necesitaba una pareja para practicar, entonces solicitaban su asistencia.

Pero ahora estaba casada y no tenía que presentarse en ningún sitio.

En cuanto entendió las implicaciones de esa última afirmación, parpadeó y enderezó la columna. No tenía que ir a ninguna parte, hacer nada o ayudar a nadie si no quería hacerlo. Aunque no llegara a tener hijos (algo que esperaba resolver algún día) por lo menos sí tendría una vida y tomaría el control.

Rebecca, su doncella personal, soltó un grito de sorpresa cuando Adelaide se precipitó hacia ella mientras entraba en la habitación con un vestido recién planchado bajo el brazo. Tras tomar una profunda bocanada de aire para calmarse, se dispuso a prepararla para el día con silenciosa eficiencia, como haría cualquier sirviente normal y corriente.

Pero esa mañana venía tarareando una melodía.

Desde la llegada de Rebecca el lunes por la tarde (junto con el resto de su equipaje y Finch, el ayuda de cámara de Trent y marido de Lydia) Adelaide había luchado contra la urgente necesidad de hacerle preguntas, hablarle y mantener conversaciones que jamás se habría imaginado tener con una criada. Después de tres días de constante cháchara de Lydia y dolorosos tirones de pelo, pensó que disfrutaría del comportamiento más recatado de Rebecca. En cambio, le irritó bastante, aunque su cabello agradeció considerablemente su regreso.

Sin embargo, aquel tarareo le proporcionó el empujón que necesitaba. Miró hacia la ventana, pero las nubes bajas parecían estar marcando el comienzo del día más gris desde su llegada a Londres. Estaba claro que el

buen humor de la doncella no se debía al buen tiempo.

—¿Estás teniendo una buena mañana, Rebecca?

La sirvienta sonrió y fue hacia el vestidor que había en la parte trasera de su dormitorio.

Adelaide la siguió, mirándola con ojos entrecerrados. El vestidor era pequeño, más bien parecía un armario grande, así que prefería que la vistiera en la habitación principal. ¿Por qué estaba haciendo Rebecca esa mañana lo contrario?

—Por supuesto que sí, *milady*. ¿Por qué me lo pregunta?

¿Acaso no se daba cuenta de que prácticamente estaba cantando mientras trabajaba?

—Por el tarareo.

—Oh, sí. —La doncella bajó la vista antes de volverla a mirar. Se fijó en la sonrisa prácticamente deslumbrante que esbozaron sus labios—. ¿Le gusta? Pensamos que podía alegrarle la mañana.

Estaba a punto de hacer un gesto de asentimiento (al fin y al cabo, qué más le daba a ella si la doncella quería canturrear mientras hacía sus tareas), pero una parte de la respuesta que le dio hizo que se detuviera.

—¿Pensasteis?

—Sí... Yo misma, la señora Harris y Lydia. Y Finch, por supuesto. —Rebecca empezó a quitarle la ropa de dormir—. En realidad, es un poco extraño. Es cierto que siempre se habla en las dependencias de la servidumbre, pero esto va mucho más allá que los chismorreos de costumbre. Estas personas quieren ayudarte de verdad y... Oh, Dios mío. No estoy diciendo lo que debiera, ¿verdad? Les dije que estas cosas no se me daban bien. No tengo ni la menor idea de cómo comportarme de una forma tan familiar.

Adelaide abrió los ojos como platos. Incluso llegó a pensar que la mandíbula se le había caído al suelo.

Rebecca le metió el vestido por la cabeza y luego se colocó detrás de ella para atárselo.

—No se preocupe, *lady* Adelaide —continuó la doncella—. A partir de este momento seré tan sigilosa como una buena sirvienta. Ambas estaremos

más cómodas.

Adelaide no dijo nada mientras la habitación se sumía en un silencio sepulcral. O casi. Puesto que, instantes después, se oyó un golpe y un susurro a través de la puerta que conectaba su dormitorio con el de su marido. Volvió la cabeza en esa dirección.

—¿Está ahí?

Rebecca bajó la mirada; parecía estar muy concentrada en el calzado de Adelaide.

—Sí, *milady*. Finch comentó que hoy el señor iba un poco más retrasado con su horario habitual así que quizá le oyese cuando fuera a vestirse. La señora Harris y Lydia me dijeron que si tarareaba no se daría cuenta.

El personal de aquella casa se escapaba a su comprensión. Aun así, seguía determinada a hacer algo más con sus días que pasarse mirando las paredes de su habitación o caminar de puntillas por la vivienda como si temiera encontrarse con alguien, a pesar de que, en teoría, era la señora del lugar. No tenía la menor idea de qué lugares podía visitar en Londres, así que eso dejaba la casa como punto de partida para ocupar su tiempo.

Y tenía toda la intención de empezar por el salón.

Después de terminarse el café. Lo que dejaría tiempo suficiente a su marido para que se vistiera y se marchara adónde fuera que pasaba cada día.



Trent se colocó la manga de la levita y se volvió hacia Finch para que pudiera terminar de arreglarle el pañuelo de cuello.

—¿No necesita nada más, señor? —Finch se dio la vuelta para recoger su ropa de montar, evitando de nuevo mirarle a los ojos.

—También estás enfadado conmigo, ¿verdad? —Trent se pasó la mano por el cabello que Finch acababa de peinar—. La señora Harris se queda parada en medio del vestíbulo y me taladra con la mirada cada vez que salgo y entro en casa. Fenton lleva sin contarme ningún chisme desde el martes. Y ahora tú te comportas como el perfecto ayuda de cámara. No puedo ni imaginarme lo que tu esposa estará diciendo de mí.

Finch se aclaró la garganta.

—Nada amable, milord.

Trent soltó un gruñido y se dejó caer en la poltrona de su padre.

—¿Irá ahora al club, milord?

—No. —También le habían privado de ese placer. Ya no podía ir a ninguna parte sin que alguien quisiera hablar con él de su esposa. Con gente llegando a Londres todos los días, seguía siendo el tema de conversación favorito. El día anterior, ni siquiera había podido hacerse con un florete en su club de esgrima ya que, desde que entró por la puerta, no dejó de recibir felicitaciones y condolencias por igual por su nuevo estado civil—. Hoy me voy a quedar en casa.

Finch pareció resplandecer de la cabeza a los pies. Echó los hombros hacia atrás y esbozó una amplia sonrisa.

—Una idea estupenda, milord.

Trent cerró los ojos y suspiró. Estaba claro que el ayuda de cámara pensaba que tenía intención de hacer algo con su esposa. Todo lo contrario. Aunque dormía todas las noches en el estudio, tenía tres semanas de correspondencia atrasada apiladas en el escritorio y necesitaba ponerse al día. Pero no le dijo nada a Finch. No le haría daño a nadie que uno de los dos se aferrara un poco más a su sueño.

Capítulo 8



Como la estancia más pública de la casa, y seguramente la más deteriorada por el uso, el salón necesitaba una reforma urgente. El único problema era que las ganas y la intención no siempre iban unidas a la capacidad para hacerlo. Adelaide no tenía la más mínima noción de cómo redecorar una habitación. Sí, había que cambiar las cortinas. Aquello no sería muy difícil. Solo eran telas colgando de unas barras.

Tiró del pesado brocado verde para comprobar si era necesario reemplazar también la fijación de las mismas. Por lo que pudo ver, tanto la barra como los ganchos eran bastante sencillos. Algo más elaborado habría estado bien, pero era suficiente con lo que había.

Un movimiento al otro lado del cristal llamó su atención y, antes de darse cuenta, se encontró mirando a la cara a dos mujeres. Una era una joven, probablemente de su misma edad, que abrió los ojos como platos en cuanto la vio en la ventana. Cuando esta agarró a la otra del codo, señalando en su dirección con la mano que le quedaba libre, todos sus instintos la conminaron a apartarse de la ventana.

Por desgracia, todavía sostenía la cortina que estaba inspeccionando.

El pie se le enrolló en la tela, perdió el equilibrio y cayó al suelo golpeándose el trasero y tirando de la cortina, que acabó aterrizando en su cabeza, con barra y ganchos incluidos.

Ahora no le quedaba más remedio que reemplazarlo todo.

¿Habría causado el accidente el ruido suficiente como para que se

presentara corriendo alguno de los sirvientes? Ojalá no, pues quería quedarse en el suelo hasta que ambas mujeres dejaran de mirar embobadas desde el otro lado de la ventana y se marcharan.

No oyó ningún paso apresurado acercándose. Al menos algo jugaría a su favor ese día. Tras esperar unos pocos minutos, se quitó de encima el viejo brocado y apiló el montón de tela detrás del sofá.

Si el salón no había estado en los primeros puestos de estancias que había que redecorar, ahora sí lo estaba.



Esa mañana, Trent pidió que le llevaran el desayuno al estudio. Incluso dio instrucciones para que fuera Oswyn, sin duda el miembro más respetuoso del personal, el que se lo llevara. Aunque tuviera una relación muy estrecha con sus sirvientes, estos nunca habían desobedecido una orden directa, de modo que, cuando oyó que llamaban a la puerta, sabía perfectamente que era Oswyn el que estaba detrás de ella.

Efectivamente era él, bandeja en mano y con el ceño fruncido. Y justo detrás, tenía al resto del personal mirándole con gestos similares de desaprobación. Si su intención había sido evitar ver ese tipo de caras, había fallado estrepitosamente. La doncella de Adelaide era la única que parecía no haber acudido. Incluso Digby había venido desde los establos para asistir a la confrontación.

Le quitó la bandeja de las manos a Oswyn con un gruñido y dio una patada a la puerta para que se cerrara delante de las narices de todos ellos.

Como el día anterior se había encargado de la correspondencia, cuando terminó de desayunar se sentó en el sillón orejero con un libro. Pensó en tumbarse en el sofá, pero últimamente le estaba prestando demasiada atención.

Lo último que esperaba mientras pasaba una página, sin saber realmente lo que estaba leyendo, fue ver a la señora Harris irrumpir en el estudio sin llamar.

El ama de llaves atravesó la estancia como un vendaval para recoger la

bandeja de desayuno, pero se quedó parada.

—Nunca le había tomado por un cobarde, milord. No creo que me guste mucho trabajar para un hombre así.

Trent se quedó tan aturdido que se le cayó el libro de los dedos y quedó olvidado en su regazo, sin saber la página por la que iba.

—Es una joven realmente encantadora —señaló la señora Harris, recogiendo, ahora sí, la bandeja—. Es un auténtico placer trabajar para ella.

Trent frunció el ceño. ¿Un placer trabajar para ella? ¿Haciendo qué? Por lo que tenía entendido, Adelaide nunca salía de su dormitorio. No lo sabía de primera mano, ya que apenas abandonaba su estudio, sino porque la casa seguía teniendo el mismo aspecto que antes, no había cambiado ni un ápice. Incluso la comida era la misma, así que tampoco había supervisado los menús.

—Es tan agradable volver a tener a una mujer en la casa. Desde que Amelia se fue, no he tenido ocasión de sacar la porcelana fina.

Trent estuvo a punto de soltar una carcajada, fruto tanto de la desesperación como por lo cómico que le había parecido aquel comentario. La única diferencia entre la porcelana fina y los platos en los que había estado comiendo antes de casarse era que la porcelana tenía cuatro cubiertos a juego. En las raras ocasiones en las que había invitado a su familia, había tomado prestada la vajilla de Hawthorne House.

La señora Harris fue hacia la puerta, pero se volvió antes de abandonar la estancia.

—Escondiéndose aquí mientras lee un libro. ¿Cuándo fue la última vez que se puso a leer a mitad de la mañana, milord? Piense en eso y en de qué se está escondiendo. Creo que estará de acuerdo con la evaluación que he hecho de su último y abyecto comportamiento.

Trent tosió.

—¿Abyecto?

—Lo leí en uno de los libros de Adelaide. Dice que es un término que normalmente se usa en los juicios. Pero si me lo pregunta, creo que en este caso le viene como anillo al dedo.

Y dicho eso se marchó, dejando a Trent mirando fijamente al libro que en

realidad no leía y preguntándose si el ama de llaves tendría razón.



Después del destrozo del salón, Adelaide regresó a su solitario retiro buscando consuelo, como siempre había hecho, en los libros, tanto novelas como textos académicos. El domingo por la mañana, cambió su rutina de autocompasión por ir a la iglesia; sencillamente no podía soportar seguir en aquella casa ni un minuto más. Estaba esperando en el vestíbulo principal, vestida y preparada para salir, cuando Trent bajó trotando por las escaleras. Cuando la vio junto a la puerta, se detuvo a mitad de la escalera, pero no hizo otra cosa que asentir y saludarla con un somero «buenos días» antes de escoltarla fuera hasta el carruaje.

El rato que pasó en la iglesia fue mucho más llevadero que el de la primera semana. Llegaron justo antes de que comenzara el servicio y Trent la sacó antes de que a la mayoría de los asistentes les diera tiempo a abrir las puertas de sus bancos.

De vuelta a casa, ambos se quedaron un instante de pie en el vestíbulo, uno frente al otro, pero cada uno mirando a otro lado. Adelaide escogió un extraño cuadro de un bodegón, cuyas frutas parecían tener cara. Unas frutas que estaban siendo testigos de su humillación. Había tocado fondo.

Tal vez esa sensación de que ya no podía ir a peor fue lo que le dio el coraje que necesitaba el lunes por la mañana. ¿Y qué si tiró las cortinas del salón? Puede que solo fuera otra señal más de que necesitaban cambiarse. Con el tiempo recibirían alguna visita (su madre o alguna otra persona) y tendrían que usar el salón. Tenía que ponerlo presentable.

Lo único que tenía que hacer era elegir unas nuevas cortinas. Eso sería un gran comienzo.

Sin embargo, la realidad cayó como un balde de agua fría sobre los planes que tenía para ese día. Prácticamente podía oír a los comerciantes riéndose de ella mientras intentaba comprar mercancía en nombre de Trent sin ninguna prueba que demostrara que estaba emparentada con él. Los rumores alimentados en la iglesia no serían suficiente, ni tampoco tenía idea de cuánto

dinero necesitaba. Si quería comprar las nuevas cortinas tendría que hablar con su marido, lo que implicaría pasar tiempo juntos en la misma habitación; algo que no le apetecía en absoluto.

Quizá pudiera enviarle una nota a través de Fenton. O pedirle que le hiciera un hueco en su agenda. ¿Seguiría algún tipo de horario? Su padre sí lo hacía. De hecho, tenía un secretario que venía un par de veces por semana para echarle una mano con la correspondencia y papeleos varios. Al ser un segundo hijo, ¿necesitaría Trent ayuda de ese tipo?

Con las manos en las caderas, se quedó en medio del vestíbulo principal, reacia a pasar otra semana sumida en la melancolía. ¿En qué otro lugar podía ejercer su posición como señora de la casa? La puerta que llevaba a la zona de la servidumbre llamó su atención. ¿No formaba parte de sus quehaceres estar pendiente de la cocina y de la comida que en ella había?

El mero hecho de atravesar la puerta que daba a la planta baja le produjo vértigo. La casa no contaba con muchos sirvientes, pero en ese momento al menos la mitad de ellos estaban trabajando allí abajo y ahora iba a pasar un rato con ellos. Puede que no estuviera teniendo ninguna interacción con su marido, pero estaba determinada a que le gustara su nuevo y extraño hogar.



Tras la amonestación de la señora Harris, Trent había regresado a su escritorio. Mientras los días pasaban, se había puesto al día con todos los libros de contabilidad y cada informe relativo a sus propiedades hasta casi perder la vista. Los malos hábitos de sueño le estaban pasando factura y se encontró más de una vez dando una cabezada sobre la mesa. Pero ya había terminado hasta con la última anotación relativa a sus fincas. Para ser un hombre al que casi no le habían interesado los asuntos relativos a su patrimonio, estaba encontrando un buen número de razones para esconderse.

Desesperado por hacer algo que pudiera considerarse productivo mientras permanecía en su estudio, abrió el cajón inferior del armario que había detrás del escritorio. Hizo a un lado la pila de papeles y el pañuelo de cuello que ya no se ponía que había encima y sacó el libro sobre gestión agrícola que había

guardado allí unos meses antes. Cuando encontró el libro lo había hojeado un poco, pensando que podría contener algo interesante para pasárselo a su hermano. Pero antes de darse cuenta, lo estaba leyendo detenidamente. Le había fascinado lo que ponía sobre cómo cultivar piñas en un clima no tropical. Incluso estuvo pensando en diversas formas de mejorar el proceso mientras montaba a caballo en Hyde Park por la mañana.

Fue entonces cuando decidió guardar el libro. Le asustaron todas las ideas y planes que no paraban de bullir en su cabeza. Eran pensamientos propios de un hombre responsable y con obligaciones, no los de un joven despreocupado y obsesionado con el deporte. Y él, aunque diera la sensación de lo contrario, todavía no estaba listo para madurar. Solo porque tuviera su propia casa y ahora una esposa no significaba que quisiera demostrar lo capaz que podía ser en otros aspectos de la vida.

Sin embargo, si quería permanecer en ese estudio, aquel libro era lo único que le quedaba. Se había puesto al día con toda la correspondencia, incluso con la que no había tenido intención de responder. Le había pedido a Fenton que entregara todas y cada una de las invitaciones a Adelaide, pero ella todavía tenía que decirle a qué eventos iban a atender. Con la temporada recién empezada, era cierto que no había mucho donde elegir y que se trataría de reuniones con pocos asistentes, lo que haría todavía más difícil eludir las preguntas, así que tampoco le molestaba mucho su actual falta de actividad social. De todos modos, estaba convencido de que las pocas personas que habían llegado a la capital para la temporada no esperarían que una pareja de recién casados se pasara todas las noches de reunión en reunión. Seguro que ni siquiera pensaban que estaban en Londres.

Tendría que habérsela llevado de viaje.

Pero entonces no tendría toda una casa pareada para evitarla.

Debería pedirle que escogiera entre todas las invitaciones y aceptara una o dos, para que tuvieran algo que hacer.

Aunque eso significaba que tenía que buscarla. Y el mero hecho de pensar en aquello hacía que sintiera que llevaba el pañuelo del cuello demasiado apretado. La señora Harris tenía razón. Era un cobarde.

Pero si ya lo era, no pasaría nada porque ostentara ese título un día más. Si

esperaba un poco tendrían algo de lo que hablar cuando se encontraran en la misma estancia. Por el contrario, si la buscaba ahora, no tendría ningún tema de conversación del que tratar cuando estuvieran juntos o cuando se toparan por casualidad en algún lugar de la casa.

Por lo visto no solo era un cobarde, sino también una persona patética.

Dejó el libro de gestión agrícola sobre la mesa y lo abrió por la página que había marcado con un trozo de papel. Después se hizo con una hoja limpia y un lápiz y empezó a esbozar la idea que tenía para el cultivo de piña en distintos niveles para aprovechar la mayor parte del calor. Por muy desagradable que le resultara pensarlo, iba a necesitar un suministro constante de estiércol de caballo si quería implementar aquel procedimiento. Y confiar en que el método holandés generara el suficiente calor como para reproducir el clima tropical en una cámara de vidrio cerrada.

La finca que Adelaide había recibido como dote estaba en Suffolk, muy cerca de Newmarket, llena de granjas de caballos e hipódromos. De modo que no le sería muy difícil conseguir dicho suministro.

Aquello no significaba que realmente fuera a llevar a cabo algo de eso. Solo estaba intentando entretenerse con algo mientras su esposa... Dejó el lápiz en la mesa y se recostó en su asiento con el ceño fruncido. ¿Qué estaba haciendo su esposa? Algunas de las personas que ella conocía del campo habían llegado a la capital. ¿Estaría visitándoles? ¿Haciendo ver a todo el mundo que había cambiado de estado civil, dejando tarjetas de visita por toda la ciudad?

Se irguió al instante, golpeando el lápiz con la mano y haciendo que este rodara por la mesa hasta caerse al suelo.

Tarjetas. Se le había olvidado pedir que hicieran nuevas tarjetas para Adelaide. Sin ellas no podía visitar a nadie. Y si no podía visitar a nadie no podía salir de casa, lo que implicaba que podía encontrársela en cualquier momento.

Estaba claro que su mujer necesitaba urgentemente tarjetas de visita. Ese mismo día a ser posible.

Complacido por tener algo que hacer, guardó el libro en el cajón y lo cerró de un empujón con la bota.

Después, bajó prácticamente corriendo las escaleras principales.

—¡Fenton! Mi sombrero y abrigo, por favor.

Movió la mano con impaciencia, golpeando el pulgar contra el muslo mientras esperaba que el mayordomo le trajera las prendas que había solicitado. ¿Desde cuándo se había vuelto tan lento? De acuerdo que era más bien mayor que joven, pero siempre le había parecido una persona bastante dinámica, a pesar de que estuviera calvo. Tardó seis meses en convencerle para que dejara de llevar la peluca empolvada y se decantara por su aspecto natural; algo que dejó consternados a algunos de sus invitados, pero no tanto como al mayordomo de su cuñado Ryland. Los que visitaban la casa del duque y la duquesa de Marshington eran recibidos por un hombre corpulento, sin cuello y que lucía una enorme cicatriz en la cara. Comparado con él, un mayordomo calvo era casi normal.

La señora Harris entró alegremente en el vestíbulo con el abrigo de Trent en el brazo. Fenton venía justo detrás con el sombrero y con los labios apretados en una fina línea, mostrando su disconformidad. A veces Trent se preguntaba si su mayordomo y su ama de llaves estaban casados, porque en ocasiones actuaban como tal.

—¿Y dónde se cree que va? —La señora Harris se cruzó de brazos, apretando contra sí el abrigo.

Trent sonrió con suficiencia pues sabía que tenía una respuesta que gustaría a la mujer.

—A conseguir tarjetas de visita para mi esposa. Tiene que anunciar al mundo que ha cambiado de estado civil, ¿no le parece?

La maternal ama de llaves parecía estar librando una batalla en su interior mientras le extendía la prenda.

—Supongo. Puede que si sale un rato se anime un poco.

El triunfo que había sentido al conseguir que la entrometida señora Harris renunciara al abrigo se esfumó al instante.

—¿No se encuentra bien?

El ama de llaves se encogió de hombros.

—No sé qué esperaba después de traer a una mujer a una casa desconocida y abandonarla a su suerte. La pobre Lydia ha tenido que ponerse a trabajar en

la cocina porque se siente fatal. Dice que cada vez que entra en el dormitorio de la señora esta se pone a llorar. Es bastante difícil que una doncella pueda hacer su trabajo en esas condiciones.

—Lydia no debería hacer ningún trabajo en absoluto —se quejó él—. ¿No se supone que las mujeres embarazadas se encuentran en una situación delicada?

De todos modos, le disgustaba que Adelaide fuera tan infeliz. Durante la noche que pasaron juntos en las ruinas, ella le había contado que se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo y paseando, salvo que alguno de sus progenitores requiriera su presencia para hacer alguna otra cosa. La biblioteca de Trent no era tan grande, pero sí bastante decente. Y si a su doncella no le apetecía salir, había más sirvientas y un lacayo en la casa que podían acompañarla a cualquier lugar de Londres por el que quisiera pasear. Creía que allí era feliz.

Por lo visto no era así.

Apenas llevaban poco más de una semana casados y ya le había fallado.

—Tarjetas de visita. —Su propia voz le sonó débil, como la de un hombre que tomaba su último aliento antes de ahogarse—. Necesita tarjetas de visita para poder salir más a menudo. Eso es todo.

La señora Harris frunció el ceño.

—Es un comienzo.

Trent le quitó el sombrero a Fenton y reprimió el impulso de salir corriendo por la puerta principal como si fuera un presidiario escapando de la cárcel.

Capítulo 9



Fue a la imprenta en un coche alquilado, donde un hombre muy solícito le dijo que le enviaría un lote de tarjetas al día siguiente y otra caja más grande en una semana. Como no quería regresar a casa tan pronto, le convenció para que le hiciera un paquete más pequeño en el momento y se lo mandara a su club. Que estuviera dispuesto a pagar por una extravagancia como esa era un signo inequívoco de lo desesperado que estaba.

Aunque aquello también le proporcionó una excusa tan buena como cualquier otra para pasar el resto del día en Boodle's. Puede que ahora que estaba haciendo algo por su matrimonio, sin importar la nimiedad que fuera, no se sintiera tan coaccionado ante las preguntas y miradas. Además, había pasado más de una semana. Seguro que a esas alturas era una noticia que había perdido interés. O eso esperaba. Si no era capaz de imaginarse qué podía decirle a su esposa, mucho menos qué decir de ella.

De todos modos, tampoco entendía que pudiera causar tanto alboroto. Sí, su matrimonio había sido una sorpresa, pero se había celebrado en el campo y cuando estaba a punto de terminar el invierno. No existía motivo alguno para que nadie en Londres pensara que no había sido planeado. Inesperado, sí, pero no un escándalo. A menos, por supuesto, que alguien de Hertfordshire hubiera decidido que tenía noticias lo suficientemente interesantes como para contárselas por carta a algún primo de la capital.

Trent se dejó caer en uno de los sillones de cuero del club con un libro abierto en el regazo, que no iba a leer, pero que esperaba disuadiera a

aquellos con ganas de entablar una charla informal. Lo único que quería era tomarse un respiro. Y no estar casado. Pero mientras que lo último era imposible, salvo que Dios permitiera los viajes en el tiempo, lo primero cada vez le resultaba más difícil.

Era obvio que había fallado en lo único que pensaba que podría lograr con aquel matrimonio. A pesar de que era perfectamente posible que Adelaide se estremeciera por dentro cada vez que su manipuladora madre entraba en la habitación, estaba convencido de que nadie de Moonacre Park la haría llorar por su mera existencia. Entonces, ¿por qué Lydia? La muchacha no poseía la mente más brillante de Londres, pero siempre había sido muy dulce y leal al máximo. Nunca habría dicho o hecho nada que pudiera molestar a Adelaide; al menos no a propósito. Aunque también era cierto que uno nunca sabía cuándo una persona tenía problemas ocultos que salían a la luz ante la persona más inesperada. Por eso Trent siempre procuraba que sus interacciones sociales fueran lo más ligeras posibles. Tenía amigos íntimos, sí, pero los había escogido con mucho cuidado.

—¿Cómo te va la vida de casado?

Trent alzó la mirada y se encontró con alguien que definitivamente no formaba parte de su lista de personas cercanas. Cómo no. El señor Givendale tenía que ser uno de esos que haría caso omiso de la señal tácita del libro abierto.

—De maravilla —mintió él—. Estoy esperando que me llegue un envío para dar una sorpresa a mi esposa.

Givendale sonrió con sorna y se ajustó la manga de un abrigo azul que le quedaba demasiado entallado.

—¿Por qué no te lo mandan a casa y así no tienes que separarte de tu flamante esposa?

Trent pasó una página del libro, fingiendo que estaba leyéndolo.

—No quería arriesgarme a que lo enviaran cuando yo no esté y lo reciba ella. Tengo intención de dárselo yo mismo.

—He oído decir que es bastante llamativa. Puede que uno piense que a una mujer así la reconocería cualquiera, pero según parece, nadie sabe quién es. —Aunque fue un comentario completamente grosero, aquel detestable sujeto

tuvo la desfachatez de sentarse en el sillón que estaba a su izquierda.

—Es mi mujer. —Trent se puso a leer el libro de verdad, con la intención de que, al verlo con la vista ocupada, el otro se marchara. Hoy no le apetecía hablar con nadie; mucho menos con Givendale. Tal vez podía dejar a un lado el libro e irse a la sala de billar. Si el tipo le seguía, quizá pudiera darle un golpe con un taco como quien no quiere la cosa.

—¿Pertenece a la nobleza?

—Por supuesto. Está casada conmigo. —Trent cerró el libro de golpe en una rara muestra de irritación y se levantó—. Voy a beber algo.

Givendale enarcó una ceja, las tenía de color castaño claro, hasta casi tocarse el pelo ondulado, que llevaba encerado cuidadosamente, y miró al portero que acababa de pasar y al que podía haber pedido una copa, pero se abstuvo de decir nada y tampoco se levantó. De modo que Trent se fue en busca de una bebida que en realidad no quería.

¿Así iba a ser su vida a partir de ahora? ¿Hacer cosas que no quería hacer para no verse obligado a pensar en el hecho de que no sabía cómo hacer lo que tenía que hacer?

Pidió una copa de oporto y se unió a una partida de *whist*. Los participantes mantuvieron una conversación de temas generales, sin mencionar nada sobre su casa o esposa. Era exactamente lo que creía que necesitaba, pero enseguida tuvo que esforzarse por hacer los movimientos apropiados. Estaba claro que quería estar en otro sitio; lo único que no sabía exactamente dónde.

Cuando por fin le llegó el paquete, a la puesta de sol, tuvo una mezcla de sentimientos contradictorios. Por un lado, estaba deseando llegar a casa y ver si a Adelaide le gustaba el regalo, pero por otro todavía quería evitar a su esposa. Incluso una parte de él, la más ilusa, creía que, si fingía que ella no estaba allí, terminaría despertándose una mañana y descubriendo que seguía soltero.

Sacó una de las tarjetas. El nombre de «*Lady Trent Hawthorne*» atravesaba la rígida tarjeta con letras negras. Ahí estaba. No podía negarlo. Era real.

Había llegado la hora de madurar y dar lo mejor de sí, de convertirse en un

hombre, al menos en algunos aspectos de la palabra. La vida no iba a cambiar y echaba muchísimo de menos disfrutar de sus desayunos. Le gustaría que su esposa se diera cuenta de que podía abandonar su dormitorio para desayunar con él. Aunque tampoco la culpaba porque no quisiera hacerlo. Que él todavía no la hubiera visitado por la noche era la razón por la que Adelaide no deseaba verlo por la mañana.

Con una renovada determinación, aunque un poco inestable, Trent se puso el abrigo y se dirigió a casa con paso decidido; no quería quedarse a esperar a que le pidieran ningún coche de alquiler. Se sentía tan lleno de energía que prácticamente empezó a correr. Lo malo era que no tenía ni idea de que lo haría cuando llegara allí.

Aquello hizo que se detuviera en la esquina entre la calle Berkeley y Burton Place. La intención estaba bien, pero ¿qué iba a hacer exactamente?

En ese momento pasó un carro a su lado cuyas ruedas resonaron sobre los adoquines y lo sacaron de aquel momento de introspección. Continuó la marcha hacia casa, aunque con menos brío que antes. Dios le había puesto en aquella situación, así que no le quedaba otra que confiar en que Él le dijera qué hacer a continuación.



La tarde de Adelaide en la cocina fue mucho mejor de lo que había esperado. El personal la recibió con sonrisas y dispusieron una silla para ella junto a la desgastada mesa de trabajo. Se quedó charlando con ellos después de tomar el refrigerio que le sirvieron, e incluso ayudó a la señora Harris a amasar pan. Aprendió muchas cosas durante el rato que estuvo con ellos. No solo cómo golpear la masa, sino también que Digby, el mozo, empezó su vida laboral como deshollinador, antes de pasar al trabajo mucho más pulcro y menos peligroso de limpiar establos. También que Lydia y Finch habían vivido muy cerca el uno del otro antes de entrar a formar parte del servicio doméstico. De vez en cuando se encontraban cuando iban a visitar a sus madres y así nació el amor entre ellos. Era una historia muy dulce, pero todavía era incapaz de mirar la figura redonda de Lydia sin que se le hiciera un nudo en el estómago.

Que la sirvienta fuera a tener un hijo que ella nunca tendría la deprimía sobremanera.

Incluso conoció un poco más a su propia doncella. No tenía ni idea de que Rebecca tenía debilidad por los caramelos de regaliz. Fue un detalle insignificante, pero hizo que se sintiera un poco más conectada con ese pequeño grupo que conformaban una extraña familia en la zona de la casa destinada a los sirvientes.

Sabía que pronto tendría que contratar a una cocinera. Y sería difícil encontrar a alguien que congeniara con el personal existente. La señora Harris había estado supervisando la preparación de las comidas desde que Trent se mudó allí; una tarea bastante simple cuando el hombre en concreto solía cenar en su club o durante alguno de los eventos sociales a los que asistía. Pero ahora estaban casados y habría más cenas y comidas en casa. Además, con el tiempo tendrían invitados. Suponiendo que alguna vez viera a su marido, por supuesto. No estaba dispuesta a invitar a nadie para que fuera testigo de su exilio en su propio hogar.

A medida que avanzaba la tarde, empezó a esperar a que Fenton le trajera el mensaje del día de lord Trent.

Ese día, sin embargo, no hubo ninguno. Ni tampoco se le comunicó a la señora Harris que tuviera pensando cenar en cualquier otro lugar, lo que significa que seguramente cenaría en casa. Decidida a no perderse la llegada de su marido, se fue al comedor a esperarle.

Pero los sirvientes no dejaron que esperara sola.

Empezó con un solitario, ya que era un juego que podía jugar uno mismo sin necesidad de nadie más. Para que la mesa no estuviera tan vacía, extendió todo lo que pudo las cartas. Enseguida llegó Mabel, una sirvienta encargada de la limpieza, que le preguntó si podía jugar con ella. Después vino Oswyn, el lacayo, y empezaron con un juego sencillo de Maw, usando los cubiertos de plata del aparador como fichas. Después de la primera ronda, Fenton se unió al trío y, antes de darse cuenta, la mayoría del personal estaba sentado alrededor de la mesa del comedor. Le hizo gracia ver una pila de relucientes cucharas, tenedores y cuchillos varios en medio de la mesa. Y como no se estaban jugando dinero, empezaron a hacer las apuestas más ridículas y

asumir riesgos de lo más extravagantes. No recordaba haberse divertido tanto en semanas. Puede que hasta en años.

—¿Hola? —Llamó una voz desde el vestíbulo.

Adelaide se sobresaltó al oír la voz de su marido. Miró de reojo a Fenton. El mayordomo estaba en el comedor, jugando una partida de cartas, en vez de ocupando su puesto. Y todo por su culpa. Trent le había dicho que no podía despedir a ningún miembro del servicio, pero no que él no pudiera hacerlo.

—¡Estamos aquí, milord! —gritó Fenton sin apartar la vista de sus cartas, mientras pensaba cuál sería su siguiente jugada.

Trent entró en el comedor, sin que la escena que tenía ante sí le sorprendiera lo más mínimo.

—Vaya, una partida de Maw con plata. ¿Quién va ganando?

Adelaide parpadeó. ¿Ya habían hecho aquello antes? No le extrañaba que Oswyn hubiera sido tan rápido a la hora de proponer lo de los cubiertos.

Fenton alzó la mirada.

—A *milady* se le da bastante bien, milord. Seguro que la querrá de pareja en la velada de naipes que celebrará su madre dentro de unas semanas.

Adelaide volvió a parpadear. ¿Iba a asistir a una velada de naipes? Pero si ya había agotado todo su repertorio de juego de cartas.

—¿Mi madre va a celebrar una velada de naipes? No sabía ni siquiera que estaba en la ciudad. —Trent se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo de una silla del comedor antes de sentarse a su lado. A continuación, pasó el brazo por el respaldo de la silla donde estaba Adelaide y se inclinó para mirar sus cartas antes de sonreír al resto de jugadores—. Me temo que no tenéis nada que hacer.

Adelaide miró sus cartas. No llevaba nada que mereciera la pena y sabía que perdería esa baza.

Fenton miró en dirección a Trent con los ojos entrecerrados antes de centrarse en ella. Obviamente estaba intentando averiguar qué mano llevaba ella a partir de lo que había dicho su marido.

—Su madre todavía no ha llegado, pero sí ha enviado un mensaje a su personal de Londres para que lo dispongan todo para celebrar la velada y que vayan enviando las invitaciones a los asistentes más importantes.

¿Asistentes más importantes? A Adelaide nunca la habían considerado importante en ningún sitio. Conveniente, sí, pero jamás importante. La idea hizo que se le erizara la piel. Aunque enseguida desechó esa sensación, pues solo estaba pendiente del hombre tan confuso que había resultado ser su marido. Por suerte, sus cartas no eran nada del otro mundo y, mientras se asegurase de imitar al resto de jugadores, nadie se daría cuenta de que no estaba pensando en nada parecido a una estrategia a la hora de jugar su mano.

¿En qué estaría pensando Trent? Llevaba días sin hacerle caso, actuando como si no tuviera una esposa, ¿y ahora quería verla jugar a un sencillo juego de naipes? ¿Mirándola por encima del hombro como si estuvieran en medio de una tranquila velada familiar?

Apretó con tanta fuerza las cartas, que los bordes desgastados se le clavaron en las palmas. Hizo caso omiso del calor que emanaba del cuerpo de su marido y respiró hondo varias veces. Mientras crecía, nunca le habían hecho caso, y, así las cosas, no podía decepcionar a nadie. Antes de que naciera, sus padres habían querido un niño, así que nunca les culpó porque no la tuvieran muy en cuenta.

Pero aquel hombre era su esposo. Y no había razón alguna para que no le hiciera caso hasta que le conviniera su presencia, como parecía que pretendía.

Deslizó con cuidado una carta sobre la mesa de modo que no se notaran las ganas que tenía de tirárselas todas a su marido a la cabeza (junto con las piezas de cubertería que había en el centro) sobre la cabeza.

Instantes después, cuando terminó la partida, los sirvientes volvieron a colocar los cubiertos en el aparador y regresaron al trabajo como si estuvieran acostumbrados a disfrutar de ese tipo de interludios. Tal vez fuera así. Parecían saber cuál era su lugar en la casa, qué tenían que hacer y adónde tenían que ir. Nunca se imaginó que podría llegar a estar celosa, aunque fuera mínimamente, de alguien que formara parte de un servicio doméstico, pero no podía negar que sentía cierta envidia de la comodidad y la seguridad de la que gozaban.

—Tengo algo para ti. —Trent se sacó un pequeño paquete del bolsillo y lo puso sobre la mesa, delante de ella.

El corazón empezó a latirle a toda prisa y dejó de tener esa sensación de

tensión en los músculos del torso. ¿Qué podía significar aquello? ¿Era un regalo a modo de disculpa? ¿Estaba pidiéndole perdón por haberse mantenido alejado de ella la última semana? Puede que en su cabeza se hubiera mostrado muy dura con él. Estaba claro que, al igual que ella, aquel matrimonio no era lo que Trent se había imaginado. Adelaide siempre había esperado una unión que fuera algo más que un acuerdo comercial. Al fin y al cabo, eso solo sería conveniente para su padre. Ni siquiera le había sorprendido del todo que su madre hubiera desempeñado un pequeño papel en todo aquello.

El cordel atado al paquete se deslizó sin dificultad y enseguida se encontró mirando un pequeño montón de tarjetas de color crema.

«*Lady Trent Hawthorne*».

Sabía que ahora esa era la forma oficial de dirigirse a ella. Era lo que todo el mundo esperaba. Lo que ella había esperado. Así que no era lógico que se sintiera molesta porque sus nuevas tarjetas de presentación parecieran más de él que de ella. Pero lo cierto era que no solo no tenía un marido más allá de lo estrictamente legal, sino que ahora ni siquiera tenía un nombre propio.

Adelaide había dejado de existir.

La ira que había ido bullendo en su interior desde su llegada entró en erupción como un volcán de dolor y frustración que jamás había experimentado antes y que nunca había estado tan cerca de desatar. Trent se había atrevido a llevarle eso. Después de dejarla vagando por las habitaciones de aquella casa durante días, con el personal de servicio como única compañía, su marido esperaba que estuviera encantada porque ahora iba a usar su nombre.

Pues eso no era precisamente lo que sentía.

—Son preciosas. —Adelaide le devolvió el montón de tarjetas—. Cuando tengas una esposa, estoy segura de que se sentirá muy feliz de poder usarlas.

Capítulo 10



Se quedó en el comedor durante horas. Finalmente, decidió levantarse de la silla y se puso a caminar de un lado a otro. Se apoyó en el respaldo de un asiento, en la pared, en el aparador; no había nada en la habitación que pareciera capaz de soportar su peso. Y no sabía cómo, pero siempre acababa posando los ojos sobre el montón de tarjetas que había en la mesa. Los sirvientes se quedaron preocupados por él y todos encontraron mil y una excusas para para pasar por delante de la puerta abierta del comedor. Incluso la señora Harris se negó a aprovechar la oportunidad de recriminarle las elecciones que había hecho.

Y sin lugar a dudas esas elecciones eran las culpables de todo aquello.

Mucho después de que el sol se pusiera, y cuando quedaba poco para que la vela que Fenton le había dejado se consumiera, Trent decidió abandonar la estancia y se dirigió hacia la silla de cuero en la que ya había pasado mucho tiempo. No sabía qué hacer. A pesar de que antes de casarse habían sido prácticamente unos completos desconocidos, se las había arreglado para que ahora estuvieran aún más distantes. Solo había intentado hacerse a la idea de que ese matrimonio era real y que no iba a ocurrir nada que lograra que se esfumara por arte de magia; que aquella era su vida ahora y no podía dar marcha atrás.

Al final había aceptado la verdad, pero ¿cómo iba a convencer a Adelaide de aquello? Cualquiera cosa que hiciera a partir de ese momento, ¿la vería ella como un auténtico esfuerzo por su parte o como una reacción al arrebató que

había tenido anteriormente?

Mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a las escaleras, le llamó la atención un montón de tarjetas acumuladas en una bandeja de plata. De soltero, la gente casi nunca había tenido la necesidad de enviarle sus tarjetas para hacerle saber que habían vuelto a la capital; por lo visto, una de las consecuencias de la noticia de su matrimonio, era que todo el mundo empezara a cumplir la etiqueta con él. Eso, o tenían la esperanza de ser los primeros en recibir la visita de su esposa.

Una esposa que no había podido ir a ver a nadie por sí misma porque él había estado demasiado ocupado intentando fingir que no lo necesitaba.

Y ahora ella estaba pretendiendo hacer lo mismo. En ese momento se dio cuenta de lo mal que había llevado toda aquella situación.

Con la esperanza de encontrar alguna distracción, e incluso de que se produjera un milagro, echó un vistazo a las tarjetas para ver de quién se trataba.

Enseguida vio un nombre que conocía perfectamente y que le hizo gruñir y reír al mismo tiempo. Su excelencia, el duque de Riverton, le hacía saber en una nota escrita de su puño y letra que quería que supiera que había vuelto a Londres pero que no era su intención perturbar la dicha de los recién casados.

Si supiera...

Que su hermano estuviera ahora a un mero paseo de distancia en vez de a un día de viaje agotador le produjo una comezón en la piel. Desde que podía recordar, siempre que no había sabido qué hacer, había preguntado a Griffith. Sabía que su hermano no era Dios y que, a pesar de su fuerte personalidad y férrea presencia, había cometido uno o dos errores en su vida, pero rara vez se equivocaba. Griffith tenía una peculiar forma de llegar al fondo del asunto, de simplificar el problema hasta el punto de que terminabas sabiendo qué hacer exactamente.

Y si había algún problema que precisaba de una máxima simplificación era ese. En cuestión de días, Trent había enredado de forma asombrosa su vida y su matrimonio. Necesitaba una solución. Esa misma noche a ser posible.

Su sombrero todavía colgaba del mismo gancho de la puerta de entrada

donde lo había dejado cuando llegó. Se fijó en que alguien, seguramente Fenton, había retirado su abrigo del comedor y lo había colocado junto al sombrero. El reloj de pie al lado de los ganchos marcaba una hora que podía ser escandalosamente tarde, o excesivamente temprana, dependiendo de la perspectiva con la que se viera. Sabía que no pasaba nada porque esperara a que llegase la mañana de verdad, pero la inquietud y desesperación que lo habían tenido deambulando de un lado a otro del comedor durante horas parecieron guiar sus pasos hasta la puerta. Y antes de darse cuenta de que había salido a la calle, estaba entrando en los confines de Grosvenor Square.

La imponente, aunque familiar fachada de Hawthorne House estaba sorprendentemente oscura cuando subió las escaleras de entrada. Instantes después de llamar, fue recibido por un lacayo, en vez de por Gibson, el mayordomo; señal de que Trent había perdido toda noción de lo que se consideraba apropiado y de buena educación a esas horas de la noche.

—¿Milord? —El lacayo se hizo a un lado para permitirle entrar, pero parecía estar a punto de ponerse a correr para despertar a toda la casa por lo que, seguramente creía, era una emergencia.

—Mi hermano ha regresado a Londres, ¿no? —Trent se quitó el sombrero y el abrigo y se lo dio al nervioso lacayo, cuyo nombre no recordaba. Qué raro que se supiera todos los nombres de su personal, pero no los de allí. Estaba claro que aquel ya no era su hogar.

—Sí, milord, pero me temo que se ha retirado a sus aposentos para pasar la noche. ¿Quiere que le despierte?

Trent giró los hombros, intentando aliviar la tensión que sentía en ellos.

—No te molestes. Creo que pasaré aquí la noche. Por favor, avisa en cocina de que habrá una persona más para desayunar. —Cuando solo había un Hawthorne en la residencia, el personal no disponía una selección de alimentos en el aparador, sino que servía un plato con la comida favorita del miembro de la familia en cuestión. Trent había tenido suerte al no toparse con ningún ladronzuelo de camino allí. Así que no iba a arriesgarse a regresar a su casa a esas horas. Pero como tenía muchas esperanzas de que en las próximas horas daría con la solución a su problema, no quería perderse el desayuno.

Un buen desayuno que diera la bienvenida a la promesa de un nuevo día.

—Muy bien, señor. ¿Necesita alguna otra cosa? —El lacayo parecía confuso. A Griffith siempre le gustaba tener a alguien que estuviera pendiente de la puerta por la noche en caso de que llegaran noticias urgentes, pero el sirviente raras veces tenía que hacer algo más que pulir unas piezas de plata.

—No. Puedo arreglármelas solo. —Trent subió las escaleras antes de que el lacayo pudiera responder. Una vez arriba, pasó de largo por la puerta de su antiguo dormitorio y se dirigió al pasillo que daba al de su hermano. La elegancia y grandeza del corredor llamó su atención como nunca antes. Mientras creció allí, ese lugar simplemente había sido su casa. Los marcos dorados, los candelabros de pared impecablemente pulidos y los suelos relucientes formaban parte del ambiente en el que se movía, pero nunca se había detenido a admirarlos.

Ahora, sin embargo, se quedó parado frente a un jarrón alto que había sobre una mesa estrecha. En él habían dispuesto un ingenioso arreglo de flores y ramas que casi llegaba al techo. ¿Por qué no había puesto nunca algo así de bonito en su propia casa? Se había esforzado en arreglar algunas estancias porque su madre y hermanas habían insistido, pero en general había dejado el lugar en el mismo estado de semiabandono. Puede que ya no sintiera que Hawthorne House fuera su hogar, pero desde luego tampoco tenía esa sensación en su casa de Mount Street. Si había estado esperando a encontrar a la persona con la que compartir su futuro antes de hacer ninguna renovación en la propiedad, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Sentarse en sofás raídos hasta que solucionara las cosas con Adelaide? ¿Beber el té en tazas de distintos juegos el resto de su vida porque ella nunca le perdonaría por no haberle hecho caso la semana después de casarse?

Abrió la puerta del final del pasillo. Necesitaba hablar con Griffith ya, y no iba a esperar las siete horas que quedaban para que comenzaran las visitas matinales.

Se fijó en el enorme bulto que yacía bajo una sencilla ropa de cama de color azul. Parecía una montaña en medio de la habitación. Cuando oyó el ligero ronquido supo que Griffith había hecho algo más que retirarse a sus aposentos. Se había ido a la cama de verdad.

Lo más amable por su parte hubiera sido abandonar en silencio el dormitorio y dejarle dormir. Gracias a Dios, los hermanos bien avenidos no siempre tenían que ser amables.

Trent atravesó la habitación en dos zancadas y se lanzó en el aire, aterrizando en el colchón y haciendo que la montaña durmiente rebotara mientras la estructura de la cama chirriaba en protesta.

Griffith se despertó en medio de bufidos, resoplidos y murmullos. Trent se puso de costado, apoyó la cabeza en la mano y se esforzó por esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

Su hermano empujó las sábanas hacia abajo y se frotó la cara con sus grandes manos, parpadeando bajo la tenue luz que entraba por las cortinas que no estaban del todo cerradas. Tenía la voz áspera y ronca y le llevó dos intentos pronunciar una sola palabra.

—¿Trent?

—Sí, o por lo menos así era la última vez que me miré en el espejo.

Los parpadeos que Griffith hizo para tratar de enfocar la mirada y despertarse por completo le recordaron un montón a los que solía hacer Adelaide. Esos infernales parpadeos que le distraían y despertaban sensaciones extrañas en sus entrañas y con los que iba a tener que convivir el resto de sus días. Se tumbó de espaldas en el colchón y se cubrió la cara con las manos.

El gruñido que soltó Griffith mientras se sentaba en la cama sonó como una roca cayendo sobre otras.

—¿Qué haces en mi cama?

Trent se destapó la cara y se volvió para mirar a su hermano.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Y no podías esperar hasta mañana?

—Me temo que no. —Se sentó hasta quedar hombro con hombro con su hermano; un hombre que había desempeñado el papel de padre, aunque por aquel entonces aún no le había salido barba—. Tengo un problema, Griffith.

Cualquier signo de somnolencia desapareció al instante del rostro de su hermano, que volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Te encuentras bien? ¿Le pasa algo a mamá? ¿A Georgina? ¿A

Miranda?

—No, no, no es nada parecido. Estoy bien. —Alzó las manos para calmar la súbita preocupación de Griffith—. Y por lo último que sé, toda la familia está en perfectas condiciones.

Griffith respondió con otro gruñido, esta vez más parecido a un suspiro, al tiempo que se giraba para sacar los pies por un lateral de la cama.

—Bueno, si vamos a tener una charla, hagámoslo en cualquier otro sitio. Me resulta bastante incómodo hablar contigo en la cama.

Trent se levantó del colchón.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Quieres que te espere en el salón de arriba?

Griffith se puso la bata y negó con la cabeza.

—En el estudio. Cuando mantengo conversaciones en ropa de dormir, prefiero estar rodeado de un ambiente masculino.

—¿Lo haces con mucha frecuencia? —Trent abrió los ojos. Sabía que no había estado muy al día con todas las obligaciones de su hermano tras la muerte de su padre, ¿pero acaso los duques tenían muchas conversaciones a media noche vestidos con ropa de dormir?

—No —masculló Griffith—, pero acabo de decidir que para futuras ocasiones la regla será el ambiente masculino.

Trent sonrió; una sonrisa de verdad, producto del buen humor. Ir a ver a Griffith había sido una buena idea.

—Muy bien. Te veo en el estudio.

El estudio de su hermano le era casi tan familiar como el suyo. En algunos aspectos, mucho más. Griffith había heredado aquella estancia a los diez años. Desde entonces, los hermanos habían pasado muchos días sentados en las viejas sillas de cuero, cavilando sobre las cuestiones importantes de la vida, como las ranas y los púdinges mientras fingían ser adultos. Con el tiempo, terminaron convirtiéndose en adultos y las reflexiones sobre la vida se volvieron más serias.

Aunque, dejando a un lado los debates sobre teología, no creía que nunca hubieran hablado de algo tan personal como aquello.

Griffith se apretó el cinturón de la bata cuando entró en el estudio y se

dejó caer sobre una silla. Con una mano se frotó los últimos vestigios de sueño que quedaban en sus ojos verdes y con la otra se retiró el pelo rubio oscuro de la frente.

—Habla.

Sintió la imperiosa necesidad de pasear de un lado a otro, pero reprimió sus impulsos y se sentó en la silla que iba a juego con la de su hermano para enfrentarse a su fracaso como hombre.

—He arruinado mi matrimonio.

—No hubiera podido hacer un viaje de ida y vuelta a Escocia en el tiempo que llevas casado. ¿Qué diantres ha pasado?

—Bueno, si hubieras ido en diligencia y hubieras dado la vuelta justo en la frontera sí que habrías ido y vuelto de Escocia. O casi. —Trent se quitó una brizna de hierba que se le había adherido a la pernera del pantalón mientras cruzaba Grosvenor Square.

—Trent.

No hubo ningún suspiro, no puso los ojos en blanco, ningún gesto que demostrase la frustración que debía sentir su hermano porque no fuera al grano. La mera pronunciación de su nombre fue lo único necesario para transmitir el sentimiento que se había convertido en una especie de mantra para su familia. Su madre había sido la primera en decirlo, después de informales con toda la calma posible que su padre había muerto, que su corazón simplemente dejó de latir mientras dormía. Griffith se lo repitió antes de meterse en el carruaje de su tío para irse a Eton. Y se lo volvió a decir cuando Trent tomó el mismo camino para unirse a él. A Trent le llegó el turno de recordárselo a su hermano la primera vez que Griffith entró a formar parte de la Cámara de los Lores. El consejo siempre había sido el mismo: que todos ellos podían enfrentarse a la realidad con Dios a su lado e Inglaterra bajo sus pies y hacer lo que estuviera en sus manos para lograr un mundo mejor.

Aunque en ese momento Trent no lo encontraba muy reconfortante. Clavó los dedos en los brazos de la silla y observó como las uñas se le ponían blancas mientras apretaba el revestimiento de madera.

—No sé lo que he hecho. Creo que es más bien lo que no he hecho.

—¿Y qué no has hecho? —Griffith se frotó el dedo índice con el pulgar de arriba abajo; única señal de que las lentas respuestas de Trent le estaban poniendo nervioso.

—Nada. No he hecho nada. —Trent sucumbió a su deseo de ponerse a pasear y se fue hacia el escritorio, donde se hizo con un pisapapeles grande y redondo. La bola de mármol negro resultaba fría al tacto y pesada—. No le he hecho caso.

Griffith se aclaró la garganta.

—¿Ningún caso?

—Ninguno. —Trent se pasó la bola de una mano a otra y apoyó la cadera contra el escritorio—. No podía creer que estaba casado. Es más, sigo sin creerlo.

Cuando Griffith enarcó la espesa ceja rubia Trent supo que estaba a punto de sacar a colación la Palabra de Dios de un modo en que terminaría sintiéndose ridículo por no haber recurrido antes a ella.

—«Labio veraz permanece para siempre, lengua mentirosa, lo que dura un instante».

A Griffith siempre le había gustado el libro de los Proverbios. Trent volvió a dejar el pisapapeles sobre la mesa, sabiendo que ya no había hueco para las mentiras, aunque solo se hubiera estado mintiendo a sí mismo.

—Bueno, si lo dices de ese modo.

Trent regresó al lugar donde estaban las sillas. Apoyó los antebrazos en el respaldo del antiguo sillón orejero tapizado y se quedó mirando la chimenea sin encender.

—Supongo entonces que hoy me he dejado llevar por el momento. El caso es que no pensaba que mi matrimonio fuera a ser así. Siempre imaginé que me tomaría mi tiempo, que cortejaría a mi esposa durante la temporada, o quizá un poco más.

Griffith suspiró y recostó la cabeza en el respaldo de su asiento.

—¿Y qué te impide hacerlo?

Debería haber dejado que su hermano siguiera durmiendo; por lo visto todavía debía de tener la mente embotada por el sueño a pesar de su habilidad para citar la Biblia.

—Que ya estoy casado, Griffith.

Otro arqueado de ceja puso en tela de juicio la inteligencia de Trent y a él le entraron ganas de hundirse en la silla y dejarse llevar por el mal humor. Pero las palabras que su hermano pronunció a continuación le dejaron sin aire en los pulmones.

—Supongo que puedes tomarte tu tiempo para cortejar a tu esposa, ¿verdad?

Capítulo 11



Adelaide se hundió aún más en el colchón y se tapó hasta los hombros, decidida a quedarse en la cama hasta que llegara la mañana. No tenía ni idea de qué hora era, y como las cortinas estaban cerradas perfectamente, no dejaban entrever ningún rayo de sol que pudiera iluminar la habitación. Aunque seguro que ya era de día. Se había pasado tanto tiempo mirando al techo que dudaba que no lo fuera.

Aun así, iba quedarse en la cama hasta que llegara Rebecca. La doncella no había dejado de mirarla con los ojos muy abiertos mientras completaban la rutina nocturna de Adelaide, pero no dijo absolutamente nada sobre el hecho que los numerosos saltos de cama que Adelaide había seguido llevando en un esfuerzo por fingir que su matrimonio era normal habían sido reemplazados por su viejo camisón de suave algodón. La cómoda prenda de dormir debería haberle facilitado el sueño, pero solo sirvió para recordarle el resentimiento que había tenido la noche anterior.

Empezó a arrepentirse de su comportamiento antes de que Rebecca saliera de la habitación. Aunque, que lamentara sus palabras no significaba que supiera lo que tenía que hacer. Había tenido un montón de tiempo para considerar sus opciones, ya que no iba a ir en su busca en mitad de la noche y a través de una casa sumida en el silencio. Podía esperar a hacer lo correcto durante el desayuno, cuando ambos estuvieran en una habitación prácticamente pública. Enroscó los dedos en el borde de la colcha y la movió hacia un lado para poder ver la oscura sombra que formaba la puerta que

conectaba su dormitorio con el de él. ¿Estaría durmiendo? ¿O estaría mirando las ventanas, a la espera de que el sol le diera su permiso para levantarse como hacía ella? ¿Se habría quedado la noche anterior sentado, esperando que ella entrara a disculparse? Seguro que sabía que nunca iría a buscarle a su habitación. Si hubiera estado dispuesta a hacer tal cosa, lo habría hecho hacía días. De ser así, quizá no hubieran tenido la confrontación de anoche.

Por fin, su cerebro cansado se rindió al sueño. Pero fue tan ligero que los silenciosos movimientos que hizo Rebecca cuando entró en su dormitorio la hicieron levantarse de un salto de la cama. Se vistió a toda prisa, pero se quedó quieta al tiempo suficiente para que la doncella se esmerara en su cabello.

La madre de Adelaide nunca había permitido que nadie, ni siquiera su marido, la viera en nada que no fueran sus mejores galas. Adelaide nunca se había sentido muy orgullosa de su apariencia (sobre todo porque nunca le duraba más allá de la puerta del vestidor) pero no le haría daño a nadie si intentaba arreglarse un poco más ahora que era la esposa del hijo de un duque.

Rebecca intentó rizarle los mechones cortos que le caían por la frente y le rozaban el borde de las cejas, pero terminaron pareciendo una especie de extraños muelles alrededor del rostro. Pensó en quitarse las lentes, pero al final decidió que no sería buena idea bajar sin ellas las escaleras, así que las dejó mientras salía corriendo de la habitación.

No había bajado a desayunar desde la primera mañana que pasó en la casa. Si tenía suerte, Trent entendería su presencia como una ofrenda de paz.

Lo primero que vio fue un baúl.

Se detuvo en seco a tres escalones del vestíbulo, con la mirada fija en aquella cosa. Un baúl de viaje bastante grande.

Bajó los tres escalones despacio, tragando saliva ante la evidencia que tenía delante de sus ojos. Un baúl de viaje bastante grande que se dio cuenta que pertenecía a su esposo.

Una ligera picazón fue el preludio de la humedad que sintió en la parte inferior del párpado. Parpadeó para evitar las lágrimas y hundió los dientes en el labio inferior con la esperanza de que el mordisco le ayudara a recobrar la

compostura. Hasta el día anterior, había estado dispuesto a no hacerle caso aún viviendo bajo el mismo techo. Si alguna vez había necesitado más prueba de que la vida iba mucho mejor si dejabas que todo el mundo se saliera con la suya, ese era el momento. Un único instante de rebeldía la había condenado a convertirse en una viuda casada. ¿O más bien una solterona casada? Seguro que la sociedad tenía un término para definir a las mujeres cuyos maridos las abandonaban apenas una semana después de casarse. Estaba convencida de que terminaría enterándose de cuál era, aunque solo fuera cuando lo oyera susurrar tras los abanicos.

Con la prisa que tenía por llegar al salón del desayuno y enmendar la situación, tropezó con sus propios pies y se precipitó contra una mesa que había cerca, tirando una palmatoria cuya vela se había consumido pero que todavía tenía un pequeño charco de cera derretida. Una cera que ahora adornaba el dobladillo de su vestido de día. Soltó un suspiro, colocó la palmatoria y continuó su camino, a ritmo más pausado, hacia el salón del desayuno. Menos mal que la cera era de un blanco traslúcido. Nadie lo notaría, sobre todo cuando se sentara y escondiera el dobladillo manchado debajo de la mesa.

Trent estaba de pie frente a la ventana, como su primera mañana juntos en Londres. Algunas veces tenía la sensación de que habían pasado años en vez de poco más de una semana, y otras que solo habían sido horas. A pesar de la presencia de su marido, no vio ningún plato en la mesa, ni ninguna comida dispuesta en el aparador. Solo estaba él, junto a la ventana, con la luz de la mañana iluminándole, y luciendo tan apuesto y atlético como cualquier mujer joven desearía que fuera su marido.

Adelaide habría renunciado a toda esa belleza a cambio de un mínimo indicio sobre qué tipo de matrimonio iban a tener. O más bien una señal diferente de la que el baúl del vestíbulo parecía indicar.

Trent volvió la cabeza en su dirección, aunque su cuerpo siguió frente a la ventana. Un grueso mechón le caía sobre la frente y, cuando sus ojos verdes se encontraron con los de ella, esbozó una sonrisa.

Dos sendos hoyuelos aparecieron en sus mejillas mientras curvaba los labios mostrando unos perfectos dientes blancos. Adelaide tragó saliva. Quizá

no renunciara a toda esa belleza.

La señora Harris irrumpió en la estancia con el ceño fruncido antes de que Trent pudiera decir algo. Se fijó en la mueca que cruzó el rostro de su marido antes de volverse hacia la ventana.

Adelaide se giró hacia el ama de llaves y la miró con ojos interrogantes.

—¿Buenos días?

La señora Harris bajó las manos hasta sus estrechas caderas y alzó la barbilla.

—Si lo son, no es gracias a lord Trent. Hoy está pensando como un hombre.

Adelaide parpadeó.

—Bueno, espero que así sea.

La risa de Trent inundó la estancia, interrumpiendo de manera efectiva cualquier diatriba que la señora Harris tuviera pensado soltar. El ama de llaves curvó indulgentemente los labios antes de encogerse de hombros.

—Supongo que así es. No podemos esperar nada más de ellos, ¿verdad? Seguro que hay otro hombre que también estuvo de acuerdo en que esta tontería era una buena idea. ¿Entonces tomará el desayuno aquí, *milady*? ¿Quiere que le prepare algo en especial?

Adelaide odiaba no saber qué estaba pasando. De haber estado en una casa normal, con sirvientes que al menos fingieran meterse en sus propios asuntos, no habría tenido la menor idea de que su marido estaba pensando llevar a cabo un plan potencialmente absurdo. Pero ahora lo sabía. Aunque seguía sin tener ni idea de cuánto tendría que esperar hasta enterarse de en qué consistía. Miró alternativamente al ama de llaves y a su marido.

—No hace falta. Lo que esté tomando lord Trent me servirá.

—Bueno, no sé lo que está tomando porque esta mañana el señor ha sentido la necesidad de desayunar en otro lugar. —Soltó un resoplido dirigido a Trent antes de volver a sonreírle—. Le haré mi especialidad. —Y con eso, la señora Harris abandonó la estancia con paso decidido.

Dejándola sola con su marido. Un marido que, por lo visto, había desayunado fuera de casa. No sabía muy bien qué hacer con esa información.

Trent dio un paso al frente y ofreció una silla a Adelaide (eso sí, sin dejar

de fruncir el ceño hacia la puerta por donde acababa de marcharse la señora Harris).

—No hay ninguna ley que prohíba a un hombre desayunar dos veces —se quejó él.

Estuvo a punto de echarse a reír, pero reprimió el impulso al recordar que aún no sabía dónde había desayunado.

Se aclaró la garganta y esperó a que Oswyn colocara una taza de café frente a ella. En cuanto el hombre salió de la habitación, se volvió hacia su esposo, que se había sentado a su izquierda.

—¿Dónde... Esto.... Mmm? —Tragó saliva y miró parpadeando a su café—. ¿Entonces ya has desayunado?

Trent asintió y tomó un sorbo del té que le había servido el lacayo.

—En Hawthorne House. Me quedé allí después de haber hablado con Griffith anoche.

La tensión que no sabía que había estado sintiendo abandonó su cuerpo. Era perfectamente aceptable que tomara el desayuno con su hermano, aunque también un poco raro. La noche anterior, cuando se marchó y lo dejó solo en el comedor, había sido bastante tarde, y él no había dado ninguna muestra de que tuviera que salir a ningún sitio.

Adelaide recorrió con el dedo la curva del asa de la taza.

—¿Hablasteis de negocios?

—No. Nuestra conversación fue de una naturaleza bastante más personal.

—Oh.

¿De verdad deseaba pasar más tiempo con su marido? Si esa mañana era señal de algo, era mejor que permanecieran separados. Sin embargo, cuando estuvieron en las ruinas pasaron un rato muy agradable antes de que... bueno, antes de que todo se fuera al garete. Y el trayecto hasta la iglesia la primera mañana que estuvieron en Londres fue incómodo pero placentero. En su mayor parte, al menos. ¿Por qué no podían volver a pasar un rato así?

Trent carraspeó.

—El caso es, Adelaide, que he decidido desayunar allí durante una temporada.

Aquello explicaba la presencia del baúl en el vestíbulo principal. Tomó un

sorbo de café, deseando que la comida llegara cuando antes para tener algo más sustancial en lo que concentrarse.

—Entiendo.

—Nunca tuviste una temporada, Adelaide.

Y ahora ni siquiera tendría un matrimonio. No uno de verdad. Hizo un gesto de asentimiento porque no sabía qué decir. Si él había decidido mudarse porque la noche anterior se atrevió a expresar su opinión. ¿Qué haría si esa mañana decía algo?

Él volvió a carraspear. Adelaide ladeó la cabeza y lo vio jugar con las manchas de la levita por el rabillo del ojo.

—Bueno, me gustaría darte eso.

Echó la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que las lentes se le cayeron por la nariz. Trent alargó el brazo para atraparlas antes de que se golpearan contra la mesa. Después, se las colocó con suavidad y le retiró varios mechones sueltos detrás de la oreja. A Adelaide el corazón amenazó con salirse del pecho y la sangre retumbó en sus oídos cuando un sinfín de pensamientos atravesaron su cabeza. No entendía muy bien lo que acababa de decirle.

—¿Quieres que tenga una temporada?



Trent se moría por examinar los remolinos de su taza de té. O tal vez el juego de luces y sombras que se proyectaban en la pared trasera del salón del desayuno. En realidad, quería fijarse en cualquier cosa que no fuera el rostro de Adelaide, pero llevaba mucho tiempo comportándose como un cobarde en esa relación y se obligó a seguir mirándola. De ese modo fue testigo directo de la rapidez con la que las emociones de ella fueron cambiando a medida que comprendía el significado de lo que acababa de decirle.

No podía culparla, a pesar de que estaba demasiado serena para descifrar del todo aquellas emociones.

Oswyn sirvió un plato lleno de las mejores viandas de la señora Harris. El sombrío ceño que puso mientras miraba a uno y a otro le dejó claro lo que los sirvientes opinaban de su plan. Aquella mañana había intentado no decir

nada, pero en una casa como la suya, nadie iba a permitir que Finch sacara su baúl sin saber exactamente qué pretendía hacer el señor de la casa.

Aunque en ese momento no se sentía el señor de nada, mucho menos de su casa.

Adelaide miró su plato y parpadeó como si no pudiera imaginar de dónde había salido la comida. Al final tomó el tenedor y pinchó un trozo de jamón.

—¿Estamos hablando de una temporada de verdad?

—Sí. No. Bueno, en cierto modo, sí. —Trent se frotó la nuca. Aquella decisión le había parecido brillante al alba; ahora, sin embargo, se sentía como un completo idiota mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas para explicar su plan—. Seguirás casada conmigo.

Adelaide le miró sin levantar el rostro.

—¡Qué reconfortante!

El mordaz comentario estuvo a punto de sacarle una carcajada. Pero no era momento para ponerse a reír, aunque le gustó comprobar que su mujer escondía una buena dosis de ingenio bajo esa apariencia tranquila, a pesar de que le habían quedado pocas dudas después de las palabras que le dirigió la noche anterior.

Una parte de él quería decirle que estaba a salvo, que era libre para dejar salir a la mujer que había visto cuando la sorprendía y la encontraba con la guardia baja. ¿Y si esa mujer era como su madre? Preferiría la soledad a vivir con una loba sedienta de poder como *lady* Crampton.

Se aclaró la garganta y cedió al impulso de bajar la mirada a la taza de té. Tenía miedo de que, si Adelaide, alzaba la vista y veía el desdén en sus ojos, creyera que era por ella en lugar de por su familia; si es que de verdad era diferente a las otras mujeres de su familia. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sintió una punzada de dolor detrás de las orejas. Daba igual su procedencia, estaban casados y Trent tenía que aceptarlo.

—Lo que quiero decir es que me gustaría conocerte mejor.

Adelaide cortó el jamón con movimientos lentos y firmes del cuchillo.

—¿Y crees que la mejor forma de hacerlo es irte a vivir a otro sitio?

Ahora lo que sintió en las orejas fue un intenso ardor. Luchó contra la urgencia de tapárselas con el pelo, pues sabía que debía de tenerlas de color

carmesí. El corazón empezó a latirle a toda velocidad, como si estuviera en un cuadrilátero de boxeo en vez de en su salón del desayuno. ¿O ahora era el salón del desayuno de Adelaide? Si se mudaba a otra casa, aunque solo fuera de forma temporal, ¿no debería pensar que todo lo que había allí era de ella en vez de suyo?

Negó con la cabeza y se inclinó hacia adelante para apoyar los antebrazos en la mesa y juntar las manos, esperando parecer lo más sincero y serio posible en vez de desesperado.

—Me gustaría cortejarte.

Adelaide se quedó paralizada. El taco perfectamente cortado de jamón quedó pinchado en el tenedor a medio camino entre el plato y sus labios. Por fin alzó la cabeza y lo miró parpadeando. Unos parpadeos tan lentos y constantes como su cuchillo instantes antes. Parpadeos que parecían cortar las capas que había en su sencilla declaración hasta llegar al temor que subyacía en ella. Temor a que ese plan no funcionase. Porque, si no lo hacía, no se le ocurría ninguna otra idea.

—Si así es como quieres hacerlo. —Adelaide asintió levemente con la cabeza y volvió a concentrarse en el desayuno.

Trent se quedó observándola, mirándola comer hasta que los ojos empezaron a picarle. ¿Ya estaba? ¿Eso era todo lo que iba a decirle? ¿Qué opinaba de su plan? ¿Había perdido la esperanza de que pudieran tener un buen matrimonio? ¿Había tenido alguna vez esa esperanza?

—¿Cómo...? —Cerró la boca al instante. Si le preguntaba cómo se sentía con todo aquello, parecería inseguro. Y aquello era lo último que quería. Por mucho que deseara enamorarse de su mujer, necesitaba que ella también se enamorara de él. Una parte de él estaba más preocupada por los sentimientos de ella que por los suyos propios. Si Adelaide lo amaba, le importaría mucho más su matrimonio que su posición social y no le instigaría a ser nada más que el hombre alegre y despreocupado que todos creían que era.

Pero si la amaba más que ella a él, ¿qué le empujaría a hacer? ¿A tener un interés extremo por sus propiedades? ¿A dedicar su vida a mejorar su posición social? ¿Llegaría a hacer cosas que serían más propias de un duque que de un segundo hijo? ¿Se probaría a sí mismo, aún a costa de poner a

Griffith en peligro?

Tampoco era que hubiera mucho peligro en que fuera mejor duque que su hermano, ya que Dios había escogido a Griffith para hacerse cargo del ducado a la tierna edad de diez años, pero sabía que Dios veía cosas que los hombres no podían. ¿Y si llegaba a ver mayor potencial en él que en Griffith? ¿Qué le pasaría a su hermano?

No, era crucial que Adelaide se enamorara antes de que él se involucrara emocionalmente y empezara a tramar planes sin sentido para ganarse su corazón.

Se dio cuenta de que Adelaide le estaba mirando. ¿Cuánto tiempo llevaría así? ¿Había dicho algo?

—Lo siento. ¿Dijiste algo? —Trent se estremeció por dentro. No hacer caso a su esposa en la mesa del desayuno no era la mejor manera de empezar a cortejarla.

Adelaide permaneció impasible.

—He dicho que si no sabías «cómo» puedes llevarte prestado mi libro de conducta. Era de Helena, pero mi madre me lo dio cuando mi hermana se casó. En realidad, lo dejó en mi cama una noche.

—¿Tu libro de conducta?

Adelaide se encogió de hombros y bajó la mirada a su plato.

—Como es lógico, todo lo que dice es desde el punto de vista femenino, pero no creo que sea muy difícil encontrar la perspectiva masculina de las interacciones a partir de las descripciones que hace.

¿Se escribían libros en los que se decía a las mujeres cómo tenían que ser cortejadas?

—Lo tendré en cuenta. Gracias. —Las palabras salieron de su boca de una forma poco natural, pero ¿qué otra cosa podía decir? Vio cómo se le curvaba una de las comisuras de la boca. Estaba claro que Adelaide se sentía menos incómoda con aquella conversación que él. Mejor dejarla con una sonrisa, aunque fuera minúscula, que con gesto perplejo.

—Esta tarde te recogeré para salir a dar un paseo, ¿te parece bien? —Trent podía hacer aquello de una manera romántica. Conseguiría que perdiera la cabeza por él y le proporcionaría la experiencia y atención que debería haber

tenido si hubiera disfrutado de una temporada. Algo que, teniendo en cuenta la posición de su familia, debería haberse producido años atrás.

Adelaide asintió, pero no levantó la vista del plato.

—Si eso es lo que quieres.

Trent se puso de pie y se colocó las mangas del abrigo, deseando tener algo que poder hacer en ese momento, pero las reglas del cortejo no incluían el desayuno por razones más que obvias.

—Sí. Bueno, hasta luego entonces. Supongo que ahora... me voy.

Salir de la casa le resultó de lo más extraño. Nunca había considerado aquellas viejas habitaciones como su hogar, pero ahora empezó a replantearse la idea de cambiar de residencia, aunque solo fuera temporalmente. La señora Harris le estaba esperando al lado del baúl, con el ceño fruncido.

El reproche que vio en su mirada fortaleció su debilitada resolución.

—Volveré esta tarde.

—Más le vale.

—Me apoyará en esto y no se hable más, señora Harris.

Ella abrió los ojos sorprendida y se llevó una mano a la garganta antes de dejarla caer a un lado. Después, enderezó la postura en un gesto que la hizo parecerse más a una sirvienta de lo que jamás la había visto.

—Sí, milord.

Trent nunca había sentido la necesidad o el deseo de ejercer su poder en esa casa y el hecho de que lo hubiera hecho en ese momento le sorprendió. Siempre se había sentido cómodo con un personal tan poco convencional, sabiendo que cualquier hombre que dirigiera su casa de ese modo no era apto para ser duque.

Y ahora no quería perder por nada del mundo esa comodidad. Así que se acercó al ama de llaves y la envolvió en un enorme abrazo, dejándola con la boca abierta y consternada antes de salir por la puerta. Su plan funcionaría. Tenía que hacerlo.

Capítulo 12



Seis horas más tarde, Trent estaba prácticamente temblando mientras miraba la entrada de su casa. No había estado tan nervioso desde el día de su boda. Por extraño que pareciera, no había sentido que aquel momento fuera a cambiar su vida tanto como este instante, de pie frente a su puerta.

Se colocó el pañuelo de cuello y miró el coche de dos caballos que había ordenado limpiar a los mozos de Griffith hasta que quedara reluciente. Habían cepillado a los caballos con tal esmero que hasta el último cabello brillaba bajo la luz de sol. Incluso las hebillas de los arneses resplandecían a la luz de la tarde. Ese cortejo tenía el éxito garantizado (al fin y al cabo, ya estaba casado con la mujer en cuestión), pero ahí de pie no lo veía tan claro.

La finalidad típica de todo cortejo era ganarse la mano de la dama en matrimonio, pero Trent también necesitaba ganarse su corazón y, de alguna manera, ofrecer el suyo al mismo tiempo. Y nadie le aseguraba que ninguna de esas cosas fuera a suceder. De pronto, acudieron a su mente todas las posibles formas en que podía fallar aquel plan. Esa mañana, Adelaide parecía haber estado de acuerdo con la idea, aunque más bien se tratara de una aceptación resignada. Y si ahora lo rechazaba, ¿qué haría? ¿Volver a mudarse a su casa? Se había ido a vivir a Hawthorne House porque quería que el cortejo fuera lo más auténtico posible, ¿pero y si con eso estaba dando demasiado margen para el fracaso?

Llamó a la puerta.

Esta se abrió para dar paso a Fenton, que tenía el gesto tan indeciso como indeciso se sentía él. ¿Era porque Adelaide de repente no quería seguir adelante con el plan o porque Trent estaba visitando su propia casa?

—Eh..., por favor entre, milord. *Milady* me ha pedido que la espere en el salón porque aún no está lista. —El mayordomo terminó de abrir la puerta del todo y le hizo una señal con la mano.

Sintió un enorme alivio mientras atravesaba la entrada. Adelaide se iba a presentar a la cita. Aquello era una buena señal.

Entró en el salón como si fuera el dueño del lugar; en realidad lo era, pero no era así como había tenido intención de tomar parte en ese juego. Tampoco importaba mucho, a menos que Adelaide estuviera en la habitación.

—¿Puedo ofrecerle algo, milord? —preguntó Fenton desde el umbral.

Trent declinó la oferta sin pensárselo mucho. Toda su atención estaba centrada en un montón de telas que parecían ser sus cortinas y en la barra de metal combada de la que una vez habían colgado. ¿Qué había pasado? ¿Y cuándo? Había estado evitando a su esposa con tanto ahínco que llevaba toda la semana sin poner un pie en aquella estancia. Había oído que algunas mujeres se ponían histéricas cuando estaban molestas por algo y que golpeaban a personas, tiraban cosas y destrozaban el mobiliario. ¿Sería aquello fruto de un ataque de ira de Adelaide? De ser así, ¿por qué empezar con las habitaciones delanteras, donde cualquier visita vería el daño de inmediato? Tenía que reconocer que la habitación estaba mucho mejor sin aquellas cortinas viejas y desteñidas, pero seguro que había una forma mucho más sencilla de quitárselas de encima.

El sonido del pestillo al abrirse le distrajo de sus pensamientos sobre las cortinas. Se dio la vuelta y se encontró a Adelaide parada en la puerta, con el pelo recogido en un sencillo moño alto y los espesos mechones delanteros que todavía le caían por la frente y se rizaban sobre la parte superior de las lentes, enmarcándole los ojos. Sabía que era un estilo que estaba pasado de moda, pero esperaba que decidiera dejárselo así. Le quedaba muy bien. Llevaba un vestido azul claro con un bordado también azul, pero más oscuro, sobre el corpiño. La falda estaba formada por una transparencia sobre un fondo azul marino. Se fijó en sus ojos, que se veían enormes bajo las lentes,

iluminados por el azul a juego de la chaquetilla Spencer sin abrochar.

Trent intentó hablar, pero de repente tenía la boca seca. ¿Por qué no le habría pedido a Fenton un poco de té? En ese momento le hubiera venido de maravilla. Le costó un poco, pero al cabo de un rato logró articular palabras sin que le trabara la lengua.

—Estás preciosa.

Se estremeció por el cumplido tan falto de tacto, pero el ligero rubor que notó en su cuello y mejillas le demostró que ella no había encontrado nada malo en su fervor. Tal vez la falta de encanto había jugado en favor de la sinceridad. Aun así, iba a tener que esforzarse por impregnar sus halagos con un poco más de sofisticación.

—¿Te gustaría salir a dar un paseo en coche?

Adelaide enarcó ambas cejas y lo miró parpadeando.

—¿No era ese el objetivo de esta visita? Porque vienes de visita, ¿verdad?

—Sí, eso pensaba. Quiero decir... Supongo que podría cortejarte desde la habitación de al lado, pero creo que eso desvirtuaría un poco el propósito de todo esto. —Cambió de postura y se colocó mejor el sombrero. La noche anterior había estado convencido de que ese plan era brillante. Por la mañana seguía seducido por la idea. Pero ahora, cuando ya estaba ejecutándolo de verdad, le parecía propio de un chiflado. Tendría suerte si ella no intentaba internarle en un hospital psiquiátrico.

—Sé que dijiste que nunca habías cortejado a nadie, pero ¿de verdad es así como se hace? Es la primera vez que oigo semejante cosa. Ya estamos casados. ¿No se supone que ese es el propósito del cortejo? —Adelaide se colocó el sombrero, torciéndose ligeramente las lentes con el movimiento. En cuanto se dio cuenta lo arregló, pero no antes de que la patilla le sacase un mechón rizado del moño que le cayó sobre el hombro.

Aquel rizo suelto le hizo sonreír y le devolvió un poco de seguridad en sí mismo.

—Yo... Si te soy sincero, tampoco he oído nada similar, pero me pareció que era lo que teníamos que hacer, ya que nos lo perdimos en su momento.

«Por favor, Dios, permite que encuentre la idea un poco romántica, o por lo menos que le haga gracia». No podía vivir con Griffith eternamente y lo

cierto era que quería regresar a su casa como el marido y señor que era. Incluso aunque aquello significara tener que hacerse cargo de algo. Detestaba la idea de escabullirse simplemente porque su plan había fallado.

—Entiendo. —Adelaide pareció considerar sus palabras durante un instante, pero al final esbozó una lenta sonrisa.

Aquella sonrisa fue como un golpe directo a su estómago que le sustrajo la capacidad de hablar, junto con la de respirar. Era una sonrisa amplia, que mostraba un atisbo de los dientes entre los labios entreabiertos. Se fijó en que uno de ellos estaba ligeramente torcido. Por primera vez se alegró de que fuera su esposa. Nunca se había planteado cortejar a nadie relacionado con *lady* Crampton, pero Dios le había quitado esa decisión de las manos y ahora esa increíble criatura sería suya para el resto de su vida. Si conseguía que esa sonrisa apareciera a menudo, sería una señal de que estaba teniendo éxito en su meta de tener una esposa feliz.

Era un buen objetivo en la vida. El de un esposo digno que no tenía otra preocupación en el mundo que procurar el bienestar de su familia.

Le ofreció el brazo.

—Entonces, ¿nos vamos de paseo?

Adelaide deslizó su pequeña mano en la curva de su codo.

—Sí, creo que sí.



Adelaide se sintió un poco absurda mientras Trent la ayudaba a subir al reluciente coche amarillo. Durante todo el tiempo que habían estado en la misma casa, ni siquiera se habían dedicado un saludo de buenos días como Dios mandaba y ahora iban a pasar más de una hora dentro de los confines de un pequeño vehículo. ¿Qué se dirían el uno al otro?

Había estado en su coche antes, en los dos viajes que hicieron a la iglesia. Entonces había estado concentrada en su marido y en todas las personas que pronto conocería. Aquellas preocupaciones la habían distraído de la sensación tan extraña que tenía al ir en un vehículo tan alto y abierto. Antes de ir a Londres, solo había montado en carruajes o landós, a cubierto y con

asientos acolchados y puertas cerradas. En ese momento, si quería, podía extender la mano y tocar la rueda mientras atravesaban la calle.

Aunque no podía imaginarse un solo escenario en el que sintiera la necesidad de poner la mano sobre una rueda en movimiento. Sin embargo, el hecho de que pudiera hacerse la puso un poco nerviosa. Se tomó unos segundos para asegurarse de que tenía bien recogida la falda bajo la pierna. Era lo mejor que podía hacer, aunque aquello servía para que confiase en estar a salvo de la brillante rueda amarilla. Con la suerte que tenía, seguro que uno de los lazos de su sombrero terminaría enredándose en algún radio.

Cuando Trent se subió al otro lado del asiento, el vehículo se inclinó y se balanceó. Adelaide apretó los dedos para evitar agarrarse a un lateral y lanzarse al pavimento.

—¿Estás a gusto? Si quieres, hay una manta bajo el asiento. —Trent se hizo con las riendas y guio con suavidad a los caballos por la carretera detrás de un faetón alto.

De pronto, Adelaide agradeció en silencio ir en el vehículo más tranquilo de Trent. Las ruedas del faetón eran casi tan altas como su cabeza mientras iba sentada en el coche. No podía ni imaginarse ir subida encima de eso.

—No, estoy bien así. —Y era verdad. En cuanto el coche se puso en movimiento ya no le daba tanto miedo. Trent mantuvo a los caballos a un trote suave, con la suficiente velocidad para crear una ligera brisa, pero no tanta como para incomodarla.

Al menos no físicamente.

El doloroso silencio, sin embargo, era otra cosa. El constante sonido de los cascos de los caballos era peor que el tictac de un reloj contando los segundos hasta que uno de los dos rompiera el silencio. Cuanto más duraba, más desesperada estaba por decir algo, pero más profundo sentía que tendría que ser. Romper un silencio tan largo con un comentario mundano sobre el tiempo solo pondría de relieve que en realidad no tenían nada de qué hablar.

—¿Alguna vez has comido un tomate? —Las palabras de Trent hicieron que desviara la atención de varios edificios frente a los que estaban pasando.

Lo miró parpadeando. ¿Es que siempre empezaba todas sus conversaciones hablando de comida? La noche que pasaron en las ruinas

estuvieron hablando sobre los platos que menos les gustaban. Trent alegó que hablar de la comida preferida de uno era un tema muy trillado. Cuando viajaron a Londres, la única conversación significativa que mantuvieron fue sobre las virtudes de los diferentes pasteles de carne y dulces que habían adquirido en una posada en la que pararon. Y ahora volvía a recurrir a la comida para comenzar un diálogo.

La miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Ryland envió a Griffith unos pocos y me he tomado uno en el desayuno. La señora Harris se niega a tocarlos, pero si te apetece intentarlo puedo traerte uno.

Adelaide agachó la cabeza para disimular una sonrisa. Había leído en una ocasión que al corazón de un hombre se llegaba por el estómago, pero nunca había visto pruebas que respaldaran esa teoría. Su padre estaba mucho más interesado en las tierras donde crecían los alimentos que en los alimentos mismos, mientras que Trent parecía estar obsesionado con ellos. Al menos, con todo lo que se pudiera comer antes del mediodía. Todavía no le había oído hablar de un faisán asado o de una sopa de tortuga.

—¿Por qué no has contratado a un cocinero?

Hizo un movimiento con los hombros que bien podía confundirse con un gesto de indiferencia o con un intento de colocarse el abrigo. Pero el rubor que apareció bajo el pañuelo de cuello fue sin duda el comienzo de un sonrojo.

—La señora Harris lleva años cocinando en esa casa. Cubre perfectamente mis necesidades. El año pasado traje un chef para que ayudara en una pequeña cena social que celebré.

Teniendo en cuenta lo poco que conocía de la protectora ama de llaves, dudaba que hubiera llevado bien que otra persona se entrometiera en su cocina.

—¿Y cómo fue?

Trent esbozó una amplia sonrisa.

—Se marchó antes de que termináramos la sopa.

Volvieron a quedarse callados y Adelaide continuó fijándose en el paisaje que le ofrecía Londres. Reconoció algunas cosas de las frecuentes

descripciones que le hacía su hermana, pero muy pronto le resultó obvio que Helena había dejado de lado muchos de los aspectos más interesantes de la arquitectura londinense. Aquello que no tenía que ver con sus interacciones sociales, no era digno de mención. A un lado de la carretera apareció un camino ancho de tierra bordeado de árboles. A Adelaide se le aceleró el corazón, aunque no estaba segura de si estaba intentando meter prisa a los caballos para que fueran en esa dirección o ir en la contraria. Se trataba de Rotten Row. Incluso sin haber visto un dibujo en una revista el año anterior, lo habría reconocido por las entusiastas discusiones que Helena y su madre habían mantenido sobre a quiénes habían visto y con quiénes habían hablado mientras iban de paseo por el popular camino.

La tensión estalló en el hasta ahora tranquilo silencio en el que se habían sumido. Aunque Londres todavía no se había llenado para la temporada, sí que había bastante gente en la ciudad para que se atisbaran los suficientes carruajes y jinetes en el camino. La gente iba a verla. Iban a ser testigos de que, a pesar de que Trent y ella iban juntos en el mismo coche, no tenían mucho de qué hablar. Ya era bastante malo que aquel paseo no pareciera el propio de una pareja casada. No necesitaba que los demás también lo supieran.

Giró la cabeza y abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella. No tenía nada que decir. Podían volver a hablar de comida. Ahora que lo pensaba, era un tema de conversación bastante útil para casos de emergencia. Al fin y al cabo, todo el mundo comía.

—En la feria del año pasado había tomates, pero mi madre no me dejó comer uno. Decía que eran venenosos.

Trent ladeó la cabeza. Parecía estar meditando en profundidad lo que acababa de decirle. Algunos mechones se habían salido de su habitual peinado hacia atrás y le caían sobre la sien haciéndole parecer mucho más joven. Como esposa, no debería de sentirse cohibida para retirárselos, pero había unas cuantas cosas que, aun siendo su mujer, todavía no se atrevía a hacer con él.

Trent volvió el rostro hacia ella y le sonrió con una seguridad en sí mismo que hizo que se moviera inquieta en el asiento.

—Si lo son, son de efecto retardado. Probé el primero hace al menos diez meses y todavía no he notado nada malo. —Frunció los labios y miró al cielo como si estuviera buscando respuestas a las trascendentales preguntas que parecía estar haciéndose—. Aunque sí sufrí un catarro bastante feo este invierno. ¿Crees que debería culpar a los tomates?

Adelaide sonrió antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Me temo que no. Si bien algunos científicos creen que el estómago fermenta básicamente lo que comemos, no creo que nadie opine que el proceso tarde meses. Comemos con demasiada frecuencia para eso.

La risa de Trent llamó la atención de las pocas personas que no estaban mirando ya en su dirección.

—No quiero ni imaginarme cómo es que sabes tanto de la teoría de la fermentación durante la digestión.

Por desgracia para ella, su sombrero no tenía las alas laterales demasiado anchas y se podía ver perfectamente el rubor que temía estaba sonrojándole la cara. Sabía que no debía compartir sus extraños conocimientos con nadie que no fuera su hermano. Él los encontraba fascinantes, mientras que a su madre le desesperaba la cantidad de lectura de índole intelectual que había tenido que realizar para adquirirlos. Su padre simplemente negaba con la cabeza, pues era consciente de que era él mismo quien la había iniciado esa estrafalaria afición que tanto lamentaba. Ahora Trent sabría que tenía la mente llena de información inútil en vez de detalles sociales.

—Debí de leerlo en algún sitio —murmuró ella.

Trent enarcó ambas cejas mientras se acomodaba mejor en el asiento para colocarse en el extremo y sujetar las riendas con una mano.

—Eso supuse. La pregunta que me hago es «¿por qué?».

Adelaide suspiró. Cerró los ojos y dejó que las pestañas le tocaran la parte superior de las ardientes mejillas.

—Mi padre se volvía loco con la cantidad de novelas que leía. Así que me aconsejó que eligiera algo de la biblioteca que alimentara mi intelecto en vez de echarlo a perder. —Tragó saliva antes de continuar. ¿Y si tenía una peor opinión de ella por intentar burlar a su propio padre?—. Tardé dos días en buscar por toda la biblioteca hasta que encontré algo que servía a mis

propósitos. Leí *Observaciones sobre la digestión* y procedí a compartir con él todo lo que había aprendido. Estuvo mirando la comida de forma rara durante un mes. Todavía no sé muy bien por qué tenía un ejemplar.

A Trent volvió a escapársele la risa del pecho, aunque esta vez fue más bien una risita baja.

—Entiendo que, a partir de entonces, pudiste leer todo lo que quisieras.

—Sí. Aunque me puse a leer los demás libros educativos que llamaron mi atención mientras buscaba en la biblioteca. Algunos contienen información fascinante.

—¿Qué más aprendiste?

Se quedó mirándolo durante unos segundos, tratando de discernir si alguna de sus palabras o gestos escondían cualquier atisbo de condescendencia o burla. Pero no encontró nada. Se le veía a gusto, cómodo, incluso interesado en lo que tuviera que decirle. Le gustaba verle de ese modo. Hacía que quisiera unirse a él, encontrarse tan cómoda con la idea del cortejo como parecía estarlo él. Se rozó con el y tuvo que esforzarse por no aferrarse al lateral del vehículo.

—Que los franceses ahora miden en metros.

—Vamos a tener que conseguirte libros más actuales para estudiar. — Trent guió el vehículo para que rodeara a un jinete y a un caballo que se habían detenido frente a la valla—. Dejaron de hacerlo hace un par de años.

Adelaide no pudo evitar que sus propios labios se curvaran en una sonrisa a modo de respuesta. Estaban disfrutando de un momento de intimidad. Hablando de un «nosotros» y haciendo planes para el futuro como si estuvieran avanzando en su matrimonio. Pero cuando aquel paseo terminara, volvería a dejarla atrás, sola en la casa con los sirvientes. ¿Qué pensarían ellos de aquella situación?

Bueno, probablemente se enteraría esa misma noche, cuando se fuera a la cama. La señora Harris no era conocida precisamente por guardarse sus opiniones.

Una pareja pasó en dirección contraria por Rotten Row y los miró fijamente sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su curiosidad. Hasta ese momento no se había parado a pensar mucho sobre las implicaciones de la

afirmación de su marido de que nunca había cortejado a ninguna mujer. ¿Ni siquiera había dado un paseo en coche con ninguna dama? Por la forma en que todos los miraban, estaba claro que estaban sorprendidos de verlos juntos. De pronto, en su mente se abrió paso otro pensamiento que robó el pequeño placer que había obtenido durante su breve conversación. ¿Y si en realidad había habido otra joven (una con la que solía pasear en coche) y precisamente por eso los estaban mirando? ¿Y si, a pesar de lo que decía, se lo había robado al amor de su vida? Aquello explicaría sin lugar a dudas el distanciamiento que había mantenido con ella la semana anterior.

—¿Has visitado ya nuestra biblioteca? Dudo que tengamos ningún libro que hable de las funciones del cuerpo humano, pero creo que sí hay alguno sobre la muda de los pájaros tropicales.

No se le pasó por alto el hecho de que estaba usando la primera persona del plural. La chispa de la esperanza volvió a encenderse en su interior, esa rara sensación de unidad que no acompañaba del todo a su situación actual. Aunque a una parte de ella todavía le preocupaba que se lo pudiera haber quitado a alguna otra mujer, le gustaba la idea de pensar en ellos como uno solo. De poder usar un «nosotros».

—Hice un examen a conciencia de ella hace unos pocos días. Tienes... Tenemos... varios libros de los que nunca había oído hablar. Me llevé dos volúmenes de *Don Quijote* a mi habitación. Es un libro increíblemente largo.

Una mirada de dolor atravesó el rostro de Trent. Fue tan repentina que Adelaide se puso a mirar si se había pellizcado la mano con las riendas o si se había golpeado la pierna con el borde de la rueda, aunque para eso tendría que haber colgado la pierna por el lateral.

—Seguro que ya lo has terminado —dijo él en voz baja—. ¿Te ha gustado? Nunca he conseguido acabarlo. Era uno de los libros favoritos de mi padre, así que lo tomé prestado de la biblioteca de Hawthorne House y olvidé devolverlo.

Debía de ser muy agradable no tener que preocuparse por algo que gustaba a un padre. El hecho de que no estuviera de acuerdo con la opinión de su progenitor la animó a compartir la suya.

—No tengo muy claro qué me ha parecido. Es entretenido en algunas

partes, pero a veces parece menospreciar al hombre. No me gustaría que escribieran de mí en esos términos.

Trent volvió a ladear la cabeza, como si ella acabara de decir algo importante que nunca se había parado a pensar, pero que merecía ser examinado.

—Nuestra biblioteca no es tan grande, pero la de Hawthorne House es bastante extensa. Puedes tomar prestado todo lo que quieras de allí. Griffith guarda sus libros favoritos en las estanterías de su estudio, de modo que no tienes que preocuparte por llevarte algo que necesite o quiera después. Por supuesto, si hay algo que te apetezca leer de su colección privada, puedo hablar con él.

Adelaide parpadeó y miró al frente, hacia las cabezas de los caballos que se sacudían ligeramente hacia atrás y hacia delante. Iba a poder llevarse libros del duque de Riverton cada vez que quisiera; incluso tenía acceso libre a su casa. Su madre se iba a poner extremadamente celosa.

—Me encantaría.

Volvieron a quedarse en silencio una vez más, pero en esa ocasión no fue algo incómodo. De hecho, le resultó placentero ir a su lado y contemplar el paisaje. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era la primera vez que estaba en Hyde Park. Hasta ese momento se había pasado todo el tiempo mirando al vehículo o a la parte trasera de un caballo. Se estaba perdiendo toda la belleza del entorno.

—Esto es precioso.

Un brazo masculino apareció en su campo de visión, captando su atención.

—Por allí está el Serpentine. Tenemos que venir un día a pie para que puedas verlo mejor. Si hace buen tiempo, es un paseo bastante agradable desde casa.

—¿Suele nadar la gente allí? —La única masa de agua parecida que había visto era la del lago de Hertfordshire, donde su padre había enseñado a nadar a su hermano. Después de insistirle mucho, también le enseñó a ella, aunque solo después de que le jurara que no le diría a su madre que la había dejado salir de casa vestida con la ropa de Bernard.

Trent volvió a sonreír. No le costaría mucho volverse adicta a esas

sonrisas.

—No a propósito. Aunque más de uno se ha dado un baño accidental o le han tirado sus amigos después de una noche de excesos con el alcohol.

Continuaron con el paseo mientras Trent le iba señalando diferentes características de Hyde Park o, de vez en cuando, alguna que otra persona que también paseaba por el mismo sendero de moda. Adelaide no podía recordar una salida en la que hubiera disfrutado tanto. En ningún momento le entraron ganas de hacerse con el libro que había metido en su bolso de mano. Un peso muerto sobre su regazo del que no hizo caso mientras respondía, cada vez con menos reservas, a los comentarios de Trent.

A medida que se acercaban a la salida del parque, albergó la esperanza de que el aire optimista que se respiraba en el vehículo los siguiera también a casa. Porque no le cabía duda de que, ahora que había retornado la comunicación entre ellos, Trent volvería a casa. Sí, aquello no encajaba con los planes que él le había comunicado esa mañana, pero si estaban congeniando, ¿qué sentido tenía quedarse en Hawthorne House? A menos que quisiera que el traslado fuera permanente. ¿Y si aquel paseo solo había sido de cara a la galería? ¿Para que todo el mundo pensara que eran un matrimonio feliz cuando él seguía sin querer tener nada que ver con ella? Los matrimonios de la familia Hawthorne eran famosos por ser bastante felices. ¿Tendría miedo Trent de ser la excepción a la regla?

El tráfico en el sendero empezó a hacerse más denso y tuvieron que reducir la velocidad de los caballos a un lento paseo. Trent extendió una mano por el asiento para agarrar con los dedos enguantados los de ella. Fue un toque breve, un pequeño apretón de manos antes de retomar las riendas.

Nadie podía haberlo visto. Sin duda era un gesto únicamente dirigido a ella. Adelaide enderezó los hombros y no se molestó en disimular la sonrisa que esbozaron sus labios. De hecho, no le hubiera sorprendido que siguiera sonriendo cuando esa noche se fuera a la cama. Las atenciones de un hombre como Trent tenían un efecto embriagador.

Sin embargo, aquella sonrisa se esfumó mucho más pronto de lo previsto. Y es que, cuando estaban a punto de abandonar el parque, un carruaje pasó junto a ellos. En el interior iba su madre.

Capítulo 13



Yese era el único escollo de su potencial y, esperaba, futuro feliz matrimonio. Que tendría que pasar el resto de su vida sabiendo que la mujer más molesta y socialmente agresiva que conocía podía hacer acto de presencia en cualquier momento.

Era demasiado caballeroso para dejar que la intensa molestia que sentía al verla se reflejara en su rostro mientras sonreía educadamente a *lady* Crampton y asentía con la cabeza en su dirección.

Pero, como era de esperar, un simple gesto con la cabeza no colmó sus expectativas.

—¡Qué sorpresa tan inesperada encontrarme con mi hija y mi nuevo hijo! Es una lástima que vayamos en direcciones contrarias. Tenemos que ponernos al día en el baile de los Ferrington esta noche. ¡Estoy deseando ir!

Su voz resonó por todo el parque hasta que no hubo ni un alma a la vista que no conociera los planes de la condesa.

Aquello fue suficiente para que Trent quisiera programar una prominente aparición en algún otro sitio. Donde fuera. Incluso si aquello implicaba hacer una escena en medio de los jardines de Vauxhall para asegurarse de que todo el mundo supiera que iban a ir a otra parte, a algún sitio distinto de adonde su suegra esperaba que fuesen.

Por desgracia, aquello no dependía de él. La simple visión de su madre pareció desmoronar toda la confianza y camaradería que había estado propiciando con Adelaide durante la última hora. Vio como su mujer dejaba

caer los hombros ligeramente mientras asentía despacio con la cabeza.

—Por supuesto, madre. Yo también estoy deseando acudir a ese baile.

La voz de Adelaide ni de lejos había llegado a tanta gente, pero daba igual que no la hubiera oído nadie más que él. Ahora se habían comprometido a asistir al evento. Ni siquiera sabía si habían recibido una invitación, aunque era bastante probable que así fuera. Había pocas reuniones sociales a las que Trent no fuera invitado, y la única vez que se presentó sin una invitación, nadie le echó. Aunque también era cierto que ya no era un codiciado soltero.

El viaje de regreso a casa fue aún más doloroso que el trayecto hasta el parque. Estuvo tentado de dar la vuelta y volver a Hyde Park para tratar de recuperar aquella sensación de frágil conexión. Pero ninguno de los dos necesitaba, o quería, dar pie a las conjeturas que aquello ocasionaría. Trent era demasiado consciente de lo poco convencional que era su plan y que le convenía que todo el mundo pensara que su matrimonio se estaba desarrollando con normalidad.

Suponiendo que alguien tuviera alguna idea de lo que se entendía por «normalidad». De ser así, le gustaría que se lo explicaran.

En todo caso, ambos estarían mejor si nadie se enteraba de que se había trasladado a Hawthorne House. Reprimió un gruñido mientras las ruedas resonaban sobre la calle adoquinada. Aquello se estaba volviendo mucho más complicado de lo que se esperaba.

Al cabo de un rato, la casa apareció en su campo de visión, inspirándole una mezcla de alivio y temor. El trayecto de vuelta había sido muy incómodo y le alegraba regresar a un sitio que le era familiar, pero odiaba que su primera salida terminara con una nota tan amarga como aquella. Mientras ayudaba a Adelaide a bajar del vehículo, se devanó los sesos intentando pensar en algo interesante que pudiera compartir, ya que las minucias parecían ser los puntos más en común que tenían. Cuando Adelaide tocó el suelo y se estabilizó, se dio cuenta de que se le había quedado enganchada la manga de la chaquetilla con el guante corto que llevaba. ¿Cómo se las habría arreglado si solo había ido sentada en el coche?

Era algo que le resultaba adorable. Deslizó un dedo con suavidad entre el guante y la manga, haciendo un círculo sobre su muñeca para liberar la

prenda. No quería soltarle la mano. Ni siquiera cuando la manga estuvo en su sitio. Era como un juego en el que siempre quería participar cuando la veía; buscar el defecto oculto en su apariencia. Nunca se repetía dos veces. De pronto sintió la imperiosa necesidad de atraerla hacia sí y besarla.

Aquel impulso le sorprendió del mismo modo que si una flecha ardiente le atravesara la espina dorsal.

Quería besar a su esposa.

Por supuesto que no era algo tan estafalario. Los hombres lo hacían todos los días. Pero él no lo había hecho todos los días. No lo había hecho nunca. Ni tampoco había querido, lo que, para empezar, era parte del problema. Sin embargo, ahora quería besar a la mujer que le había acompañado en el paseo por Hyde Park, no a la criatura tímida que estaba preguntando a sus botas si quería asistir al baile con ella esa noche.

Como si fuera a dejar que su esposa atendiera sola su primer evento social en Londres. Sería como arrojar un cordero a una manada de lobos.

—Por supuesto que iré contigo. —Seguramente cenarían juntos. Aunque la idea de estar sentados en su comedor, los dos solos, con la señora Harris frunciéndoles el ceño desde el umbral de la puerta no era muy atractiva—. ¿Quieres que salgamos a cenar antes? Londres tiene algunos restaurantes muy bonitos.

—Por supuesto. —Adelaide tragó saliva ostensiblemente y lo miró parpadeando—. Donde quieras ir me parece bien. He visto tan poco de Londres que no puedo mostrarme muy exigente.

Y así fue como Trent volvió a sentirse un zoquete al instante. ¿Cuánto tiempo llevaba su mujer en Londres y solo había visto Great North Road y Rotten Row?



Había muchas cosas que le gustaban de las reuniones sociales, pero a Trent nunca le habían atraído demasiado los bailes. Casi nunca podías conocer a alguien de verdad y estar todo el rato bailando era bastante agotador. Aunque ahora ya no era un soltero y no tenía que sentirse obligado a saltar a la pista

de baile cada vez que veía a una joven dama mirar con nostalgia a las parejas que giraban al ritmo de la música. Sin embargo, estaba deseando dar vueltas con su esposa por la pista. Llevaba queriendo hacerlo desde que la ayudó a bajar del coche cuando regresaron de su paseo vespertino. Desde entonces, había estado rezando para que supiera bailar un vals.

Estaba ansioso por bailar un vals con su mujer.

Por primera vez en años, tampoco tenía que vigilar a ninguna dama soltera. El año pasado se habían casado sus dos hermanas y le habían dejado libre para disfrutar de la sociedad sin tener que desempeñar el papel de carabina.

De no haber sido porque sabía que terminaría encontrándose con *lady* Crampton, hasta podría esperar con emoción la velada, a pesar de la multitud que seguro habría y la complacencia que siempre acompañaba al mal ponche y las sutiles maniobras en busca de socios.

Griffith también iba a acudir al mismo baile, así que Trent recorrería con su hermano la ciudad para recoger a Adelaide.

Le resultó un poco raro estar en el vestíbulo junto a su hermano como visita en su propia casa. Por suerte, Griffith se lo estaba tomando con mucha calma, actuando como cualquier otro caballero que hubiera venido a recoger a una joven dama para un evento, aunque allí donde su hermano era todo un experto, él apenas podía considerarse un principiante. Mientras que Trent siempre había tenido cuidado de no conectar demasiado con ninguna mujer, Griffith había perfeccionado el arte de mantener a toda la sociedad a distancia.

La casa adosada era demasiado estrecha para albergar una gran escalinata. En su lugar, tenía una escalera recta que bajaba a través de una apertura en el techo. Trent observó la parte superior de dicha escalera, esperando a su mujer y rezando porque la noche fuera bien. A su mente acudieron todas las posibles cosas que podían salir mal. Su madre y sus hermanas todavía no estaban en la ciudad, así que no tenía ninguna garantía de que alguna de las damas asistentes fuera a dar la bienvenida a Adelaide. No le extrañaría que incluso *lady* Crampton, su propia madre, le diera la espalda si pensaba que con ello aumentaría su popularidad.

Pero todas sus dudas y preocupaciones desaparecieron al instante en cuanto vio el primer atisbo de terciopelo azul oscuro. Poco a poco fue apareciendo el resto del vestido, una prenda de seda blanca con un vestido de terciopelo azul superpuesto que le sentaba de maravilla. Un paso más y pudo ver por completo a su mujer. Llevaba el pelo recogido en un intrincado conjunto de rizos con los mechones cortos que le caían sobre la frente hasta rozar la parte superior de las cejas. Las lentes no desmerecían su aspecto en absoluto; más bien magnificaban el azul de sus ojos, resaltando aún más el terciopelo azul que abrazaba sus hombros.

Quizá hubiera sido mejor que la esperara en el salón. Al menos allí habría tenido un lugar para sentarse si las piernas le fallaban.

Todavía no le había dado tiempo a cometer ningún fallo en su atuendo por lo que lucía impecable. El cinturón del vestido superpuesto de terciopelo hacía que la prenda le favoreciera desde cualquier ángulo. Tuvo la sensación de que al final de la noche estaría más que familiarizado con todos esos ángulos, porque no iba a ser capaz de apartar la vista de su mujer en toda la velada. Adelaide levantó una mano enguantada para retirarse los mechones cortos hacia un lado, aunque uno o dos rizos volvieron inmediatamente a su sitio. A Trent le gustaba así, le gustaba la suavidad que le daban y que no podían ofrecer los demás rizos tan pulcramente colocados. Puede que pagara a Rebecca para que volviera a quemárselos cuando crecieran un poco más.

El terciopelo azul estaba rematado con bordados dorados y un medallón grande, también dorado, evitaba que la parte de la blusa blanca que se veía no quedara tan sencilla al lado del ornamentado vestido superpuesto. El pronunciado escote de la blusa estaba rematado con encaje festoneado para que no resultara indecente.

—Creo que te han sucedido cosas mucho peores que tener a esta mujer por esposa —susurró Griffith.

Trent no podía responder. Se le había secado la boca. Era la primera vez desde que se vio obligado a comprometerse con aquella mujer, que pensaba que había tenido mucha suerte con aquella unión. Si entre ambos conseguían que cada momento que pasaran juntos fuera la mitad de mágico que el que estaban viviendo, tendrían un matrimonio envidiable. Griffith le plantó su

enorme mano en la espalda y le dio un ligero empujón, obligándole a salir de su trance para que cruzara la estancia y ofreciera el brazo a Adelaide.

—Estás preciosa.

Su mirada quedó atrapada en la de ella mientras le ofrecía aquel cumplido casi de manera reverencial. Adelaide abrió los ojos asombrada de tal forma, que Trent fue lo único que pudo ver. Dos brillantes lagos llenos de temor y emoción enmarcados por las lentes negras. ¿Cómo se le había podido olvidar que aquel no solo era su primer baile de la temporada? Era el primer baile al que había acudido jamás.

Con madre horrible o no, se aseguraría de que esa noche fuera la mejor que había tenido nunca.

No se dio cuenta de que ambos se habían quedado allí de pie, mirándose el uno al otro, hasta que Griffith se aclaró la garganta.

—Si todavía no estáis listos para salir, puedo enviar el carruaje para que os recoja más tarde.

—Estamos listos. —Trent alzó una mano para retirarle un mechón de la mejilla y sonrió al ver el rubor que tiñó su rostro—. ¿Verdad?

Adelaide sonrió y recogió el chal y el bolso de mano que esperaban junto a la puerta. Se fijó en que el bolso era enorme. Sabía que su hermana Georgina siempre llevaba uno más grande de lo normal para meter zapatos de repuesto y un pequeño estuche de costura, pero no era tan grande como el de Adelaide. Y por la forma como cayó la muñeca de su esposa cuando se lo colgó, también debía de pesar lo suyo.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —Era lo más cerca que estaría de preguntarle qué llevaba en el interior. No obstante, se prometió que algún día estaría en posición de saberlo porque la vería meter lo que quiera que llevara. Jamás se atrevería a preguntarle a una mujer con la que no estaba emparentado qué llevaba en el bolso, así que no iba a hacerlo tampoco con Adelaide. No si iba a continuar con aquel cortejo, como era su intención. Tenía que tratarla como si no estuvieran casados. Hacía dos días le había parecido lo más sencillo del mundo. Ahora no lo tenía tan claro.

Capítulo 14



En su quinto cumpleaños a Adelaide le regalaron un poni. Su hermano todavía no era lo suficientemente mayor para montar en la finca con su padre, pero ella sí, así que se la llevó a pasear por todos los rincones de la propiedad. Con ese poni se sintió sumamente importante, solo un peldaño por debajo de la mismísima reina. Y después se pasó el resto de su vida deseando volver a sentirse de esa manera.

Y esa noche por fin lo consiguió.

Entrar en el salón de baile del brazo de Trent y oír que los presentaban como «lord y *lady* Trent Hawthorne» le produjo una emoción aún mayor. Sentía como si fuera la dueña y señora del baile, como si nadie de toda esa aglomeración pudiera tocarla. Sabía que aquella sensación no duraría mucho; no con su madre y otra docena de mujeres como ella allí presentes, pero por el momento, ninguna de ellas le preocupaba, pues Trent la había llevado directamente a la pista de baile en cuanto las primeras notas de un vals resonaron en la estancia.

Pensó que afrontaría nerviosa su primer baile. ¿Cuántas veces se había imaginado haciendo su primera reverencia en un salón de Londres? Había empezado a creer que su madre nunca tuvo la intención de darle una oportunidad y desde luego no esperaba hacerlo como la esposa de su pareja de baile.

Pero en ninguna de sus fantasías había tantos ojos dirigidos a ella. Aunque tampoco parecía importarle. El susurro de la seda y el raso que se oía en el

suelo a su alrededor se desvaneció en cuanto sintió el fuerte y pesado brazo de su marido abrazándole la cintura. Clavó la vista en el pañuelo de cuello y la potente mandíbula de él inundó su campo de visión.

Se sentía diferente bailando con Trent. Bernard era todavía muy joven, algo que se reflejaba a la hora de mostrar sus habilidades en el baile, y las pocas veces que había tomado lecciones con su hermana, siempre le había tocado hacer de hombre. Encontraba reconfortante que Trent fuera el que la guiara constantemente por el suelo. Era como una promesa de apoyo cuando tuviera que enfrentarse a las mujeres de Londres por primera vez. Claro estaba que era una mera fantasía, porque él seguramente desaparecería en cuanto terminaran. Por ahora, sin embargo, se permitiría el lujo de creérsela y disfrutaría de la bendita sensación de bailar, confiando en que Trent no les hiciera chocar con otras parejas.

El vals terminó antes de que estuviera preparada. Tampoco era que fuera a estarlo alguna vez. Dejar la pista de baile implicaba tener que hacer frente a la élite londinense desde un lugar accesible. El banco de una iglesia o un vehículo en un movimiento eran sitios que ofrecían cierta protección, pero en un baile estaba totalmente expuesta. Helena le había contado lo crueles que podían ser, mintiéndose los unos a los otros hasta que ninguno sabía discernir la verdad. Aunque había pasado el tiempo suficiente separando las mentiras de su hermana de las verdades como para darse cuenta de que las demás mujeres no eran el único problema. Aun así, no le costaba mucho creer que las damas de la aristocracia eran un grupo difícil de impresionar. Sin duda su madre lo era. No podían ser todas igual, ¿verdad?

Trent la escoltó a un lado de la pista y se detuvieron en el borde de la zona de baile. Después echó un vistazo a su alrededor y volvió a mirarla antes de conducirla hasta el área donde estaban reunidos los invitados. Tras volver a mirar a su alrededor, colocó la mano de ella sobre su codo y se frotó la nuca. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso estaba intentando encontrar la forma de decirle que se iba adonde quiera que fueran los hombres cuando no querían bailar? Sinceramente, no le importaba. Tampoco esperaba que fuera a pasarse toda la noche con ella. Al fin y al cabo, su madre también estaría por allí, aunque todavía no estuviera lista para verla.

Y ese, por supuesto, era parte de su dilema. Si Trent estuviera cortejándola de verdad, la habría llevado directamente con su madre nada más terminar el baile, pero no veían a su progenitora por ninguna parte. Lo que en ese momento tenía sus ventajas e inconvenientes, pero que los dejaba en una situación incómoda. ¿Y ahora qué? ¿Simplemente se separaban y cada uno iba a lo suyo el resto de la noche? ¿Se quedaban juntos hasta que encontraran a alguien con quien ambos quisieran hablar? ¿Le presentaría a varios de los asistentes hasta que conociera a las suficientes personas como para poder dejarla sola?

La incómoda situación se transformó en una ardiente sensación en mitad del pecho cuando fueron los propios invitados los que se encargaron de resolver sus dudas. Efectivamente, la gente comenzó a acercarse a ellos y Trent empezó a presentarla tan rápido como permitía la cortesía. Adelaide sonrió y asintió con la cabeza a todos ellos, manteniendo la mirada fija en las barbillas de los presentes con la esperanza de que no se percataran del calor que ascendía por su cuello y la dolorosa tensión que le atenazaba los hombros. Los saludos empezaron a mezclarse y se dio cuenta de que sería incapaz de recordar el nombre de todos.

Aunque a nadie pareció importarle. De hecho, las charlas que mantuvo fueron mucho más sencillas de lo que se habría imaginado; si es que alguna vez se imaginó hablar con tantas personas en una sola noche. Años de práctica diciendo lo que su madre y su padre esperaban que dijera, le habían proporcionado la habilidad de dejar que la otra persona llevara la voz cantante de la conversación. Algunas veces no tuvo ni idea de qué o con quién estaba hablando, pero sus respuestas neutras parecieron agradar a la mayoría y se marcharon con gesto satisfecho o incluso alguna sonrisa.

Y así transcurrió la siguiente hora de la velada. No era desagradable. Si no se hubiera sentido como una total charlatana, hasta habría disfrutado de la noche. Pero cada vez que Trent aparecía a su lado con un vaso de limonada o simplemente para participar en la conversación, las mujeres que la rodeaban se mostraban entusiasmadas por la suerte que había tenido. Otras, sin embargo, parecían envidiar su nueva posición y la mayoría simplemente querían cotillear sobre cómo le iba con su nuevo estado civil. Cuando no

estaban muy cerca de ella, empezaron a hacer conjeturas. Dejó que lo hicieran. No estaba dispuesta a compartir la verdad sobre su situación o sobre cómo se produjo el matrimonio. Lo más lógico sería que pensarán que se habían enamorado en el campo, así que no haría falta contradecirles.

Según su experiencia, al final la gente solo se creía lo que quería creer.

—El matrimonio parece sentarte muy bien, Adelaide. —Su madre se acercó a ella y la enganchó del brazo en uno de los raros momentos en los que descansó de las atenciones que le prodigaban.

Adelaide murmuró una mezcla de gruñido y «sí» porque no sabía muy bien cómo responder a semejante afirmación. Que su madre se centrara únicamente en ella nunca le había traído nada bueno. Normalmente terminaba con su progenitora lamentándose amargamente por lo poco que se parecía a Helena y con ella deseando que el segundo hijo de sus padres hubiera sido un varón.

Su madre tiró de ella y empezaron a dar un lento paseo por el borde de la pista de baile.

—Ahora que ya estás instalada, deberías invitar a Helena a cenar una noche. Con su marido, por supuesto. ¿Sabías que lord Edgewick ha estado intentando conseguir una recomendación para ingresar en el club de esgrima Alverly?

Adelaide permitió que el suspiro que iba soltar le hinchara las mejillas antes de dejarlo escapar entre dientes. Incluso ahora todo seguía girando en torno a lo que Helena necesitaba, a lo que podía proporcionarle mayor provecho social. Tal vez debería dar las gracias a Dios por haber contraído matrimonio de una forma tan poco convencional en vez de lanzar miradas interrogantes al cielo. Quién sabía los ardidés que su madre hubiera empleado para intentar manipular a sus posibles pretendientes si hubiera disfrutado de una temporada como habían planeado.

—Ha estado intentando obtener una recomendación para White's —continuó la condesa—, pero Boodle's sería casi igual de bueno. Su club actual no dispone de contactos influyentes.

Adelaide volvió a suspirar. Sabía que tenía que cortar de raíz los sueños de su madre antes de que alcanzaran proporciones estratosféricas.

—Me temo que no puedo ayudarle en eso.

Su madre se echó a reír.

Adelaide hizo una mueca. ¿La risa de su madre siempre había sido así de crispante y falsa? ¿O solo la dejaba para Londres porque pensaba que era mucho más sofisticada?

—Querida Adelaide, solo tienes que mencionárselo a tu marido una o dos veces. Está claro que te adora. Sabía que lo haría. Su familia es célebre por ser detestable en lo tocante a sus matrimonios.

Quizá porque eran conocidos por haberse casado por amor; algo que Trent había sido incapaz de lograr. No le extrañaba que no quisiera vivir bajo el mismo techo que ella.

—Me temo que estás equivocada, madre. Lord Trent solo me ve como una obligación. Ni siquiera vivimos en la misma casa.

Su madre se quedó helada. La favorecedora y falsa sonrisa de su madre se desvaneció al instante.

—¿Qué?

Adelaide cambió el peso de un pie a otro. No debería haber sacado a colación aquello en público, a pesar de que sintió un enorme alivio al confesar su problema a alguien más. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro en un intento por mantener la discreción.

—Se ha mudado a Hawthorne House.

—Inútil —siseó su madre.

—¿Perdón? —Adelaide elevó ambas cejas mientras se inclinaba hacia delante para oírla mejor.

—Tú. Eres una inútil. Lo único que tenías que hacer era mantenerlo feliz y así podrías haber ayudado a Helena a alcanzar la posición que le corresponde dentro de la sociedad. —Su madre le soltó el codo y se alisó la falda del vestido—. Debería haber sabido que esto no funcionaría cuando solo fuiste capaz de cazar al hermano más pequeño. El duque habría sido mucho mejor. Pero la culpa la tengo yo. Tendría que haber echado un vistazo por el muro para asegurarme de que era el duque y no limitarme a asumir que lo harías bien.

Adelaide parpadeó unos instantes, intentando asimilar aquellas palabras,

pero fue incapaz. Su progenitora nunca le había dedicado muchos elogios, pero el calificativo de «inútil» era un poco más duro que los que solía brindarle.

—Yo... No... Quiero decir... ¿Qué?

Su madre miró a su alrededor y volvió esbozar la falsa sonrisa de hacía un momento.

—Podemos arreglarlo. Ven.

Adelaide fue detrás de ella, tratando de no tropezar con el dobladillo del vestido.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

—Celos, querida. Es hora de que aprendas cómo usarlos. Una sonrisa por aquí, un poco de coqueteo por allá. No hay nada más rápido para llamar la atención de un hombre. —Los incisivos ojos azules de su madre estudiaron a la multitud. ¿Qué estaba buscando? O, mejor dicho, ¿a quién?

Su confuso cerebro empezó a entender el significado del plan de su progenitora. Estaba claro que la mujer que le había dado la vida se había vuelto loca, porque lo último que quería hacer era ponerse a coquetear con un hombre que no fuera su marido. Había un sinfín de razones para no hacerlo, entre las que destacaba el hecho de que no tenía ni idea de cómo coquetear con nadie. Si lo hubiera sabido, habría usado dicha habilidad con Trent y no con cualquier otro hombre que eligiera su madre.

—Madre, esto no va a funcionar.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí, querida. ¿Cómo crees que conseguí el nuevo collar de diamantes del año pasado? Un mes bailando con el vizconde de Strenwhite en todos los eventos. Créeme. Es la forma más rápida de lograr que tu marido se fije en ti.

Un mes no le parecía «la forma más rápida», pero ¿qué sabía ella del matrimonio? Puede que un mes fuera un abrir y cerrar de ojos en las parejas de casados.

Entonces comenzaron las presentaciones. Adelaide había tenido miedo de olvidarse de todas las mujeres que había conocido esa noche, pero ahora estaba recibiendo una avalancha de hombres. La mayoría de los caballeros

fueron muy educados, incluso cuando se mostraron desconcertados ante el burdo intento de su madre de manipularlos para que pidieran bailar a su hija. ¿Solían bailar las mujeres casadas en ese tipo de reuniones? Siempre había pensado que la danza estaba reservada para las jóvenes damas solteras; una cualidad que necesitaba recordar con urgencia a su madre que ya no poseía.

Su progenitora por fin logró su objetivo y, mientras bailaba con un tal señor Givendale, intentó comprender esa nueva cara que estaba poniendo su madre. Siempre había sabido que sus padres no se profesaban mucho afecto, pero había asumido que era culpa de ambas partes. ¿Y si no era así? ¿Y si su padre simplemente se había cansado de las intrigas y artimañas de su esposa? ¿De su necesidad de conseguir más? No tenía ningún sentido, en serio. Era una condesa. En la escala social, estaba por encima de las tres cuartas partes de las mujeres que había en el salón. Aun así, seguía obsesionada, seguía sin ser suficiente para ella. Claro que Helena solo era una vizcondesa y no la habían invitado al baile. Siempre se trataba de Helena.

—¿Le gusta vivir en la capital? —preguntó el señor Givendale.

Adelaide intentó centrarse en el baile que se traía entre manos. Por muy incómoda que se sintiera con las maquinaciones de su madre, no había razón alguna para mostrarse grosera con un hombre que le había pedido bailar. Además, bailar era algo que había esperado con ansia antes de casarse.

—Es una ciudad encantadora —respondió ella. Y era verdad. La belleza de Londres, a pesar de la frecuente niebla y lo abarrotada que estaba de gente, era la única cosa positiva que podía decir de su vida actual.

—Usted la hace más encantadora todavía.

Sintió un intenso rubor que le ascendía por el cuello hasta los oídos mientras se volvía para continuar con el siguiente paso de la pieza. Puede que no supiera cómo coquetear, pero por lo visto algunos caballeros compensaban su falta de habilidad con creces. ¿Qué respuesta se suponía que tenía que dar a una afirmación como esa? ¿Tenía siquiera que decir algo? Casi medio minuto después volvían a estar hombro con hombro.

—¿Ha estado ya en la ópera? Tengo un palco que puede usar en cualquier momento que le apetezca. —El hombre hizo una pose mientras una pareja pasaba entre ellos—. Su marido también, por supuesto.

Adelaide no tuvo que fingir la repentina dificultad para respirar que sintió. Por mucho que anhelara el oxígeno del que se había visto privada de pronto, estaba más que agradecida por tener una excusa para abandonar la pista de baile.

—Le ruego me disculpe, señor Givendale, pero no me encuentro bien para terminar esta pieza.

—Por supuesto.

El hombre la sacó de la hilera y la acompañó hasta un lateral de la pista. Una vez allí, Adelaide se zafó inmediatamente de su agarre y siguió caminando. Con cada paso que daba, la presión que tenía en el pecho parecía disiparse, hasta que por fin pudo volver a respirar con normalidad. ¿Eso era lo que Trent quería para ella? Le había dicho que quería que disfrutara de la experiencia de la temporada que se había perdido, pero no creía que aquello incluyera la presencia de otro hombre. Ahora solo tenía que convencer a su madre de aquello.

—¿Por qué diantres has hecho eso?

Su madre apareció a su lado, pero Adelaide no se detuvo. Siguió andando, incluso cuando empezó otra diatriba sobre su incapacidad para entender el plan. Al doblar una enorme columna en un lado del salón, chocó con un hombre mayor que venía en dirección opuesta.

—¡Oh, perdóneme! —Adelaide dio un paso atrás y estuvo a punto de tropezar con la cola de su vestido. La prenda era magnífica, pero las maniobras que tenía que hacer para moverse con él le estaban resultando tremendamente difíciles. Trent le había enseñado cómo sujetarse la cola de la falda cuando estaba bailando. Mientras fuera hacia delante no había ningún problema, pero andar hacia atrás era otro cantar. El hombre mayor extendió la mano para sujetarla, dándole el apoyo que necesitaba hasta que recuperó el equilibrio.

—¿Ya está?

Adelaide asintió.

—Sí, muchas gracias.

Se notaba que era un caballero importante. Algunos hombres simplemente tenían a su alrededor un halo de poder. Y además iba vestido de forma muy

elegante, lo que confirmaba su teoría. Esperó a que su madre se lo presentara.

Sin embargo, en cuanto miró a su lado se dio cuenta de que la condesa había desaparecido. Giró la cabeza, buscando el color naranja oscuro del vestido que llevaba, pero a su alrededor solo vio tonos pastel y algún que otro púrpura o azul.

Se volvió de nuevo hacia el hombre mayor y le ofreció una leve sonrisa antes de continuar andando. Sin una presentación, no podía hacer mucho más, aunque se moría de ganas por saber quién era. Estaba claro que su madre no quería saber nada de él. Lo que le convertía en una de las personas que más le interesaban de Londres.

En cuanto a su progenitora, no tuvo la suerte de poder evitarla durante mucho tiempo. Cuando estuvo fuera del alcance del hombre, su madre apareció de la nada y se puso de nuevo a su lado.

Adelaide volvió la cabeza para comprobar si todavía podía verlo, pero el hombre había seguido su camino y ya no estaba allí. El hermano de Trent, sin embargo, era perfectamente visible entre la multitud a ese lado de la sala y en ese momento se dirigía hacia ella con un gesto tan preocupado que hizo que temiera que el pánico que sentía empezara a reflejarse en su rostro. Toda esa velada no había sido más que una serie de preguntas que la habían hecho cuestionarse cada uno de sus movimientos.

—¿Me concedes este baile? —El duque la tomó de la mano y se inclinó sobre el lugar donde sus dedos se tocaban.

—Por... por supuesto.

Tuvo la sensación de que a él no le apetecía bailar. Y si las miradas especulativas que les estaban dirigiendo eran señal de algo, no solía hacerlo con frecuencia. Pronto entendió por qué. A pesar de que se movía con más elegancia que la media, ocupaba mucho más espacio sobre la pista que el común de los mortales, por lo que a menudo chocaba con las demás personas que estaban formando la cuadrilla.

—¿Cómo debo llamarle? —preguntó ella cuando unieron sus codos y rodearon a otra pareja.

—La familia me llama Griffith. Así que puedes hacer lo mismo. O Riverton, si te es más cómodo. —Inclinó el hombro para evitar darse con otra

pareja.

Adelaide se dio cuenta de que, mientras bailaban, estaban cosechando más de un susurro y no pocas miradas.

—Están tratando de confirmar que de verdad eres la nueva esposa de Trent —murmuró Griffith en su oído.

Alzó la vista para ver si él también se estaba dando cuenta de lo mucho que los miraban, pero el duque seguía centrado única y exclusivamente en ella. Se estaba poniendo nerviosa. Sus ojos eran prácticamente idénticos en color a los de Trent, y sus rasgos eran lo bastante parecidos como para darse cuenta de que estaban emparentados a simple vista, pero la mirada de Griffith despedía una seguridad, una fuerza de la que Trent carecía. Nunca había sido tan consciente del poder del duque frente a la despreocupación del segundo hijo. Agradeció en silencio que fuera Trent el que acudió a las ruinas ese día en vez de Griffith.

—¿Y cómo lo saben? —preguntó también en un susurro.

—Porque estoy bailando contigo. —Griffith la tomó del brazo y la condujo por el centro de la fila. Tenía que doblarse casi hasta la mitad para pasar por debajo de los brazos levantados de las otras parejas.

—¿Así que sueles evitar bailar? —inquirió ella cuando llegaron al final de la fila y añadieron los brazos para formar el túnel de bailarines.

—Evito cualquier danza que me obligue a bailar con una mujer en concreto. Correrían demasiados rumores. Solo bailo con la familia. Siempre suelo tener una o dos primas en Londres durante la temporada.

Adelaide parpadeó. Qué vida más solitaria debía de llevar. ¿Cómo podría encontrar una esposa si no participaba en uno de los actos más característicos del cortejo entre aristócratas? No todo el mundo contaba con un suelo que se derrumbase y tomase la decisión por ellos.

Una risa nerviosa le salió de la garganta, pero gracias a Dios la danza los separó durante un momento, permitiendo que recuperase el control que necesitaba antes de volver a hablar.

Mientras la pieza continuaba, intentó dirigir con sutileza la conversación hacia su hermano, aunque tenía el presentimiento de que él sabía exactamente lo que estaba haciendo y que no iba a enterarse de nada que él no quisiera que

supiera; que no sería nada que Trent no le hubiera contado ya. Cuando el baile terminó, Griffith la escoltó junto a Trent que estaba en dirección opuesta adonde se encontraba su madre.

Mientras se preguntaba si por fin habría conseguido librarse de su madre durante un rato, miró a su esposo y vio que estaba hablando con un hombre al que había conocido antes, pero de cuyo nombre no se acordaba. Entonces se encontró con la mirada de su madre y se dio cuenta de que, por una vez, no estaba con el ceño fruncido. Tal vez el que Adelaide ahora estuviera emparentada con un duque hubiera suavizado el reproche con el que siempre parecía mirarla. En cuanto vio que comenzaba a acercarse a ella, dejó caer los hombros resignada.

Entonces los ojos de su madre volaron hacia la izquierda y cambió inmediatamente de dirección, girando hacia la puerta que conducía hacia el vestidor de las damas.

Adelaide miró a su alrededor y se preguntó qué era lo que había hecho cambiar de idea a su madre. Se fijó en que el hombre mayor de antes estaba a escasos metros distancia de ella, bebiéndose un vaso de limonada y hablando con un hombre más joven, que, por la forma de la nariz y la barbilla, tenía que ser de la familia.

Esperó a que Trent hiciera una pausa en su conversación antes de inclinarse hacia él.

—¿Quién es ese hombre?

Trent miró en la dirección que le señalaba.

—El duque de Spindlewood. ¿Por qué? ¿Quieres que te lo presente?

—Sí. —Adelaide se agarró al brazo de su esposo—. Creo que sí.

Capítulo 15



A Trent le caía el sudor por la frente, lo que hacía que le escocieran los ojos y amenazaba con impedirle ver; algo muy peligroso cuando estabas en el cuadrilátero con el mismísimo Gentleman Jack. Hizo una finta hacia la izquierda y lanzó otro puñetazo que el experimentado púgil esquivó con facilidad antes de asestar su propio golpe. Trent logró bloquearlo, aunque no con la elegancia del otro hombre.

Al final, el boxeador profesional dio un paso atrás y declaró que ya habían tenido suficiente.

—Hoy está un poco torpe, lord Trent.

Trent gruñó mientras salía del cuadrilátero y se unía al grupo de hombres que pululaban por el exclusivo club de boxeo.

—Hoy no estás muy en forma, ¿eh, Hawthorne? —Lord Worthorp le dio una palmada en la espalda y le entregó una toalla de lino para que se secara el sudor—. No me extraña. Llevas semanas sin dejarte caer por aquí. Después de tan larga ausencia, hasta yo estaría dispuesto a medirme contigo.

Trent no sabía qué responder, así que enterró la cara en la toalla. Sacar a colación su matrimonio solo acarrearía más preguntas o, peor aún, comentarios y bromas a los que tendría que seguir la corriente cuando no tenía idea de lo que estaban hablando. No sabía lo que era que una esposa te cambiara el menú al que estabas acostumbrado o que sumiera en el caos a toda la servidumbre. Lo único que podía hacer era esperar a que otro hombre informara a lord Worthorp de su nuevo estado civil, que ambos le

encontraran la gracia al asunto, se divirtieran y lo dejaran en paz.

Como había esperado, otro hombre, cuya voz no reconoció, decidió unirse a la burla, aunque de buena fe, de la que era protagonista. Varios pares de pasos acercándose le dijeron que la conversación estaba atrayendo la atención de más de una persona.

—¿No te has enterado, Worthorp? El infame lord Trent ya no está en el mercado.

Worthorp rio y golpeó a Trent en la espalda, lo que hizo que tuviera que quitarse la toalla de la cara si no quería parecer un idiota.

—No sabía que te habías casado.

—Tampoco Hawthorne. —El señor Givendale sacó un poco de tabaco de su lata antes de sonreír como un hombre que estaba a punto de apostar a una carrera que sabía que estaba amañada.

Trent hizo todo lo posible por adoptar la expresión más altiva de Griffith y no se molestó en contestar a Givendale.

Worthorp miró a uno y a otro. Se notaba que estaba sopesando las ventajas de la amistad frente a las de un buen cotilleo.

—¿A qué te refieres?

Trent reprimió un suspiro. Así era Londres. El buen cotilleo siempre tenía las de ganar.

Givendale se apoyó contra la pared.

—Aquí lord Trent está viviendo en Grosvenor Square estos días. Dudo que incluso haya visto a su esposa desde que se marchó de Mount Street ayer por la tarde.

¿Cómo podía saber Givendale que el día anterior había regresado a Hawthorne House tras dejar a Adelaide en casa después del paseo? Había pedido a los sirvientes que devolvieran el coche y se había desplazado a caballo a la vivienda de su hermano.

Worthorp lo miró sorprendido.

—No... No es posible.

—Anoche tenía que tratar asuntos de negocios con Griffith y terminamos muy tarde. Así que lo lógico era que me quedara en su casa. A diferencia de lo que Givendale parece creer, no se trata de ningún cambio de residencia.

El otro hombre que había, a quien Trent seguía sin reconocer incluso después de verle la cara, le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Bueno. Nunca me lo hubiera creído si no fueras capaz de engatusar a tu esposa con tu labia. Siempre has sabido cautivar a las damas.

Trent hizo una mueca ante la mirada sugerente que le lanzó el hombre y que implicaba que la gente de verdad creía que había hecho mucho más que sacar una sonrisa nerviosa a una o dos futuras solteras. ¿Cómo se suponía que podía quitarse esa imagen de encima? No había prueba alguna, ninguna razón para que nadie alegara tal cosa, cuando ni siquiera se había llevado a ninguna dama aparte para robarle un beso. Supuso que al final tendría que dejar que la gente pensara lo que quisiera. Él y Dios sabían la verdad. Y algún día esperaba que también Adelaide. Esas eran las únicas personas que importaban, ¿verdad?

—¿Ya has conocido a la dama, Stapleton? Es una auténtica delicia. — Givendale bajó la cabeza para mirar su caja de tabaco antes de volver la vista en dirección a Trent.

Trent se quitó la camisa de lino empapada de sudor y se puso otra limpia mientras intentaba parecer lo más despreocupado posible. Givendale nunca le había caído precisamente bien, pero jamás habían tenido una disputa. ¿Entonces por qué se empeñaba en fastidiarle siempre que podía? ¿Y por qué estaba tan interesado en su matrimonio? Fuera cual fuese la razón, había llegado el momento de ponerle fin.

Esbozó una sonrisa juvenil que quizá pareciera exagerada, y sin duda le hacía sentirse un poco bobo, pero ¿no sonreiría así un hombre que estuviera felizmente casado?

—Es encantadora, ¿verdad? ¿Por qué creéis que me casé con ella antes de que alguno de vosotros tuviera oportunidad de conocerla? Chicos, no hay otra como ella en toda Inglaterra. Vais a tener que conformaros con el resto.

Stapleton soltó un resoplido.

—Otro Hawthorne aquejado de amor. Es como una maldición en tu familia.

Y otra piedra más en el monumento a la incapacidad de Trent para tomar el relevo como cabeza de familia. Tendría que dar gracias si no venía

acompañado de una condena a vivir de por vida con una mujer que no amaba.

—¿Has investigado algo sobre las carreras de caballos de este año? —preguntó Givendale—. He estado pensando en invertir en una caballeriza. Se rumorea que has adquirido una junto con tu esposa. Ya hablaremos de ello en algún momento.

Ah, ¿sí? Sabía que con la dote de Adelaide iba aparejada una propiedad en Suffolk, pero pensaba que era solo eso, una finca. ¿Había caballos dentro? ¿Era algo de lo que debería estar al tanto?

—Por supuesto. Cuando quieras.

Se despidió del grupo de hombres con un último gesto de asentimiento y abandonó el edificio, haciendo todo lo posible por eludir la sonrisa socarrona que todavía lucía Givendale en el rostro... y la molesta idea de que tener la mano de su esposa no tenía nada que ver con ser el dueño de su corazón.



Dos días más tarde Trent seguía dándole vueltas a la idea mientras se inclinaba sobre la mesa de billar de Hawthorne House y golpeaba las bolas sobre la suave superficie verde sin ton ni son. ¿Cuánto duraba un cortejo? ¿Y qué hacía la gente cuando estaban en mitad de uno? El chasquido de las bolas chocando las unas contra las otras y contra los amortiguadores le produjo algo de satisfacción, pero no respondió a ninguna de sus preguntas.

Sabía que las parejas salían juntas a montar a caballo o a pasear en coche, y eso era lo que habían hecho durante los últimos cuatro días. A medida que la aristocracia regresaba a Londres para la temporada, Rotten Row estaba cada vez más concurrido. Ahora apenas los miraban durante el paseo. No hacía más que señalarle y hablarle de los mismos sitios una y otra vez porque no sabía qué otra cosa decir. Ni siquiera sus hermanas habían seguido un camino tan convencional hasta llegar al altar, aunque habían tenido unos cuantos pretendientes antes de encontrar a sus maridos. De todos modos, nunca había prestado mucha atención a lo que hacían.

Tenía que haber flores sí o sí, así que, el día después del baile, se había presentado con un ramo enorme. Las mujeres de su familia solían mencionar

los dulces, de modo que le pidió al chef de Griffith que preparara una de sus famosas golosinas con la que se ganó una sonrisa y el agradecimiento de Adelaide, aunque la señora Harris resopló y frunció el ceño mientras hacía un concienzudo examen de la elaboración. El día anterior, sin embargo, no le había llevado ningún detalle, pero obtuvo el mismo saludo, la misma sonrisa, el mismo todo. Lo único que estaba consiguiendo era convertirse en un experto a la hora de maniobrar el coche en medio de una multitud, y eso que ya conducía bastante mejor que la mayoría de los londinenses.

Había parejas que anunciaban sus compromisos a los pocos días de conocerse. ¿No podría al menos tener la sensación de que estaba haciendo algún progreso? Tampoco era que tuviera que convencer a Adelaide para que se casara con él. Simplemente tenía que convencerse a sí mismo de que ya estaban casados. ¿Por qué le resultaba tan difícil?

La noche anterior condujo su coche de dos caballos hasta Hawthorne House, con la esperanza de que pareciera menos sospechoso que si iba montado a caballo. Los mozos estaban abriéndolo para su paseo de esa tarde, pero como el cielo estaba un poco encapotado, se planteó pedir prestado a Griffith su carruaje. Debía de estar muy desesperado para llevarla a pasear en un carruaje cerrado que ni siquiera podía conducir él mismo. ¿Dónde habían quedado sus famosos encanto e ingenio cuando no era capaz de pensar en otra cosa que hacer con su esposa que atravesar un viejo camino de tierra en un parque?

Recordó la sonrisilla que de Givendale hacía dos días y se reafirmó en su determinación de hacer algo especial ese día para cortejar a su esposa. No dejaría pasar una sola jornada en la que no hicieran algo juntos con tal de crear algún tipo de afecto, o al menos una conexión, entre ellos. Se llevaría el carruaje y saldrían a dar un paseo a pie si el tiempo lo permitía. Al menos aquello sería un poco diferente a dar una vuelta en coche. Aunque si llovía, tendrían que reunirse en el salón. Con ninguna otra cosa que ver que el uno al otro y la ventana sin cortinas.

Todavía no había preguntado por el asunto de la ventana, aunque sabía que debería haberlo hecho. Lo más seguro era que su esposa tuviera intención de reemplazarla pronto. ¿No deseaban todas las mujeres decorar sus nuevas

casas? ¿Crear su propio ambiente? Puede que a Adelaide también le estuviera costando aceptar la situación tanto como a él mismo.

No lo sabría a menos que hablaran de eso.

¿Y si la conversación no los llevaba a ninguna parte? ¿Y si terminaban mirándose el uno al otro sin nada que decirse? Hizo rodar una bola de billar sobre la palma de la mano. En su estudio tenía un tablero y unas fichas de ajedrez muy elegantes. Sin duda el progreso que habían hecho, por nimio que fuera, podría soportar un poco de competencia intelectual sobre un tablero. No sería nada extraño jugar una partida amistosa de ajedrez sin intercambiar apenas palabras.

Golpeó la bola de marfil con inusitada fuerza, enviándola sobre el tapete y esparciendo las demás hasta que toda la mesa pareció estar en movimiento.

Podían cenar. Habían salido de paseo y ahora podía llevarla a cenar. Al menos así podrían echar la culpa de cualquier falta de comunicación al hecho de que eran demasiado educados para hablar con la boca llena.



Su madre había llegado.

Para ser sinceros, le sorprendió que hubiera tardado cuatro días en aparecer por allí (suponiendo que el paseo por Rotten Row lo hubiera dado el mismo día que llegó a Londres). Lo mismo llevaba en la ciudad más de una semana.

Y ahora estaba en el salón de Adelaide.

El mismo que tenía una ventana sin cortinas.

El mismo que había resistido más de dos décadas de uso pero que seguía mostrando una decoración obsoleta.

El mismo en el que Trent la recogía todos los días para que pudieran pasear en coche por el parque como dos extraños.

Supuso que debía de estar agradecida por aquellos paseos. Eran sin duda el punto culminante de sus días; días en los que se pasaba la mayor parte del tiempo deambulando por las habitaciones, intentando evitar al personal mientras examinaba los libros de la pequeña biblioteca de Trent... no, de la

biblioteca de ambos. Sin embargo, había pensado que a esas alturas ya habría vuelto a casa. Se había mostrado pacífica y serena. Nada que ver con la mujer airada que le había respondido aquella noche. No había nada más que pudiera hacer para convencerle de que sería una esposa mansa y adecuada. Las leves sonrisas y palabras suaves siempre habían parecido aplacar a su madre.

La madre que ahora mismo estaba sentada en el salón.

Sola.

Confeccionando seguramente una lista de todas las formas en las que Helena habría manejado aquella situación mucho mejor que ella.

La señora Harris estaba esperando en la parte inferior de la escalera.

—¿Té, *milady*?

Adelaide asintió. Le entraron ganas de darse un buen coscorrón por no haber pensado en pedir una bandeja por sí sola. Nunca le había gustado aquel brebaje, pero todo el mundo parecía considerarlo un elemento imprescindible para la vida social.

Tomó una última y profunda bocanada de aire antes de abrir la puerta y entrar en el salón.

—No sé cómo esperas sacar el máximo partido a tu nueva posición social si no aprovechas la curiosidad que todo el mundo siente por ti. Últimamente te han visto en el parque con tanta frecuencia que ya nadie habla de ti.

Adelaide se detuvo en seco y miró a su madre parpadeando.

—Buenas tardes, madre. He pedido que nos traigan té.

Su madre soltó un resoplido y se hundió en el sofá.

—Por supuesto que has pedido té. Te enseñé a que lo hicieras siempre, aunque la visita diga que no le apetece.

Enarcó ambas cejas confundida. ¿Cuándo le había enseñado su madre algo sobre el té? Tal vez creyó que educar a Helena era lo mismo que educar a ambas, pero a Adelaide nunca la permitieron estar presente mientras la condesa daba lecciones a su hermana, salvo que necesitaran a otra persona. Aun así, no merecía la pena sacar a colación ahora aquel asunto. No ganaría nada. Además, no creía que necesitara saber mucho más que cómo evitar que la falda se le enredara en la rueda del coche y no avergonzarse a sí misma en un salón de baile. Y ambas cosas podía hacerlas bien.

—Por supuesto, madre.

—¿Has ido ya a ver a Helena? Llegó a Londres hace tres días.

Adelaide había dejado una tarjeta, la única que había dejado a nadie, pero cuando lo hizo, su hermana todavía no había llegado.

—No, no estaba allí cuando me pasó. No sabía que había vuelto a la ciudad.

Fenton entró con la bandeja de té y la dejó con cuidado sobre la mesa baja antes de hacer una reverencia y abandonar el salón. Su madre tomó la tetera antes de que Adelaide pudiera decir nada. No podía saber si el feo detalle había sido a conciencia, así que prefirió dejarlo pasar. Aunque si lo fuera, ¿qué más daba si su madre creía que tenía el control? Era más sencillo sonreír, asentir con la cabeza y después no hacerle caso.

Además, tampoco le importaba no servir el té. Cuando aceptó el líquido con un chorrito de leche se dio cuenta de que la delicada taza con bordes dorados era más elegante que las que ponían cuando Trent venía de visita. No saber que había dos servicios de té completos le molestó.

—La vi antes de ayer. Lo está haciendo bien, pero está un poco ansiosa por consolidar su posición un poco más. Quieren tener hijos pronto y le preocupa que pueda perder su estatus social durante su confinamiento.

Adelaide ladeó la cabeza mientras veía a su madre beber el té y se preguntó si realmente se había dado cuenta del alcance de lo que acababa de decir. A Helena apenas le había dado tiempo a quitarse el polvo del camino antes de que su progenitora la visitara. Y, sin embargo, era la primera vez que ponía un pie en Mount Street.

—Estoy segura de que Helena hará una gran temporada.

—Por supuesto. —Su madre bajó la taza—. Con tus nuevos contactos no será difícil conseguirle invitaciones a varios de los eventos más codiciados.

Adelaide dudaba mucho de que tuviera más influencia que su madre. Al fin y al cabo, era condesa. Y ella solo estaba casada.

—Mi posición es meramente circunstancial. Trent no posee el título de duque.

—Mmm... sí, a menos que le pase algo a su hermano. El duque todavía no se ha casado, de modo que, si sufriera alguna desgracia, tu marido sería el

siguiente en la línea de sucesión.

—¡Madre! —Adelaide buscó a tientas la taza sobre la mesa. Sintió una oleada de escalofríos que le pusieron los pelos de punta—. Lo que acabas de decir es horrible.

Su madre suspiró y bajó la barbilla para mirarla con censura.

—En serio, Adelaide, las desgracias ocurren. El duque no sería el primer hombre que tuviera una muerte oportuna.

El recuerdo de aquel hombre enorme bailando con ella y dándole la bienvenida a la familia, junto con las insensibles declaraciones de su madre, hicieron que se estremeciera por dentro.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Su madre suspiró.

—Muy bien. Pero te esforzarás en aprovechar la curiosidad de la gente. Eres la novedad del momento. Puedes conseguir que te inviten a cualquier evento y pedir que Helena y yo te acompañemos. Todo el mundo entenderá que quieras acudir con alguien conocido.

En realidad, creía que lo que esperaría todo el mundo era que la presencia de su marido fuese la única cara conocida que necesitara, pero se abstuvo de decir nada. Sonreír y asentir. Sonreír y asentir. Cuando hacía eso, la mayoría de las veces su madre terminaba olvidándose de lo que le había pedido.

«Dios mío, no permitas que esta sea la excepción».

Capítulo 16



Trent saltó al suelo y miró al cielo preocupado. No iban a poder salir a dar un paseo. El tiempo era demasiado imprevisible para arriesgarse a sacar a Adelaide. Aun así, no quería perderse la visita. Estaba intentando condensar semanas, si no meses, de cortejo en el lapso más corto posible. No podía permitirse el lujo de perder un día por la amenaza de lluvia. Estaban en Inglaterra. Nunca irían a ninguna parte si solo aprovechaban los cielos cristalinos y el sol.

Sin embargo, se puso a sudar solo de pensar en hacer algo que no fuera dar un paseo. A pesar de sus conocidos gracia y encanto, no tenía mucha práctica en los cara a cara con las mujeres. Y menos con mujeres que no eran sus hermanas.

Tal vez debiera tratar a Adelaide como hacía con sus hermanas.

No. No. Negó con vehemencia con la cabeza para deshacerse de cualquier vestigio de aquella idea. No era su hermana y no debía intentar verla como tal. Era un pensamiento demasiado perturbador.

Sintió como se abría la puerta detrás de él. Se volvió para preguntar a Fenton si creía que le daría tiempo para llevar a Adelaide a Gunter's a tomar un helado antes de que se pusiera a llover.

Pero no era Fenton el que estaba en el umbral.

Sino *lady* Crampton con su doncella.

Se aclaró la garganta y cambió el peso de un pie a otro.

—Buenas tardes.

Lady Crampton lo miró primero a él, luego al carruaje y finalmente volvió a clavar la vista en él.

Trent podía imaginarse los pensamientos que cruzaban por su cabeza. Debía de parecer de lo más extraño verlo allí, en la calle, frente a su casa con un carruaje que no era el suyo. ¿Le habría hablado Adelaide a su madre de sus circunstancias? ¿De lo que estaban intentando hacer? Esperaba que no. Él no se lo había contado a la suya. Claro que todavía no había encontrado el momento para decirle que se había casado. Su madre se pondría furiosa con él, pero no sabía cómo decírselo. Había empezado a escribir la carta tres veces cada día y al final siempre terminaba en la chimenea. Seguro que tendría mil preguntas y no quería contestarlas. En realidad, le daba miedo no saber qué responder. De todos modos, su madre llegaría dentro de poco a Londres y las cosas se pondrían muy feas cuando se enterara del secreto que guardaba, aunque no fuera intencionadamente.

Está bien, del secreto que sí guardaba «intencionadamente». No le quedaría más remedio que asumir toda la responsabilidad por mantenerla en la ignorancia más absoluta, pero al menos sabría por qué la había defraudado. Eso era mucho mejor que sufrir su decepción sin saber por qué. Y después de que su madre hubiera ido en contra de la norma y criara a su familia para que se casaran por amor, seguro que se iba a sentir muy desilusionada.

Se mordió el interior de la mejilla para reprimir la necesidad de justificar la presencia del carruaje en la calle. Era mucho mejor si fingía que no había nada raro en ello.

—¿Qué estás haciendo?

Por supuesto, fingir era mucho más fácil si la otra parte te acompañaba.

Escogió la respuesta más sencilla.

—Llevar a Adelaide a cenar.

La condesa enarcó ambas cejas.

—¿A las tres y media de la tarde?

A Trent le cayeron varios mechones por la frente cuando ladeó la cabeza e intentó esbozar una sonrisa infantil. Detestaba parecer idiota, pero a veces era la forma más fácil de terminar con una conversación.

—¿Es tan temprano? Se nota que estoy ansioso.

—¿Por cenar? —La mujer se ajustó la chaquetilla Spencer.

Él se encogió de hombros.

—Voy a cenar de todos modos. Es la compañía lo que estoy deseando.

La condesa frunció los labios en una arrugada franja rosa que le cruzó la cara.

—Se presupone que ya tienes la compañía, estéis o no comiendo.

Empezó a resultarle más difícil mantener la sonrisa y la postura relajada. Quizá se había metido tanto en la fantasía del cortejo que se había olvidado de que el resto de Londres creía que seguía viviendo bajo el mismo techo que su esposa. Y aunque no le importaba si *lady* Crampton sabía o no la verdad, tuvo la sensación de que no le haría ningún favor contárselo en ese momento. Sobre todo, cuando ya había gente que sospechaba.

—Encuentro cierto placer en dejar que el resto de Londres sepa lo afortunado que soy.

Y mientras *lady* Crampton hacía unos cuantos sonidos que no sabía muy bien cómo interpretar, miró por encima de su hombro y se encontró con la responsable de dicha fortuna, de pie en el umbral de la puerta.

Adelaide se retiró el pelo de la frente e intentó esbozar una sonrisa, aunque las comisuras de los labios se le curvaron hacia abajo y los labios le sobresalieron del mismo modo que cuando alguien aprieta la mandíbula. Miró a su madre, luego a él y finalmente echó un vistazo a su alrededor, tomando nota del número de personas que podían estar presenciando aquel extraño encuentro frente a una casa en la que se suponía que Trent vivía.

Desde luego no daba la sensación de que se tratara de un hombre regresando a su hogar. Parecía precisamente lo que era: un caballero haciendo una visita a una dama.

Trent contuvo un suspiro mientras deseaba a *lady* Crampton las buenas tardes y pasaba por delante de ella para entrar en la casa. En ese momento tuvo la impresión de que su vida se había vuelto un poco más complicada.



A pesar de que la visita había ido fatal, a Adelaide le hubiera gustado que su

madre se quedara. Por muy molesta y mortificante que hubiera sido la conversación, habría sido mucho mejor que la incómoda sensación que ahora reinaba en el desvencijado salón. Acababa de tomar el té con su madre, así que no iba a pedir a Fenton que trajera otra bandeja, pero sin las vistas de Londres en las que centrar su atención, tanto ella como Trent se habían quedado sin una distracción común.

Aunque el hecho de que necesitaran una distracción común quizá fuera una prueba de que el plan de cortejo de Trent no estaba surtiendo el efecto deseado. Suponiendo que lo que tuviera planeado fuera estrechar más su relación... o hasta encontrar el amor. Él le había dicho que ese era el objetivo, pero también se había trasladado a vivir a otra casa, lo que limitaba la cantidad de tiempo que pasaban el uno en presencia del otro.

Adelaide ya no sabía qué pensar.

Trent cambió de posición, haciendo que el sofá crujiera. Lo vio abrir los ojos mientras lanzaba una mirada de preocupación hacia las curvadas y finas patas. Después giró los hombros y se sentó un poco más recto.

—¿Has disfrutado de la visita de tu madre?

¿Acaso alguien disfrutaba interactuando con la condesa? Bueno, puede que Helena. Al fin y al cabo, las dos veían el mundo del mismo modo.

—Mi hermana ha regresado a Londres.

—Oh. Avísame si quieres hacerle una visita alguna tarde. Podemos hacerlo durante el paseo. —Tosió y miró los agujeros donde debería haber estado la barra de la cortina—. Suponiendo que quieras continuar con nuestros paseos, por supuesto.

—Oh, sí —se apresuró a asegurar ella.

Volvieron a quedarse en silencio. Se preguntó si sería aconsejable sugerirle que se pusiera al día en el estudio con sus asuntos. ¿No necesitaban los hombres dedicar algunas horas a sus negocios todos los días? Su padre se pasaba la mayor parte del tiempo en el estudio. Y Trent prácticamente se había encerrado allí la primera semana. Pero si se lo sugería, ¿no estaría iniciando una especie de rutina? ¿No seguiría viniendo solo para recluirse en su despacho?

Trent se aclaró la garganta.

Ella sorbió por la nariz.

Él volvió a cambiar de posición, ocasionando otro ominoso crujido que reverberó en todo el salón.

Pero ninguno de esos sonidos superaba al pesado silencio de dos personas que estaban en la misma habitación y no sabían qué decirse. Si el mobiliario soportaba la callada espera con tanta tensión como ella, Trent tenía motivos para estar preocupado por la estabilidad de su asiento.

—No se puede tararear con la nariz tapada.

Trent puso cara de sorpresa y abrió ligeramente la boca, como si también hubiera estado a punto de romper el silencio. Ojalá lo hubiera hecho. Cualquier cosa que él tuviera que decir no podía haber sido más estúpida que lo primero que a ella se le había ocurrido soltar de lo que había leído en uno de sus libros.

—¿En serio? —preguntó él.

Y antes de que pudiera encontrar la forma de evitar un escrutinio embarazoso por parte de su marido, este alzó la mano y se tapó la nariz mientras apretaba los labios. Ningún sonido salió de su boca hasta que liberó la nariz y abrió los labios para dejar salir un chorro de aire.

—Fascinante.

Adelaide lo miró parpadeando. ¿Fascinante? Aunque era cierto que durante el paseo parecía disfrutar de sus banalidades, ella nunca había dicho nada tan superfluo como aquello.

Trent se inclinó hacia delante y apoyó un codo sobre la rodilla.

—¿Sabías que tampoco podemos chuparnos nuestro propio codo?

Adelaide se miró el brazo.

—¿Y por qué iba alguien a querer hacer algo así?

Él se encogió de hombros. Le salieron unas diminutas arrugas en las comisuras de los ojos y curvó los labios en una ligera sonrisa.

—¿Quién sabe? Pero una vez le gané dos peniques a Griffith, diciéndole que no podría lograrlo.

—¿Cuántos años tenías? —quiso saber ella entre risas.

—Seis. Y ya había perdido un penique contra Henry Durham porque me había retado a hacer lo mismo.

La risa de Adelaide se transformó en una sonrisa tranquila.

—Una vez reté a mi hermana a que se subiera al cobertizo del jardinero para rescatar nuestra cometa, para que no nos metiéramos en problemas.

—¿Y...? —Trent mostró sus dientes blancos, sin duda anticipando una gran historia. Pero ella se dio cuenta de que no había elegido la mejor anécdota.

—Le dije a mi madre que yo la había colado allí deliberadamente y que intenté que sobornara a uno de los mozos de cuadra para que nos la bajara.

Trent se llevó una mano a la boca mientras trataba de no ponerse a reír, pero no pudo evitarlo.

—¿Cuántos años tenías?

A Adelaide empezó a arderle el cuello por el sonrojo.

—Quince.

Un fuerte trueno retumbó por encima de sus risas. Trent se levantó y se acercó a la ventana, suspirando cuando la lluvia empezó a golpear el cristal.

Adelaide se colocó a su lado, contemplando la lluvia. ¿Se iría ahora? Se había quedado tanto tiempo en el salón como la mayoría de los caballeros que visitaban a las damas cuando las cortejaban. O al menos hasta donde ella tenía entendido. En ese momento hubiera estado más que feliz por renunciar a la mitad de las curiosidades que sabía a cambio de haber sido testigo de una de las temporadas de Helena. Cualquier idea era mejor que la oscuridad en la que ahora se encontraba.

—Tenía pensando llevarte a cenar a Clarendon esta noche.

Adelaide lo miró sorprendida. ¿No se iba a ir a casa? ¿Apenas pasaban una hora juntos mientras paseaban todos los días y ahora quería estar la tarde entera con ella? ¿En un restaurante? Sin duda le parecía un progreso.

—¿Preparan buena comida?

Trent asintió.

—Cocina francesa. Había esperado que los cielos se mantuvieran a raya el tiempo suficiente para disfrutar de la salida.

¿Significaba eso que ya no irían ahora que los cielos se habían abierto? Si eso era lo que quería, ¿por qué había mencionado la idea? A menos que no fuera lo que deseara.

—Podemos cenar aquí.

Lo dijo en voz tan baja que no estuvo segura de que él la hubiera oído. Ni siquiera sabía si las palabras habían salido realmente de su cabeza hasta que Trent dejó de mirar la ventana y le sonrió. Se trataba de una sonrisa tensa y vio que tenía los ojos un poco abiertos y que le brillaban con temor, pero es que ella había sugerido algo aterrador. Iban a pasar la tarde juntos. Solos. Sin una sola distracción o actividad en la que pudieran centrar su atención.

Ambos se sostuvieron la mirada durante tanto tiempo que a Adelaide le empezaron a escocer los ojos. Así que parpadeó para romper la conexión.

—¿Quieres hacer eso? —preguntó él por fin—. ¿Renunciar a una noche en el Clarendon por quedarnos aquí?

Ella volvió a parpadear, en parte para aliviar la picazón en los ojos y en parte con la esperanza de encontrar la pregunta que de verdad él le estaba haciendo, porque sentía que sus palabras habían sido ponderadas. Al aceptar ese cambio de planes, ¿era ella quien guiaba a ambos en una dirección completamente nueva? De ser así, solo esperaba que fuera una buena idea ya que, antes de darse cuenta, estaba asintiendo y saliendo del salón para hacer los preparativos.

Se estaban desviando del plan de cortejo, virando hacia unas aguas en las que ninguna pareja de pretendientes hubieran osado meterse. Si fallaba, su relación aún en ciernes necesitaría un tiempo para recuperarse, pero si tenían éxito... Adelaide tuvo la sensación de ir flotando en busca de la señora Harris, con la cabeza llena de sueños sobre un matrimonio real que renovaron sus esperanzas.



La cena fue bastante sencilla. La señora Harris estuvo dividida entre mostrar su desacuerdo por haberla puesto al tanto tan tarde y la alegría que le produjo saber que iban a cenar juntos en casa. Donde nadie pudiera verlos. Aquello no detuvo a Adelaide de cambiarse para la cena y Trent volvió a quedarse sin aliento cuando la vio aparecer mientras la esperaba en la parte inferior de las escaleras.

Tal y como sucedió cuando fue a recogerla para el baile, Adelaide volvió a hacerle perder la cordura y, durante un instante, estuvo tentado de sacarla a pesar de la lluvia, para presumir de su espléndida esposa ataviada con sus mejores galas.

Pero no lo hizo. Habían decidido quedarse en casa esa noche y él estaba demasiado maravillado ante la perspectiva como para hacerla cambiar de idea.

Unas sencillas rodajas de carne asada en el comedor de su casa no iban a consolidar la posición social de Adelaide. No iba a obtener mucho beneficio, salvo una mayor conexión con el personal doméstico. Resultaba difícil imaginarse a la hija de *lady* Crampton dispuesta a comer un plato sencillo, en privado, cuando podían haber estado en una mesa destacada, en uno de los mejores restaurantes de Londres.

Pero cuando ella le arrojó una uva, desafiándole a que la atrapara con la boca, no tuvo más remedio que creérselo. No estaba contaminada por las medidas desesperadas que tenían que llevar a cabo las debutantes, nunca había tenido que sopesar la felicidad de una amiga en aras de procurarse un futuro prometedor, ni tampoco se había traicionado a sí misma con tal de ascender en la escala social. Aunque todavía no terminaba de entender del todo la forma que tenía de ver la vida, tenía que reconocer que no era tan turbia como se había temido.

En la intimidad de su comedor era una persona diferente. Distinta a como había sido en los paseos y muy diferente también a como se había comportado durante el baile, donde había intentado permanecer en un segundo plano. Por supuesto que, con aquellos ojos extraordinarios, el impresionante vestido y su estupenda figura, no había tenido éxito, pero lo había intentado.

Mientras la señora Harris preparaba la cena, habían jugado al ajedrez. Durante la cena, lo había entretenido contándole la historia de una de las novelas que había leído últimamente, hablándole de la insensatez del héroe y la heroína. Nunca expresaba sus opiniones por propia iniciativa, pero Trent se dio cuenta enseguida de que solo tenía que preguntarle para que ella le dijera al instante lo que pensaba. Para ser una mujer con tendencia a guardarse sus

propias opiniones, tenía algunas sorprendentemente concluyentes.

La lluvia fue remitiendo mientras cenaban, hasta que llegó un momento en que Trent no pudo posponerlo más. Había disfrutado de una velada deliciosa, más de lo que esperaba. Pero todavía seguía comprometido con su plan. Después de todo, ¿no demostraba esa noche que estaba funcionando?

Ella le acompañó hasta el oscuro vestíbulo principal. Mientras Fenton le traía el abrigo, ninguno de los dos dijo nada, apenas respiraron. Las manos de Adelaide se sentían pequeñas contra las suyas cuando se las tomó levemente. Bajo la tenue luz de un único farol, pudo ver los destellos dorados que despedía el collar que llevaba. La cadena se le había torcido durante la velada y ahora el zafiro que colgaba se había quedado atrapado cerca de la clavícula, señalando algún lugar más allá del hombro.

De alguna manera aquel defecto la hacía parecer aún más bella que cuando la vio bajar las escaleras.

—He disfrutado mucho de la cena —confesó él en voz baja, temiendo que cualquier tono por encima de un áspero murmullo rompería la pacífica burbuja en la que parecían haberse encerrado.

—Yo también. —Ella debió de haber sentido lo mismo, que el halo que lucía a su alrededor era delicado y necesitaban tratarlo con mucho cuidado, pues pronunció aquellas palabras con un suspiro entrecortado, tranquilo y lleno de un profundo significado.

Trent quería más. Ese día ella se había mostrado como una persona mucho mejor de lo que había esperado. Detestaba haber desperdiciado las últimas semanas, entrando en su matrimonio con el pie equivocado porque tenía miedo de que se pareciera demasiado a la arpía de su madre. Ahora tenía claro que Adelaide no era como *lady* Crampton y no veía la hora de volver a la senda que deberían haber tomado antes de que él lo estropeará todo.

Le fue soltando las manos poco a poco y deslizó los dedos por los brazos de ella en una caricia ascendente, más allá del límite de los guantes que le llegaban solo hasta los codos después de toda una cena con ellos puestos. Pasó las mangas azules abullonadas de su vestido, sobre el bordado que descansaba sobre sus hombros hasta que llegó al cuello, donde continuó subiendo con suavidad hasta enmarcarle el rostro. Aquellos dedos que se

pasaban la mayor parte del tiempo sosteniendo un florete o curvados dentro de un puño ahora temblaban por el esfuerzo que estaba haciendo por acunar su cabeza con gentileza. Mientras la miraba a los ojos, trazó con un pulgar el contorno de su mandíbula, preguntándose, esperando, rezando, porque ella quisiera besarle con la misma desesperación que él sentía en ese momento.

Adelaide separó los labios con un suave suspiro y él bajó la cabeza para rozarlos con los suyos.

Fue una ligera fricción de carne contra carne. Sabía que, desde el punto de vista fisiológico, aquella reunión de pieles no era del todo diferente a sujetarse las manos, pero la sintió completamente distinta. La sintió como ese momento lleno de belleza cuando los primeros rayos de sol penetraban a través de la ventana, esparciendo diminutos cristales de luz por toda la habitación.

Volvió a rozar sus labios. No quería, era incapaz de limitarlo a una sola caricia. Sabía que estaba viviendo un momento especial, como cuando era niño y se acurrucaba en el sofá frente al fuego que encendían en la chimenea en Navidad hasta quedarse dormido, para luego despertarse por la mañana y descubrir que su madre lo había tapado con una manta y lo había dejado allí para que disfrutara de la magia.

Al final presionó con fuerza los labios contra los de ella, tomando su suspiro como propio y enredando las manos sobre su pelo hasta que le sostuvo la cabeza del todo.

Se sentía como en casa.

No supo cuánto tiempo estuvieron allí, respirando el uno contra el otro y compartiendo un mismo espacio. Cuando por fin levantó la cabeza, ella lo miró con sus enormes ojos parpadeando lentamente, vidriosos y desenfocados. Los iris oscuros amenazaban con invadir esos dos lagos azules en los que siempre había deseado zambullirse. Sabía que podía quedarse allí toda la noche. Las barreras que le impedían llamar a la puerta de su dormitorio habían sucumbido en el mismo instante en que sus dedos habían tocado la piel desnuda de su brazo. Y por la forma en la que ella se lamió los labios para recuperar el sabor de su boca, supo también que abriría en cuanto sus nudillos golpearan la madera.

Pero Trent quería más.

Lo que hacía unos días le había parecido una idea descabellada y casi ridícula ahora se había transformado en el plan de batalla para conseguir lo que deseaba más que nada en la vida.

Porque ya no deseaba simplemente a su esposa.

Ahora quería a Adelaide.

Capítulo 17



Por la mañana, Adelaide empezó a entender por qué nunca había comprendido del todo cómo trabajaba Dios. Teniendo en cuenta que Él había creado a su propia imagen a esa especie desconcertante, exasperante e incomprensible que era el hombre, era normal que el Creador fuera una masa complicada de lógica que la mente de una mujer nunca llegaría a discernir. Eso, o la expulsión del Jardín del Edén les había alejado del camino mucho más de lo que nunca se imaginó. Porque el hecho era que, después de una noche de dar vueltas en la cama y de profunda reflexión, no estaba más cerca de comprender a su marido de lo que lo había estado el día anterior. Y aunque esa mañana tenía bastante más esperanza (al fin y al cabo, se habían besado) todavía le confundía que fuera a desayunar sola.

Se levantó con el sol, cansada de estar tumbada en una cama que no le otorgaba el sueño que necesitaba. Otra vez. Rebecca todavía no había entrado en el dormitorio, pero no tenía ganas de llamarla. Encontraba cierta paz deambulando sola por el cuarto hasta que terminaba asomada a la ventana, sorprendida por la vista de la ciudad mientras todos dormían.

Unas pocas nubes vagaban por el cielo, proyectando sombras en el callejón de abajo y sobre los edificios de alrededor. De vez en cuando, un rayo de sol matutino atravesaba el cielo, resaltando una ventana o algún que otro poste.

Las quejas de su estómago le recordaron que no había cenado mucho la noche anterior, ya que había estado centrada en mantener una conversación

fluida con Trent. Pero su estómago parecía haber estado esperando a que se diera cuenta de su presencia para saltar y retumbó con tal hambre que temió que la espera a que Rebecca llegara y la preparara para bajar se hiciera demasiado larga.

Mientras dejaba que el cobertor que había estado agarrando se deslizara entre sus dedos, se dio cuenta de que no tenía que esperar. Esa era su casa y ya iba siendo hora de que empezara a vivir como la señora del lugar.

No tardó mucho tiempo en entrar en el vestidor y encontrar sus viejos vestidos. No tenía muy claro si estaban allí, ya que su madre había estado pendiente de ella mientras hacía el equipaje, pero al menos tres de sus favoritos estaban arrinconados al fondo. En casa (o, mejor dicho, en el campo, ya que tenía que recordar que ahora su casa era esa) estaba acostumbrada a vestirse ella sola por la mañana; solo pedía la ayuda de su doncella para los atuendos más elaborados de por la tarde o de por la noche.

Teniendo en cuenta la cantidad de vueltas que había dado en la cama, la trenza con la que se había acostado la noche anterior no estaba tan destrozada como se esperaba. Se hizo un moño con ella, asegurándose con más horquillas de las que Rebecca habría usado, pero eso era algo que nadie sabría, excepto ella.

Se miró en el espejo que había encima del tocador y se dio cuenta de que tenía un aspecto pasado de moda. Le daba igual. Esa mañana no iba a ver a nadie más que a los sirvientes. Su marido no llegaría hasta por la tarde y nadie iría a visitarla tan temprano. Salvo su madre quizá. Estaba claro que no se había quedado muy contenta con su poca predisposición a ayudar a Helena y a su marido y podía pasarse por allí en cualquier momento para volver a intentar convencerla.

La idea de su madre haciéndole de nuevo una visita hizo que se replanteara la idea de abandonar su cuarto vestida de una manera tan cómoda y sencilla. Aunque dudaba mucho que estuviera despierta tan temprano y sabía que nunca se atrevería a poner un pie en la calle sin haber recibido antes la plena atención de su doncella, su progenitora también era una experta en sorprenderla con su peor apariencia.

Pero estaba en su casa. Y tenía todo el derecho del mundo a andar por ella

como le diera la gana.

Su descontento enseguida se transformó en placer. Ahora tenía un mayordomo. Su propio mayordomo. Podía pedir que no dejara entrar a su madre en casa y que postergara su visita a una hora más apropiada, o incluso hasta otro día. Qué descubrimiento más liberador.

Abrió la puerta de golpe, lo que provocó una ligera corriente de aire que le movió la falda. Salió al pasillo dando saltitos, con el dobladillo deshilachado de un viejo vestido de mañana que le golpeaba los tobillos, de una forma en la que cualquiera la hubiera criticado si la hubiera tenido de frente. Helena le había escrito tres veces desde que se casó, pero nunca mencionó lo maravilloso que era estar al mando de tu propia casa. Ahora entendía el sentido de las residencias de las viudas. Si Trent hubiera sido el duque, sin duda habría estado encantada de que su madre se hubiera vuelto a casar y viviera en otra casa. Cuanto más lo pensaba más agradecida estaba porque Trent no hubiera heredado el ducado. Seguro que una duquesa no podía permitirse el lujo de andar por casa vestida con ropa vieja y prohibir que la gente le hiciera visitas a destiempo.

Adelaide bajó al vestíbulo disfrutando de la libertad que le otorgaba el saber que podía pasearse por toda la casa hasta en bata si quería. Por supuesto que eso último llamaría la atención de los sirvientes, pero tenía la sensación de que su personal no era propenso a cotillear sobre sus señores como lo hacían otros miembros del servicio doméstico.

Se dio la vuelta y, en medio de otro ataque de saltitos, se fue hacia el salón del desayuno, antes de que su alegre correteo se detuviera en seco en el umbral de la puerta. Todavía no habían servido nada en la mesa. A pesar de que era su casa y podía hacer lo que le diera la gana, todavía estaba a merced de lo que dijera a los sirvientes que hicieran. No podían saber que hoy se levantaría horas antes que en un día normal si no les avisaba.

Sin embargo, sí podía ir a la cocina y conseguir algo porque, después de todo, también era su cocina.

Se le escapó una risita. Se sentía como un niño aventurándose por lugares a los que nunca antes se había atrevido a ir, a pesar de que en realidad sí había visitado la cocina, pero en aquel momento sintió estar adentrándose en

los dominios de la señora Harris. Ahora, los consideraba sus dominios también, aunque todavía no tenía el suficiente coraje para decírselo al ama de llaves. Tal vez pudiera pedirle que le diera algunas lecciones de cocina.

Se detuvo en la parte superior de las escaleras que llevaban a la zona de servicio, pensando que eso fue lo que debió de sentir Evelina¹ en la novela de Fanny Burney antes de dar sus primeros pasos en sociedad. En cuanto cruzase ese umbral, la vida nunca volvería a ser igual. No habría ningún área de su casa que no hubiera reclamado. Sería toda suya.

Su pie le pareció pequeño cuando pisó el primer peldaño. El tablón de madera desgastado en el centro era diferente a cualquier escalera por la que hubiera bajado antes. De alguna manera, le pareció que el dobladillo deshilachado no se veía tan mal en aquel lugar. Su viejo vestido hacía juego con las escaleras desgastadas. Había elegido un buen atuendo para esa mañana.

A media que descendía por las escaleras, disfrutó de esa recién descubierta libertad, de esa declaración de propiedad. ¿Qué encontraría cuando llegara a la cocina? ¿A la señora Harris estirando con el rodillo esa fabulosa masa de galletas de canela? ¿A Fenton, Lydia y los demás desayunando? ¿Qué pasaba allí antes de que el resto de la casa se despertara?

Su mente barajó todas las posibles opciones de lo que podría encontrarse allí. Para el momento en que llegó abajo, al lugar donde se abría la zona de la cocina, hasta se los había imaginado dando de comer a un mono doméstico o girando los unos con los otros en un baile improvisado. Pero por muy fantasiosa que se mostrara su mente al respecto, nunca se habría imaginado que se encontraría con una dama entre ellos.

Y, sin embargo, allí estaba, sentada a la mesa de trabajo, cortando galletas con un delantal sobre su vestido de mañana rosa y marrón. Una prenda que no era precisamente de la temporada anterior. De hecho, recordaba haber visto un vestido exactamente igual en la revista *Ackermann's Repository* el mes pasado, aunque no en rosa, por supuesto. No conocía a nadie que se comprara vestidos de mañana de ese color.

Como tampoco conocía a nadie que visitara la cocina de otra persona sin ser anunciada a los que allí vivían, lo que probablemente decía algo sobre el

tipo de dama que se compraba vestidos de mañana rosas. Suponiendo, evidentemente, que la mujer que había sentada a la mesa fuera de hecho una dama. Estaba claro que tenía gusto y dinero, pero ¿por qué estaba en su cocina a esas horas de la mañana? Se la veía muy cómoda. Como si hubiera estado muchas veces allí.

El aire se le quedó atrapado en los pulmones y tuvo que esforzarse por expulsarlo a través de una garganta que de pronto tenía seca. Una mujer. Una mujer refinada y elegante que se encontraba cómoda en la cocina de Trent. ¿Por qué? ¿Qué relación tenía con ella? Era evidente que no era su hermana. El pelo castaño recogido en un moño y enmarcado en unos rizos perfectos bastaba para reflejar que no pertenecía a la familia. ¿Pero y si ella pensaba que terminaría formando parte de ella? Trent le había dicho que no estaba cortejando a ninguna dama, y ella le había creído, aunque aquello no significaba que no hubiera sentido algo por otra mujer. ¿Y si esa mujer era ella? ¿Y si había regresado a la capital y todavía no se había enterado de que Trent se había casado? O peor aún, ¿y si no le importaba?

Entre la dificultad que sentía para respirar, los latidos lentos de su corazón y esa oleada de preguntas asolando su mente, estaba empezando a perder el equilibrio. La estancia se difuminó a su alrededor y temió que las piernas le fallaran en cualquier momento. Se dio cuenta de que nadie había notado su presencia todavía, así que simplemente podía darse la vuelta, subir las escaleras y fingir que no sabía nada de la existencia de aquella mujer. Al fin y al cabo, era lo que había hecho mientras crecía. Fingir que no se enteraba de muchas cosas. Sobre todo, de lo que su madre y hermana le hacían. No podía resultarle mucho más complicado ignorar a una mujer extraña que podía estar relacionada o no con su marido.

Con la mano todavía apoyada en el poste de madera de la parte inferior de las escaleras, retrocedió pensando que, si no los perdía de vista, conseguiría salir de allí sin que nadie la viera.

Se olvidó de los cubos de agua que había colocado Oswyn cerca de las escaleras para que se subieran para limpiar la casa y que suponían un gran inconveniente para alguien que quería escapar de allí y no se había fijado en ellos. Al final, golpeó el cubo que tenía al lado. Pero al estar agarrada al poste

se balanceó y cayó sobre la parte baja de la escalera en vez de sobre el reguero de agua que ahora fluía hacia la cocina. Y si eso no era suficiente para llamar la atención de todos, el cubo rodó hasta una pila de escobas que terminaron desplomándose sobre su cabeza.

No hacía falta que nadie le dijera que ahora todo el mundo era muy consciente de su presencia.

Oyó voces preocupadas mientras unos cuantos pares de pasos salían en tromba pisando el suelo de piedra de la cocina.

—¡*Milady!* —Hubo varios jadeos y otro golpe, o dos, mientras corrían sobre el agua derramada. Adelaide cerró los ojos antes de reconocer que las escobas no iban a ocultar su existencia y que ya podía ponerse de pie para no seguir clavándose el escalón en la espalda. Mientras se incorporaba, masculló una oración entre dientes para que Dios le diera la fuerza necesaria y hasta le devolviera un poco de la dignidad perdida porque ahora no le quedaba más remedio que tener que ser amable con... lo que quiera que fuera esa dama de su marido.

La señora Harris fue la primera en llegar hasta ella. La agarró con fuerza del brazo para asegurarse de que no iba a hacer nada horrible, como tirar el horno o darse con la panera.

Adelaide abrió un ojo y se encontró con todos los sirvientes a su alrededor, mirándola preocupados. La dama de rosa estaba en medio de ellos. Ni siquiera se había molestado en ocultarse. No tenía ningún sentido posponer el encuentro. Las esperanzas con las que se había despertado esa misma mañana se hicieron añicos junto con el cuenco que a Eve, la fregona, se le había caído cuando se resbaló al pisar el arroyo recién instalado en la cocina.

Miró directamente a la única persona de allí que no estaba empleada en la casa. Enderezó la espalda con coraje y determinación y se dirigió hacia la desconocida, aunque no del todo inesperada visita.

—¿Quién es usted?

La mujer de rosa tardó un rato en darse cuenta de que se estaba refiriendo a ella, pero cuando lo hizo, el rubor le subió a las mejillas. Ahora que estaban todos de pie, se percató de que era increíblemente menuda. Tenía los ojos marrones, que conjuntaban a la perfección con los rizos que enmarcaban su

delicado rostro. Se movía con suma elegancia, incluso cuando atravesó el suelo resbaladizo de la cocina. Seguro que nunca se tropezaba con ningún cubo ni se ponía los guantes del revés sin querer.

La señora Harris se secó las manos en el delantal.

—Oh, Dios mío, lord Trent ha debido de olvidar mencionarle lo de las visitas de la señorita Amelia. Acaba de llegar a la ciudad, ya sabe.

No, no lo sabía. El último atisbo de esperanza de que esa mujer no tuviera nada que ver con Trent se transformó en un témpano de hielo que le cayó directamente en el estómago, enviando una ráfaga de frío que le bajó por las piernas hasta que temió que le fallaran las rodillas. Otra vez.

—Sí, debió de olvidarse. —A pesar de que la noche anterior habían hablado durante horas y él había tenido más de una oportunidad de mencionar a la tal señorita Amelia.

La mujer de rosa lanzó una mirada exasperante al ama de llaves y se abrió paso a través del grupo de sirvientes.

—Me temo que no sabía que Trent se había casado hasta que la señora Harris me lo dijo hace unos momentos. De haberlo sabido, nunca me habría atrevido a hacer una visita sin hablarlo primero con usted. Soy *lady* Raebourne.

Adelaide parpadeó. Estaba convencida de que se había quedado con la boca abierta. Todas sus emociones cambiaron por completo, transformándose en una masa indefinida, mientras intentaba asimilar esa nueva información. ¿Aquella menuda y sonriente mujer era *lady* Raebourne? ¿La arpía que su madre y su hermana aseguraban había echado a perder la oportunidad de Helena de contraer un matrimonio provechoso? Durante los dos últimos años le habían llenado los oídos con tantas vilezas de esa mujer que esperaba que *lady* Raebourne no fuera otra cosa que una especie de marimacho. En vez de eso parecía un hada del bosque.

Adelaide hizo una reverencia.

—¿C...Cómo está usted?

Lady Raebourne esbozó una amplia sonrisa que le produjo unas diminutas arrugas en las comisuras de los ojos.

—Bien. Espero que no le importe que venga a visitar la cocina. Trent me

dijo que me pasara cuando quisiera siempre que no subiera arriba sin que alguien le avisara primero. Pero como siempre vengo a ver a los sirvientes, eso no suponía ningún problema.

Lady Raebourne regresó a la mesa, pisando con cuidado el suelo mojado. Todo el mundo siguió su ejemplo y regresaron a las tareas que estaban realizando antes de la poco elegante aparición de Adelaide.

—No, no, no me importa. —Adelaide se dejó caer sobre un taburete. Una marquesa estaba cortando galletas en su cocina. Con delantal incluido. ¿Qué hacía un miembro de la aristocracia visitando a sus sirvientes? ¿Qué clase de persona hacía una cosa así?

—Estupendo. —*Lady* Raebourne empezó a colocar hileras de trozos de masa sobre una bandeja para el horno—. No me puedo creer que Trent se haya casado y no nos haya dicho nada. ¿Dónde se conocieron?

—En Hertfordshire. —Adelaide tomó una profunda bocanada de aire y fue a por todas. A pesar de que la casa de campo de lord Raebourne estaba en Hertfordshire y que, de hecho, lindaba con la finca de los Crampton, la familia de Adelaide no tenía ninguna relación con él. O más bien las mujeres. Su padre todavía iba a visitarle de vez en cuando y había visto salir al marqués del estudio de su progenitor en un par de ocasiones, pero como su madre y Helena sentían esa animadversión hacia su esposa no hacían vida social con ellos—. Soy la hija de lord Crampton.

Lady Raebourne enarcó ambas cejas mientras trataba de ubicar a Adelaide. No le sorprendió que fallara. Nadie solía acordarse de ella.

—No sabía que *lady* Helena tenía una hermana. —La confusión desapareció de su rostro y volvió a dar paso a la dulce sonrisa de bienvenida—. Encantada de conocerla. —Entregó la bandeja llena a la señora Harris y se quitó el delantal—. ¿Por qué no vamos arriba y nos conocemos un poco mejor?

Adelaide se llevó una mano al estómago, por miedo a que este protestara enérgicamente por la prolongada falta de alimento.

—Bueno, en realidad venía a preguntar por el desayuno.

La señora Harris condujo a ambas hacia las escaleras.

—Diré a Oswyn que les suba algo. Vayan arriba. Enseguida les llevamos

café y chocolate a la sala.

—Gracias, señora Harris. —*Lady* Raebourne besó la mejilla del ama de llaves antes de subir las escaleras sin la vacilación que Adelaide había sentido cuando bajó. Le preocupó la familiaridad con la que esa mujer se desenvolvía por la casa, cuando ella apenas había descubierto el día anterior dónde guardaban el pedernal en el salón.

Se sentaron en el salón del desayuno. Al poco rato, las bebidas que les había prometido la señora Harris despedían un aromático vapor de sus tazas. El de ella más amargo que el dulce de *lady* Raebourne. Esperaba que no hubiera nada simbólico en aquello. Sabía que el matrimonio de *lady* Raebourne había sido por amor, así que ya no le inquietaba su conexión con Trent, pero aquello no le impidió pensar en todas las cosas que podían ir mal teniendo en cuenta la pésima relación que la dama mantenía con su familia.

—Crecí en esta casa. —*Lady* Raebourne miró con cariño la vieja estancia —. La señora Harris y Fenton prácticamente me criaron.

—¿Aquí? —Adelaide casi se atragantó con el café. Recordó la historia, o por lo menos la versión de Helena, en la que el marqués de Raebourne se había enamorado de la reciente pupila del duque de Riverton. No se había dado cuenta de que, antes de caer bajo la tutela del duque, la dama había estado al cuidado de los sirvientes. Aquel detalle daba a la historia un aire mucho más romántico que la perorata llena de pestes que su hermana solía contar.

Lady Raebourne asintió.

—Durante diez años. Después, todo cambió de la noche a la mañana.

Adelaide no podía llegar a imaginarse lo diferente que podía ser estar casada con un marqués a vivir en una casa acompañada únicamente por sirvientes. Si *lady* Raebourne seguía visitándolos, debía de considerarlos como su familia. Mucho más cercana que la suya propia. Su madre había tardado casi una semana en ir a verla, mientras que *lady* Raebourne se había pasado a saludar al ama de llaves que la había criado cuando apenas llevaba un día en la ciudad.

—Es bienvenida a esta casa siempre que quiera. No era mi intención acortar su visita. —Adelaide jugueteó con el asa de la taza antes de tomar un

buen sorbo de café. Casi se lo había bebido entero, pero no creía que fuera suficiente para recuperar la compostura. Aquella mañana había tenido demasiados altibajos.

—Gracias, pero intentaré hacerlas en un horario más acorde. Cuando solo estaba Trent, como dejaba que fuera la señora Harris la que organizara la casa, daba igual la hora que fuera. —*Lady* Raebourne bebió un delicado sorbo de chocolate—. ¿Bajará Trent pronto?

Notó un ardiente rubor ascendiéndole por el pecho y el cuello. No quería que nadie se enterara de que su marido no vivía allí con ella, aunque tampoco podía ocultar a *lady* Raebourne el hecho de que no estaba en casa.

—No está aquí.

—¿Ya ha salido a montar a caballo? ¿Prefiere que le esperemos y desayunemos cuando regrese?

Adelaide intentó parecer lo más despreocupada posible, aunque no sabía muy bien lo que tenía que hacer. Ojalá una risita ahogada y un movimiento de mano bastaran.

—Oh, no. No hace falta que le esperemos. Podría regresar dentro de unas horas.

Oswyn entró con un plato cargado de su desayuno favorito y lo dejó enfrente de ella. A continuación, dispuso otro plato similar frente a *lady* Raebourne. Mientras comían, estuvieron conversando.

Le resultó sorprendentemente fácil charlar con *lady* Raebourne. Hablaron de la villa de Riverton, intercambiando opiniones sobre cuál de las dos tenía un salón de té que sirviera mejores pasteles. También charlaron sobre libros, comentando cuáles eran sus favoritos, hasta que en los platos solo quedaron las migajas. Al final, la conversación giró en torno a los compromisos sociales.

—¿Ha ido ya a algún sitio? Anthony y yo llegamos ayer por la mañana y he querido tomarme el día libre para instalarnos, pero me encantaría sugerirle unos cuantos lugares. Sin duda tiene que ir a la ópera. He oído que la última obra es fabulosa. ¿Qué más tiene pensado? —*Lady* Raebourne se recostó en su silla, dejando a un lado la postura propia de una dama con la que se había desenvuelto durante todo el desayuno. Cerró los ojos e inhaló el vapor de la

taza de chocolate que acababa de servirse.

Adelaide jugueteó con su servilleta, hurgando en los picos hasta que la colocó como si fuera una carpa en la mesa.

—No lo sé. En realidad, no hemos hablado del asunto. Trent me dijo que mirase las invitaciones y le comunicara a qué eventos me gustaría asistir, pero no sé dónde las ha dejado.

Lady Raebourne ladeó la cabeza.

—Fenton suele dejarlas en el escritorio del estudio de Trent. He venido un par de veces con Miranda para organizárselas. Es tremendamente descuidado. En ocasiones simplemente las mete en un cajón y se olvida de ellas. Como tenía que acompañar a sus hermanas, estuvo mucho tiempo a expensas de sus antojos. Creo que solo va a los eventos de los que oye hablar en alguno de sus clubes. Me sorprende que Miranda no se haya pasado para organizar su agenda. Llegó a la ciudad hace dos días.

Adelaide se quedó callada. ¿Qué podía decir? Que no había visto a ningún miembro de la familia de su esposo, excepto a su hermano. Estaba empezando a pensar que la famosa cercanía de la familia Hawthorne era un elaborado ardid para engañar a la sociedad.

La otra mujer se incorporó de pronto, haciendo que el líquido marrón claro se derramara por el borde de su taza.

—¡Oh, Dios mío! Miranda no lo sabe, ¿verdad? De haberse enterado me habría escrito para contármelo. No entiendo por qué Trent no le ha dicho que se ha casado.

—Yo... bueno... en realidad... todo fue muy rápido y... no estoy muy segura. —Adelaide parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos, con la esperanza de que las lentes disimularan el brillo delator, no que lo magnificaran. Había intentado no sentirse molesta porque Trent no pareciera muy ansioso porque conociera a su familia como esposa, en vez de como vecina, ni siquiera estaba segura de si su madre asistió a la boda. Era como si estuviera intentando fingir que no había contraído matrimonio. Pero sabía que sus hermanas vendrían a Londres con sus maridos para la temporada y su madre también solía acudir con su segundo esposo, el conde de Blackstone, así que Trent no podía esperar esconderla para siempre. Sobre todo, no ahora

que se la había presentado a una buena parte de la sociedad en el baile y en sus paseos por el parque.

Lady Raebourne juntó las manos.

—Oh, esto va a ser fabuloso. Envíeme una nota con los compromisos que tiene pensado atender. Me aseguraré de acudir allí para apoyarla. El resto de la familia irá viniendo a Londres a lo largo de la semana. Los invitaré a cenar a todos si *lady* Blackstone no se ocupa primero.

¹ Nota de la Ed.: Evelina es la protagonista de una novela del mismo título, *Evelina*, de Fanny Burney. Es una novela epistolar en tres volúmenes que fue publicada por primera vez en 1778. La joven Evelina es la hija legítima pero no reconocida de un noble de costumbres disipadas. Ha crecido en el campo hasta los diecisiete años, por lo que cuando la presentan en sociedad tendrá que aprender a moverse entre la gente. Finalmente, conseguirá casarse con un hombre noble.

Capítulo 18



Un hombre siempre se sentía terriblemente incómodo si se metía en problemas con su madre; daba igual la edad que tuviera. Y si la fina línea que los labios apretados de *lady* Blackstone formaban mientras lo miraba a través del amplio estudio de Griffith indicaba algo, estaba claro que se trataba de que no estaba nada contenta con su hijo.

—Te has casado.

Trent se pasó una mano por el pelo. Tendría que haberle escrito antes. La noche anterior, por fin había terminado la carta y la había enviado con el correo de esa mañana, pero seguro que aquello no serviría para apaciguar a su madre, ni mucho menos.

—Sí, madre, así es.

—Y tú lo sabías. —Su madre clavó sus fríos ojos azules en el duque de Riverton, mirándolo como solo una madre podría hacerlo, y como nadie más se atrevería a hacer con un hombre tan poderoso.

—Sí, madre, lo sabía. —Griffith no se amedrentó bajo el escrutinio de su madre y mantuvo un tono de voz tranquilo y seguro. Pero a Trent no se le pasó por alto que se estaba frotando el índice contra el pulgar.

Trent se aclaró la garganta y se removió en la silla que había junto al escritorio de su hermano. Habían estado hablando de las carreras de caballos que estaban por venir cuando su madre irrumpió en la estancia sin esperar a que la anunciaran. Uno de esos días tendría que dejar a un lado ese hábito. Al fin y al cabo, Hawthorne House era ahora una residencia de soltero.

—¿Y cómo te has enterado? No es posible que te haya llegado la carta. La envié al campo.

En cuanto dijo lo de la carta, Griffith levantó una ceja. Era un gesto que siempre había encontrado molesto y arrogante. Sobre todo, porque él nunca había sido capaz de hacerlo.

Su madre, sin embargo, era una experta y sabía poner una cara de escepticismo muy parecida, que demostraba que los hábitos de su hermano no venían solo de su padre.

—¿La escribiste?

—Sí. —Trent tragó la suficiente saliva como para que le sonaran los oídos. Con un poco de suerte, ni su madre ni su hermano se habrían dado cuenta.

—Tu pluma parece ser un poco lenta, ya que he tenido que enterarme por mi doncella personal, que a su vez lo oyó del ama de llaves de la casa de al lado, que lo supo por un diario sensacionalista que leyó después de que su señora se deshiciera de él. —Su madre cruzó las manos sobre el regazo y lo miró de esa forma tan suya que siempre solía acongojarlo de niño. Todavía surtía efecto en el hombre de veinticuatro años que era—. Tengo muchas preguntas, pero la primera de ellas es por qué estás aquí en vez de en tu casa, con tu esposa.

Trent tamborileó con los dedos sobre el brazo de la silla.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

Su madre resopló. Trent vio como apretaba todavía más las manos sobre el regazo. Seguro que hubiera preferido ponérselas alrededor del cuello.

—No tenía ni idea. Vine para preguntar a tu hermano si sabía algo más sobre esto. Había ido a ver antes a Miranda y a Georgina. Se mostraron tan sorprendidas como yo. Seguro que tu mujer se preguntó por qué no estuve en la boda. No quería ir a tu casa sin saber que más podía encontrarme. Me alegro de haber sido tan precavida.

—Oh. —¿Qué más podía decir? Podía alegar que solo estaba de visita en la residencia de su hermano, pero enseguida descubrirían que era mentira. Los Hawthorne eran como una fortaleza inexpugnable a la hora de mantener sus asuntos a salvo de la opinión pública, pero guardar un secreto dentro de la

familia era prácticamente imposible. Miró a su hermano y supo que no iba servirle de gran ayuda, ya que había abierto uno de sus libros de contabilidad y parecía estar ajeno a la conversación.

—¿Por-qué-no-estás-en-tu-casa?

Había esperado que pasara a la siguiente pregunta, pero la esperanza le duró poco. Su madre no era una persona que se distrajera fácilmente. La miró, preguntándose cómo podría explicar la situación de forma que le causara el menor número de problemas posible. Los años habían añadido unas pocas arrugas a su rostro, pero seguía teniendo casi todo el pelo rubio y su postura continuaba siendo perfecta.

No es que la antigua duquesa de Riverton y actual condesa de Blackstone hubiera sido de otra manera antes. Desde que podía recordar, su madre había sido el epítome de la dama de buena cuna. Nunca habría salido a la calle con un guante del revés o un dobladillo torcido. Adelaide, por el contrario, no podía evitarlo, algo que Trent encontraba adorable. Sonrió al pensar en ella, y eso que todavía le preocupaba lo que su madre opinara de ella.

—La estoy cortejando —logró mascullar al fin.

—¿Perdón? —A su madre se le resbaló el bolso de la mano y se deslizó por su regazo antes de aterrizar en el suelo con un «plof».

Volvió a tragar saliva y reprimió el impulso de colocarse el pañuelo de cuello. Se sintió un poco molesto consigo mismo. Un hombre adulto no debería encogerse de miedo cuando tenía que dar explicaciones a su madre. Aunque también era cierto que casi nunca había tenido que explicarse ante su progenitora. Cualquier problema que tuviera en la escuela había sido solventado con una mueca de desagrado y una broma oportuna. Cuando superó esa etapa, Griffith ya se hacía cargo de todo y, siempre que se veía envuelto en alguna situación delicada, la gente acudía más a su hermano que a su madre. Solo esperaba que ella se sintiera tan extraña como él con la situación que ahora se traían entre manos y no quisiera prolongarla mucho tiempo.

—Estoy cortejando a mi esposa. —Enderezó los hombros, no sin esfuerzo, y miró a su madre a los ojos. No estaba avergonzado de su plan. Era un buen plan.

—Qué idea más absurda. —Su madre frunció el ceño antes de recoger el bolso y volver a colocarlo sobre su regazo.

No, no lo era.

—Nunca ha tenido una temporada, madre. *Lady* Crampton no le dejó disfrutar de esa oportunidad y estoy intentando resarcirla del único modo que sé.

Trent y su madre se miraron el uno al otro. El único sonido de la habitación era el roce de la esporádica pluma de Griffith en el libro de contabilidad. Trent había estado en aquel estudio en más de una ocasión mientras Griffith trabajaba en las cuentas de sus propiedades y hoy estaba escribiendo mucho más lento de lo normal. El duque no iba a meterse en la conversación, pero por lo visto estaba contemplando con fascinación cómo se desarrollaba.

Su madre fue la primera en parpadear, pero fue una victoria demasiado efímera para Trent.

—Aunque no seré yo quien te discuta que *lady* Crampton es un pobre ejemplo de madre devota, no te corresponde a ti solucionarlo. ¿Piensas que puedes mantener en secreto que estás viviendo aquí? ¿Qué crees que pasará cuando todo el mundo se entere de que no estás compartiendo techo con tu esposa?

Trent no lo había pensado detenidamente. Era discreto por naturaleza y así se había mostrado en ese asunto, pero tampoco se había preocupado nunca por los rumores y escándalos. Llevaba una vida mucho menos interesante que la de otros jóvenes aristócratas. Y aunque siempre había intentado no mostrar demasiado afecto por ninguna mujer en concreto, tampoco lo había buscado mucho. Sus más que conocidas habilidades en el cuadrilátero lo habían mantenido alejado de otras confrontaciones no relacionadas con el ejercicio.

Su madre tenía razón, la gente iba a empezar a hablar, pero la semana pasada su idea había demostrado tener cierto mérito. Adelaide y él estaban construyendo una relación y todo Londres pensaba que era adorable.

—La semana pasada funcionó bastante bien. Mucho mejor que la anterior, si te soy sincero.

Unos ojos azules entrecerrados expresaron lo equivocado que estaba.

—¿Cuánto tiempo llevas casado?

El sonido de la pluma cesó. Incluso el reloj de la chimenea pareció detenerse. Eso o simplemente no pudo oírlo por encima del estruendo que hizo la sangre corriendo a través de su cabeza. Esta vez fue incapaz de reprimir el impulso de colocarse el pañuelo de cuello.

—Unas dos semanas.

—Dos semanas. Y supongo que las amonestaciones se leyeron en su momento.

Trent se aclaró la garganta.

—Sí, madre.

—Cinco semanas. ¿Cinco semanas y solo me has escrito hace poco? —Se puso de pie y fue hacia la puerta del estudio—. Esto es lo que vamos a hacer. Aunque ni por asomo he terminado con vosotros dos sobre cómo es posible que haya podido suceder algo así, no pienso dejar que pase otro día sin dar la bienvenida a tu esposa a la familia. Iremos a tu casa a tomar el té. Procura que ella esté al tanto y el personal preparado.

Trent se puso de pie tan rápido que se dio un golpe en la rodilla con la mesa e hizo que una lámpara se tambaleara.

—¿Cómo que iremos?

—Por supuesto. ¿No creerás que Georgina y Miranda van a esperar a conocerla?

—Pero si ya la conocéis. Todas vosotras. Seguro que mucho mejor que yo.

Su madre esbozó esa sonrisa indulgente que solo las mujeres son capaces de lograr a la perfección; esa que Trent no entendía y que encontraba lamentable y encantadora al mismo tiempo. Odiaba esa sonrisa.

—Querido hijo, no voy a tu casa a tomar el té con una vecina. Voy a conocer a mi nueva hija.



La bravuconería solo puede llevar lejos a una mujer hasta que la realidad entra en escena con una brusquedad aplastante. En este caso, vino de la mano de una puerta. En concreto, de la estancia que había al otro lado de la puerta.

Adelaide había visto partir a *lady* Raebourne con una sonrisa en los labios hacía unos instantes, pero no tenía muy claro cómo se sentía con aquella mujer menuda que sabía más cómo funcionaba su casa que ella misma. Aunque ya resolvería más tarde esa mezcla de sensaciones. Ahora, lo que más le preocupaba era organizar su agenda social.

Si iba a construir una vida en Londres, entonces tenía que salir. Conocer gente. Ver y que la vieran. Era lógico que cuanto antes se acostumbrara la gente a tenerla cerca antes dejarían de susurrar detrás de sus abanicos cada vez que pasaba por delante. Además, estaba harta de estar encerrada en casa.

Podía preguntar a Fenton sobre las invitaciones que Trent había dicho que había apartado para que ella las viera, pero tenía la sensación de que eso era algo que debería saber o que le habría debido de decir su marido. Preguntar al mayordomo sería como reconocer que Trent y ella no se estaban comunicando. Y aunque no existía ninguna razón para ocultárselo a los sirvientes, tampoco quería admitirlo en voz alta. Sobre todo, no cuando *lady* Raebourne sabía mejor que ella misma dónde guardaba su marido la correspondencia.

Y esa era la razón por la que estaba en la puerta del estudio de Trent, enfrentándose al hecho de que aquella no era realmente su casa. Podía prohibir que su madre entrara allí (que era precisamente lo que había hecho en un ataque de resentimiento, al dar a Fenton instrucciones para que mantuviera a la mujer todo el día alejada de la vivienda), pero al final de la jornada la casa era de Trent. Él podía irse a vivir donde deseara, pero todavía había habitaciones en aquella casa donde a ella le era prácticamente imposible entrar.

Su estudio, por ejemplo.

Pero las invitaciones estaban allí, así que allí era donde ella tenía que estar. De modo que, en última instancia, la culpa de que tuviera que invadir su territorio era única y exclusivamente de él. Si hubiera estado en casa, como debería haber hecho, aquello no estaría sucediendo.

Dejó que la irritación se apoderara de ella y la usó para abrir la puerta y entrar en el estudio. En cuanto traspasó el umbral se dio cuenta de que no era tan terrorífico como se lo había imaginado. Era una estancia masculina; de

hecho, era una de las pocas zonas que había recibido un poco de atención en los últimos años, pero no era en absoluto imponente. Claro que Trent tampoco tenía que parecer imponente; a diferencia de su padre, que había situado su escritorio en una tarima para poder mirar hacia abajo a sus visitas.

La superficie de la mesa estaba limpia. Lo que implicaba que tendría que revisar en los cajones que había mencionado *lady* Raebourne. El corazón amenazó con salirse del pecho. Una cosa era entrar en su estudio y otra bien distinta hurgar en los cajones.

Pero por muy fascinante que encontrara al extraño grupo de personas que vivían bajo su techo, todos ellos tenían trabajo que hacer e interactuar con alguien mientras limpiaba el polvo hacía que se sintiera un poco perezosa. Inútil. Sin embargo, la idea de pasar otra semana sin nada que hacer salvo estar en aquella casa y sin nadie con quien hablar excepto con los sirvientes fue lo que terminó de convencerla para que abriese los cajones y buscase los trozos de papel en tonos crema y blanco.

En lugar de eso, encontró dibujos.

En un cajón detrás del escritorio había guardados varios bocetos de un invernadero. Aunque el diseño era un poco distinto a cualquier invernadero que hubiera visto antes. No parecía estar hecho para la conservación de flores. Le dio la impresión de que Trent tenía la intención de sembrar en él y de dedicarlo a un único cultivo. Se ajustó las lentes y se fijó en las palabras garabateadas en la parte superior de la página.

«Plan de cultivo de piñas. Ajustes al método holandés. Versión 5».

¿Trent estaba pensando en plantar piñas? ¿Las piñas se plantaban? Había leído algo acerca de ellas, pero nunca había visto una imagen. Con una especie de pinchos alrededor del cuerpo y unas hojas enormes que salían de la parte superior, no se parecía a ninguna fruta que hubiera visto antes. ¿Cómo se suponía que se podía comer algo tan... espinoso?

—¿*Milady*? —La voz de Fenton le llegó desde el pasillo.

Adelaide soltó un pequeño chillido, metió los bocetos dentro del cajón, lo cerró con el pie y se apresuró a ponerse delante del escritorio.

—¿Qué pasa Fenton?

El mayordomo enarcó ambas cejas cuando llegó al umbral de la puerta del

estudio. Puso un gesto que remarcó aún más sus arrugas, haciendo que se pareciera al perro carlino que una amiga de su madre solía llevar a todas partes.

—¿Qué está haciendo aquí, *milady*?

Esa era la maldición de la poco convencional casa de Trent. ¿En qué otro lugar un sirviente haría una pregunta de ese estilo a la señora de la casa? Se planteó mentirle y decirle que su marido le había pedido algo, pero el posible lío que una mentira como aquella podría causar no merecía la pena, así que optó por decir la verdad.

—*Lady* Raebourne mencionó que aquí es donde suele dejar mi marido las invitaciones. Quería echarles un vistazo.

Las arrugas se transformaron en una amplia sonrisa.

—Ahora las dejo en su escritorio, *milady*.

¿En su escritorio? ¿Tenía un escritorio? ¿Por qué no sabía que tenía un escritorio? ¿Y dónde diantres estaba? Por desgracia no podía hacer ninguna de esas preguntas al mayordomo. Resultaba muy embarazoso para una dama no saber dónde estaba su propio escritorio. La casa no tenía muchas habitaciones. Seguro que sería capaz de localizarlo ella sola.

—Gracias, Fenton. Pues ahora mismo voy a por ellas.

Dio un paso al frente, pero el criado no se apartó del umbral.

—Le ruego que me disculpe, pero lord Trent está buscándola. Dice que su madre viene a tomar el té.

Capítulo 19



Su salón estaba lleno de cabezas rubias. De tres, para ser más exactos, cada una con un peinado más elegante que el anterior. Y las mujeres unidas a esas cabezas venían igual de elegantes. Miró a las damas a través de la rendija de la puerta medio cerrada y se tomó un instante para recomponerse.

¿Alguna vez dejaría de sentirse como una intrusa merodeando por la casa de otra persona sin su permiso? La confianza y seguridad en sí misma que había mostrado por la mañana había perdido un poco de intensidad. Incluso *lady* Raebourne sabía más de su marido que ella misma. Lo que demostraba que no era la dama más importante en la vida de Trent.

Y ahora su desvencijado salón, con la barra de la cortina rota, estaba ocupado por las otras tres mujeres de la vida de Trent. Había conocido a todas ellas en un momento u otro, aunque seguro que ellas no se acordaban. Si las columnas de cotilleos de sociedad decían la verdad, muy poca gente en Londres se había percatado de que lord y *lady* Crampton tenían dos hijas. Que su madre no le hiciera caso y ser el segundo plato de su padre nunca antes le había importado, posiblemente porque era lo único que había conocido, pero empezaba a preguntarse qué podía tener de malo para que todos quisieran ocultar su existencia al mundo entero.

Bueno, ya se había terminado el esconderse. Tres de las mujeres más populares de la capital estaban en su salón. Y habían venido con el único propósito de verla.

Por lo menos Trent la había avisado y ahora llevaba su mejor vestido de tarde. Él se había ofrecido a quedarse, pero ella, como una tonta, había insistido en que se marchara. ¿Qué pensarían de ella si ni siquiera estaba dispuesta a sentarse con su suegra para tomar el té sin un marido al lado?

Seguro que *lady* Blackstone esperaba que su hijo se hubiera casado con una mujer joven, serena y elegante. Y aunque nadie la consideraría como la dama más sociable del mundo, sí podía mostrarse un poco más afable de lo normal para causar una buena impresión.

Respiró hondo por última vez, se alisó la falda y entró en el salón.

Al instante tres cabezas se volvieron hacia ella. Acompañadas de tres rostros sonrientes.

Adelaide, sin embargo, fue incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Qué alegría volver a verla, *lady* Adelaide. —La voz refinada inundó la estancia y casi logró que hiciera una mueca. La dama de más edad era la que había reclamado el poder, aunque no parecía tan mayor como debía de ser, teniendo en cuenta que tenía cuatro hijos adultos.

La presencia de la condesa casi desbarató sus planes de mantener la calma y compostura, pero se las arregló para hacer una majestuosa reverencia.

—*Lady* Blackstone. Ha pasado mucho tiempo.

La madre de Trent estaba perfectamente sentada en el sofá al lado de la joven más hermosa que hubiera conocido nunca. Hacía años que no veía a *lady* Georgina; era obvio por qué Helena había estado tan decidida a contraer matrimonio antes de que la menor de los Hawthorne hiciera su presentación en sociedad. Que se hubiera casado con un hombre de negocios muy por debajo de ella en la escala social era una prueba de lo mucho que las uniones por amor significaban para esa familia.

La cálida sonrisa de bienvenida impregnada con un toque de humor de la hermosa joven no aminoró la presión que sintió en el pecho, aunque se negó a mostrarse preocupada, al menos de cara al exterior. Trent y ella no se habían casado por amor. Ni quisiera eran un matrimonio por conveniencia. Su unión era producto de la mala suerte y de una mujer intrigante con ansias de poder.

—¿Les apetece un té? —preguntó Adelaide mientras miraba en dirección a la tercera dama que había en la estancia.

La duquesa de Marshington, la mayor de las hermanas de Trent, estaba de pie junto a la ventana. Aunque no se la veía inquieta ni se movía, proyectaba una energía nerviosa, como si estuviera demasiado agitada para sentarse antes de que fuera absolutamente imprescindible. Tenían que ser sus ojos. Mientras que mantenía una pose perfecta y calmada, sus ojos habían volado hacia ella nada más verla, evaluándola de la cabeza a los pies antes de entrecerrarlos.

—Me encantaría tomar un té.

Agradeciendo cualquier excusa que le permitiera abandonar el salón, salió por la puerta para dar instrucciones al lacayo. No debería haberse sorprendido tanto al encontrarse con Fenton con una bandeja llena en las manos. Era obvio que los sirvientes sabían lo que les gustaba a las damas de la familia Hawthorne y se habían puesto a prepararlo en cuanto las vieron llegar. Al igual que *lady* Raebourne, seguro que las tres damas del salón conocían mejor la casa que ella.

Por lo menos la rápida llegada del té le ofreció la oportunidad de hacer algo con las manos.

Solo esperaba que no le temblaran. No había nada que delatara más los nervios que una taza de té repiqueteando.

Con Fenton pisándole los talones, entró de nuevo al salón.

—Aquí está.

Transcurrieron algunos minutos mientras disponían el servicio de té y lo servían. *Lady* Blackstone esperó a que sus hijas tuvieran el suyo para pedir que le echaran un chorrillo de leche. Adelaide le entregó la taza antes de hacer lo mismo con su té.

—Tengo entendido que te has casado con mi hijo. —La voz de la madre de Trent no era fría, pero Adelaide no creyó que la mujer estuviera especialmente contenta con aquella declaración.

—Madre, recuerda que *lady* Adelaide es tu hija política, no de nacimiento. No hace falta que le sueltes un sermón. —La duquesa de Marshington se dejó caer en la silla que había a la derecha de Adelaide y la saludó con la taza antes de llevársela a los labios con una sonrisa—. Bienvenida a la familia.

—Miranda, una dama nunca se desploma sobre una silla, y mucho menos en público. —*Lady* Blackstone frunció el ceño a su hija mayor, pero parecía

más por costumbre que por otra cosa, pues sus ojos estaban cargados de una amorosa indulgencia.

La duquesa soltó un suspiro, pero se irguió. La sonrisa en sus labios se hizo un poco más alta en un lado, dándole un aspecto más travieso.

—No estoy en público. Y sabes que ahora estoy por encima de ti en la escala jerárquica. Si quisiera, podría desplomarme sobre las sillas de los salones como dicta la etiqueta. Sobre todo, si Georgina se une a mí.

—Agradecería que no me metieras en esto. —*Lady* Georgina hizo un gesto con la mano, cortando el aire—. Además, no sé cómo puedes soportar estar sentada de ese modo. Debe de ser muy difícil tomar el té así.

—Lo sabe. —*Lady* Blackstone enarcó una ceja en dirección a la duquesa, aunque se notaba que estaba a punto de sonreír—. Con independencia de la escala jerárquica, sigo siendo tu madre. Y, como bien me has recordado, no estamos en público, lo que significa que, en este momento, yo estoy por encima de ti.

Adelaide miró alternativamente a las damas, maravillada por la charla que estaban compartiendo. No se imaginaba manteniendo una conversación como aquella con su madre y su hermana. ¿Así eran todas las familias, o era la de Trent la que no era normal? Como estaba con los ojos muy abiertos, se obligó a parpadear unas cuantas veces para que no se le secaran. Después, tomó un sorbo de té con la esperanza de que siguieran hablando entre sí hasta que decidieran que ya se habían quedado el tiempo suficiente.

Pero no tuvo tanta suerte.

La duquesa sonrió de oreja a oreja a su madre, antes de volverse hacia ella con una cálida sonrisa en los labios.

—Puedes llamarme Miranda. Ya hay muchos duques y duquesas cuando nos juntamos con la familia como para andar con el tratamiento de «su excelencia» todo el rato. Además, si no Georgina se sentiría excluida.

—Mmm, sí, bastante. Por eso he empezado a presentarme como la señora McCrae en las reuniones más informales. Echo de menos la jerarquía social.

Entonces las tres mujeres se volvieron hacia ella al unísono. En ese momento le hubiera gustado removerse incómoda en su asiento, pero se obligó a permanecer inmóvil, con la postura propia de una dama, por

supuesto, y se dirigió a Georgina.

—¿Cómo debo llamarla?

—Georgina bastará por ser familia. Aunque en Londres sigo siendo *lady* Georgina. Que la gente recuerde que está casado con la hija de un duque le pone las cosas un poco más fáciles a Colin.

Miranda soltó un resoplido.

—Lo que le hace las cosas más fáciles a Colin es que la gente recuerde todo el dinero que les ayuda a ganar.

Lady Blackstone dejó la taza en el plato y suspiró.

—Miranda, una dama nunca habla de dinero con nadie, salvo con su marido. E incluso en ese ese caso, debe evitarlo en lo posible.

Adelaide estaba convencida de que si se marchaba del salón en ese momento ninguna de las tres mujeres se daría cuenta.

Georgina miró a su madre y luego a su hermana mayor.

—Os recuerdo que hemos venido a hacer una visita a *lady* Adelaide, no a discutir vuestras continuas discrepancias sobre el comportamiento adecuado de una dama. —Clavó sus ojos verdes en ella, demostrando que podía ser tan letal como su madre si decidía que no era buena para Trent.

Aunque no había mucho que pudieran hacer al respecto. Ya estaban casados. Lo peor que podía sucederle ahora era que su marido la desterrara al campo y siguiera su vida como si su esposa no existiera. Él no podría volver a casarse, pero al menos recuperaría su casa en Mount Street.

—Cierto. —*Lady* Blackstone dejó la taza con el plato sobre la mesa y cruzó las manos sobre su regazo—. Te pido disculpas por no haber venido antes. Me temo que, hasta ayer, no sabía nada de vuestro matrimonio. Soy consciente de que, desde que volví a casarme, no he ido mucho por Riverton, pero no estaba al tanto de que Trent y tú os conocierais siquiera.

—No nos conocíamos —tartamudeó ella antes de detenerse a pensarlo. Seguramente no era lo mejor que podía haber dicho. Trent les habría contado las circunstancias en las que se produjo todo, ¿verdad? Si apenas había podido ocultar a su familia que vivía en la casa de Griffith. Aun así, intentó disminuir el impacto que sus palabras parecieron ocasionar en los rostros estupefactos de las otras mujeres—. O casi. Es un poco complicado.

—Entiendo —dijo en voz baja *lady* Blackstone (que no la había invitado a que la llamara de cualquier otra forma). Adelaide temía que realmente lo entendiera.

En ese momento tenía tres pares de ojos clavados en ella. A pesar de que *lady* Blackstone era la mujer que más miedo daba del salón, eligió encontrarse con la mirada azul de la dama. Las de las otras dos tenían un tono verde demasiado parecido al de Trent para que se sintiera cómoda.

Mientras el tiempo transcurría Adelaide no sabía si su corazón quería ponerse a latir desahogado o detenerse en seco.

A pesar de las pullas que se habían intercambiado hacía unos instantes, le pareció que las hijas estaban esperando alguna señal por parte de la madre. Adelaide no tenía ni idea de qué podía decir, además de lo que ya había dicho, para satisfacer a la condesa. Así que simplemente se quedó allí sentada y centró toda su energía en no romper el contacto visual, aunque probablemente parpadeó más veces de las estrictamente necesarias.

Tras un rato que se hizo eterno, por fin *lady* Blackstone se decidió a hablar.

—No sé qué pasó, aunque como ya estáis casados, carece de importancia. Sea como fuere, me preocupa muchísimo la felicidad de mi hijo. Así que tengo una pregunta que hacerte, si no te importa que te la haga.

Adelaide tragó saliva y asintió para que continuara. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Amas a mi hijo?

—Apenas lo conozco, *milady* —susurró ella, sorprendida por la verdad que salió de sus labios. Sin embargo, se apresuró a añadir antes de que le diera tiempo a pensárselo—: Pero me gustaría. Tiene que ser algo bonito poder amar a tu marido.

La respuesta pareció satisfacer a la condesa porque hizo un gesto de asentimiento y rompió el contacto visual.

—Estoy más que encantada de que *lady* Yensworth decidiera no fijar un tema concreto para su baile de este año. El baile de disfraces del año pasado resultó un poco aburrido.

Miranda refunfuñó mientras Georgina intentaba no toser sobre su té. La

hermana pequeña de Trent tomó un sorbo precipitado antes de alzar la vista.

—Sí. Fue bastante aburrido.

—¿Tenéis pensado asistir Trent y tú? —Miranda dejó la taza en la mesa y, al igual que su madre, cruzó las manos sobre su regazo.

Adelaide parpadeó.

—Yo... en realidad...

—Por supuesto que irá. —*Lady Blackstone* se puso de pie y sacó un papel del bolso—. Ya que Trent está decidido a darte la temporada que nunca tuviste, me he tomado la libertad de hacer una lista con los eventos de las próximas semanas que no deberíais perderos. —Se lo entregó a Adelaide.

—Gracias. —Adelaide lo decía en serio. Sin una guía, decidir a qué eventos sociales debía acudir le había parecido desalentador en el mejor de los casos, por no decir que le aterrizada. No se le pasó por alto que *lady Blackstone* le estaba ayudando más que su propia madre. ¿Sabía Trent la suerte que tenía?

Lady Blackstone curvó los labios en una sonrisa un poco más amplia que el gesto cálido que en ellos se había esbozado antes.

—Ahora viene la parte divertida. Tenemos que prepararte de forma adecuada.

Georgina aplaudió alegre.

—Me encanta gastar el dinero de otras personas.

Miranda frunció el ceño.

—¿Tengo que ir? ¿Odio salir de compras?

Lady Blackstone volvió a enarcar una ceja.

—Estamos apoyando a tu nueva hermana. Como duquesa de Marshington tienes que formar parte de esto.

—¿De compras? —A Adelaide le temblaron las piernas mientras se incorporaba—. No creo que haga falta, *lady Blackstone*. Todavía no he hablado con Trent del dinero ni nada parecido.

—Sé cuántas facturas puede soportar mi hijo. Solo porque una dama no hable de dinero no significa que no tenga que saber una cosa o dos sobre el asunto. —*Lady Blackstone* atravesó el salón en dirección a la puerta con aire regio—. Y puedes llamarme Caroline.

Capítulo 20



—Le dije a tu encantadora esposa que no te sentirías molesto por perderte vuestro paseo vespertino. Aunque me esforzaré en no intervenir en tus planes en un futuro, me temo que lo de esta tarde ha sido inevitable.

Trent se quedó mirando con los ojos muy abiertos a su madre; la misma que esa mañana le había dejado claro que la idea del cortejo le parecía una tontería.

—Por supuesto que no me importa. Pero... mmm... ¿qué habéis estado haciendo?

—Gastar una gran cantidad de tu dinero, algo de lo que tú ya deberías haberte encargado. También me he estado asegurando de que tu ridículo plan no cause ningún daño. Ya me lo agradecerás más tarde. —Le entregó un trozo de papel—. Estos son los eventos a los que os recomiendo que asistáis si quieres que disfrute de una experiencia social completa lo más rápido posible. Supongo que una vez que lo consigas, volverás a casa y terminarás con todo este sinsentido.

Trent tomó el papel con dedos entumecidos mientras asentía.

—Bien. —Su madre cruzó las manos—. Hasta que eso suceda, te recomiendo que pases todo el tiempo que puedas en tu club. La gente debe verte entrar y salir, y no quedarte aquí, llenándote de polvo en la casa de tu hermano. Todas las mañanas le enviarás una nota a Adelaide explicándole al detalle dónde vas a estar, para que si viene alguien a verte no esté

desprevenida.

Trent no había pensado en aquello, aunque su experiencia con Givendale en el cuadrilátero le había dejado un poco preocupado. Por suerte su madre había dado con la solución antes de que él se diera cuenta siquiera de cuál era el problema. Como no quería sentirse avergonzado por la mirada de reproche de su madre, se puso a echar un vistazo a la lista de eventos. Casi todos los días tenían algo, y algunos incluso dos. Iban a ser una pareja de lo más ocupada, lo que tampoco le suponía ningún problema. Se sintió un tanto emocionado con la idea, lo que demostraba que su plan de cortejo estaba funcionando.

—No es ningún sinsentido.

Su madre suspiró.

—Lo es. No sé cómo te las has arreglado, pero la has convencido de que es romántico. Y Miranda también parece estar de acuerdo con ella.

Ya decía él que su hermana le gustaba por una razón. Se llevaban menos de un año de diferencia y siempre habían estado muy unidos. Sabía que Miranda entendería lo que estaba intentando hacer. Aun así, hubo algo en la forma como lo dijo su madre que le creó cierto desasosiego.

—¿Qué querías decir con eso de que te has asegurado de que mi plan no cause ningún daño?

Su madre ladeó la cabeza y volvió a suspirar, haciendo que se sintiera como un crío estúpido en vez de como un hombre adulto.

—Has dejado sola a tu esposa, una mujer desconocida para la mayor parte de Londres. Sola. No tiene amigos conocidos, ninguna historia a sus espaldas. Hijo, eres el hermano de un duque. Un duque que es famoso por preocuparse por su familia. Sinceramente, ¿es que no se te ocurrió que alguien podría usarla para llegar a ti y, por extensión, a Griffith?

Por lo visto sí había una razón para que se sintiera como un crío estúpido. ¿Acaso nunca antes se había dado cuenta de la existencia de ese tipo de sutil manipulación política, o es que simplemente lo habían dejado al margen, ya que, como el despreocupado hermano menor que era, no merecía la pena el esfuerzo? Era curioso cómo el matrimonio de pronto hacía madurar a un hombre a los ojos de la sociedad.

—No había pensado en eso. —Tragó saliva—. Volveré a mudarme a casa.

—Aunque es obvio que creo que es lo más sensato, va en contra del proceder que has elegido. Tu situación ya es lo suficientemente ridícula como para que tengas que añadir una nota de amargura o cualquier otra cosa similar. No tienes que preocuparte por nada. Hemos dispuesto una rotación de visitas. Como somos su nueva familia, podemos acompañarla a todos los sitios sin levantar ninguna sospecha. Y a pesar de que nunca he entendido la familiaridad con la que tratas a tu personal, en este caso es una bendición, porque también estarán atentos a cualquier problema que pueda surgir. Siempre que salgáis, la traerás a casa y despedirás al carruaje. Treinta minutos después, saldrás por la parte trasera, donde el cochero de Griffith te estará esperando con un carruaje más sencillo. No hay necesidad de que todo Londres se entere de esta tontería.

Si alguna vez se preguntó cómo su madre había conseguido criar a un duque después de la muerte de su padre, hoy había recibido la respuesta. En menos de doce horas, su progenitora había ideado y puesto en marcha un plan que era mucho más elaborado de lo que alguna vez lo fue su idea. Había estudiado cada detalle y previsto cualquier posible escollo. No le extrañaba que su padre siempre la mirara con tanto asombro.

Trent sonrió y se inclinó para besar a su madre en la mejilla; algo que no había hecho desde que era niño.

Se fijó en el rubor que tiñó sus pómulos antes de que se aclarara la garganta, colocara las manos juntas sobre la cintura y continuara hablando:

—Bien. Tenemos unos pocos minutos antes de que regrese a casa y me prepare para la noche. No tenía pensado salir mucho esta temporada, pero está claro que eso ha cambiado, al menos de momento. Saldremos todos juntos para mostrar nuestro máximo apoyo a tu esposa. Ya hay muchas especulaciones sobre vuestro matrimonio y la estúpida de *lady* Crampton no hace más que alimentarlas. Siempre he pensado que esa mujer sería capaz de arrojar a su propia hija a los lobos con tal de ganar popularidad. —Su madre apretó los labios irritada. No había mucha gente que la molestara lo suficiente como para que se dignara a mostrarlo, e incluso así, solo dejaba salir esa emoción en privado, pero *lady* Crampton siempre había sido una de las

personas que lo conseguía. Las dos mujeres se conocían desde que hicieron su debut en Londres y más de una vez se había preguntado qué podía haber pasado entre ellas que provocara una animosidad tan persistente.

Por desgracia, la irritación de su madre ahora iba dirigida a él.

—En el rato que nos queda, vas a sentarte conmigo a explicarme exactamente cómo terminaste así. Y tú —Señaló a algún lugar por encima del hombro de Trent—, vas a decirme por qué no hiciste nada por impedirlo.

Trent se volvió para ver a Griffith bajando las escaleras con un montón de papeles en la mano. Obviamente se dirigía a su estudio y la interrupción de su madre le había dejado fuera de juego. Aunque era imposible que supiera de qué iba el asunto, la confusión enseguida desapareció de su rostro.

—¿Entonces, vamos a mi estudio?

—No. Al salón. El blanco con todos esos muebles alargados que tanto despreciáis. Tengo la sensación de que esta conversación no me va a gustar nada, así que no veo razón por la que os tenga que gustar a vosotros. —Su madre alzó la nariz y se volvió hacia el salón más formal de la casa, que daba al vestíbulo principal.

Trent soltó un gruñido y la siguió. Estaba seguro de que no había un hombre vivo que no odiara esa habitación, aunque ninguno se había quejado cuando vino a visitar a Miranda o Georgina. Blanco casi por completo, hacía que un hombre se sintiera como un torpe colegial. Sus hermanas la habían decorado para recibir visitas durante las temporadas, y tanto Griffith como él estaban convencidos de que el diseño tenía toda la intención de incomodar a los caballeros para que ellas pudieran llevar cualquier posible ventaja en la conversación.

Y ahora era su madre la que tenía esa ventaja. Griffith y él entraron en la habitación como reos dirigiéndose a la horca.

El blanco deslumbrante que impregnaba toda la estancia solo se veía interrumpido por alguna que otra pincelada de dorado: como las vetas del mármol blanco de la chimenea, las finas rayas doradas del sofá o los marcos que salpicaban las paredes cubiertas de seda blanca. No había ni un solo centímetro de aquella sala que permitiera pasar por alto la más mínima mancha de suciedad que un hombre pudiera llevar en la ropa o en los zapatos.

Aquel salón era conocido en todo Londres y Trent supuso que más de un caballero se había asegurado de acudir allí recién salido de su dormitorio para no ser el que estropeará aquel mar de blanco perfecto.

Su madre entró delante de ellos en el salón, pero en vez de sentarse en el sofá blanco y dorado que siempre había ocupado durante las temporadas de sus hijas, se colocó en un sillón completamente blanco y les hizo un gesto para que se sentaran en el sofá que tenía enfrente.

Trent contempló las delgadísimas patas curvadas y se sentó con cuidado sobre él. Griffith, por el contrario, dejó caer su enorme cuerpo con tanta fuerza que los pies se elevaron ligeramente del suelo cuando aterrizó de espaldas contra el respaldo del sofá. En ese momento deseó haber tenido la previsión de hacer lo mismo que su hermano. Si ambos hubieran roto aquella cosa, su madre no podría obligarles a que se sentaran en ella. E incluso puede que no hubiera querido que se quedaran en una habitación con un mueble astillado.

Pero las finas patas aguantaron el peso y no le quedó otra que mirar a su madre y sonreír.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Estaba en Riverton —empezó él.

—Porque no quería quedarse en su propia casa mientras estaba en obras. —Griffith se movió hasta un rincón del sofá, intentando mostrarse todo lo seguro en sí mismo que podía parecer un hombre de su tamaño sentado en un mueble tan delicado.

Trent miró a su hermano mayor.

—Toda el ala de los dormitorios estaba en ruinas. Habría tenido que dormir en el sofá de la sala de estar.

—Pero no estarías casado.

No se le ocurrió una sola observación lo suficientemente cortante que supusiera una réplica adecuada a ese golpe bajo.

—Muchachos. —Aquella palabra pronunciada en tono calmo logró detenerles como siempre hacía. Trent y Griffith nunca llegaban a las manos, pero cuando la discusión se ponía muy personal, sabían lanzarse sus buenas pullas como los que más. No sucedía a menudo, aunque cuando ocurría, la

única persona con el nervio necesario para interponerse entre ellos era su madre.

Trent se volvió hacia ella.

—Había tomado un atajo por las ruinas de las tierras de la zona oeste, por la antigua fortaleza de la colina al lado del viejo torreón, cuando oí a alguien cantando y vi un caballo solo. Así que subí a investigar.

Su madre cerró los ojos y soltó un suspiro.

—Las setas.

Trent miró a Griffith que parecía tan sorprendido como él.

—¿Cómo lo has sabido?

—Hace años, hará por lo menos diez, vino de paseo conmigo y me preguntó si podía recogerlas. Se puso a caminar sobre ese viejo suelo de madera, tan confiada, y después bajó por los agujeros de los soportes de la antigua escalera. Pero entonces solo era una niña. No creo que estuviera bajando y escalando por una pared ahora que es toda una mujer.

Trent se removió en su asiento, preguntándose si debía sentirse avergonzado por el comportamiento de Adelaide.

—Pues... sí, lo estaba.

—Pero ese suelo puede ceder el día menos pensando.

Griffith tosió.

—Ya no.

Trent lo miró frunciendo el ceño.

—¿Y tú no habrías dejado que la curiosidad venciera al sentido común durante unos instantes? Quiero que sepas que...

—Muchachos. —Su madre se aclaró la garganta—. ¿Debo entender que tú fuiste la razón por la que el suelo terminó cediendo?

Trent asintió con la cabeza.

—Y me llevó toda la noche cortar las enredaderas y encontrar una forma de salir.

Decidió dar por finalizada la historia en ese punto. Era mejor circunscribirse lo máximo posible a los datos objetivos. Nadie más tenía que saber el miedo que pasó o que el dolor en el tobillo y en las manos le impidió conciliar el sueño. O la desesperación que sintió cuando la luna se abrió paso

entre las nubes y selló su destino.

—Y entonces le propuso matrimonio —farfulló Griffith.

—¿Le propusiste matrimonio? —preguntó su madre claramente sorprendida. No se había mostrado asombrada por nada de lo que le había contado hasta ese momento, sabiendo que tenía que haber sucedido algo extraordinario para forzar un matrimonio tan inesperado. Pero que le propusiera matrimonio motu proprio, sin que nadie lo obligara, pareció tomarla por sorpresa.

Trent no entendía por qué esa era la parte de la historia que conmocionaba a todo el mundo, en vez de la tontería de que se cayera a través de un suelo que estaba podrido.

—Sí, le propuse matrimonio. Me pareció lo correcto después de pasar toda la noche juntos... solos.

¿Cómo podía explicar lo abatido que se había sentido cuando la ruina de Adelaide fue cosa hecha? ¿Cómo cuando su reputación se perdió entre las estrellas por la falta de una carabina adecuada? A kilómetros de sus respectivas casas, les habían condenado las circunstancias. En ese momento supo que nunca tendría la oportunidad de proponer matrimonio a nadie más. Algo que le había molestado. Si miraba para atrás, una parte de él quería sentir que no era solo una víctima de todo aquel lío.

Recogió unas cuantas violetas que habían florecido pronto y las entrelazó formando un aro antes de ofrecérselo a Adelaide y preguntarle si quería casarse con él. Fue un momento solo para ellos dos. Un momento que reclamaron para sí antes de que el mundo les condenase. De esa forma, cuando por fin consiguieron subir y salir de esa prisión de piedra, serían capaces de declarar su destino en vez de que les obligaran a hacerlo.

Pero no sabía cómo explicárselo a su madre.

Así que no lo hizo.

Su madre frunció el ceño todavía más.

—¿Y en todo ese tiempo, nadie fue a buscarla? ¿Nadie se pasó por allí? No me puedo creer que nadie supiera que estaba allí.

—Oímos una especie de carruaje, o creímos oírlo. Gritamos todo lo que pudimos, pero nadie respondió. —Trent se frotó la nuca con el dorso de la

mano—. Su madre sabía que había ido a las ruinas, pero Adelaide dijo que no sería la primera vez que se olvidaba de ella.

Griffith se puso rígido en su asiento.

—¿Y tú la creíste?

Trent y su madre lo miraron con curiosidad, pero fue esta última la que habló.

—¿Por qué no iba a creerla? Ya conoces a *lady* Crampton.

Trent quiso saltar en defensa de su esposa, pero no pudo. Griffith siempre había sido capaz de ver el cuadro completo, de saber qué había detrás del marco. ¿Qué estaría captando en ese momento?

—Piensa por un instante que sí oísteis un carruaje. ¿Con cuánta frecuencia cabalgamos por allí uno de nosotros? ¿Y si no estaba allí solo para recoger setas? Es una apuesta muy arriesgada y en la que es difícil ganar, pero ¿qué tenían que perder? Me imagino perfectamente a *lady* Crampton dejando a su hija sola como un posible cebo para luego pasarse por allí y ayudarla a salir de las ruinas. Solo que esta vez no paró porque su plan había tenido éxito.

Todos se quedaron callados durante unos segundos. Al final su madre estalló en una áspera carcajada.

—Eso es bastante rebuscado. Incluso para una novela de Minerva Press.²

Pero Trent no podía deshacerse por completo de aquella idea. En aquel momento, estuvieron plenamente convencidos de oír un carruaje. Y si alguien pasó por allí, pondría la mano en el fuego por que tenía que haber oído sus gritos. El propio Trent había oído cantar perfectamente a Adelaide mientras se acercaba.

Daba igual. Fuera o no fuera una trampa, estaban casados y descubrir alguna conspiración no iba a cambiar ese hecho.

—Ya está hecho. Esta es la última vez que hablamos sobre cómo sucedió. Adelaide es ahora mi esposa y no hay nada que pueda hacer al respecto. —Se mordió la lengua antes de dejar escapar sus pensamientos más amargos. Cosas como que se fueran a disfrutar de sus matrimonios por amor o de la oportunidad de tener un matrimonio por amor, en el caso de Griffith. Fuera cual fuese la razón, Dios había escogido esa prueba para Trent y no importaba lo mucho que quisiera cortejar a una mujer y enamorarse de ella.

Esa era su vida ahora y así seguiría siendo.

No dijo nada de aquello porque tampoco sabía cómo hacerlo. No había una forma de expresarlo que no sonara lamentable y patética. Y ya había tenido bastante de ambas cuando se sintió obligado a casarse.

Se puso de pie y miró primero a su hermano y luego a su madre.

—Si me perdonáis, tengo que ir a cambiarme para cualquiera que sea el evento al que crees que debo acudir esta noche.

—Una velada de naipes en casa de *lady* Lyndley —informó su madre en voz baja.

—Muy bien, entonces. Me espera una noche de *whist*. Os veo a todos allí.

Salió del salón sin mirar atrás e intentó con todas sus fuerzas no pensar en la discusión que acababan de tener. Porque si no pensaba en ella, no le dolería.

² Nota de la Ed.: Minerva Press fue una editorial londinense especializada en novela sentimental y gótica, con bastante éxito durante el siglo XIX.

Capítulo 21



Rebecca terminó de peinar a Adelaide. Se había encargado de quitar los mechones de pelo que le caían sobre los ojos y que no tenían una longitud razonable para un buen rizo. Esa noche, los había echado hacia atrás, retirándoselos de la frente. A ella, que ya se había acostumbrado a no verse la frente, le resultó un poco extraño, pero se trataba de un peinado mucho más moderno.

Cuando la doncella le puso una sencilla cadena alrededor del cuello, de modo que la pequeña cruz de piedra colgara justo encima del borde de su vestido, la miró a través del espejo.

—¿Te encuentras a gusto en nuestra nueva casa, Rebecca?

—Eh... sí, *milady*. Creo que sí. —La doncella la miró un poco sorprendida por la pregunta. Lo que era comprensible, teniendo en cuenta que nunca había sacado a colación una cuestión así en ninguna de sus conversaciones antes de irse a vivir allí. Era increíble la diferencia que podían marcar unas pocas semanas.

O la que podía marcar un día. Esa mañana, se había levantado sola y confundida por la marcha de su marido, pero ahora sentía como si tuviera amigos, o al menos el inicio de lo que podría terminar convirtiéndose en una amistad y estaba realmente emocionada por la vuelta de su esposo. Era un detalle muy dulce por su parte intentar que disfrutara de aquello que se había perdido. Miranda había señalado que lo único que Trent estaba haciendo era proporcionar a su matrimonio la base que casi todas las parejas tenían,

aunque ellos contaban con la ventaja añadida de que podían apartarse de las normas del cortejo siempre que quisieran.

Adelaide se había ruborizado ante aquel comentario, pues recordó el cálido y delicado beso que compartieron la noche anterior y tuvo la esperanza de poder recibir otro esa misma noche.

—Creo que aguantará, *milady*.

Que era la forma que tenía la doncella de decir que había hecho todo lo que estaba en su mano para conferirle un aspecto que soportara la forma de ser de la joven. Nunca entendió cómo se las podía arreglar para terminar despeinada, pero jamás fallaba. Rebecca llevaba trabajando para ella desde que cumplió los dieciocho años, y durante esos tres años jamás se había dado por vencida, ideando constantemente nuevos trucos para que Adelaide tuviera una apariencia presentable.

—Gracias, Rebecca. —Se levantó del banco que había frente al tocador, pero se detuvo enseguida. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? Georgina le había hecho prometer que no estaría esperando en el salón a Trent cuando llegara, alegando que bajar por las escaleras era la entrada más impactante que una mujer podía hacer—. Me quedaré aquí. Que alguien me avise cuando llegue mi esposo.

—Muy bien, *milady*. —El ligero torcer de labios de Rebecca le dio a entender que la doncella creía que todo aquello era una tontería, pero no dijo ni una sola palabra mientras salía de la habitación.

Y ahora Adelaide no tenía otra cosa que hacer más que esperar. Se paseó de un lado a otro por el dormitorio, preguntándose cuánto tiempo tendría que estar así. Deseó poder bajar, aunque la única diferencia sería que su paseo tendría público, pero se lo había prometido a Georgina y, aunque la dama había sido la comidilla de la sociedad durante su temporada, seguro que sabía de lo que estaba hablando.

De todos modos, le estaba resultando hartamente difícil, ya que las vistas de su alcoba no daban a la parte delantera de la casa y no podía ver cuando Trent llegara. Sentía tal expectación que creyó que se pondría a sudar de un momento a otro; algo que no quería hacer con el vestido de noche de un tono azul brillante que llevaba. Si quería preservar la cordura iba a tener que

cambiar de habitación. La casa era muy estrecha, así que solo una estancia de cada planta daba a la calle. Eso le dejaba el estudio de Trent, el dormitorio de Trent o las dependencias infantiles.

Clavó la vista en la puerta que conducía al dormitorio de su esposo. De todas las elecciones que podía hacer, aquella era la más lógica. Si alguien subía a esa planta podría oírlo enseguida. Además, ¿a quién quería engañar? Desde que había visto el estudio había estado buscando una excusa para entrar en la alcoba de Trent. Si había alguna habitación de la casa que podía contarle más cosas sobre su marido, era esa, ¿verdad?

Antes de que se quitara la idea de la cabeza, abrió la puerta que comunicaba ambos dormitorios e irrumpió en una estancia que era exactamente igual a la suya en forma y tamaño, pero con una decoración mucho más masculina, con líneas limpias y la cama más bonita que hubiera visto jamás. El cabecero de madera llegaba hasta el techo antes de curvarse y formar un medio dosel, también de madera, en la parte superior de la cama. La parte vertical del cabecero mostraba una talla elaborada de una partida de caza. Desde luego era una exquisita obra de arte, tan detallada que le dio la sensación de que se podía sentir el viento azotando las crines de los caballos u oír los ladridos de los perros, mezclándose con el melódico sonido de los cuernos llamando. La base de la cama era más sencilla, un apoyo rectangular para el colchón con vides y flores talladas.

La ropa de cama era un cobertor de un precioso terciopelo labrado en dos tonos de azul, tan atrayente que no pudo reprimir el impulso de pasar la mano a lo largo del borde de la tela.

¿Qué clase de hombre escogía una cama así? Porque estaba claro que la había escogido él. No había nada igual en la casa. Se quedó parada en medio de la habitación, dando vueltas sobre la alfombra persa dorada que ocupaba la mayor parte del suelo. A diferencia de la vivienda donde se había criado ella, el dormitorio no estaba abarrotado de muebles ni adornos, a cada cual más caro. Cada elemento de aquella habitación era espléndido y estaba colocado de una forma que demostraba que había sido elegido con esmero. Todo lo que había ahí era porque Trent había querido que estuviera, porque deseaba verlo cuando se despertara todos los días. Los cuadros que adornaban las

paredes no habían sido escogidos porque fueran caros, aunque un simple vistazo a las elegantes pinturas le bastó para saber que en la elección no habían pesado razones económicas.

De una de las paredes colgaba una colección de espadas antiguas. Debajo de ellas, había una poltrona Bergère enorme, vieja y desgastada. Mucho más desgastada de lo que Trent habría tenido tiempo de usar. Al lado de la elegante silla había un antiguo tambor militar en vez de una mesa a juego. Sobre el tambor yacía una Biblia junto con un reloj de bolsillo y un par de gemelos de esmeraldas.

Y fueron precisamente esos gemelos los que hicieron que se diese cuenta de lo que estaba haciendo.

Trent había ido tan lejos como para mudarse de casa en un intento de dar a su matrimonio una apariencia de normalidad y ella se lo pagaba invadiendo su espacio personal.

Regresó corriendo a su dormitorio y cerró la puerta con un suave clic. En comparación con la belleza cuidadosamente escogida que había dejado atrás, su alcoba le pareció fría y poco atractiva. Como una litografía de Ackermann, con muebles y ropa de cama a juego. Una habitación bonita, pero sin un ápice del encanto y la calidez de la de Trent.

Iban a tener que hablar del presupuesto para redecorar la vivienda. Cualquier hombre que hubiera puesto tanto esmero en amueblar su dormitorio tenía que tener una casa a la altura.

Mientras tanto, ella le daría todo lo que pudiera. Reanudó su deambular por su cuarto, esta vez con un libro en la mano. Seguro que encontraba algo interesante que compartir en ese extenso libro para la construcción de puentes.



Trent cubrió la mano de Adelaide con la suya y le dio un suave apretón mientras entraban en el salón, donde grupos de hombres y mujeres jugaban a los naipes dispuestos en varias sillas y mesas con montones de fichas con forma de pez. El sonido de las cartas barajándose se mezclaba con el

murmullo de voces y alguna que otra risa. La escena venía acompañada de una joven tocando el pianoforte en un rincón.

Adelaide respondió al gesto agarrándose con fuerza a su codo y acercándose un poco más a él. Le gustaba tenerla allí. Llevaba toda la tarde dándole vueltas a las dudas que le habían surgido a raíz de la teoría de Griffith, pero ahora, al contemplar el rostro asombrado de su esposa, que miraba todo lo que había a su alrededor con ojos muy abiertos, supo con certeza que ella había sido tan víctima del destino como él.

El salón tenía todas las puertas abiertas, invitando a los asistentes a deambular a su antojo por la biblioteca, otra sala más pequeña y el comedor. Trent decidió guiar a Adelaide en un paseo informal por las distintas estancias.

—¿Te apetece que veamos quién hay por aquí antes de sentarnos a jugar?
Adelaide asintió.

—No tengo muchas ganas de jugar, milord. Si ves algún sitio libre en uno de los grupos y quieres participar en alguna partida, estaré encantada de sentarme y observar, como están haciendo esas jóvenes.

Hizo un gesto hacia un lado, señalando una mesa con cuatro caballeros inmersos en una partida. Dos damas estaban sentadas a la mesa contemplando el juego y, de vez en cuando, uniéndose también a la conversación.

—Qué tontería. Prefiero que te lo pases bien jugando.

—No se me da muy bien. —Ella alzó una mano y se colocó las lentes. En el carruaje, le había confesado que se planteó dejarlas en casa, pero como le preocupaba no ver bien las cartas, al final decidió llevarlas. Trent hizo una nota mental para conseguir un par extra y guardarlas en el carruaje por si alguna vez cometía tamaña tontería. Prefería que pudiera ver con normalidad a que siguiera una estúpida moda que requería que las mujeres se privaran de su visión en aras de tener un cierto aspecto. Incluso Georgina había llevado lentes al final de la temporada pasada y el mundo no se había acabado. Las modas eran algo pasajero, que cambiaban según el capricho de quién sabía quién.

Por su parte, estaba inmensamente agradecido de que esos enormes corsés

con ballenas hubieran seguido el mismo camino que las pelucas empolvadas. Algunas damas habían llevado esos artilugios en el baile de máscaras del año anterior y, cuando fueron su pareja, sintió como si bailara con una silla. Deseaba de corazón que quien quiera que tuviera que decidir qué sería lo siguiente que estuviera de moda no volviera a tener en cuenta esas monstruosidades.

Mientras paseaban por las habitaciones, quedó claro que su madre no había estado bromeando cuando le dijo que iba a enviar un contingente de apoyo para Adelaide. Amigos de la familia, que normalmente solo acudían a reuniones más pequeñas e íntimas, les detuvieron constantemente para saludarlos y felicitarlos. Para cuando llegó al comedor se estaba esforzando por mantener una sonrisa de un tamaño aceptable. Seguro que la pobre anfitriona se había visto invadida por un número mayor de asistentes del que había esperado después de que su madre les convenciera para aceptar la invitación o incluso para personarse sin haber recibido una.

Dentro del comedor, sin embargo, perdió la batalla por el decoro y soltó una carcajada. De pie, en un rincón y con cara de pocos amigos, estaba el marido de Miranda. Desde que había contraído matrimonio, el duque de Marshington solo acudía a eventos sociales cuando su esposa le obligaba. Tras pasar una década como espía al servicio de la Corona, encontraba agotadoras las restricciones que dictaban ese tipo de reuniones sociales. Y, aun así, allí estaba.

Nunca se había sentido tan bendecido. No sabía por qué Dios le había arrojado de cabeza en medio de una familia semejante, pero estaba inmensamente agradecido por ello.

Sonrió a su esposa, que no parecía compartir su placer por la cohorte de apoyo. Más bien se la veía abrumada. Pero como ya había conocido a Miranda, pensó que quizá detenerse a hablar un rato con su marido le calmaría los nervios. Le dio una palmada en la mano, intentando alisar las permanentes arrugas en la manga de la levita.

—Ven a conocer al marido de Miranda. Seguro que hoy, mientras habéis ido de compras, te ha hablado de él. Está completamente obsesionada con él.

Trent se dispuso a acercarse a su cuñado, pero por primera vez en toda la

velada, Adelaide le tiró del brazo. Se volvió y la miró con curiosidad.

—¿Es ese? ¿El del rincón? —Parpadeó un par de veces—. Parece un poco hosco.

—Solo lo hace para que nadie vaya a hablar con él.

—Me parece una idea excelente. Démosle el gusto.

—No va a hacer nada. Al menos no aquí. —Trent sonrió de oreja a oreja al recordar la ocasión en que Ryland había entrado a hurtadillas en su casa y reorganizado todo su estudio, en venganza porque Trent le atrapara en una conversación en la que estuvo toda la tarde discutiendo sobre las virtudes de la última ópera. Todavía no había conseguido encontrar un libro de contabilidad.

—No, en serio. Creo que es mejor respetar sus preferencias. —Adelaide dejó de andar por completo, obligándole también a parar a menos que quisiera arrastrarla.

—Entonces solo saludaremos a Miranda, ¿te parece bien? —Por supuesto que no dejaría pasar la oportunidad de meter a Ryland en la conversación. Era tan raro que su hermana consiguiera llevarlo a un evento social importante que, cada vez que sucedía, no podía resistirse a divertirse un poco a su costa.

Miranda estaba hablando con Amelia, lo que significaba que Anthony, marqués de Raebourne, también tenía que estar por allí. Aquella fiesta daría mucho que hablar en la sección de cotilleos de los periódicos del día siguiente.

Mientras rodeaban la mesa de refrigerios se fijó en que tres espesos rizos estaban a punto de soltarse del recogido de Adelaide. Les dio un suave tirón, liberándolos por completo, y los dejó caer sobre el hombro de su esposa. Gracias a Dios, se había dejado los guantes con el abrigo y pudo sentir la suavidad de los oscuros mechones entre sus dedos, apreciando la diferencia del peso y la longitud en comparación con su propio pelo.

Adelaide miró los tirabuzones negros que contrastaban con el brillante azul de su vestido antes de parpadear.

—Me gusta —señaló él con un leve encogimiento de hombros—. Estás muy guapa. No sé si te lo he dicho antes. Creo que, en cuanto te vi, me dejaste sin habla.

Un suave rubor rosa tiñó sus mejillas; parecía un poco nerviosa por aquella declaración. Desde luego había querido decir cada palabra que pronunció, pero también lo hizo para distraerla un poco y que no se percatara de que la estaba llevando al rincón donde estaba Ryland.

—Su excelencia, permítame presentarle a mi esposa. *Lady* Adelaide, el duque de Marshington.

La manera momentánea como ella lo fulminó con la mirada le alegró más de lo que se hubiera imaginado. A lo largo de los años, Trent se había dado cuenta de que las mujeres solo mostraban su ira con las personas con las que se sentían cómodas, cercanas. Que Adelaide lo mirara de ese modo, aunque solo fuera un instante, significaba que estaban empezando a conocerse el uno al otro, que él le importaba y que sentía que podía confiar en su persona. Era cierto que acababa de traicionar un poco esa confianza, pero no lo suficiente como para echarla a perder.

O eso esperaba.

Ryland se apartó de la pared y ejecutó una reverencia perfecta, haciendo que Adelaide se apresurara a hacer lo mismo. Al fin y al cabo, era un duque muy conocido y poderoso. Seguramente alguien a quien nunca hubiera esperado conocer, incluso siendo la hija de un conde.

—Su excelencia.

—Por favor, llámame Marshington, o Ryland como hace el resto de la familia. O duque, si estamos en público y lo prefieres. —El ceño fruncido desapareció al instante del rostro de Ryland, demostrando que era más un gesto habitual que un malestar real—. Y permitidme que os felicite por vuestro matrimonio.

Clavó los ojos grises en él, haciendo que deseara no haber insistido en venir a saludarlo. Con las conexiones que tenía Ryland, seguramente sabía más de las circunstancias de su matrimonio que el propio Trent.

—Gracias —respondió él.

Los tres se quedaron callados, intentando encontrar la forma de esquivar el tácito asunto que Ryland había dejado caer. Llevaban toda la noche recibiendo felicitaciones, pero por la forma en que lo había dicho el duque estaba claro que sabía que su matrimonio no había sido planeado. Y no había

nada que Trent pudiera decir. Obviamente no podía responder a una pregunta que no le habían hecho en voz alta y sabía que no podía abordar otro asunto sin pasarse el resto de la velada recibiendo miradas de suficiencia por parte de su cuñado.

Al final fue Ryland el que acudió al rescate, aunque no le cabía duda de que lo hizo más por Adelaide que por él mismo.

—¿Habéis jugado ya una partida?

Trent giró los hombros para acomodarse la levita mientras se relajaba. Tenía claro que Ryland terminaría acorralándolo y obligándolo a compartir la historia, pero por lo menos no sería esa noche.

—No. Estábamos saludando a los asistentes antes de sentarnos a una mesa.

—¿Os parece si jugamos? Por eso mi mujer elige las veladas de naipes. Como se puede hacer algo, así me quejo menos. —Ryland, que era casi tan alto como Griffith, pero no tan ancho, pasó entre el grupo de personas que tenía a su lado para recoger a su esposa. Miranda abandonó la conversación con una sonrisa y los cuatro se dirigieron al salón en busca de una mesa vacía.

—¿Quieres que nos enfrentemos a nuestros maridos, Adelaide? —preguntó Miranda mientras se acomodaban en una mesa que había cerca de las ventanas de la fachada de la casa. Se podía oír el ruido que hacían los caballos y los carruajes al otro lado del cristal, pero no era tan alto como para dificultar la conversación.

Trent estaba encantado de tener de pareja a Ryland, porque eso significaba que Adelaide se sentaría a su lado en vez de enfrente. Como ya echaba de menos el peso de la mano de ella sobre su brazo, movió la pierna debajo de la mesa hasta que apoyó la rodilla sobre la de ella. El leve contacto pareció calmar una extraña sensación en su pecho, como si estuviera empezando a aceptar que esa mujer y él estaban unidos para toda la vida.

Ryland barajó el mazo de cartas mientras él repartía las fichas con forma de pez.

—¿Nos jugamos una cena? —preguntó el duque.

Adelaide lo miró parpadeando. La luz de un candelabro cercano se

reflejaba en sus lentes, resaltando sus ojos.

—¿Una cena?

Trent se dejó de ensoñaciones y miró las cartas que le habían tocado en suerte.

—Sí. Quien pierda tiene que invitar a toda la familia a cenar. Lo que en realidad molesta no es tener que alojar a todos en tu casa, sino el hecho de que el ganador normalmente se pasará toda la noche burlándose del perdedor.

—Pero yo voy de pareja con Miranda, ¿quién se encargará de la cena si perdemos?

Miranda tosió.

—No tengo ninguna intención de perder.

Adelaide tocó las cartas que todavía no había levantado de la mesa.

—Me temo que no soy muy buena.

Trent pensó en todo lo que Adelaide se había perdido de la vida. No podía recordar haberla visto en ningún evento o reunión, ni cuando eran niños. Su hermana Helena, sin embargo, siempre había estado allí, vestida con lazos, tirabuzones y otras parafernalias que un niño nunca tendría que soportar. En los últimos años sí se acordaba de haber visto a su hermano, Bernard, aunque era bastante más joven que él y nunca habían pasado un rato juntos. Pero nunca había visto a Adelaide.

Adelaide, a la que nunca habían traído a disfrutar de una temporada en Londres, ni siquiera después de que su hermana mayor se casara.

Trent juntó sus cartas en un montón y se inclinó hacia su esposa.

—Adelaide, ¿sabes cómo jugar al *whist*?

Ella movió los ojos alrededor de la mesa, yendo de persona en persona, pero sin posar la mirada el tiempo suficiente en ninguno de ellos como para enfocar la vista.

—He leído algo.

Sin decir una palabra, Ryland y Miranda empezaron a poner sus cartas bocarriba, clasificándolas por palos y jerarquía. Trent ayudó a Adelaide a ordenar sus naipes antes de hacer lo mismo con los suyos.

Jugaron tres manos con las cartas sobre la mesa. Miranda le fue explicando con calma las normas y estrategias básicas del juego. En la cuarta

mano, Adelaide se sintió lo suficientemente segura como para jugar por sí sola.

Trent casi soltó una carcajada cuando la vio hacer su primer truco, a pesar de que había lanzado una carta baja sobre uno de sus reyes.

—Bien hecho, Adelaide. —Miranda sonrió y recogió las cartas—. Deberíamos pasearnos un poco más. En este rincón, nadie os está viendo juntos.

Ryland resopló.

—¿Por eso hemos venido esta noche? Entonces pongamos las cartas sobre la mesa y terminemos con esto de una vez.

Trent se recostó sobre la silla, con la rodilla todavía pegada a la de Adelaide. Al principio, cuando juntaba la pierna con la suya, ella la apartaba, pero al final claudicó y dejó de moverla.

—Pensaba que el propósito de estas salidas era que Adelaide y yo nos conociéramos el uno al otro.

Ryland suspiró.

—¿Cómo es que sé cómo funciona la sociedad mejor que tú?

—Porque no me he pasado los últimos diez años estudiando al detalle sus debilidades —se quejó él. Jamás había tenido que analizar las consecuencias de sus acciones como ahora. Hasta hacía pocos meses, solo tenía que considerar las repercusiones inmediatas de un hecho sobre sí mismo. Tenía una reputación prácticamente intachable porque nunca había hecho nada para ponerla en peligro, pero tampoco había pensado en ello nunca como en ese momento. Intentaba hacer lo correcto y luego seguía con su vida.

Que ahora todo el mundo pareciera saber cómo entender la vida le hacía sentirse como un niño.

Miranda frunció el ceño con indulgencia a su esposo antes de centrar su irritación en su hermano.

—El cortejo consiste más en mostrarse como pareja frente a todo el mundo que en conocerse entre sí. En vuestro caso puede que incluso sea más importante ya que... bueno, los hombres a los que les gusta conocer a esposas que no están felizmente casadas no tienen muchos principios.

El rostro de Adelaide perdió cualquier rastro de victoria.

—No tengo que jugar al *whist* con nadie más, ¿no?

Trent hizo un gesto de negación y cubrió la mano de ella con la suya.

—No, hay suficientes personas charlando entretenidas como para que podamos movernos sin que se den cuenta. —Se detuvo y miró a su hermana y a su marido—. Eso podemos hacerlo, ¿verdad?

Ryland inclinó la cabeza en un pésimo intento por ocultar la risa. Miranda hizo un movimiento brusco y la risa de su cuñado fue a peor; clara señal de que su hermana había intentado darle una patada por debajo de la mesa.

—Por supuesto que podéis. Solo tened cuidado de no permanecer en una habitación demasiado tiempo. La gente podría darse cuenta de que no estáis jugando.

Con cuatro estancias para recorrer, no debería de resultarles demasiado difícil. Trent se levantó y volvió a ofrecer el brazo a su esposa. Después fueron de conversación en conversación hasta que Adelaide pidió un instante de descanso. Se apartaron a un lado de la biblioteca, mientras bebían unos vasos de ponche y hablaban sobre algunos libros que había en un estante cercano. En realidad, fue ella la que habló y él intentó hacer preguntas para que ella siguiera charlando. ¿Había algún libro que esa mujer no hubiera leído?

Los grupos a su alrededor empezaron a hacerse más pequeños, pero él no pensó en lo que realmente significaba más allá de que podía oír mejor a su esposa.

Fue el marido de Amelia, Anthony, el que finalmente rompió aquella conversación de dos, dándole una palmada en el hombro.

—¿Tenéis pensado pasar la noche aquí? Estoy seguro de que a *lady* Lyndley no le molestaría mucho preparar para vosotros una habitación de invitados. —El marqués se apoyó en unos estantes y cruzó los tobillos—. Aunque la biblioteca es espléndida. Puede que la anfitriona deje que os quedéis aquí toda la noche.

Amelia no dijo nada mientras se adelantaba para colocar suavemente una mano en el hombro a Adelaide.

—Mañana iré a verte, si te parece bien. Caroline ha encargado varios libros de diseño para que pienses lo que quieres hacer en el salón. Me estaba

planteando echarles también un vistazo, ya que estoy pensando en redecorar nuestro salón de arriba.

Anthony enarcó una ceja castaña sobre sus ojos azules. Si Trent necesitaba una señal de que sería un aristócrata horrible, el que no pudiera hacer ese gesto tan arrogante era buena prueba de ello.

El marqués se aclaró la garganta.

—¿Vamos a redecorar el salón?

—Sí. Vamos a hacerlo. —Amelia miró por encima de su hombro y la pareja se observó durante un buen rato, comunicándose como solo las personas que tenían una conexión completa podían hacerlo.

Los celos le provocaron un nudo en el estómago. Eso era lo que quería, lo que siempre había deseado en un matrimonio. Y aunque estaba empezando a respetar, e incluso disfrutar de su creciente relación con Adelaide, no sabía si algún día esta se llegaría a convertir en lo que había visto en la pareja que tenía frente a sí o en lo que sus hermanas habían encontrado. Se había pasado la última hora escuchando a su esposa hablar sobre libros educativos, algo que siempre había evitado. No quería ser mejor con los números de lo imprescindible y la filosofía le daba dolor de cabeza. Le gustaban algunos textos científicos, pero siempre se sentía culpable por leerlos. La ficción le había atraído de pequeño, pero al final la había dejado de lado para dedicarse a libros más eruditos. Tras oír hablar a Adelaide de sus títulos favoritos, estuvo dispuesto a plantearse hacer méritos propios.

Por lo menos eso les proporcionaría algo que compartir. Porque, ¿qué más tenían? ¿Que tomaban el té del mismo modo? Eso apenas era base suficiente para el tipo de comunicación tácita que acababa de ver en Amelia y Anthony.

Al final, el marqués negó con la cabeza y miró a Trent con displicencia.

—Vamos a redecorar el salón. Espero que te diviertas.

Trent miró a Anthony con aire socarrón.

—¿Por qué iba a tener que...?

—Las ventanas de nuestro salón tienen la misma orientación que las del vuestro —le interrumpió Amelia—. Así que la iluminación será la misma. Y es mucho más divertido hablar de decoración con otra persona que discutir con uno mismo todos los detalles.

Parecía que Adelaide no sabía muy bien qué decir, pero estuvo de acuerdo en que Amelia fuera a casa.

Trent no sabía si le gustaba que su madre fuera tan autoritaria con la decoración, pero se sintió mejor al saber que Amelia estaría allí si alguien más decidía ir a visitarles.

Capítulo 22



Trent dejó escapar un gruñido bajo al sentir la presión de la punta roma del florete de Anthony sobre su hombro.

Otra vez.

El marqués se rio mientras se quitaba la careta de protección y esbozó una sonrisa de oreja a oreja cuando lo miró.

—O he experimentado una mejora excepcional estos últimos meses o estás un poco distraído.

Otra risa más profunda le llegó desde la puerta de la terraza.

—Creo que incluso yo podría ganarle hoy.

Trent miró a su hermano detrás de la rejilla protectora.

—Seguro que Anthony no tiene ningún problema en prestarte su florete.

—¿Y confiar en que no vas a aprovechar la ventaja que te ofrece el que no lleve la ropa de protección adecuada? Gracias, pero no.

¿Cuánto le costaría sobornar al ayuda de cámara de Griffith para que le afeitara esa irritante ceja? Solo de imaginarse a su hermano paseándose con una única ceja le hizo sonreír como un bobo. Se quitó la careta y sintió la humedad del pelo empapado de sudor que le caía sobre la frente.

—¿Asustado?

Griffith se burló con la incredulidad propia de un hermano mayor.

—Inteligente.

Trent dejó el equipo de esgrima sobre la mesa de la terraza y empezó a quitarse las protecciones del brazo y el pecho.

—¿No planeabas practicar un poco cuando invitaste a Anthony?

El marqués inspeccionó la punta de su florete antes de apuntarlo en dirección al duque.

—Me dijiste que trajera el equipo.

—Porque soy muy previsor —señaló su hermano—. Quería que ambos os entretuvierais por si tenía que retrasar nuestra reunión.

Trent miró a Griffith con ojos entrecerrados. ¿Se habría dado cuenta de que había estado evitando ir al club de esgrima? Cada vez que iba terminaba encontrándose con el señor Givendale o *sir* Durbin, que se pasaban todo el tiempo haciendo comentarios sarcásticos sobre su matrimonio. Con punta roma o sin ella, estaba más que listo para darles una lección con su florete. Y tampoco ayudaba nada el hecho de que Givendale hubiera dejado una tarjeta en su casa el día anterior. Quería que Adelaide disfrutara de una temporada, pero no permitiría que otros caballeros la visitaran.

—¿Ha mencionado tu esposa si sucedió algo inusual ayer, cuando fue a ver a Adelaide a casa? —Su intento de parecer despreocupado no convenció a ninguno de los dos hombres.

—En realidad, sí. —Anthony comenzó a quitarse la chaquetilla protectora—. Tu ama de llaves se sentó a tomar el té con ellas, y todo el personal almorzó también con ellas en el comedor.

Trent frunció el ceño.

—Dije inusual, no extraño. Eso pasa siempre que Amelia viene a casa.

—Algo que a Amelia le resulta mucho más aceptable hacer ahora que ya no es una residencia de soltero.

Los tres guardaron silencio mientras un lacayo les llevaba una bandeja con galletas y limonada a la terraza. Trent no tenía mucha hambre, pero ni loco iba rechazar la limonada.

Griffith se quedó mirando una galleta mientras esperaba a que el sirviente se marchara.

—Bueno, en realidad sigue siendo una residencia de soltero. Pero de la variedad femenina.

—Ella no está soltera. —Trent agarró el vaso con fuerza.

Su hermano se encogió de hombros.

—Como si lo estuviera.

Anthony se interpuso entre los hermanos, pero le fue imposible contener la risa.

—Griffith, creo que en este caso me voy a decantar por Trent. Hasta que no te hayas zambullido en las aguas del amor, deberías evitar tirar piedras a los que se están bañando en ellas. —Lo miró—. Incluso a los que se están ahogando.

—Espero que Amelia redecore toda tu casa en todos los tonos de morado posibles —masculló Trent.

—No lo hará. —Anthony se cruzó de brazos, ofreciendo una imagen de absoluta confianza masculina—. Nunca le ha gustado mucho ese color.

¿Le gustaba a Adelaide el color morado? ¿Le gustaba a alguien? ¿Iba a regresar a casa para encontrarse su salón de un soso tono gris? Esos eran los momentos que más odiaba, cuando resultaba tan obvio lo poco que había conectado con su esposa.

—¿Cuál es el color preferido de Amelia?

Anthony se detuvo a pensarlo un instante.

—¿El rosa? Eso creo. Aunque utilizó un poco de amarillo cuando redecoró los dormitorios. —Se encogió de hombros y se llevó una galleta a la boca.

Trent seguía intentando parecer despreocupado mientras se dejaba caer en una silla cercana. Anthony y Amelia eran la pareja más enamorada que jamás hubiera visto. Habían desafiado a la sociedad para poder estar juntos y, aunque todavía se oían muchos susurros tras los abanicos, a todo el mundo le gustaba una buena historia de amor. Sin embargo, el marqués no estaba seguro de cuál era el color preferido de su esposa.

Griffith y Anthony también tomaron asiento alrededor de la mesa.

Deseó tener una mejor relación con Anthony. En los cuatro años que hacía que se conocían, se habían hecho amigos, pero amigos de tipo deportivo: solían practicar esgrima y mantener conversaciones al respecto, pero nunca sobre temas profundos. Con Griffith estaba mucho más unido... pero su hermano no estaba casado. En ese momento le habría encantado sentirse lo suficientemente cómodo para preguntar que, si el amor no era conocer y apreciar los pequeños detalles de una persona, ¿entonces en qué consistía en

realidad?



Después de tres días a Adelaide le resultó muy obvio lo que las damas Hawthorne, o anteriormente Hawthorne, estaban haciendo. Cada día, una de ellas se presentaba con alguna excusa para pasar casi toda la tarde en el salón. Y allí se quedaban hasta que Trent venía para llevarla de paseo, actividad que duraba hasta última hora de la tarde. Después, cuando Trent la dejaba en casa, se preparaba para los acontecimientos sociales a los que tenían pensado asistir por la noche y se quedaba esperando hasta que él volvía a por ella.

Reconoció que le había resultado de lo más útil tener a alguien más con ella cuando empezó a recibir visitas. Iba a tener que decidir qué días se quedaría en casa, porque estaba empezando a desesperarse por el flujo constante de personas que iban a verla. ¿Qué quería toda esa gente de ella?

Hoy la acompañaba Miranda y, si todavía no se hubiera imaginado lo que las Hawthorne estaban haciendo, la llegada de la hermana mayor de Trent se lo habría dejado claro del todo. La duquesa no tenía ninguna excusa para estar allí. Simplemente había ido.

Miranda se había presentado con varias barajas e incluso con una caja con dados, dispuesta a enseñarle los últimos juegos de moda para que no se sintiera fuera de lugar en el próximo evento. Entre visita y visita, vieron las reglas del faro, el *basset* y un nuevo juego llamado *skat*, que la duquesa había aprendido de unos dignatarios alemanes.

Tras una conversación particularmente prolongada de una visita, se dispusieron a tomar el té en el salón antes de retomar una partida de prueba de *piquet*. Adelaide acababa de terminar de echar tres terrones de azúcar en el té de Miranda y un número igual en el suyo cuando Fenton anunció que tenía otra visita.

Se alegró de haber practicado su sonrisa toda la mañana, porque le quedaron pocas ganas de sonreír cuando se enteró que la visita no era otra que la de su madre.

Se habían visto en dos de los lugares a los que Trent la había llevado esa

semana, pero gracias a Dios habían sido unos encuentros breves. Ya pasaba mucho tiempo preocupándose sobre el progreso del extraño cortejo de Trent; no necesitaba los constantes consejos de su madre sobre cómo acelerarlo. Todavía no había oído nada de su boca que no fuera más perjudicial que útil. No le extrañaba que su padre se quedara la mayor parte de la noche en la zona de juego.

Miranda bebió un largo sorbo de té.

—Hazla pasar, Fenton, pero si sigue aquí en veinte minutos, que la señora Harris se invente alguna emergencia.

Adelaide parpadeó. ¿Por qué no se le habría ocurrido algo así antes? Su madre terminaría dándose cuenta si lo usaba a menudo, pero era un método estupendo para los días en que realmente no le apeteciera ver a nadie.

—Como desee, su excelencia. —Fenton hizo una reverencia y se fue a por su madre.

Adelaide y Miranda trasladaron el servicio de té de la mesa donde estaban jugando hasta un grupo de asientos tapizados con una tela obsoleta de franjas verdes y blancas. Por fin había decidido que la estancia necesitaba muebles nuevos, no volver a tapizar los antiguos, pero estaba tardando más de la cuenta porque aún no tenía claro los muebles que quería.

Miranda se sentó al lado de ella en el sofá, sin dejar espacio para una tercera persona. Su madre tendría que acomodarse en una de las sillas que había frente al sofá.

Su madre torció los labios en cuanto entró en el salón y vio las paredes descoloridas y la ventana sin cortinas. Adelaide había retirado las viejas, pero todavía no había puesto otras nuevas. Elegir la decoración del salón le estaba resultando mucho más difícil de lo que se había imaginado, aunque seguramente se debía a que estaba intentando que fuera una estancia tan especial para Trent como su dormitorio; algo complicado cuando apenas empezaba a conocerlo.

—¿Todavía no te has ocupado de este lugar, Adelaide? Ya sabes que el duque tiene un montón de dinero.

¿Acaso su madre no se había dado cuenta de que Miranda estaba en el salón? ¿Le importaba siquiera? Se debatió entre dejar que su madre

parloteara como de costumbre o imponerse y expresar sus deseos como hacía Miranda. Como no podía pasar por alto la referencia al duque con su hermana delante, trató de encontrar una respuesta que estuviera en un punto intermedio.

—No me he casado con el duque, madre, sino con lord Trent.

—Sí, sí, pero es el hermano del duque, así que seguro que puedes hablar con él y convencerle para que te dé lo suficiente para redecorar esta habitación. Incluso para mudarte a un lugar más bonito. —Su madre se sentó en la silla y echó un vistazo al té antes de mirarla. Era la primera vez que se fijaba en su hija desde que había entrado al salón, lo que posiblemente explicaba por qué no se había percatado de la presencia de otra persona. Durante el intercambio de palabras, Miranda se había quedado inusualmente quieta. Su madre tuvo el tacto de parecer un poco avergonzada—. Su excelencia, le ofrezco mis más sinceras disculpas. No debería haber hablado con tanto descaro.

Adelaide sirvió a su madre una taza de té con una buena cantidad de leche y se lo entregó a través de la mesa baja, intentando no estremecerse mientras esperaba a que su cuñada amonestara a su progenitora con su franqueza habitual. Pero no lo hizo.

—Seguramente no —dijo Miranda con tranquilidad—. Pero lo pasaré por alto. La estancia necesita con urgencia un aire nuevo. Ya lo necesitaba cuando *lady* Raebourne vivía aquí, aunque en ese momento ella no disponía de los fondos suficientes. Por supuesto que desde que se casó con el marqués sí los tiene, pero entonces la casa pasó a Trent. Tenga la certeza de que no tenemos intención de permitir que nadie en la familia se aloje en habitaciones tan avejentadas. Desde que mi hermano se vino a vivir aquí, hemos tratado de convencerle para redecorar la vivienda, aunque ya sabe cómo son los solteros. Suelen mostrarse muy esquivos con estos asuntos.

Miranda esbozó una sonrisa que ofrecía confianza antes de llevarse la taza a los labios.

Adelaide bajó la vista hasta su propia taza. Entonces así era como se hacía. En apenas un minuto, Miranda había colocado a su madre en una situación muy incómoda sin decir nada grosero o cortante. De hecho, sus palabras

habían sido cordiales, incluso afectuosas. Sin embargo, el rostro tenso de su progenitora demostraba que no se le había escapado el mensaje que subyacía en ellas. El recordatorio de que Amelia no había robado el marqués a Helena, que toda la familia sabía que Adelaide y Trent se habían visto obligados a casarse, e incluso que también estaban al tanto de que *lady* Crampton quería usar ese matrimonio para su propio beneficio. Y por supuesto que Adelaide ahora era parte de la familia y que tenían toda la intención de protegerla. Todo eso sin apartarse del comportamiento propio de una dama y con tono amable.

Miró con asombro a su cuñada, agradecida de que siempre la hubiera tratado con franqueza en vez de someterla a una educada confrontación como aquella.

Sin embargo, con independencia de su sorpresa, prefería que sus nuevos parientes no se pelearan con sus familiares de toda la vida en el salón de su casa.

—¿Madre? ¿Ya te has instalado del todo? ¿Cuáles son tus planes para esta temporada?

—¿Que cuáles son mis planes? Sinceramente Adelaide, ¿qué otra cosa puede hacer una mujer durante la temporada? —Su madre miró con gesto de disgusto su taza y la dejó medio llena encima de la mesa—. Tienes que convencer a tu esposo para que te deje comprar un té de mejor calidad, Adelaide. Este tiene un sabor horrible.

Teniendo en cuenta que detestaba cualquier tipo de té, no se había dado cuenta de si ese en particular era peor que los demás. No obstante, asintió con la cabeza, como había hecho toda su vida, mientras pensaba en preguntar al ama de llaves de su madre en Londres qué té bebía la condesa para hacerse con un poco. Si a Trent le gustaba su té actual no iba a cambiarlo, pero se aseguraría de que su progenitora no se quejara la próxima vez.

Miranda soltó un suspiro y sonrió a su propia taza como si estuviera adorando el té que contenía.

—Mis más sinceras disculpas. He traído mi propia mezcla especial. Me temo que estoy acostumbrada a ella y Adelaide decidió complacerme. No sabíamos que se uniría a nosotras.

Aquello fue suficiente para sacarle una sonrisa. Casi estuvo a punto de soltar una carcajada. Miranda siempre se había mostrado tremendamente honesta, así que se preguntó si era verdad que había llevado su propia mezcla.

—Procuraré servirte un té distinto la próxima vez que vengas, madre.

—Sí, bueno, seguro que también puedo acostumbrarme a este. Es una mezcla bastante inusual.

Las tres se quedaron calladas. Su madre obviamente esperando que Miranda se marchara pronto, creyendo que la duquesa solo estaba de visita. Después, intercambiaron algunos comentarios sobre el tiempo que hacía y se quejaron de la contaminación. Al poco tiempo, sin embargo, la condesa debió de cansarse de estar allí porque decidió sacar a colación el asunto que verdaderamente la había llevado allí.

—Espero que tengas pensado acudir al baile de los Sutherland de mañana por la noche.

—En realidad, sí vamos a ir. ¿También estarás allí? —La idea de coincidir con su madre en otro baile hizo que deseara que le entrase dolor de cabeza de repente y de manera extenuante.

Su madre se movió en su asiento. Se la veía incómoda en extremo cuando se sentó en el borde de la silla, como si temiera que la desgastada tapicería fuera a estropearle el vestido nuevo.

—Por supuesto que sí. Incluso irá tu padre.

Le alegró volver a encontrarse con su padre. No le había visto desde la boda, aunque recibió una carta suya en la que le decía cuándo tenían previsto llegar a Londres.

Su madre se volvió hacia Miranda.

—¿Su excelencia también asistirá?

—Oh, sí, nunca nos perdemos el baile de los Sutherland.

Adelaide alzó ambas cejas. Los duques apenas llevaban casados un año. ¿Cómo podían tener algo que nunca se perdían?

—Sí, bien, entonces seguro que todos nos vemos. Adelaide, si tienes tiempo, mira a ver si puedes hablar de tu cuñado a tu esposo. Está teniendo cierta dificultad en encontrar algún socio que le recomiende en Boodle's. Buenas tardes. —Y dicho aquello hizo una escueta reverencia a Miranda

antes de irse. Por lo visto no quería desairar del todo a la duquesa.

El salón se sumió en un absoluto silencio hasta que les llegó el sonido de la puerta de entrada.

—Dios bendito, ¿cómo lograste no convertirte en una arpía? —Miranda dejó la taza de té sobre la mesa. Había estado con la misma taza durante toda la visita, dando un pequeño sorbo tras cada frase que pronunciaba.

Adelaide recogió lo que quedaba del servicio para que se pudieran llevar la bandeja a la cocina.

—Nunca la vi mucho mientras crecía. Estaba demasiado centrada en Helena. Como era la mayor, siempre le tocaba ser la primera en todo.

—¿Qué pensaba? ¿Que seguirías siendo una niña hasta que tuviera tiempo de criarte? Bueno, en circunstancias normales nunca diría esto, pero creo que te ha venido bien que no te hiciera caso. —Miranda miró el té con el ceño fruncido—. Pero tiene razón sobre el té. No sé cómo sois capaces de seguir bebiendo esto.

Adelaide se puso de pie para llamar a Fenton para que recogiera la bandeja.

—¿Tampoco te gusta el té?

—No. Es una mezcla asquerosa. Por eso le traje otra a Trent. Se bebe cualquier cosa. La mitad de las veces lo deja reposar y se enfría. Pensaba que ya lo habría usado. ¿No has notado que está malísimo?

—Supuse que a Trent le gustaba. —Adelaide también miró pensativa el té—. ¿Han estado sirviendo esta misma mezcla todos los días? ¿Por qué nadie más me ha dicho nada?

Miranda sacó la lengua e hizo un sonido raro parecido a una tos.

—Mi hermano no reconocería un buen té ni, aunque se lo pusieran delante de sus narices. Mañana iremos a mi tienda de té favorita y podrás tirar lo que queda de este.

—¿Pero el té no es muy caro? No creo que quede mucho de este para terminarlo.

—Trent todavía no ha hablado contigo del presupuesto familiar, ¿verdad? Puedes comprar té nuevo. Pero si te sientes mejor, le diremos a la señora Harris que siga sirviendo esta cosa horrible a tu marido hasta que no quede

nada.

No le pareció bien decir al ama de llaves que siguiera sirviendo a Trent aquel té tan malo, pero tampoco le pareció correcto deshacerse de él. Supuso que podría renunciar a su café durante una temporada hasta que terminaran lo que quedara del té. ¿Cuánto podía haber?

De repente, oyeron unas voces masculinas que llegaban desde el vestíbulo y que llamaron la atención de ambas. Una era de Fenton, pero Adelaide no reconoció la otra.

Miranda frunció el ceño.

—Ese no es Trent.

Adelaide se acercó a la puerta del salón, pero no pudo ver nada. Sentía una enorme curiosidad, o quizá fuera la audacia de Miranda. Llevaba toda la tarde haciendo todo lo posible por seguir a la duquesa con su energía y entusiasmo. Independientemente del empujón inicial de motivación, se moría por saber quién había entrado en la casa.

En su casa.

Una casa por cuyo vestíbulo podía pasar siempre que quisiera.

—Miranda, ¿te importaría acompañarme al dormitorio para que te enseñe cómo tengo pensado decorarlo? —Hizo un gesto a su cuñada hacia la puerta del salón.

Miranda fue hacia ella con una sonrisa.

—¿Te refieres al dormitorio al que es necesario subir por las escaleras que dan al vestíbulo?

Adelaide esbozó una sonrisa en respuesta.

—Ese mismo.

—Estaré encantada de acompañarte.

Las dos mujeres entraron al vestíbulo y se encontraron con Fenton, en plena discusión con un apuesto joven que parecía muy decepcionado hasta que las vio por encima del hombro del mayordomo.

—Su excelencia. *Milady*.

Miranda de pronto parecía enferma, aunque hizo las presentaciones correspondientes.

—*Lady* Adelaide, este es el señor Givendale. Señor Givendale, *lady* Trent

Hawthorne.

Adelaide se preguntó por qué su cuñada había optado por su nombre más formal, pero se adelantó para saludar al hombre con una sonrisa.

—Sí, ya nos conocemos. Buenas tardes, señor Givendale. ¿Sucede algo?

—En absoluto, *milady*. —Fenton se hizo a un lado en la puerta—. El caballero ha venido para mantener una audiencia con lord Trent, pero me temo que no está disponible en este momento.

El hombre levantó una tarjeta de visita con el nombre de Trent impreso en ella y una fecha y hora escrita debajo de él. Adelaide miró el reloj. El día y la hora eran correctos.

—¿Quedaron en verse aquí?

El señor Givendale asintió. Sus rizos rubio oscuro apenas se movieron con el gesto.

—Sí, estoy completamente seguro. Íbamos a hablar de un asunto de negocios bastante urgente sobre su propiedad en Suffolk. ¿Seguro que no está disponible?

—Por supuesto. —Le dio pena el hombre, que no había hecho más que acudir a una cita que la otra parte no había considerado conveniente realizar en su residencia. Lo que era suficiente para que se sintiera molesta con su marido. El hecho de que además estuviera haciendo negocios con la propiedad que ella había aportado al matrimonio y que aun así siguiera sin vivir bajo el mismo techo que ella solo reafirmaba esa sensación.

Cada vez que algún caballero había abandonado el estudio de su padre decepcionado con los resultados de la reunión, su madre le había consolado con un té, diciendo que no era bueno para la reputación de la familia que alguien se marchara de la casa infeliz. Que el té que tenía fuera tan malo casi hizo que enviara al hombre de vuelta por donde había venido, pero si su madre estaba en lo cierto, aquello perjudicaría ya de por sí la frágil opinión que la sociedad que tenía de ella.

—Me temo que acabamos de terminar el té, pero seguro que queda algo para usted antes de irse.

—Es usted muy amable, *milady*. Odio imponer mi presencia, pero hoy hay una polvareda terrible en el ambiente.

Y antes de terminar de decir aquello se estaba dirigiendo al salón que Miranda y ella acaban de dejar. Los tres se acomodaron en la estancia para tomar otra incómoda taza de té. Tuvo que reconocer que no se quedó mucho tiempo, pero la conversación fluyó con una sencillez increíble, y eso que Miranda estuvo inusualmente callada.

Adelaide no pudo evitar desear que, a pesar de la naturaleza banal de la charla que mantuvo con el señor Givendale, Trent y ella pudieran sentarse y hablar con la misma facilidad. Aunque su marido y ella normalmente hablaban de temas que no eran ni el tiempo que hacía ni la belleza de la arquitectura local, siempre parecían tomarse su tiempo antes de sentirse cómodos. Quizá deberían empezar con la misma conversación insulsa que había tenido con aquel caballero.

Cuando el señor Givendale se marchó, Miranda se puso de pie, se cruzó de brazos y empezó a dar golpecitos con el pie en el suelo hasta que oyeron la puerta de entrada cerrarse una vez más.

—Ten cuidado con ese hombre, Adelaide.

La joven dejó de recoger el servicio de té sobre la bandeja por segunda vez.

—¿Por qué? Mi madre siempre dice que no es aconsejable para la reputación de uno permitir que alguien se marche descontento de tu casa.

Miranda soltó un bufido.

—Bueno, mi madre siempre dice que las damas nunca deben bajar la guardia con los hombres intrigantes, y esta, mi querida y nueva hermana — Miranda levantó la tarjeta que el señor Givendale había dejado—, no es la letra de Trent.

Capítulo 23



Adelaide no pudo evitar la ligera sonrisa petulante que esbozó al subir al coche de dos caballos sin ayuda de Trent. Gracias a sus paseos prácticamente diarios, estaba empezando a sentirse bastante cómoda con el vehículo. Incluso se había planteado pedirle que le enseñara a conducirlo.

No es que hubiera muchos lugares por donde conducir en la ciudad. Pero puede que más adelante, cuando tuvieran hijos (y estaba comenzando a creer que algún día los tendrían) podrían pasar más tiempo en el campo. Entonces podría salir por su cuenta, quizá hasta tener su propio carruaje, como su madre.

Por ahora, sin embargo, tenía que conformarse con la satisfacción que le producía el no tener que agarrarse al asiento muerta de miedo o pasar todo el trayecto pensando que podía caerse si se le enganchaba la falda a la rueda.

Ni siquiera pestañeó ante el balanceo del vehículo cuando Trent subió y se colocó al otro lado.

No obstante, cuando las ruedas empezaron a girar, la cómoda familiaridad se esfumó. Todos los días iban a Hyde Park y bajaban por Rotten Row para ver el paisaje y ser vistos. Conocía cada centímetro del camino al famoso sendero y en ese momento no estaban yendo por allí.

—¿Dónde vamos?

Trent sonrió como un niño pequeño, arrugando la nariz con evidente alegría y mostrando sendos hoyuelos en las mejillas.

—A un sitio nuevo. No me puedo creer que aún no te haya llevado allí. Solo puedo culpar al nerviosismo que me ha producido toda esta situación del cortejo.

Adelaide parpadeó. Se olvidó de tratar de encontrar pistas que le dijeran cuál era su nuevo destino, en busca de una señal de que su relación estaba cambiando. Nunca antes él había hecho mención a algo tan personal o tan relacionado con los sentimientos.

—¿Has estado nervioso?

Trent abrió mucho los ojos mientras intentaba regresar al tráfico.

—¿Tú no?

—Bueno, sí, por supuesto, pero no creí que tú sí. Supuse que este matrimonio era un mero inconveniente y que estabas tratando de decidir qué hacer con él.

Tomó las riendas con una mano, para liberar la otra y frotarse el pelo y la nuca.

—Creo que al principio sí me pasó eso. No puedo negar que en más de una ocasión deseé que simplemente desapareciera.

—Que me fuera. —Adelaide bajó la vista a su regazo, donde estaba entrelazando los dedos con fuerza.

Permanecieron callados un momento, mientras Trent guiaba a los caballos bajo un grupo de árboles en una de las plazas abiertas de Mayfair. Después, él saltó del vehículo y lo rodeó, pero no la ayudó a bajar. En lugar de eso se quedó de pie, con los brazos apoyados a ambos lados de la apertura de su lado del coche. Nunca había visto sus ojos verdes tan oscuros y serios. Tenía la boca relajada, pero sin un atisbo de sonrisa o de fruncir el ceño.

—En un primer momento, creo que sí lo hice. Quería que te fueras, eso es. Pero estoy empezando a creer de verdad que Dios no comete errores y que tenía planeado algo para nuestras vidas, aunque no lo entendiéramos. —Volvió a sonreír—. Y ahora te voy a invitar a una cosa que ninguna mujer ha disfrutado jamás.

Le fue imposible resistirse a la alegre sonrisa que tiraba de sus labios a modo de respuesta, así que se rindió a ella, lanzándose de cabeza a lo que fuera que él estaba tan emocionado por compartir con ella.

Un hombre vestido con ropa de calle negra se acercó al vehículo.

—Buenas tardes, milord.

—Ah, sí. —Trent se frotó las manos y se balanceó sobre sus pies—. Dos mezclas especiales Hawthorne, por favor.

El hombre hizo un gesto de asentimiento antes de volverse, cruzar el tráfico y entrar en una tienda que había en un rincón de la plaza. Reconoció una piña en el cartel de la tienda y se preguntó si aquello tenía algo que ver con las aspiraciones de su marido a plantar piñas, pero entonces otro hombre, también vestido de calle, vino con algo rosa en una mano y amarillo en la otra y se lo entregó a una pareja que estaba en un vehículo aparcado de forma similar al suyo.

—¡Estamos en Gunter's! —Adelaide se llevó las manos al pecho y se encontró con la mirada entusiasta de Trent. Había oído hablar del famoso pastelero, conocido no solo por sus dulces sino por sus deliciosos helados—. Es la primera vez que vengo.

Trent se rio.

—Lo sé. No me puedo creer que no te haya traído antes.

Adelaide le miró con los ojos entrecerrados, pero esperó a hablar hasta que un carro particularmente ruidoso pasó detrás de ellos por la calle.

—Pero ¿qué es exactamente una mezcla especial Hawthorne?

—La única forma de comer un helado en Gunter's, *milady*. —Apoyó un hombro contra el coche, balanceando ligeramente el vehículo mientras cruzaba los tobillos y los brazos—. El propio James Gunter lo elaboró para mí un día después de que me pasara media hora intentando decidirme por un sabor.

—¿Y qué hiciste para merecer tal atención especial? —Estaba un poco sorprendida de que Trent recibiera un servicio tan personalizado como pedir un sabor simplemente dando su nombre. Toda la aristocracia venía a Gunter's y había mucha gente más importante y poderosa que Trent.

Su marido encogió un hombro.

—Pagué la cuenta a tiempo.

Adelaide todavía se estaba riendo cuando el camarero regresó con dos postres con el aspecto más ridículo que hubiera visto en su vida. Tenían

forma de piña y al menos una docena de colores distintos; cada sección de la piña era de un tono diferente. La parte superior estaba coronada con una delicada galleta de encaje.

Se quedó con el plato en una mano y la cuchara en la otra sin tener la menor idea de cómo empezar a comerse semejante helado.

—¿Qué es esto?

—Quince sabores de ambrosía y una galleta de azúcar espolvoreada. — Trent arrastró la cuchara por la parte superior del helado y se la llevó a la boca con un suspiro de satisfacción.

Adelaide clavó la cuchara en el suyo antes de oír el quejido de su esposo.

—No, no, no lo hagas así. —Él le entregó su plato—. Sujétamelo.

Adelaide se metió la cuchara en la boca y dejó que colgara sin elegancia de sus labios para poder sostener el plato de él con la otra mano. Casi se le cayó el cubierto tres veces, pues no pudo parar de reír mientras veía como Trent rodeaba el vehículo corriendo para subirse al asiento.

Después, él le quitó el helado. Notó los dedos mucho más calientes de él contra su mano helada.

—Es una combinación muy delicada de sabores que debes comer de una determinada manera para obtener el mayor placer posible.

—Veo que has dedicado mucho tiempo a este postre.

Trent se inclinó hacia ella hasta que sus narices estuvieron a escasos centímetros de distancia. Adelaide parpadeó, intentando enfocar su rostro, ya que la proximidad hacía que lo viera borroso con las lentes. Su aliento olía a dulce por las pocas cucharadas que había tomado del postre y la envolvió como un reconfortante viento otoñal.

—Me tomo mi frivolidad muy en serio.

Adelaide le saludó con la cuchara.

—Entonces, como tu esposa que soy, considero que es mi deber hacer lo mismo.

—Muy bien. —Trent bajó la mirada de la cuchara a sus labios y después volvió a centrarse en su propio postre—. Entonces pon atención, esposa mía, y aprende cuál es la manera adecuada de disfrutar del mejor helado que Gunter's puede ofrecerte.



Trent estaba convencido de que algún día podría mirar a su esposa vestida para acudir a algún evento nocturno y no le faltaría el aliento. De que algún día su corazón no se olvidaría de latir durante un instante y mantendría un ritmo constante en su presencia. Sí, algún día lo conseguiría. Pero no ese día. Sobre todo, no después de haber compartido con ella su helado favorito esa misma tarde. Adelaide se había aplicado con esmero, copiando diligentemente cada movimiento que él hacía con la cuchara, hasta que empezó a hacer los suyos propios. De ese modo, Trent había descubierto que, mientras tomar juntos un trozo de limón con otro de chocolate era una delicia, nunca debían mezclarse el limón y la fresa.

La había visto toser la extraña combinación con una sonrisa en los labios y, en cuanto recobró la compostura, esperó pacientemente con la cuchara preparada a la siguiente instrucción que él le dio. Se rio al acordarse de su sonrisa expectante. En ese momento le había parecido la mujer más fascinante que había visto en su vida, y desde entonces no dejó de preguntarse el porqué. ¿Por qué esa mujer le afectaba tanto? ¿Y más mientras estaba de pie en el vestíbulo, contemplando la parte alta de las escaleras?

No es que fuera una belleza espectacular, aunque supuso que él si la veía de ese modo. Si se la hubiera encontrado por primera vez en un salón de baile lleno de gente, seguro que se habría percatado de su aspecto poco convencional, pero no le habría llamado la atención tanto como ahora. Saber que era suya, que tenía el permiso de Dios y de los hombres para mirarla de ese modo, para sostenerla entre sus brazos y besarla cada vez que la llevaba a casa de noche, le producía una extraña sensación por dentro.

Y el hecho de que él fuera la única persona que la había visto de esa forma le hacía sentirse especial y despertaba en él un instinto protector que nunca había tenido. Para cuando llegaran a su destino, seguro que se le habría manchado el zapato o se le habría torcido alguna joya. Todavía no lograba entender cómo se las arreglaba para bajar siempre las escaleras con un aspecto perfecto, pero nunca le duraba más allá del carruaje. A veces se preguntaba si se daba cuenta siquiera de cuándo se despeinaba. Pero eso no le

impedía hacer nada.

Como ya empezaba a ser habitual, primero vio el dobladillo de su vestido mientras empezaba a descender por las escaleras. Unas zapatillas de satén dorado asomaban bajo el vestido de noche blanco y dorado. Este también llevaba un chaleco superpuesto con faja, con perlas que revestían tanto el vestido blanco que había debajo como el satén dorado del chaleco y la faja. El resto de Adelaide apareció a medida que iba bajando, proporcionándole el tiempo suficiente para admirar su gracia y elegancia. En ese momento decidió que, cuando volviera a vivir en esa casa, tendría la costumbre de esperarla siempre en el vestíbulo. Verla bajar aquella escalera se estaba convirtiendo en uno de sus instantes favoritos del día.

Hasta que le vio la cara.

En lugar de su timidez habitual y su cálida sonrisa, venía con gesto ansioso. Estaba claro que algo sobre aquella velada no le hacía especial ilusión.

—No tenemos que ir si no quieres. —Se adelantó para encontrarse con ella al pie de las escaleras y le tomó las manos entre las suyas.

Ella le apretó los dedos con la fuerza suficiente como para que sus guantes blancos se arrugaran.

—Pero tu madre...

—No va a estar allí. —Alzó una mano para acariciarle la mejilla. Fuera lo que fuese lo que había causado ese brillo de aprensión en los ojos, Trent quería eliminarlo de un plumazo. Si el mundo más allá de la puerta de su casa le causaba algún pesar, estaría más que feliz de dar la vuelta y escoltarla escaleras arriba hasta que dejara de molestarla. Cualquier cosa con tal de volver a ver a la mujer alegre con la que había estado en Gunter's esa tarde.

¿Cómo podía importarle tanto alguien a quien apenas conocía, alguien con quien todavía no había forjado ningún vínculo, con quien apenas podía decir lo que pensaba con una sola mirada? Todas las parejas de felizmente casados que conocía tenían eso. Georgina le comentó una vez que oía a su marido, Colin, en su cabeza incluso cuando no estaba allí. Su relación con Adelaide no se parecía en nada a lo que él entendía por amor. Entonces, ¿por qué le preocupaba tanto que no fuera feliz?

—Por favor, dime qué te sucede.

—Tenemos que ir. —Adelaideladeó la cabeza y la apoyó en su mano, mientras esbozaba una sonrisa triste.

Trent dobló las rodillas y agachó la cabeza para poder mirarla a los ojos. Todavía eran grandes, todavía tenían ese azul claro puro, todavía estaban enmarcados por unas gruesas pestañas... pero algo no le cuadraba.

—¿Dónde están tus lentes?

Ella levantó su bolso de mano de gran tamaño.

—Aquí dentro. Mi madre va a estar allí esta noche y siempre arma un alboroto cuando las llevo puestas en algún baile.

Trent frunció el ceño. Quería golpear algo. Su madre había tirado por tierra todo el trabajo que él había hecho durante las últimas semanas (lograr que sonriera, que hablara y se riera con sus amigos y familia) con la mera promesa de su presencia. Le descolgó el bolso de la muñeca con suavidad.

Su madre le daría con el abanico en la cabeza si le veía abriendo el bolso de una dama, pero era su esposa y sin duda eso era una circunstancia atenuante.

La fina novela que llevaba dentro le provocó una sonrisa mientras buscaba las lentes. Las encontró envueltas en un delicado pañuelo metido en sus zapatillas de repuesto. Georgina debía de haberle enseñado ese truco cuando se pasó por allí hacía un par de días. Las desenvolvió y se las colocó con sumo cuidado. Después, bajó las manos hasta que sus palmas le ahuecaron las mejillas y acarició con los pulgares la porción de piel que había debajo de las lentes. Cuando Adelaide cerró los ojos se inclinó y le besó con ternura los labios durante un segundo.

—Con madre o sin ella, quiero que puedas ver lo que hay a tu alrededor cuando bailo contigo.

En el momento en que la vio parpadear, sin duda ajustando su visión a las lentes, se prometió a sí mismo que, no importaba como hubiera sido su vida antes, él haría todo lo que estuviera en sus manos para que tuviera un futuro mejor. Empezando por esa misma noche.

Capítulo 24



Como ya empezaba a ser habitual, entraron en el salón cuando ya se podía bailar. Trent la llevó a la pista de inmediato. Él siempre parecía llegar justo a tiempo para el vals. Adelaide no sabía si era porque se conocía al dedillo el orden de las piezas en los bailes o porque se ponía de acuerdo con los distintos anfitriones y orquestas. Aunque tampoco le importaba. Simplemente se limitaba a iniciar la velada envuelta en los brazos de su marido.

Él le sonrió y casi se olvidó de que tenía otra noche de incómodas interacciones por delante. Un día, si Dios quería, aquellos eventos sociales no harían que quisiera salir corriendo y ponerse a gritar en plena noche. Por el número de personas que se amontonaban en el salón era evidente que la sociedad al completo había regresado a Londres, así que seguramente habría alguien más interesante que ella en quien las masas pudieran centrar su atención.

A menos que su madre hiciera algo para cambiarlo.

La presión del brazo de Trent en la espalda la trajo de vuelta al presente. La calidez de su mano contra su guante la tranquilizó. Le gustaba bailar con su marido.

Sabía que era un excelente atleta, que pasaba la mayor parte de su tiempo en un club deportivo, haciendo esgrima, boxeando o incluso jugando al críquet. En una ocasión le había mencionado que también le gustaba remar, pero que no había tenido muchas oportunidades desde que terminó sus

estudios. El Támesis estaba demasiado concurrido para albergar un equipo de remo en Londres. Todas esas actividades lo habían convertido en un hombre fuerte y elegante que la guiaba por la pista de baile con total seguridad en sí mismo.

Como sabía que él la estaba llevando al ritmo que necesitaba, dejó que su mente vagara por otros derroteros. Durante los últimos días se habían divertido bastante. Las salidas cada vez se parecían menos a una obligación y más a una excursión. Se lo habían pasado tan bien comiendo los helados que no habían podido contener la risa y más de una persona atravesó la plaza para conversar con ellos. Bueno, más bien con él. Todo el mundo se mostraba muy amable con ella, pero cada vez tenía más claro que casi toda la aristocracia adoraba a Trent.

Pero ¿y ella? ¿También lo adoraba? ¿Lo amaba? ¿Qué era el amor? Años atrás, una tía le aseguró que su madre la amaba, pero si eso era amor, ¿qué era lo que sentía por Trent? ¿Era amor esperar que algún día de esos no la dejara a los pies de las escaleras todas las noches? ¿Era amor esperar con ansias verlo sonreír y revisar en la biblioteca libros en busca de los detalles más extraños para hacerlo reír? ¿Era amor pasarse toda la mañana con la señora Harris, aprendiendo a cocinar la loncha perfecta de beicon? ¿Era amor haberse quedado encallada con la reforma del salón porque estaba deseando que le gustara?

¿Le gustaba el verde que había ahora en el salón? ¿Quería un diseño para grandes reuniones o para recibir visitas más íntimas? Le parecía que esas cosas eran las que haría alguien enamorado, ¿no? ¿Pero podía llamarse amor si no conocía sus gustos?

Antes de darse cuenta la pieza había terminado y Trent le estaba haciendo una reverencia. Adelaide hizo una genuflexión apresurada antes de colocar la mano en el brazo de su esposo para que la escoltara fuera de la pista.

En cuanto abandonaron la zona de baile, su madre apareció de la nada.

—Hacéis una pareja divina. El destino ha sido muy amable con vosotros, ¿verdad?

Adelaide sintió la lengua espesa e hinchada. ¿Cuál era la respuesta más adecuada para semejante comentario? Decir que el destino se había portado

mejor que su propia madre no parecía la contestación más apropiada, aunque solo fuera porque Trent no estaba al tanto de que el destino poco había tenido que ver con su matrimonio y que podían haberlos rescatado perfectamente.

—Esta noche estás encantadora, madre. —Lo que sin duda era un cumplido, al menos cuando se trataba de su madre. Reconocer su exquisito gusto en la moda siempre ponía a la condesa de buen humor.

—¿Has conocido ya a la señora Seyton, cariño? —Su madre se abanicó levemente, mientras deslizaba la mano por debajo del brazo que Adelaide tenía libre y se enganchara a él.

—Me temo que no he tenido el placer —masculló ella. Debía de parecer absolutamente ridícula yendo de un brazo con su marido y del otro con su madre. Como si fueran a bailar un extraño *reel*.

Su madre le tiró ligeramente del brazo.

—Tienes que conocerla. Tiene la casa más espléndida de todo Brighton. No suelen usarla mucho, así que siempre está diciéndome que puedo quedarme cuando visite la costa. Bañarse en el mar es muy bueno para la salud, ¿lo sabías?

—Me encantaría conocer a la señora Seyton, madre. —Para ser sinceros, estaba encantada de que su madre quisiera presentarle a otra mujer en vez de hacer más sugerencias sobre de qué hombres podía servirse para poner celoso a su esposo. Sacó el brazo del de Trent. Si conocer a la señora Seyton lograba aplacar a su madre, estaba más que feliz de terminar de una vez por todas.

—Sí. Bueno. Quizá te la pueda presentar más tarde.

Adelaide se quedó con la boca abierta cuando su madre desapareció entre la multitud que les rodeaba.

—Veo que lo lograsteis —sonó una voz masculina detrás de ella—. Tuvimos que tomar un camino muy enrevesado para evitar el desastre de la calle Burton. Se trataba de una carreta llena de madera, así que afortunadamente no hay ninguna pérdida que lamentar, pero están tardando muchísimo en hacerla otra vez transitable.

Adelaide se dio la vuelta para encontrarse a lord y *lady* Raebourne sonriéndoles. ¿Por eso se había ido su madre?

—Sois mi nueva compañía favorita.

El silencio de estupefacción fue el primer indicio de que las palabras habían salido de verdad de su boca en vez de permanecer encerradas en su cabeza.

Trent la miró primero a ella, luego a *lady* Raebourne y finalmente a la multitud antes de inclinarse y sonreír a la marquesa.

—Y también podríais ser la mía. Anthony, estaremos más que encantados de acompañar a tu esposa un rato si tienes que hablar con alguien. O ir en busca de un vaso de ponche.

La otra pareja los miró con gesto confundido.

Lord Raebourne se rascó detrás de la oreja.

—Bueno, ahora mismo iba a hablar con...

—¡Estupendo! —Trent se balanceó sobre sus talones—. Puedes irte tranquilamente mientras nos quedamos con tu esposa.

Lady Raebourne se enganchó con fuerza al brazo de su marido.

—No creo que sea una buena idea.

Trent se rio.

—Te aseguro que no tienes que preocuparte. Solo estoy intentando ayudar a Adelaide a sentirse más cómoda con algunas personas de la capital. Ya sabes que ha tenido que dejar a todas sus amistades del campo.

Lady Raebourne lo miró con cara de escepticismo. Adelaide estaba convencida de que debía de parecerse mucho a la expresión que ella misma estaba poniendo en ese momento. ¿Trent no había mostrado el más mínimo interés por sus amistades desde que se casaron y ahora quería alentar su amistad con la única persona con la que se habían tropezado y que su madre temía? No era muy sutil de su parte. Dulce sí, pero no sutil.

Tras mirar a Trent durante un tenso momento, *lady* Raebourne liberó el brazo de su marido.

—Si eso es lo que quieres.

—Oh, sí. —Mientras Trent echaba un vistazo más alrededor de la estancia, se dio cuenta de que sus acciones no coincidían con sus palabras. Por fin pareció encontrar lo que estaba buscando, pero no volvieron a atravesar la habitación. Su marido simplemente sonrió.

Lord Raebourne lanzó a Trent una última mirada curiosa y se escabulló

para ocuparse de sus asuntos, dejando a los tres que se quedaron, mirándose los unos a los otros. Por mucho que a Adelaide le gustara que la presencia de *lady* Raebourne ahuyentara a su madre, no podían quedarse así toda la noche.

Trent, sin embargo, parecía tener otros planes.

—¿Cómo va el asunto de la decoración?

—Mmm... Despacio. Estoy teniendo problemas para escoger la tela correcta. —*Lady* Raebourne clavó la vista directamente en Adelaide, haciendo que se sintiera un tanto intimidada—. Anthony no me va a decir lo que quiere.

Trent intentó contener una risa, pero se le terminó escapando.

—A Anthony le da igual como dejes el salón.

Lady Raebourne soltó un suspiro.

—Ya lo sé. Pero todavía quiero que le guste.

—Entonces pon unos muebles en donde no le de miedo sentarse. Lo importante es que sea cómodo y tú estás encantada de que le dé igual como quede.

Adelaide parpadeó. Miró a *lady* Raebourne y luego a Trent. ¿Cómo era posible que todas esas mujeres fueran mucho más inteligentes con las palabras de lo que ella sería alguna vez? Siempre se esforzaba por decir solo lo que quería decir, no se molestaba en introducirlo en una conversación hablando con segundas o arrancando a su interlocutor respuestas a preguntas que nadie estaba dispuesto a plantear. Con un tácito gracias a *lady* Raebourne, empezó a pensar en los muebles que había visto en algunas galerías y descartó mentalmente cualquier cosa que tuviera patas muy finas o respaldos con delicados tallados.

—¿Me concede el siguiente baile?

Parpadeó un par de veces para salir de sus ensoñaciones y se encontró con el señor Givendale frena a ella y a Trent apretando los dientes. Le habría gustado bailar con aquel hombre antes (lógicamente todo lo que le podía gustar bailar con alguien que no fuera su marido) y hubiera aceptado la oferta sin pensárselo mucho de no ser por lo poco que parecía gustarle a Trent la idea. Sí, el hombre había fingido tener una reunión programada con su esposo, pero había oído a su padre quejarse de que algunos hombres hacían lo

mismo para lograr una audiencia. ¿De verdad era algo tan horrible? Aunque llevaba tarjeta, Fenton lo había detenido en la puerta. ¿Acaso estaba sucediendo algo más de lo que se había enterado?

—Me temo que tenía intención de bailar las dos siguientes piezas con *lady* Adelaide.

Notó bajo los dedos como Trent relajaba el brazo. Ambos se volvieron hacia Griffith, que se había acercado a ellos mientras el señor Givendale hablaba. Aunque estaba más que claro que el hombre no estaba de acuerdo, no le quedaba otra que aceptar la situación. Tener un duque en la familia tenía ciertas ventajas.

Se soltó del brazo de Trent con pesar, pero se alegró de volver a la pista de baile, donde al menos tenía alguna noción de lo que estaba haciendo y, si quería, podía eludir una conversación muy larga. El amplio pecho de Griffith se expandió y se relajó en un suspiro cuando la música empezó; los primeros pasos los dio con un semblante casi sombrío.

—Gracias por bailar conmigo. —Adelaide sabía que sacarla a bailar contribuía a que fuera aceptada por personas con las que todavía sentía que no encajaba. Llevaba en Londres apenas unas semanas y ya echaba de menos la libertad del campo. Aunque supuso que debía ir acostumbrándose. Trent vivía en la capital casi todo el año y solo hacía visitas cortas a sus propiedades en el campo.

—¿Ha estado yendo por casa de mi hermano? —le susurró Griffith al oído cuando se cruzaron en el baile.

Adelaide miró al lugar donde se encontraba hacía tan solo unos instantes. El señor Givendale ahora estaba conversando con Trent. Con un color de pelo y de estatura similares, ambos ofrecían una atractiva estampa. El cabello del señor Givendale era un poco más oscuro y los pómulos altos conferían a su rostro un aire más severo, pero no se podía negar que era apuesto. Sin embargo, aquella imagen de dos atractivos caballeros cambiaba mucho si los mirabas más de cerca. El señor Givendale casi parecía pagado de sí mismo, mientras que el rostro de Trent estaba completamente desprovisto de expresión. No le había visto así nunca. Se acercó a Griffith mientras giraban en la danza.

—Vino a ver a Trent, aunque obviamente no lo encontró.

Griffith asintió con gesto pensativo.

—¿Lo sabe Trent?

—Creo que el señor Givendale le dejó un mensaje a Fenton ayer por la tarde, pero no sé si Trent lo ha recibido todavía.

Permanecieron en silencio mientras ejecutaban el siguiente movimiento de la danza. Cuando se aproximaron al final de la fila de bailarines, Griffith volvió a hablar.

—Trent siempre tiende a pensar lo mejor de la gente. Nunca tuvo necesidad de hacer lo contrario.

¿Adónde quería llegar Griffith con eso? No creyó ni por un instante que su cuñado fuera a compartir una información como aquella sin ningún motivo aparente.

—Ya me he dado cuenta.

Se detuvieron al final de la fila, mirándose frente a frente para el siguiente movimiento.

—¿Y tú? ¿También piensas lo mejor de la gente?

¿Lo hacía? Era algo que nunca se había planteado. Nunca pensaba lo mejor de su madre (la experiencia le había enseñado a hacer exactamente lo contrario), pero con su padre solía mostrarse un poco más indulgente.

—Creo que depende de la persona.

El duque asintió antes de mirar por encima de su hombro y borrar cualquier expresión de su cara.

El salón de baile estaba abarrotado y la fila de bailarines estaba demasiado pegada a las personas que se arremolinaban al lado de la pista de baile, de modo que cualquiera podía acercarse a ellos y hablarles. Como por ejemplo su madre.

—Es usted encantador, duque —dijo desde el borde de la pista—. Le estoy tan agradecida de que haya aceptado a mi hija como una hermana. Por eso queremos invitarle a la cena que daremos la próxima semana.

Adelaide contó el ritmo de la música y rezó en silencio para que pudieran salir de aquel grupo y avanzar por la pista de nuevo. ¿Cómo podía su madre tratar de entrar en el círculo íntimo del duque de esa forma? Bueno, sabía

como, pero estaba empezando a cansarse de que la usara de aquel modo. ¿Había tenido Helena el mismo problema? Seguramente no. Su hermana era igual.

Griffith hizo un gesto de asentimiento.

—Toda la familia la ha aceptado. Ahora es una más.

Su madre soltó una risita nerviosa. Tal cual.

—Por supuesto, nos encantará tenerlos a todos, incluido el duque de Marshington.

Griffith volvió a asentir. Adelaide no podía creerse que de verdad estuviera de acuerdo con aquello. Era un duque. Uno solo podía ser cortés hasta cierto punto.

—Estoy seguro de que estará encantado de asistir, igual que lord y *lady* Raebourne. Aunque ahora está casada, después de haber sido mi pupila, la sigo considerando de la familia.

Adelaide miró hacia un lado, justo a tiempo de ver a su madre palidecer.

—Por... supuesto. No debería haber interrumpido su baile. Ya hablaremos de la fecha en otro momento.

Griffith hizo un último gesto de asentimiento antes de tomar a Adelaide del brazo y reanudar el baile.

—Ahora nunca te invitará a cenar —susurró ella—. Sencillamente no soporta a *lady* Raebourne.

La sonrisa que esbozó Griffith hizo que se pareciera tanto a Trent que le dio un ligero vuelco el corazón.

—Lo sé.



A Trent volvió a latirle el corazón cuando vio a *lady* Crampton alejarse de la pista de baile sin llevarse la sonrisa de Adelaide consigo. Dejó de apretar las manos. Lo que fuera que había dicho Griffith había hecho reír a su esposa; algo que creía imposible dado el sombrío humor que había mostrado en el carruaje de camino al baile.

Aunque nunca había sentido especial cariño por *lady* Crampton, cuanto

más la veía interactuando con su hija más frustrado se sentía. Esa mujer lograba que quisiera buscar a su madre y escribirle sonetos sobre la maravillosa progenitora que había sido. Una parte de él quería que hubiera una forma de hacer que la condesa desapareciera de la vida de Adelaide, pero era su madre. Y, aunque solo fuera por eso, se merecía un cierto respeto.

Respeto, sí, pero no libre acceso. Si era lo suficientemente inteligente podía limitar su interacción con ella; de forma respetuosa por supuesto. En la vida no se le habían presentado muchas ocasiones para mostrarse especialmente inteligente. Encantador sí, pero no inteligente. Solo esperaba estar a la altura del desafío.

Cuando el baile terminó, *lady* Crampton volvió a encontrar a la pareja y se llevó de inmediato a Adelaide con ella, desapareciendo entre la multitud. Trent recorrió el salón de baile hasta que las encontró de nuevo. Aunque hubiera deseado no hacerlo. Ambas estaban hablando con el señor Givendale. ¿Qué se traería ese hombre entre manos?

No había mucho que pudiera hacer en medio de un salón de baile. Ni su esposa ni su madre le agradecerían que montara una escena. Sobre todo, si solo se debía a que no le gustaba la forma en que ese hombre sonreía a su esposa.

Al final, decidió dejar de torturarse al ver a Adelaide hablando con el señor Givendale. Amelia todavía estaba cerca de él, aunque su esposo se había vuelto a unir a su pequeño grupo.

—Supongo que no querrías mudarte a mi casa durante una temporada, ¿verdad?

Anthony frunció el ceño.

—¿Te refieres a esa en la que ahora mismo no estás viviendo? El marqués se retorció cuando su esposa le dio un codazo sin ningún miramiento.

—Baja la voz. Además, no creo que estuviera hablando contigo.

—Bueno, está claro que no vas a vivir en ningún sitio sin mí.

Trent deseó volver atrás en el tiempo y no haber formulado aquella pregunta. Era una tontería. Necesitaba encontrar otras opciones.

—¿A qué otra persona, además de tu esposa, suele evitar *lady* Crampton?

Anthony frunció el ceño.

—Estás preguntando al hombre equivocado. Intento no estar pendiente de nada que haga *lady* Crampton. De lord Crampton tampoco, si puedo evitarlo. —Anthony tomó el brazo de su esposa, preparado para acompañarla a la pista para el siguiente baile—. Georgina está bailando ahora mismo, lo que significa que Colin estará en alguna parte. Si alguien puede saberlo, es él.

Trent miró a los bailarines y enseguida encontró a Georgina. Aunque estaba casada, todavía vestía de blanco, pero llevaba una faja ancha color verde esmeralda, bordada con tantas flores que al final el blanco era lo que menos resaltaba del vestido. Pero Georgina nunca asistía a un evento como ese sin su esposo. Trent había quedado para jugar al billar en su club esa semana, pero realmente no habían hablado de las circunstancias en las que se había casado, aunque el hombre lo sabía todo sobre todo el mundo en Londres. Si había alguien que podía sugerirle a quién necesitaba Trent para que su plan funcionara ese era Colin.

En cuanto finalizó el baile, siguió a Georgina a una ventana que había cerca donde, no solo encontró al escocés, sino también a su madre, a quien saludó primero antes de dirigirse a su cuñado.

—Necesito información.

Colin bebió un sorbo de limonada y apoyó un hombro contra el marco de la ventana.

—Ahora que la guerra ha terminado, el precio del maíz ha bajado. Es mejor que inviertas en avena.

—Te encargas de mis inversiones, así que confío en que ya te hayas encargado de eso. —Trent cambió de postura para apoyarse en la pared que había al lado de Colin e intentó que la conversación pareciera lo más informal posible—. ¿A quién evita *lady* Crampton?

—¿Por qué tendría que saber yo eso? —Colin prácticamente escupió la limonada que acababa de beberse por la sorpresa.

—Porque siempre sabes quién no se soporta.

—Pero solo en cuanto a los negocios. Y las tendencias de *lady* Crampton no tienen mucho que ver con las de lord Crampton. —Colin miró al techo como si estuviera pensando—. Ahora mismo, él tiende a evitar a Anthony y a Amelia y tampoco parece querer tener que ver mucho con el señor Burges.

Ah, y no quiere saber nada de Spindlewood.

Georgina movió la cabeza sorprendida.

—¿El duque?

Colin asintió.

Su madre abrió su abanico.

—Lo que no me extraña en absoluto.

Colin, Georgina y él la miraron con los ojos muy abiertos. Su madre nunca se daba el gusto de participar en ningún chisme malintencionado, pero ahora hablaba como si estuviera a punto de soltar una bomba que todo Londres consideraría de suma importancia.

Al ver que no decía nada más, Georgina dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Por qué?

Su madre los miró como si esperara que lo supieran, pero Trent no recordaba haber oído nunca ningún rumor sobre Spindlewood. Aparte de ser el propietario de un bigote bastante desafortunado, el anciano no tenía nada más digno de especial mención.

—El duque de Spindlewood tiene un hijo.

—Tres, para ser más exactos —señaló Colin en un murmullo.

Su madre agitó el abanico en dirección a Colin como si no diera importancia a sus palabras.

—Pero solo uno que algún día será duque. Y hubo una época en la que Isabel estaba como loca por ser su duquesa.

Trent se sintió atraído al instante por el efecto dramático de la historia. *Lady Crampton* era condesa, por lo que a veces resultaba difícil recordar que en sus comienzos había apuntado un poco más alto.

—¿Qué pasó? Obviamente, ahora mismo no está esperando convertirse en duquesa.

—El duque la acusó de ir detrás del dinero y el título, y amenazó con apartar a su hijo de todo lo que estuviera relacionado con el ducado a menos que se casara con cualquier otra mujer que no fuera Isabel. La avergonzó sobremanera cuando trajo a una de sus amigas, para que hablara de todas las veces que había conspirado y planeado encontrarse con el heredero de

Spindlewood. Entonces ella decidió tender una trampa al hijo para que les sorprendieran en una situación comprometida y así forzar un matrimonio. Pero quien cayó en la trampa fue el viejo duque en vez del hijo. No pudo poner un pie en ningún salón de baile el resto del año.

Trent silbó por lo bajo. ¿Por eso le había pedido Adelaide que se lo presentara en el baile de los Ferrington? Desde luego un escándalo así bastaría para que una mujer como *lady* Crampton evitara al hombre el resto de su vida. Le resultaba bastante sorprendente que hubiera podido conseguir a un conde después de un escándalo en el que probablemente le había hecho proposiciones quizá deshonestas a un duque casado.

Después de dar las gracias efusivamente a su familia, se marchó en busca de su mujer, esperando no encontrársela en brazos de Givendale en medio de la pista. Mientras avanzaba estuvo pendiente del duque de Spindlewood.

Con un poco suerte, el anciano se sentiría con ganas de hablar esa noche y Trent y Adelaide podrían pasar la siguiente media hora a su lado.

Capítulo 25



Adelaide subió al carruaje con un pequeño suspiro de alivio. ¿Había pasado alguna vez una noche tan agotadora como aquella? Había hecho todo lo posible por hacer feliz a todo el mundo, pero ¿qué sucedía cuando querían cosas completamente distintas de ella? Estaba claro que su madre quería que se mostrara como una persona vivaz y agradable, y lo había intentado, de verdad. Aunque no tenía ninguna intención de seguir sus de todo menos sutiles sugerencias de que, con un ligero empujón de esfuerzo y coacción por su parte, podía usar su nuevo estatus como miembro de la familia Hawthorne para mejorar la posición social de su madre y su hermana, tampoco había razón para no mostrarse amable con las personas a las que su progenitora le había presentado.

Eso fue hasta que vio a Trent esperando a que saliera de la pista de baile después de compartir una cuadrilla con el señor Givendale. Su esposo no había fruncido el ceño, ni tampoco se le veía descontento, pero cuando la tomó del brazo notó lo rígido que estaba. Adelaide apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento del carruaje y se volvió a un lado para ver como Trent se colocaba el abrigo y se sentaba en el asiento junto a ella.

Después de recogerla del señor Givendale, Trent se había pasado toda la noche a su lado. Estuvieron conversando con el duque de Spindlewood y su nieto y bailando distintas danzas por parejas con lord y *lady* Raebourne. Era evidente que estaba tratando de mantenerla lo más alejada posible de su madre; con bastante éxito, por cierto.

Lo que significaba que, hiciera lo que hiciese, uno de los dos iba a sentirse decepcionado. Nunca antes había tenido que enfrentarse a una decisión así. Sus padres rara vez tenían opiniones firmes sobre la misma cosa, así que le resultaba relativamente fácil complacerlos a ambos. Y Helena simplemente era feliz si todo giraba alrededor de ella. Pero ahora había una guerra por ganarse su atención y alguien terminaría perdiendo.

Mientras la suave risa de Trent inundaba sus oídos, Adelaide se había temido que la perdedora sería su madre. Y le entró bastante miedo al pensar cuáles serían las repercusiones cuando aquello sucediera.

Si el objetivo de Trent con ese cortejo había sido conseguir que se sintiera como alguien por quien merecía la pena luchar, lo había logrado. Lo que pensó que sería una velada terrible se había convertido en una de las noches más encantadoras que había vivido en su vida. Y todo gracias al hombre que tenía a su lado.

¿Qué sentía con respecto a eso? ¿Gratitud? Sin duda. Él era la respuesta a una oración que ni siquiera había sabido cómo formular. ¿Amor? Puede. Todavía no sabía lo que era exactamente el amor, pero si implicaba querer pasar el resto de su vida haciendo feliz a alguien, entonces sí, lo amaba.

Los caballos dejaron atrás la aglomeración que había frente a la casa y trotaron libres a lo largo de Mayfair, permitiendo que ambos se acomodaran en la oscuridad del carruaje. Se había convertido en una costumbre mientras tomaban el largo camino a casa, sabiendo que su tiempo juntos estaría limitado en cuanto llegaran a Mount Street.

Trent estiró el brazo en la penumbra y le tomó la mano.

—¿Te lo has pasado bien esta noche?

Era la pregunta estándar. Hasta ese momento no se había preguntado por qué. ¿Le preocupaba? ¿Se sentía responsable de ella? ¿Sería posible que le importara su felicidad tanto como la de él a ella? ¿O solo era una pregunta segura, apoyándose en una velada que habían pasado juntos para iniciar una conversación? Como sus charlas sobre comida. Las preguntas e incertidumbre bullían en su cabeza hasta el punto de empezar a marearla.

—Ha sido una velada muy agradable. ¿Has ganado hoy tu combate de esgrima?

Trent se acercó un poco más a ella, hasta que le tocó el hombro con el suyo y comenzó a hablarle sobre el club de esgrima. Había ganado el combate, pero le contó muchas cosas más. Como las otras personas con las que había hablado y una historia muy divertida sobre el perro de una dama que había entrado corriendo al club y había dejado a su dueña llamándolo a gritos en la calle.

Adelaide le escuchó, aunque no dejó de preguntarse por qué se sentía tan inquieta. Habían pasado varias noches así, y siempre era agradable, pero también le molestaba. Estaban casados, pero no lo estaban, se cortejaban, pero no. Desconocía lo típico de lo que solía ocuparse una esposa, como llevar los presupuestos de la casa, dónde se compraba el té o qué le gustaba para desayunar, aunque sí conocía el sabor que tenía su beso. Su cortejo carecía de las restricciones de un noviazgo normal, como atravesar Mayfair en un carruaje a oscuras para pasar media hora bajo la escasa iluminación de un vestíbulo. Pero su matrimonio carecía de la seguridad que normalmente llevaba aparejada la institución. No sabía dónde pasaba su marido los días, ni las noches, y tenía una constante necesidad de lucir su mejor aspecto cada vez que él la veía, a pesar de que había terminado la noche sin saber dónde estaba su abanico.

Tenía muchas preguntas sobre él, pero ninguna respuesta. Si tanto le gustaba la actividad física, ¿por qué no se interesaba más por sus propiedades? ¿Por qué dibujaba bocetos para el cultivo de piña y después los metía en un cajón? ¿Por qué siempre que salían juntos la trataba como si fuera el bien más preciado del mundo y luego la dejaba en la puerta de su casa? ¿Con qué Trent estaba realmente casada?

Un matrimonio público solo de nombre no sería suficiente para ella durante mucho tiempo. Cuanto más conocía a su marido más quería que su relación funcionara, pero no sabía cuál era el siguiente paso.

—¿Alguna vez has tenido un perro? —preguntó Trent cuando el carruaje se detuvo frente a su casa.

—Una vez. Una de nuestras perras de caza tuvo cachorros y al más pequeño no le estaba yendo muy bien. Así que me preocupé por él, lo cuidé y antes de darme cuenta me seguía por toda la casa. —Adelaide se recogió la

falda.

—¿Qué le pasó?

—Creció y se hizo más fuerte. Un día, cuando salimos a dar un paseo, vio entrenar a los otros perros. Después de eso, me dio mucha pena que se quedara conmigo. Sigo yendo a verlo de vez en cuando. Se ha convertido en todo un perro de caza.

Agarró la mano de Trent y dejó que le ayudase a salir del carruaje. Llevaba años sin pensar en *Algodoncito*. Era un nombre bastante ridículo para un perro, pero en ese momento ella solo tenía seis años y a esa edad se suele ser ridículo. Lo cierto era que no le había contado exactamente toda la verdad a Trent, aunque por la cara de compasión con que la miró él ya se había dado cuenta.

La verdad era que habían salido a pasear y el animal, guiado por el instinto, había ido a olfatear a un grupo de codornices que levantaron el vuelo. Su padre le había preguntado si creía que a *Algodoncito* le gustaría ir con él en su próxima partida de caza. A partir de ese momento solo lo había visto cuando se colaba en el establo hasta la zona donde guardaban a los perros. Al final, también dejó de hacerlo.

Como era habitual, Fenton le estaba esperando en la puerta. Tras dejarlos entrar, cerró la entrada principal y se marchó mientras ellos se quedaban en el vestíbulo, con una única lámpara encendida en una mesa auxiliar para evitar la oscuridad total.

—¿Dónde aprendiste a bailar? —preguntó Trent.

Adelaide se sonrojó, pues sabía que la pregunta había surgido de los demás detalles que había compartido sobre su adolescencia y primera juventud y en cómo su madre la había seguido tratando como a una niña cuando las demás muchachas ya estaban pensando en con quién se casarían y cuándo. Helena siempre había sido la primera, como si su madre solo hubiera tenido energía para una hija a la vez.

—Las lecciones de baile son más fáciles con otras parejas. A mí me emparejaron con mi hermano, Bernard. A él no le hacía mucha gracia, pero lo hacía porque mi padre le dijo que tenía que aprender. A veces me pregunto si mi padre le obligó a hacerlo tanto en mi beneficio como en el de Helena.

—Adelaide, yo... —La voz de Trent se fue apagando, no como si no supiera lo que iba a decir, sino como si no tuviera palabras para decirlo. Sabía cómo se sentía. Últimamente a ella le pasaba lo mismo. Como si la vida le estuviera echando mucho encima y ella supiera cómo quería responder, pero no cómo expresarlo o cómo motivarse a sí misma para hacerlo.

Pero en ese momento sí sabía lo que quería. No quería sus gentiles perogrulladas acerca de cómo iba a cuidarla; se lo había demostrado con algo más que palabras esa misma noche. No quería que le dijera que debería haber recibido mucha más atención durante su infancia; el pasado no podía cambiarse y, después de ver la persona en la que se había convertido Helena, no estaba segura de haberlo querido. Ahora mismo, deseaba la verdad sin adornos que le daba cuando la besaba, cuando no podía ocultar su respiración agitada, sus manos vacilantes, cuando no dependía de sus palabras encantadoras o esa sonrisa de ganador que tenía. Solo quería lo que recibía.

Como si él pudiera leerle la mente, deslizó sus viriles manos bajo sus brazos. Se había dejado los guantes en el carruaje. Aquella era una de las pocas cosas de esposa que sabía de él. No soportaba la sensación de llevar guantes de noche y se los quitaba tan pronto como dejaba de estar en público.

Los años de remo y esgrima le habían dejado pequeños callos en las manos. Adelaide sintió cada uno de ellos mientras las deslizaba por encima de sus guantes y la parte superior de sus brazos, deteniéndose debajo de las mangas cortas de su vestido de baile. La sostuvo con firmeza mientras se acercaba a ella e inclinaba la cabeza. Le encantaba cuando llegaba ese momento, vivía para él cuando las noches se volvían tediosas.

Trent le soltó un brazo y le acarició la nuca, quitándole las horquillas que se le habían aflojado de la parte inferior del peinado.

Y entonces su boca se cernió sobre la de ella. No hubo ningún titubeo cuando sintió la familiar calidez de sus labios antes de besarla con pasión. Sintió sus dientes, su lengua, cosas que nunca hubiera pensando que una mujer disfrutaría, pero lo hizo.

Adelaide dio un paso al frente, profundizando el beso de una forma que jamás había hecho. Apoyó las manos sobre sus hombros; le hubiera gustado atreverse a abrazarlo y atraerlo hacia sí de la manera que realmente quería.

Cuando Trent separó sus labios de ella, dejó escapar un pequeño gemido de decepción, pero entonces él regreso de inmediato, dándole el segundo beso que siempre le había negado.

Pero fue un beso breve y, antes de que pudiera percatarse, Trent se estaba volviendo a retirar, mucho más lejos esta vez, hasta que ella retiró los dedos de sus hombros.

—No te vayas.

No se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que le oyó respirar entre dientes, pero no se sintió contrariada por haberlo dicho. Gracias a Dios su subconsciente tenía mucho más valor que ella. Aunque no quería que fuera su subconsciente el que lo mantuviera cerca de ella. Quería tener el coraje de decirlo a propósito, de pedirle que se quedara.

Tomó una profunda bocanada de aire que le llenó los pulmones, enderezó los hombros, se lamió los labios y volvió a decirlo.

—No te vayas.



Los rizos que había soltado al quitarle las horquillas colgaban sobre el hombro de Adelaide, resaltando el rápido ascenso y descenso de su pecho al respirar. La silueta que tanto había admirado mientras descendía por las escaleras envuelta en una completa perfección era aún más tentadora en ese estado de alteración. El conjunto, desordenado de forma natural por la sencilla razón de que su esposa formaba parte de él, lo atrajo como nunca había conseguido la perfección. Porque era ella. Nadie llenaba su ropa como ella, sin malicia o preocupación por la apariencia.

Adelaide lo miró parpadeando, sus lentes ampliando la poca luz de la luna que entraba en la habitación, realzando sus ojos azul claro hasta que quiso ahogarse en ellos. Aquello no era posible, así que se decantó por la siguiente opción.

Decidió ahogarse en ella.

Desde que estaban casados, Adelaide le había pedido muy poco y, sin embargo, había estado de acuerdo con todo lo que él había dicho. Y cuando

por fin le pedía algo, lo único que parecía querer era a él.

¿Existía una lección de humildad más potente que esa?

Una parte de él quería reclamar su derecho, demostrarle a ella y a todos los hombres como Givendale, que él y nadie más era su esposo. No le gustaba verla sonriendo a otro hombre. Quizá, si hiciera aquello, si daba el último paso para que su matrimonio fuera real, su sonrisa más especial solo fuera para él.

Volvió a dar un paso al frente, arrojando toda cautela por la borda y envolviéndola en sus brazos. Adelaide se apretó contra él mientras levantaba la cabeza en busca de su beso, anhelando aquello tanto como él quería dárselo.

Se había pasado las últimas semanas dándole vueltas a cómo amarla, a cómo conseguir que ella lo amara. Tal vez averiguarlo no fuera lo más importante. Puede que lo trascendente fuera estar con ella. No era como si fuera a cambiar de opinión al final de ese cortejo. Ya no se producían esos momentos de incomodidad cuando la dejaba en casa. Puede que eso fuera suficiente. Quizá tendría que serlo.

En esta ocasión el beso era distinto. Estaba impregnado de nervios y un punto de emoción al darse cuenta de que ahora no tendría que retroceder. Ahora no tendría que escabullirse por la puerta trasera para subirse al carruaje que lo esperaba en el callejón. Ahora podría disfrutar por completo de su esposa. No solo podría, debería.

Adelaide aferró los brazos a sus costados, atrayéndolo hacia sí mientras se ponía de puntillas para acercarse un poco más a él.

Interrumpió el beso y sonrió como un tonto. Esperaba que ella pudiera darse cuenta en medio de la penumbra, saber lo feliz que se sentía por quedarse allí esta noche. La estaba rodeando con un brazo alrededor de los hombros, así que solo tuvo que inclinarse, deslizar la otra mano debajo de sus rodillas y alzarla contra su pecho. Ella soltó un chillido de sorpresa y le envolvió el cuello con los brazos.

El movimiento consiguió que su rostro se apretara contra el cálido hueco donde se encontraba el cuello y el hombro de ella. Depositó un suave beso en la zona antes de poder bajarla lo suficiente para poder agarrar la lámpara con

una mano, mientras mantenía la otra alrededor de su hombro. Después, subió las escaleras abrazándola con más fuerza con cada peldaño que ascendían. Nunca le había alegrado tanto tener una casa relativamente pequeña que le permitiera llegar a la habitación sin tener que atravesar pasillos interminables.

No llamaron a su doncella y su ayuda de cámara estaba en la otra punta de la ciudad, así que lucharon el uno con el otro por quitarse la ropa y se murieron de risa cuando él se hizo tal lío con el vestido de Adelaide que amenazó con ir a por un cuchillo para terminar de una vez. Ella se quedó fascinada al desdoblar su pañuelo de cuello, e incluso se tomó un instante para intentar volver a hacer el nudo por sí misma. Siempre había pensado que, cuando llegara ese momento, tendría mucha prisa, impulsada por la misma sensación de urgencia que anidaba en sus nervios cuando la besaba cada noche. Pero ahora que estaban allí, a escasos centímetros de la cama en la que no había podido dormir desde que se casó con esa mujer, una extraña sensación de calma por estar haciendo lo correcto le quitó las ganas de apresurarse.

A Adelaide se la veía perfecta en su dormitorio; la estancia que más le pertenecía de toda la casa. Era una de las pocas habitaciones que había redecorado cuando se mudó. El resto de la vivienda no le pareció necesario, para gran consternación de la señora Harris. Pero ese cuarto era su santuario privado, el lugar donde solo él iba. Y ahora su esposa también.

La suave luz de la lámpara parpadeó sobre la cama, creando su propia neblina de magia mientras retiraba las sábanas antes de tomar su mano y guiarla hacia allí los últimos pasos que le quedaban. No sabía los conocimientos que Adelaide tenía sobre esa noche (los suyos eran bastante limitados en el mejor de los casos), aunque eso era lo de menos. Se lo tomarían con calma y descubrirían juntos lo que estaba por pasar. Habían tardado casi un mes en llegar hasta allí, pero esa noche por fin tendrían su noche de bodas. Era un acto natural, creado por Dios para unir a un hombre y a una mujer en una comunión perfecta.

Tuvo aquello en cuenta mientras se le aceleraba el corazón y se dejaba envolver por esa embriagadora combinación de calor y rosas. La tomó de nuevo en sus brazos y la besó, saboreando la libertad de poder disfrutar de su

esposa, a pesar de los momentos de torpeza en los que solo podía adivinar lo que estaba haciendo. Si las sonrisas y suspiros de ella eran señal de algo, a ella no le estaba importando su falta de experiencia. La forma como le acariciaba los hombros con las manos demostraba que ella también estaba deleitándose en esa nueva libertad.

Trent volvió a atraerla hacia sí, preguntándose a qué le había tenido tanto miedo, pero sabiendo también que habían hecho lo correcto al esperar. Ese momento tenía que ser lo más natural y fácil del mundo. Todas las reservas que había tenido sobre su matrimonio se esfumaron al instante. Le rozó la mejilla con los dedos, sabiendo que la luz de la mañana les traería un matrimonio nuevo y completo.

Capítulo 26



Unas pocas horas antes, Trent había estado seguro de haber terminado con eso de esperar a que saliera el sol sentado en una silla. Que sus noches de insomnio y contemplación habían llegado a su fin.

Ahora temía que solo estuvieran empezando.

En todo caso, esa noche, ese momento, fue peor que todas las noches de insomnio anteriores. Ahora ya no esperaba que los primeros rayos de sol le trajeran nuevas oportunidades y una renovada esperanza. No, esa mañana, en la que ni siquiera intentaría desayunar, lo único que esperaba era que el amanecer le diera permiso para abandonar la escena en la que había cometido semejante atrocidad y buscar el consejo de la única persona a la que podía acudir.

Su Biblia yacía olvidada encima de su pierna. Lo más seguro era que todas las respuestas estuvieran allí, pero se encontraba en tal estado de agitación que no había podido hallar nada más que genealogías, prueba de que lo que los hombres habían estado haciendo durante siglos tenía un coste enorme para sus esposas o de que Trent era un absoluto fracaso.

Adelaide dormía al otro lado de la puerta que conectaba ambos dormitorios. Lo sabía porque, desde que la había llevado a su alcoba, había ido a comprobar cómo se encontraba cada media hora. Le alegraba que hubiera podido conciliar el sueño. A él le había resultado imposible. Ni siquiera había sido capaz de regresar a la cama. Había hecho daño a su esposa. No había querido, por supuesto; ni siquiera sabía que pudiera hacerlo,

pero de alguna forma aquel bello instante de felicidad se había convertido en una tragedia en un abrir y cerrar de ojos. Su chillido de dolor todavía resonaba en sus oídos, negándose a darle la paz que necesitaba.

Así que allí estaba, sentado en la silla de su padre, esperando a que el sol saliera.

¿Cuántas veces se había sentado su padre en esa misma poltrona, meditando sobre las cuestiones de la vida? Aunque estaba bastante seguro de que su progenitor no había tenido que enfrentarse a ese asunto en particular, sabía que en esa silla había batallado con más de una decisión crucial. Al fin y al cabo, era un duque. Y tomar ese tipo de decisiones era lo que solían hacer. Sin embargo, su padre había tenido la suerte de conocer y amar a su esposa antes de casarse con ella. La historia de cómo el duque había perseguido a su madre era conocida por la mayoría de los aristócratas. La había cortejado durante un año, e incluso había comprado la propiedad colindante a la de su futuro suegro para poder seguir cortejándola después de que terminara la temporada.

¿Era eso lo que Trent había querido? ¿Era aquella la razón por la que hasta ahora había vacilado tanto a la hora de centrarse en una única mujer? ¿O era porque en el fondo sabía que había algo malo en él? ¿Que cualquier mujer que se casara con él estaría condenada a una cadena perpetua de dolor? Como estaba claro que había hecho algo mal, ¿significaba aquello que nunca podrían tener hijos?

Había dejado las ventanas abiertas y se había quedado contemplando el edificio al otro lado de la calle para poder ver el momento en que le bañaran los primeros rayos de sol. Podía haberse ido al salón del desayuno, donde también podía ver el sol, pero no tenía ni idea de a qué hora se levantaba Adelaide. ¿Y si se encontraba con ella? No estaba seguro de ser capaz de volver a mirarla a la cara. No después de transformar su dulce petición en una abominación tan grande.

El sol empezó a asomar por el cielo e iluminó los tejados de enfrente. Esperó hasta que las ventanas del ático de la casa al otro lado de la calle emitieran destellos antes de levantarse de la silla y vestirse. Los músculos de sus piernas protestaron, sin duda agarrotados por haber pasado tantas horas

en la misma postura. No llamó a Fenton, decidió vestirse por sí solo. Ni siquiera sabía si el mayordomo era consciente de que había pasado la noche en casa.

El nudo del pañuelo de cuello no era nada del otro mundo, pero por lo demás parecía cualquier otro aristócrata saliendo a dar un paseo a caballo por la mañana. O al menos eso esperaba que creyera todo su personal. No hacía falta que supieran que iba a una calle en concreto, en vez de a Regent's Park o incluso a Hyde Park.

La señora Harris salía del salón del desayuno cuando Trent se dirigía al pequeño establo en la parte trasera de la propiedad.

—¿Puedo decirle lo agradable que me resulta verlo esta mañana, milord?

Casi se ahogó al ver el brillo en los ojos del ama de llaves. Tenía que salir de allí cuanto antes.

—Sí, bueno, mejor que quede entre nosotros, ¿de acuerdo? No queremos que nadie se avergüence.

Por una vez en su vida esperaba que su personal actuara como tal y no hiciera ningún comentario de ese estilo a Adelaide. Aunque en un primer momento parecía haber aceptado aquel matrimonio con mayor facilidad que él, seguro que ahora se estaba arrepintiendo. No hacía falta que estuvieran recordándole constantemente que no podía cambiar lo sucedido.

Como no tenía que ir muy lejos, pensó en su caballo y recorrió con él a pie la corta distancia hasta la casa de Anthony. El mayordomo amenazó con echarlo, pero como había entrado por la cocina y había llegado hasta la puerta del estudio del marqués antes de que lo viera, consiguió convencerlo de que no lo hiciera. De todos modos, ya había pedido a uno de los lacayos que avisara a Anthony de que estaba allí porque no confiaba en que el estirado mayordomo lo hiciera.

Intentó sentarse en una de las sillas del estudio del marqués, aunque fue incapaz de hacerlo. Muchos hombres tenían libros en sus despachos, pero las paredes del estudio Anthony estaban repletas de estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Ver tantos libros le hizo pensar en lo mucho que disfrutaría Adelaide al ver los innumerables estantes con títulos tan inusuales. Ahora ya no buscaría ningún dato curioso para compartir con él. Seguro que

ni quería dirigirle la palabra.

Empezó a deambular por la estancia. Desde la ventana hasta la puerta, pasando por cada una de las estanterías, pero no tuvo que esperar mucho tiempo hasta que Anthony irrumpiera en el estudio atándose la bata.

—¿Qué sucede?

—Necesito... No.... No puedo... —Trent se derrumbó en una silla, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Las palabras, que hasta ese momento siempre le habían salvado de cualquier situación, se negaron a salir de su boca—. Lo he estropeado todo.

Anthony se detuvo en medio de la estancia.

—¿Y vienes a verme a mí?

Trent alzó la vista, preguntándose si podía verse claramente lo desesperado que estaba.

—No sabía a qué otro lugar acudir.

Un atisbo de sorpresa cruzó el rostro de Anthony, pero la contuvo rápidamente. Trent no lo culpaba. Aunque Anthony y él siempre se habían llevado bien y solían practicar esgrima y salir a cabalgar juntos a menudo, el marqués era más amigo de Griffith que de él. Pero Trent esperaba que esa amistad ahora se extendiera también a su persona.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Anthony despacio mientras se sentaba en el borde de la silla que había junto a él.

—No. —Trent se hundió en su propio asiento—. Al menos eso fue lo que me dijo ella. En cualquier caso, ahora ya no.

—Ah. —La confusión, e incluso la preocupación, se esfumaron de la cara del marqués para dar paso a una medio sonrisa mientras se acomodaba en su asiento.

—No debería haber venido aquí. —Le entraron unas ganas locas de salir de allí, pero en realidad no tenía otro lugar al que ir.

—Lo siento, lo siento. —Anthony se frotó la cara con la mano e hizo todo lo posible por borrar la sonrisa—. ¿Qué ha pasado?

—Me quedé a pasar la noche.

—Ya me di cuenta.

Trent se puso de pie y volvió a pasear de un lado a otro.

—Ella me pidió que me quedara. Y yo quería quedarme.

Anthony se recostó en el respaldo de la silla, mirándolo andar de un extremo a otro como si estuviera contemplando un partido de tenis.

—Eso es un buen comienzo.

De nuevo le fallaron las palabras; no sabía cómo empezar a contarle lo que había sucedido después.

—Supongo que en ese momento hubo un beso. —Anthony no podía disimular la diversión en su voz, aunque se las arregló para no sonreír. Se puso a estudiar detenidamente sus uñas para no soltar una carcajada.

—Sí —gruñó él—. Nos besamos.

Silencio. Al cabo de un rato Anthony levantó la vista.

—¿Y estuvo bien?

Trent gimió al recordarlo.

—Fue el mejor.

—Entonces el problema está en todo lo demás, ¿verdad? —Anthony ya no intentaba disimular la sonrisa, aunque a Trent no podía importarle menos.

Apoyó las manos sobre el escritorio, se inclinó hacia delante, encorvó los hombros y agachó la cabeza.

—No funcionó.

El marqués prorrumpió una carcajada antes de tomar profundas bocanadas de aire para intentar reprimir las siguientes.

—Lo siento, lo siento. ¿Qué no funcionó? Mmm... ¿fuiste tú?

Por fin Anthony pareció darse cuenta de la conversación tan incómoda que estaban manteniendo porque de pronto las mejillas se le tiñeron de rojo.

Trent lo fulminó con la mirada.

—No. Yo «funcioné» como debía. Fue... Bueno, el proceso fue lo que no funcionó. Metí la pata, Anthony. Pensé que sabía lo que había que hacer. Desde luego lo he oído un millón de veces, pero entonces... no fue bien. Y le hice daño. Hice daño a mi esposa y no sé cómo arreglarlo.

Se frotó la cara con fuerza con ambas manos, como si así pudiera borrar los acontecimientos de hacía unas pocas horas. Se sorprendió al verlas mojadas. ¿Cuándo había sido la última vez que había llorado? ¿En el funeral de su padre? ¿El primer día que se marchó a la escuela y su progenitor no

estaba allí? Aunque si había un buen motivo por el que llorar siendo adulto, sin duda era fallar en una de las principales responsabilidades como hombre.

Anthony se puso de pie y cruzó la estancia. A continuación, apoyó las manos sobre sus hombros y le dijo:

—Trent, esas cosas pasan. Muchos hombres meten la pata en su noche de bodas. Aunque la mayoría de ellos lo hacen en su noche de bodas de verdad.

—Seguro que tú no la metiste —murmuró él antes de separarse del marqués y volver a derrumbarse sobre una silla. Una butaca que se deslizó unos cuantos centímetros por el suelo por la fuerza de su peso.

El buen humor de Anthony desapareció al instante. Se sentó muy despacio en otra silla, exudando por los cuatro costados el poderoso marqués que era.

—Creo que Amelia hubiera aceptado encantada que metiera un poco la pata si eso implicaba que habría llegado puro al matrimonio, pero esa no es la cuestión que nos traemos entre manos. ¿Has acudido a mí por mi experiencia, Trent?

—No. —Esa mañana se odiaba a sí mismo. Primero había hecho daño a su esposa, y ahora había herido los sentimientos de su amigo al sacar a colación sin darse cuenta su oscuro pasado—. Griffith no está casado, así que poco puede saber del asunto. Colin y Ryland son los maridos de mis hermanas, de modo que prefería no mantener esta conversación con ellos.

Anthony se relajó y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Entiendo. El caso, Trent, es que si la información que tenías sobre cómo debería haber sido anoche era de tus compañeros de clase, no me extraña que no fuera como lo habías planeado. En cuanto a lo de hacer daño a tu esposa, me temo que la primera vez para una mujer siempre es difícil; y para un hombre también. ¿Cómo se encuentra tu esposa esta mañana?

Trent no respondió, no podía. Eludió la mirada de Anthony, pero no se atrevió a levantarse de la silla, ya que sería demasiado obvio que quería evitar la pregunta.

—¿No la has visto esta mañana?

—Sí la he visto. —Y era cierto. Se había colado en su dormitorio para asegurarse de que dormía plácidamente antes de marcharse.

—¿Has hablado con ella? ¿La has besado? Ya veo que no has vuelto a

intentarlo.

—¿Volver a intentarlo? ¿Estás loco? Anoche destrocé a mi esposa. Gritó de dolor. Por mi culpa.

Anthony soltó un suspiro.

—¿Tu padre nunca...?

—No. Era demasiado pequeño cuando mi padre murió. Ni siquiera sé si trató el asunto con Griffith. No es algo de lo que hablemos muy a menudo.

—No, me imagino. —Ahora fue Anthony el que se frotó la cara con las manos—. Aunque resulte incómodo, te prometo que hablaré con Griffith antes de que se case.

—Él no tendrá este problema —gruñó él.

Anthony enarcó su molesta ceja castaña.

—¿No?

—¿Crees que mi hermano sería tan tonto como para que lo atraparan en un matrimonio? No, él conocerá y amará a su esposa antes de que se convierta en un problema. Si hubiera conocido mejor a Adelaide, si nos hubiéramos enamorado como se suponía que teníamos que hacer, lo de anoche habría ido mejor.

—Puede. —Anthony se encogió de hombros—. Aunque lo más seguro es que no. No eres el primer hombre que ha metido la pata en su noche de bodas y la raza humana no se ha extinguido. Lo que significa que la gente lo supera. Solo tenéis que tomaros vuestro tiempo e ir aprendiendo juntos. La próxima vez será más fácil.

—No si ella me odia. Tendría que haber esperado. ¿Qué pasa si lo que hemos construido no es lo suficientemente sólido para soportar esto?

Anthony volvió a suspirar.

—¿La amas?

Trent miró al otro hombre y sintió como si acabaran de drenarle lo que le quedaba de vida.

—No lo sé.

Capítulo 27



Existe un momento de felicidad cuando llega la mañana, en el que el sueño aún se aferra al cerebro y todos los malos recuerdos aún no se han despertado del todo.

Luego también está ese instante en el que te golpea la dura realidad con desgarradora violencia y dormir hasta la próxima semana te parece una perspectiva fantástica.

Adelaide pasó por ambas fases antes de atreverse a abrir los ojos. Un rápido vistazo a su alrededor le dijo que, sin recordar muy bien cómo, había vuelto a su dormitorio, a pesar de que la noche anterior se había quedado dormida en la habitación de Trent. «Quedarse dormida» quizá no fuera el término más adecuado. Tal vez llorar hasta caer en la inconsciencia mientras Trent la abrazaba y le acariciaba el cabello fuera una descripción más precisa. Se movió y retorció, verificando por sí misma que el dolor había sido momentáneo y no había regresado con la fría luz de la mañana. En realidad, había dejado de dolerle antes de quedarse dormida, pero a una parte de ella le dio miedo que aquel padecimiento regresara en cualquier momento.

Se destapó e intentó sentarse sobre el colchón con el ceño fruncido. Le había dicho a Trent que ya no le dolía antes de quedarse dormida, ¿verdad? Había sido incómodo y aterrador, pero no tan doloroso como se temía que pensara Trent. En realidad, se había asustado más que nada. Y se había sentido bastante decepcionada con todo el asunto, o más bien con el final. Estaba claro que Trent no lo había disfrutado y ella desde luego tampoco, así

que la única razón para hacer aquello tenía que ser para tener hijos. A menos, por supuesto, que no siempre fuera como lo de anoche.

Se vistió y luego se pasó un cuarto de hora decidiendo si quería bajar a desayunar al salón o que le trajeran una bandeja a su habitación. Por un lado, tenía la esperanza de encontrarse con Trent (si es que no se había marchado ya). Por otro, prefería evitar las miradas cómplices de los sirvientes que probablemente se estaban dirigiendo los unos a los otros esa mañana. Por mucho que deseara tener a alguien con quien hablar, ese no era el tipo de asunto que se podía discutir con un ama de llaves. Todos sus nuevos amigos, si es que podían ser considerados como tales, estaban emparentados con Trent y no quería que se enteraran de que había fallado como esposa.

Acudir a su madre ni se le ocurría; lo más seguro era que aprovechara para decirle que era el momento perfecto para que hiciera algún tipo de petición extravagante a su marido. Como si fuera a usar el sentido de culpa de Trent como una especie de moneda de cambio. No le extrañaba que su padre casi nunca hablara con su madre.

Podía intentarlo con su hermana. Helena llevaba alrededor de un año fuera del control de su madre. Y eran hermanas. Aquello tenía que servir para algo, ¿no? Era consciente de que se aferraba a una esperanza vana, pero las personas desesperadas solían agarrarse a un clavo ardiendo. Por desgracia, el horario adecuado para visitar a alguien, aunque fuera tu propia familia y se tratara de una visita temprana, no empezaría hasta dentro de un par de horas.

Pidió a Rebecca que le trajera una bandeja con el desayuno, pero al cabo de un rato quedarse en su dormitorio le resultó demasiado asfixiante. Si quería preservar la cordura, tendría que encontrar algo que hacer.

Los libros siempre habían sido una fuente de consuelo y la pequeña biblioteca que Trent había creado en la antigua sala de música se había convertido en su rincón favorito de la casa.

Cuando irrumpió por la puerta, se encontró con la desagradable sorpresa de que Lydia ya había empezado a limpiarla. Lydia, que estaba embarazada. Una prueba de que la criada y el ayuda de cámara habían logrado atravesar con éxito lo que Trent y ella no habían conseguido.

De todos los sirvientes de los que podía recibir esa sonrisa de complicidad,

la de Lydia era probablemente la que menos le apetecía.

—Buenos días, *milady* —sonrió la sirvienta, pero no encontró ningún rastro de sugerencia velada. No esperaba que la joven fuera tan discreta. A esas alturas, seguro que todo el personal sabía que Trent se había quedado a pasar la noche.

Suponiendo que se hubiera quedado toda la noche. ¿Y si se había retirado a Hawthorne House después de llevarla de vuelta a su habitación?

—Si quiere, puedo terminar después. —Lydia guardó el trapo del polvo y los demás útiles de limpieza en un cubo pequeño—. Nadie suele usar la biblioteca tan pronto.

—No, no. No pasa nada. Solo he venido a por un libro. —Adelaide se acercó al estante más cercano y se hizo con el primer volumen que tuvo a mano—. Este.

Ahí fue cuando llegó la sonrisa que demostraba que Lydia estaba al tanto de todo. Y dado su estado actual, probablemente sabía demasiado. Desde luego más que ella misma. Si las cosas no iban bien con Helena, ¿estaría tan desesperada como para buscar consejo en la sirvienta?

—Interesante elección, *milady*.

Adelaide bajó la vista y descubrió que estaba sosteniendo un libro sobre la cría de animales. Lo dejó en el estante como si se tratara de brasas ardiendo. ¿Por qué tenía un libro como ese en la capital? Esos textos eran propios del campo.

—Hay varias novelas por allí. —Lydia señaló una librería más grande al otro extremo de la estancia.

Sin duda aquello sería mucho mejor que un manual sobre el apareamiento de los animales. Adelaide intentó acercarse a toda prisa, pero sin que pareciera que iba corriendo. Le entraron ganas de hacerse con un libro y salir disparada de allí, pero aquello no le había dado muy buen resultado hacía unos instantes, así que se obligó a echar un vistazo a los títulos el tiempo suficiente para al menos estar segura de que no iba elegir un ejemplar sobre poemas de amor o la última novela gótica.

Por el rabillo del ojo vio a la sirvienta agacharse para limpiar el polvo de una de las estanterías a ras del suelo.

—¿Cuándo nacerá el bebé? —En realidad no quería saberlo, pero al mismo tiempo sí. Resultaba bastante fascinante tener una criada embarazada que no intentaba esconder su estado, como había oído que hacían otras sirvientas. Además, preguntar por la criatura le parecía otra forma más de meterse de lleno en una casa donde todo el mundo parecía conocer todos los asuntos de los demás.

Lydia se puso de pie y estiró la espalda.

—En verano. —Se acarició el vientre con una mano—. Para entonces, esperamos habernos mudado ya a Hertfordshire. Íbamos a irnos el próximo mes, pero lord Trent nos preguntó si podíamos quedarnos un poco más. Creo que quiere llevar más tiempo en la casa antes de encontrar un nuevo ayuda de cámara.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la sirvienta, como si acabara de darse cuenta de que había dado demasiadas explicaciones. ¿Hablaban todos los sirvientes de ellos así? ¿O solo se había olvidado de que estaba hablándole a ella y no a Mabel o a Eve?

Adelaide tomó un libro que no parecía contener nada raro del estante.

—Me llevaré este.

Lydia no dijo nada, pero sonrió cuando Adelaide salió corriendo por la puerta.

La mañana transcurrió lentamente hasta que no pudo sopórtalo más. Aunque seguro que la mayoría de las damas y los caballeros de Londres todavía estarían vestidos con ropa de dormir, se puso un vestido de paseo, llamó a Rebecca y salió de casa una hora después. El trayecto a Marylebone no duró mucho, aunque tuvieron que desviarse en más de una ocasión para evitar algunas de las zonas que estaban en construcción. Antes de darse cuenta, se dirigía a la puerta de su hermana con una de sus nuevas tarjetas de visita en la mano. Recorrió el nombre con el pulgar.

«*Lady Trent Hawthorne*».

Le resultó extraño recordar la aversión con la que había mirado las tarjetas la primera vez que las vio. No podía estar más lejos del orgullo que ahora sentía.

El mayordomo tomó la tarjeta y le permitió entrar al vestíbulo, pero la

dejó esperando mientras comprobaba si *lady* Edgewick estaba en casa.

Rezó porque Helena no hubiera salido. Nunca habían tenido una relación especialmente estrecha, ¿pero a quién más podía acudir?

El mayordomo regresó, la llevó hasta un salón y acompañó a Rebecca a la cocina. Tuvo que transcurrir otro cuarto de hora más antes de que Helena llegara.

—¡Hermana! —Entró en el salón con la falda de un intenso rojo ondeando a su alrededor y los brazos abiertos como si estuviera saludando a una amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo. En cierto modo así era, ya que no habían hablado desde la boda de Helena. Nada más allá de un puñado de cartas cada vez más breves.

Adelaide se dejó abrazar con cierta confusión y también un tanto aliviada. Se había temido que su hermana no quisiera saber nada de ella. ¿Sería posible que el matrimonio con un vizconde la hubiera hecho madurar?

Helena la guio hasta un sofá y se sentó en él, con las manos de ambas todavía unidas.

—¿Has venido para invitarme al baile de la duquesa de Marshington?
Adelaide parpadeó.

—¿Miranda va a celebrar un baile? No tenía ni idea.

El agrio gesto que su hermana hizo con la boca mató cualquier esperanza que tuviera de que fuera a consolarla.

—Los periódicos de esta mañana decían que había empezado con los preparativos. Algunos incluso apuntaban a que iba a darlo en tu honor.

Adelaide soltó un suspiro. No creía que la hermana de Trent diera nada en su honor en un futuro. No si su esposo tenía algo que ver en ello.

—No he oído nada.

Los hombros de Helena se encorvaron un poco.

—No te olvides de nosotros si solicita tu ayuda con la lista de invitados. Ah, y madre me ha dicho que te pidió que le hicieras un par de sugerencias a tu marido para que recomendara a lord Edgewick para que entrara en su club de esgrima. Mi esposo está como loco por ser miembro de ese club.

—No creo que tenga mucho que decir sobre a quién recomienda o no Trent.

Helena frunció el ceño, en claro contraste con su delicado y pálido rostro.

—¿Entonces a qué has venido?

Una súbita ira se apoderó de ella. El pecho le ardía por la emoción y curvó los dedos en las palmas hasta el punto de que casi se rompió los guantes. Mientras crecían, había hecho todo lo que pidieron que hiciera por Helena. Había usado todos sus despojos. Había sido su pareja de baile (aprendiendo incluso los pasos masculinos de un par de danzas). Había esperado en silencio mientras todas las jóvenes de su edad se presentaban en sociedad y empezaban a buscar marido. Pero nunca, ni una sola vez, su hermana le había dado las gracias o se había parado a pensar que quizá no era eso lo que ella quería hacer. La amargura de todos esos años se agolpó en su lengua, impregnando sus palabras con un profundo sarcasmo.

—No lo sé. Tal vez pensé en venir a ver a mi hermana porque, por primera vez en un año, estábamos en la misma ciudad.

Helena hizo un gesto de desdén con la mano.

—Apenas nos veíamos cuando vivíamos bajo el mismo techo. El sentimentalismo es para los tontos, Adelaide. Aunque tengo que felicitarte por tener el arrojo necesario para cazar al hermano de un duque. Es una lástima que no terminaras con el propio duque.

La sonrisa en el rostro de Helena le indicó que no le apenaba en absoluto. Supuso que si hubiera sido el duque el que se hubiera caído por el deteriorado suelo de madera, ahora estaría muy ofendida porque su hermana pequeña la superara en rango. La verdad era que todavía la superaba, aunque no por mucho.

No obstante, lo que verdaderamente importaba en ese momento era ver cómo podía salir de allí sin ser demasiado grosera. Cualquier posibilidad de confiar en Helena había fenecido por la firme sensación de que su hermana mayor airearía con gusto sus chismes personales con tal de conseguir una invitación a Almack's.

La conversación fue un auténtico fracaso, aunque lograron intercambiar algunas frases sobre el tiempo y el tráfico. Aunque ese último tema logró otro mohín en los labios de su hermana porque le recordó que Adelaide vivía en Mayfair mientras que ella residía en el muy respetable, aunque no tan

elegante, Marylebone.

Helena le arrancó un hilo suelto de la falda antes de añadir:

—Vas a conseguirnos una invitación a ese baile, ¿verdad? Después de todo, somos familia.

Ahí sí que no le importó ser grosera. Se puso de pie.

—El sentimentalismo es para los tontos, Helena.

En ese momento se dio cuenta de que no había nada que pudiera arreglar la brecha que había entre ellas. Al menos no de momento. Su hermana la miró con la boca abierta cuando pasó delante de ella y abandonó el salón.

Aunque su espectacular salida perdió un poco de glamur cuando tuvo que esperar en el vestíbulo a que llamaran a su doncella. Helena, por su parte, se limitó a salir por la puerta del salón, fulminarla con la mirada y desaparecer de su vista.

A pesar de la indignación, que Adelaide decidió que tenía todo el derecho a tener, la tristeza estuvo a punto de desbordarla cuando dejó de ver la atrevida falda roja de su hermana. La diferencia entre su relación con Helena y la que mantenían Miranda y Georgina era abismal y muy significativa. Lo que hizo que sintiera un montón de cosas a la vez, sobre todo el confuso tumulto de emociones de la noche anterior.

Estaba tan inquieta y tensa, que no quiso regresar a Mount Street en ese estado. Cuando estaba en el campo, solía dar largos paseos para resolver todo aquello que le preocupaba. En Londres no había colinas escarpadas ni bosques frondosos, así que optó por la mejor alternativa.

Fue a Hyde Park.

Capítulo 28



A pesar de la confianza que intentó insuflarle Anthony, Trent regresó a Hawthorne House en vez de a su residencia.

Griffith levantó la vista de su escritorio y sonrió de oreja a oreja antes de volver a mirar el libro de contabilidad que tenía delante.

—Alguien no vino a casa a noche. ¿O debería decir que alguien volvió finalmente a su casa anoche?

Trent soltó un gruñido y se acercó a la diana de madera para recoger los dardos. Griffith la había mandado instalar hacía unos años, después de que él y Anthony se hicieran amigos. Daba igual lo mucho que su hermano practicara, Anthony siempre le ganaba con soltura. Trent no reconocería en voz alta tener ninguna aspiración de vencer al marqués (al menos no hasta que fuera mucho más hábil de lo que era ahora) pero le gustaba tener algo que hacer cuando venía a molestar a su hermano mayor.

Mientras hacía malabares con los dardos, caminó por la habitación hasta que estuvo a la altura del escritorio de Griffith. El intenso aroma del té matutino favorito de su hermano todavía flotaba en el ambiente y se dio cuenta de que realmente estaba perturbando el normal funcionamiento de las cosas con aquellas visitas matinales.

No podía importarle menos.

Lanzó el primer dardo y frunció el ceño cuando se clavó en el círculo más exterior.

—Esta mañana he ido a ver a Anthony.

Griffith miró el reloj.

—Veo que has estado ocupado. ¿Una noche difícil?

Solo un hermano se atrevería a mirar a un duque de la forma en que Trent lo hizo. Aunque seguro que no fue tan mordaz como pretendía. Su experiencia a la hora de lanzar miradas severas y feroces a la gente era bastante limitada.

—Y que lo digas. Anthony ha decidido que, como lo más probable es que seas tan deplorablemente inculto como yo, va a intentar tener una charla contigo antes de que te cases.

—Qué maravilla. ¿A qué has venido entonces? —Griffith recorrió con un dedo una columna de números del libro antes de sumergir la pluma en el tintero y anotar la suma en la parte inferior de la página.

Otra razón más por la que Trent sería un duque terrible. Los números nunca se le habían dado muy bien. Aunque quizá sería mejor si hubiera pasado tanto tiempo con ellos como Griffith. De todos modos, no estaba dispuesto a averiguarlo.

Tiró otro dardo. Esta vez se alegró al ver que se clavaba un poco más del centro.

—Estoy aquí porque creo que se equivoca.

—¿Y eso lo basas en...?

Trent lanzó dos dardos más en una rápida sucesión. Uno golpeó el gancho de metal y el otro terminó en la pared con paneles de madera que había debajo de la diana.

—Cree que amo a mi esposa.

Lentamente, muy lentamente, Griffith dejó la pluma sobre el escritorio.

—¿Y tú no?

Los dos dardos restantes resonaron en el escritorio de Griffith cuando Trent los dejó caer para ponerse a pasear de un lado a otro. Teniendo en cuenta la frecuencia con la que últimamente se había dejado llevar por ese hábito, necesitaría un par de botas nuevo cuando terminara la semana.

—No lo sé. ¿Es posible? Hace dos meses ni siquiera sabía que existía. Y ahora ella está aquí... y le gusta leer... y odia las zanahorias... y preferiría vivir en el campo. Y no puedo creer que esté diciendo esto, pero estoy

considerando la idea de llevarla allí. No sé si eso es amor u obedece a que me siento obligado porque he fastidiado el único matrimonio que cualquiera de los dos tendrá en su vida.

Griffith se recostó en la silla, se cruzó de brazos y se miró los pulgares.

Trent dejó de caminar, apoyó las manos en el escritorio de su hermano y se inclinó hasta que estuvo a la altura suficiente como para inmovilizarle con la mirada en la silla.

—¿Por qué no te has casado todavía?

Griffith enarcó su exasperante ceja.

—¿Por qué crees tú?

—Porque eres un perfeccionista exigente y no hay mujer sobre la faz de la Tierra que aguante tener que poner su taza de té a siete centímetros del borde de la mesa en todo momento. —Trent se alejó del escritorio y volvió a caminar por la estancia.

Griffith intentó fruncir el ceño, aunque con los labios esbozó un atisbo de sonrisa.

—Yo no obligo a nadie más a que coloque su taza de una forma determinada.

—Claro, pero porque no estamos casados contigo. Podemos no hacer caso de todas tus reglas personales. Tu esposa tendría que vivir con ellas. —Toda la familia sabía que a su hermano le gustaba que las cosas se hicieran de una determinada manera. Lo pensaba todo al dedillo, incluso el orden en que comía. Una vez cometió el error de preguntarle por aquello y tuvo que soportar una interminable y desconcertante charla sobre cómo interactuaban los sabores de los distintos alimentos y cómo algunos permanecían en la lengua, alterando la experiencia de los siguientes bocados.

—En cierto modo tienes razón. —Griffith tomó su pluma y recorrió el borde con el dedo—. Tengo un plan para escoger esposa. Será muy pronto, pero cuando tenga decidido con quién me voy a casar, la amaré.

Trent soltó un resoplido de burla.

—No es tan fácil como parece. Te aseguro que estaría eternamente agradecido si simplemente pudiera ponerme delante de Adelaide, decirle «te amo» y conseguir que todo fuera bien. Pero no sé lo que piensa o qué la hace

feliz. No estamos compenetrados como Ryland y Miranda o Colin y Georgina. Incluso nuestra madre y lord Blackstone tienen esa relación cuando te fijas en ellos. Esa mirada que dice que se conocen por dentro y por fuera. ¿No consiste en eso el amor? Eso es lo que siempre me imaginé que tendría. Recuerdo a padre recitando poemas malísimos a madre y cómo ella se reía todo el día cuando se acordaba. Yo quería eso. Me iba a tomar mi tiempo, como hizo padre, y conseguir la siguiente historia de amor épica de la familia. —Se derrumbó contra la pared, con un tono cada vez más débil a medida que reconocía por primera vez en voz alta que el único sueño que se había permitido tener en toda su vida había muerto—. Ese era el plan —concluyó.

Griffith volvió a suspirar y apoyó los brazos en el borde del escritorio, frotándose el pulgar con el dedo índice.

—Trent, no ofreciste tu vida a Jesús para seguir tu propio plan. Tienes que seguir SU plan. Y por alguna razón Él te dio a Adelaide y tú la aceptaste como esposa. Ahora, ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Cómo consigues amar a alguien, Griffith? Y no estoy hablando del amor cristiano, donde abundan la caridad, la gracia y el perdón. Ese es el tipo de amor que nos impide usar nuestra influencia social para rechazar a personas como *lady* Crampton. —Trent volvió a apoyar las manos sobre el escritorio de su hermano y se inclinó hacia adelante, pero esta vez suplicándole con la mirada en vez de fulminándolo con ella—. Griffith, ¿cómo amo a mi esposa?



A Adelaide le había gustado mucho Hyde Park desde el asiento del coche de Trent, pero le encantaba yendo a pie. El lago Serpentine brillaba como si fuera un mar de joyas y, al encontrarse tan lejos del concurrido Rotten Row, podía oír a los pájaros en lugar de las ruedas de los carruajes y el bufido de los caballos. Alzó la cara para que el sol pudiera bañarla más allá del borde de su sombrero, disfrutando, helada como estaba, del calor en su piel. No era el tipo de frío provocado por el viento, o porque llevaba un vestido

demasiado fino. Era un frío que provenía de sus huesos y la dejaba completamente entumecida.

Pisó una roca. La punta afilada se clavó a través de la delgada suela de su calzado, demostrando que, al menos una parte de su cuerpo podía sentir algo. Soltó un grito y trastabilló hacia a un lado para apartarse de la roca, pero se pisó el dobladillo y estuvo a punto de caer al agua que acababa de admirar.

—*Milady!* —Rebecca se apresuró a ir en su ayuda, pero Adelaide recuperó sola el equilibrio, aunque no sin mancharse la parte inferior del vestido de tierra y hierba.

Contempló la mancha con el ceño fruncido, sabiendo que no era el primer vestido que ensuciaba sin querer. Mientras se alejaba del Serpentine, no pudo dejar de ver la tela manchada moviéndose por encima de la punta de su zapatilla. Una zapatilla que en ese momento se dio cuenta de que había perdido el lazo que la decoraba en algún lugar del camino.

—¿Rebecca?

—*¡Sí, milady!* —La doncella se acercó los tres pasos que la separaban de ella. Se le debía de estar pegando la forma tan poco ortodoxa de tratar al personal de su marido, porque se le había pasado por la cabeza sugerir a su doncella que dejara de caminar tan detrás de ella.

—¿Cuántos vestidos he echado a perder desde que vinimos a Londres?

—*¡Completamente!* Solo dos, *milady*. He podido arreglar todos los demás. —Rebecca casi parecía orgullosa porque solo hubiera destrozado dos vestidos. Lo que era bastante ridículo, ya que la doncella no debía de tener más de cuatro o cinco vestidos en todo su guardarropa.

Adelaide reprimió el impulso de soltar un suspiro.

—¿Y cuantos zapatos?

La doncella la miró radiante.

—Oh, he conseguido arreglar todos menos uno de esos. Esta vez me acordaré de pedir cintas de sobra al zapatero.

Adelaide llegó a la cima de un pequeño montículo y se detuvo para mirar alrededor del parque a todas las personas que parecían tener sus vidas bajo control.

—¿Sombreros?

—A veces he repuesto algunas cintas y plumas, pero hemos perdido un sombrero. —La doncella se mordió el labio—. Por favor, no me pregunte por los guantes.

Sabía perfectamente que no debía formular esa pregunta. Su madre había empezado a comprar guantes en cantidades ingentes cuando ella se hizo lo suficiente mayor para usarlos.

No era de extrañar que las cosas le hubieran ido tan mal la noche anterior. Era una patosa. Jamás había tenido que admitirlo delante de nadie, pero estaba convencida de que todos lo sabían. Aunque eran lo suficientemente ricos y a su madre le gustaba comprar con la asiduidad necesaria para que los destrozos en su vestuario no fueran tan notables. Siempre había otro vestido, otro par de zapatos, otro sombrero, quince pares más de guantes...

Pero no habría otro Trent. No podía meter a su marido en un baúl y conseguir otro porque había estropeado al anterior.

Era hora de que madurara y dejara de culpar a su educación de todo lo que le sucedía.

Tal vez había llegado el momento de dejar de intentar hacer feliz a todo el mundo.

Su madre quería que fuera socialmente ambiciosa y popular. Y, si era sincera consigo misma, sabía que las habilidades que había adquirido mientras crecía (hacer lo que se esperaba de ella y desaparecer cada vez que lo deseaba) seguramente le guiarían por el buen camino para lograr una vida así. Pero solo tenía que mirar a sus padres para ver el precio que se pagaba por vivir de esa forma; un precio que no estaba dispuesta a pagar.

Pero ¿qué necesitaba Trent que fuera? A pesar de que siempre afirmaba lo contrario, a él le gustaba estar integrado en la sociedad. Pasaba tiempo en los clubes, la llevaba a pasear, a comer y a tomar helados. Necesitaba alguien preparado, capaz y refinado que asistiera con él a una carrera de caballos un día y a la ópera al día siguiente, pasando por una velada sofisticada entremedias. Ahora sabía que podía desenvolverse en todas aquellas situaciones, que podía interactuar con muchas personas siempre que no tuviera que iniciar la conversación. El único problema era que lo hacía mientras parecía una desgarbada simplona.

Trent no había perseguido ese matrimonio. Lo menos que podía hacer era ofrecer a su marido una esposa que fuera una auténtica dama. Una esposa que cumpliera con las expectativas creadas por las mujeres que hasta ese momento habían compartido su vida.

Continuó paseando, tratando de descubrir qué necesitaba aprender de lo que hacían las damas. La elegancia y el saber estar de Georgina estaban fuera de toda duda. Estaba más que segura de que la joven no regresaba a casa menos presentable de lo que había salido. El ingenio que Miranda y *lady* Raebourne solían utilizar sería también una ventaja. La forma como ambas, e incluso Griffith, podían cambiar el giro de una conversación y poner en su lugar a una persona de forma educada era una habilidad que estaba deseando poder adquirir. Pero ¿se podían aprender esas cosas? ¿Se las enseñaría alguna de ellas?

Atravesó el parque con un renovado propósito. Después, paró un coche para que la llevara junto a Rebecca a través de Mayfair. Había una única cosa, una única persona que todas esas mujeres tenían en común. Y la sola idea la aterrorizaba hasta secarle por completo la boca.

Levantó el puño para detener al cochero y ordenar que se diera la vuelta en al menos tres ocasiones. Cada una de esas veces, respiró hondo y susurró una plegaria para que le diera fuerzas para continuar. Rebecca iba sentada callada en el otro asiento, con los ojos muy abiertos, mirando de vez en cuando por la ventana como si intentara averiguar adónde se dirigían.

Por fin el carruaje se detuvo en otra casa y Adelaide entregó su tarjeta a otro mayordomo. Ahora, sin embargo, fue recibida de inmediato.

Esperó en el salón, determinada a no salir corriendo. Menos de cinco minutos después, oyó a alguien entrando detrás de ella. Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa que esperaba pareciera segura de sí misma y amable en vez de reflejar el malestar que se le había instalado en el abdomen.

—Buenas tardes, *lady* Blackstone. Necesito su ayuda.

Capítulo 29



Trent debería habérselo pensando dos veces antes de preguntar a su hermano. Griffith no hacía las cosas como un hombre normal, conjeturando y extrayendo la respuesta de sus conocimientos previos. No, cuando Griffith necesitaba respuestas, investigaba a fondo.

—¿Puedo irme ya? —Trent recostó la cabeza en el borde del butacón sobre el que se había dejado caer. Había pasado una hora desde que le hizo la pregunta y, hasta ahora, lo único que había hecho Griffith había sido llamar a un lacayo y entregarle tres cartas. Luego volvió al trabajo y le dijo que se pusiera cómodo.

—No.

Ahí estaba. Ninguna explicación, ninguna palabra que le tranquilizara. Sin embargo, esperó. Aunque tampoco es que Griffith fuera a perseguirlo y atarlo a una silla si intentaba marcharse. Al menos eso creía. Pero había hecho una pregunta y parecía que Griffith iba a ofrecerle una respuesta en breve, así que aguardó. Su hermano mayor jamás lo había decepcionado.

Un fuerte ruido atrajo su atención. Se puso de pie, esperando que Griffith le conminara a que no abandonara la habitación, pero como no dijo nada, salió del estudio y se dirigió al vestíbulo. Allí se encontró a Finch, al lado de su baúl de viaje, hablando con el mayordomo de Griffith sobre cómo iban a transportar su equipaje hasta Mount Street.

—¿Finch?

—Sí, milord.

Trent se aclaró la garganta.

—¿Qué estás haciendo?

Finch miró primero el baúl y luego a él con un atisbo de preocupación en los ojos.

—¿Hacer el equipaje para regresar a casa, milord? Su excelencia me informó de que ha decidido volver a Mount Street.

Trent clavó la vista en el baúl. Una parte de él quería resistirse, enviar el arcón arriba y que volvieran a dejar todo como el día anterior.

Pero las cosas no eran igual que ayer. Y aunque no se arrepentía de su plan de cortejo, era hora de seguir adelante. No había motivo alguno para quedarse en Hawthorne House por más tiempo.

—¿Quiere que lo vuelva a subir, milord? —Finch cambió su peso de un pie a otro, mirando con nerviosismo al baúl, al mayordomo y al pasillo que llevaba a la puerta abierta del estudio de Griffith.

—No. —Tragó saliva—. No, Griffith está en lo cierto. Es hora de volver a casa.

Y era verdad. ¿Por eso le había tenido su hermano esperando esa hora? ¿Para darle el tiempo que necesitaba para sacar sus propias conclusiones y comprender que había llegado el momento de seguir adelante?

Entonces oyeron que alguien llamaba a la puerta con fuerza. El golpe resonó en todo el vestíbulo y Gibson, el mayordomo, fue tranquilamente hacia la entrada para abrir.

—Tenía el presentimiento de que me llamarían más pronto que tarde —dijo Anthony mientras daba una palmadita a Gibson en el hombro y entraba en la casa. Se le veía mucho más arreglado que cuando había irrumpido en su vivienda a primera hora de la mañana.

Trent abrió un poco la boca cuando Anthony le giró en dirección a la parte trasera de la casa y le dio un ligero empujón para que se encaminara hacia el estudio de Griffith.

Cuando entró en la estancia taladró con la mirada a su hermano.

—¿Llamaste a la caballería?

Griffith se encogió de hombros.

—No sabía la respuesta, y como dejaste claro que lo que aprendiste de los

libros y los rumores no te ha servido para nada, la opción más obvia era acudir a alguien de confianza que nos aportara experiencia de primera mano.

—Griffith, me has emocionado. —Anthony se llevó una mano al corazón y fingió desvanecerse en el butacón que había enfrente del que él había ocupado hacía un momento.

—Pues no te emociones tanto —gruñó su hermano, antes de empezar a apilar los libros de contabilidad y limpiar su escritorio—. He oído que tendré una charla antes de casarme.

Atrapado en lo que seguramente sería la conversación más incómoda de toda su vida, se dejó caer en su butacón, apoyó los brazos en los reposabrazos, estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos.

La sonrisa de Anthony no mostraba el menor signo de arrepentimiento.

—¿Prefieres que te la dé Trent? Supongo que, para entonces, habrá tenido tiempo de descifrar todo lo relativo al matrimonio, a menos que te traigas algo entre manos que no nos hayas dicho.

—Tiene un plan —murmuró Trent, feliz de no ser el único en ser sometido a escrutinio, aunque solo fuera durante un rato.

Griffith ni siquiera parpadeó, ni se molestó en enarcar su arrogante ceja. Aunque tampoco dejó de ordenar sus cosas.

—Yo siempre tengo un plan.

Otro golpe interrumpió la conversación. Instantes después entraba Colin, seguido de Ryland. El breve respiro que había tenido había llegado a su fin. Seguro que los hombres allí presentes le darían buenos consejos, y además útiles, pero no le cabía la menor duda de que antes se burlarían de él a conciencia.

—Caballeros —saludó Griffith, levantándose de su silla, en cuanto todos se hubieron sentado—. La pregunta que me gustaría trasladaros hoy, más por el bien de Trent que por el mío, aunque he de reconocer que siento curiosidad, es a qué os referís exactamente cuando decís que amáis a vuestras esposas. Y cómo se supone que uno debe conseguir dicha emoción.

Los tres poderosos hombres lo miraron. Ninguno de ellos pronunció una palabra, dejando que el único sonido que se oyera en la estancia fuera el tictac del reloj de la chimenea. Griffith esperó a que alguno hablara. Él

intentó hacer lo mismo, pero enseguida empezó a inquietarse por el pesado silencio.

—Bueno, no me esperaba esto para nada —dijo al final Anthony.

Colin se pasó una mano por la nuca y miró de reojo a Ryland antes de volver a mirar a Griffith.

—Eres consciente de que es una pregunta complicada, ¿verdad?

Y ahí estaba otra vez la ceja arrogante. Trent iba a tener que practicar o buscar algún método para hacer ese gesto.

—Si fuera una pregunta sencilla, ¿os habría convocado a todos?

—Creo que lo que quiere decir —intervino Ryland con tono seco—, es que tanto él como yo estamos casados con vuestras hermanas y que esta discusión puede terminar volviéndose más personal de lo que os gustaría.

Griffith hizo un gesto de asentimiento antes de apoyarse en el escritorio y cruzarse de brazos.

—Trent me ha informado de que Anthony ya se encargó de hablarle del aspecto más físico de la cuestión que nos traemos entre manos.

Su hermano menor soltó un gruñido y cerró los ojos, rezando por el segundo advenimiento del Señor. Cualquiera momento le parecería bien. Así no tendría que lidiar con el fondo del problema o con aquella conversación.

La gracia que le causó aquello a Ryland quedó patente en su tono de voz.

—Seguro que fue de lo más interesante.

—Ni te lo imaginas. —El marqués dio una patada a Trent en las piernas, que tenía extendidas—. Presta atención, cachorro. Solo vamos a hablar de esto una vez, así que toma nota.

—Lo primero que tienes que saber es que no vas a cambiarla. —Colin levantó un dedo—. La amas tal y como es, con sus defectos incluidos. Porque tú también tienes defectos que ella tendrá que aceptar.

Griffith soltó una carcajada antes de poder contenerla, aunque intentó disimularla con una serie de toses y bufidos.

—Por favor, dime que le has mencionado esa parte a Georgina.

Esa imagen mental apaciguó un poco su nerviosismo. A Georgina se le daba excepcionalmente bien presentarse ante el público como el epítome de la perfección

Anthony asintió.

—Pero al mismo tiempo, vais a cambiaros el uno al otro. Cuanto más estrecha sea vuestra relación, más os adaptaréis al otro. Es difícil de explicar, pero sucede. Un día estarás paseando a través de un campo lleno de flores simplemente porque a ella le gustan y, antes de que te des cuenta, estarás permitiendo que tu casa se llene de una cantidad ridícula de jarrones con flores frescas.

—Eso tiene pinta de ser muy aromático.

Anthony hizo una mueca y se encogió de hombros.

Ryland se inclinó hacia delante y estiró un brazo hacia el escritorio de Griffith, donde había una Biblia en una esquina.

—¿De verdad quieres amar a tu esposa? Hablemos de Isaac y Rebeca.

—Creo que es mejor empezar por los Efesios. —Colin apoyó un codo en el reposabrazos de su silla para poder ver mejor la Biblia que ahora descansaba en el regazo de Ryland.

Anthony cruzó la habitación y se inclinó sobre el hombro de Ryland.

—¿Por qué no la primera epístola de Pedro?

Griffith siguió apoyado sobre su escritorio con los brazos cruzados, pero giró la cabeza y miró a Trent con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Trent tuvo que volver a reconocer la astucia de su hermano mayor. Por mucho que odiara admitirlo, había dado en el clavo al llamar a esos hombres. Uno nunca podía equivocarse si seguía los consejos de la Biblia.



—Necesito que me enseñe a ser una dama. —Adelaide se sentó en el salón de su suegra, deseando que hubiera otra forma de describir lo que quería. También le hubiera gustado haber acudido primero a Miranda, Georgina o incluso a *lady* Raebourne, pero a esa nueva faceta suya de hacerse cargo de las cosas no le había dado tiempo de desarrollar un lado lógico, así que había ido directamente a la persona que había enseñado a sus hijas las habilidades que quería aprender.

—Tonterías. —Caroline agitó una mano en el aire—. Lo único que te hace

falta es un poco más de elegancia. Tienes el tacto de un ángel y no hay absolutamente nada malo en eso, aunque tal vez un pelín más de agallas no te vendría mal.

Adelaide parpadeó ante el prosaico cumplido.

—Oh.

—Muy bien. Vamos a empezar con cómo sentarse. —Caroline la guio hasta un grupo de sillas.

Que le enseñaran a sentarse le pareció un poco raro. Llevaba haciéndolo desde que tenía memoria. ¿Lo había estado haciendo mal? ¿Acaso había una forma incorrecta de hacerlo? Se sentó en la silla. Una vez acomodada, intentó colocar suavemente las manos sobre su regazo, pero el vestido le tiró del hombro y, debajo de ella, tenía la falda colocada de tal forma que no podía cambiar de postura sin retorcerse la ropa.

Volvió la vista a Caroline, justo a tiempo para verla casi flotando sobre su silla, con la falda delicadamente extendida sobre el asiento para que le permitiera moverse en cualquier dirección.

Adelaide ni siquiera podía sentarse en una silla de forma correcta. Aquello le iba a llevar mucho más tiempo que una sola tarde.



Se le había hecho tarde. Caroline la había obligado a levantarse y sentarse tantas veces que le ardían las piernas cuando llegó a casa. Había tardado el doble de lo normal en vestirse para la noche y ahora estaba en lo alto de las escaleras, aterrorizada por tener que bajar el primer peldaño.

No veía ningún zapato negro y brillante aguardando en el vestíbulo al pie de las escaleras. ¿Era posible que todavía no estuviera allí? Podía esperarle en el salón, para así no tener que contemplar si había perdido el brillo de admiración en los ojos cuando bajara las escaleras.

—Estás preciosa.

La voz profunda y tranquila que oyó a su lado hizo que se sobresaltara y se agarrara a la barandilla.

Al notar la mano firme agarrándola del codo, supo que no corría ningún

peligro de caer por las escaleras; aun así, tardó unos segundos en apartar la vista de los traicioneros peldaños.

A su derecha, por el rabillo del ojo vislumbró los zapatos que había estado esperando ver abajo. La luz de los candelabros que iluminaban las escaleras se reflejaba sobre el cuero pulido. Alzó la mirada, a través de unos pantalones de color beis, después las rayas azules de un chaleco antes de llegar al azul más oscuro de la levita hecha a medida. Una mano le sostenía el codo mientras la otra descansaba sobre la parte baja de su espalda, realzando sus amplios hombros y logrando que el corazón le diera un vuelco como nunca creyó que volvería a suceder.

Pero fue su rostro lo que realmente la dejó sin aliento. La admiración todavía estaba allí, gracias a Dios. Aunque ahora compartía protagonismo con otra emoción que no lograba descifrar. ¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Estaba tan nervioso por volver a verla como lo estaba ella por verle a él?

—Estás en casa.

—Sí.

No supo qué responder a eso. Se había preguntado si él regresaría (incluso se había permitido el lujo de albergar esa esperanza). ¿Era posible que pudieran seguir adelante y que dejara de preocuparse sobre si alguna vez serían algo más que una pareja de cara al público?

—¿Nos vamos? —Trent le soltó el codo y le ofreció el brazo. Por primera vez desde que estaban casados, bajaron juntos las escaleras. Adelaide sabía que era un momento muy importante, así que hizo todo lo posible por seguir las instrucciones apresuradas de Caroline para que no se estropeará la elegante estampa que seguramente ofrecían.

Ninguno de los dos dijo nada mientras cruzaban el vestíbulo, pero Trent la detuvo antes de llegar a la puerta.

—Adelaide. —Se aclaró la garganta y se volvió para tomar sus manos entre las suyas—. Necesito que sepas que voy a ser un buen esposo.

Se le hizo un nudo en la garganta por las profundas emociones que se agolparon en su interior y a las que no podía ponerles nombre.

Trent alzó la mano enguantada y le acarició la mejilla con los nudillos.

—No hace falta que digas nada, pero yo sí lo haré —continuó él—. Quiero

hacer las cosas bien contigo. Y creo que, de ahora en adelante, iremos paso a paso sin ningún plan o esquema. ¿Te parece? ¿Dejarás que hagamos un borrón y cuenta nueva más, Adelaide?

—Mi madre lo sabía. —Las palabras salieron de su boca como si su lengua estuviera deseando confesarse para poder tener ese nuevo comienzo juntos.

Trent abrió la boca antes de cerrarla con un chasquido de dientes. Después, la miró parpadeando.

—¿Sabía qué?

—Que estábamos allí. En las ruinas. Ella fue a quien oímos pasar cerca.

—¿Y te dejó allí para obligarnos a casarnos?

Adelaide se estremeció por dentro. Sabía que tenía que sincerarse por completo, pero no quería hacerlo.

—Pensó que eras Griffith.

Trent se quedó callado un instante, pero inmediatamente después echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—Desde luego, nadie puede acusarnos de ser convencionales, Adelaide.

Notó que elevaba los labios hacia arriba antes de que la libertad que sintió por aquella confesión fluyera con su propia risa.

Él se inclinó sobre ella y la besó suavemente en los labios.

—No más secretos, no más planes. Prometo no volver a hacerte daño, Adelaide. Seré un buen esposo.

A su mente acudió el momento en que fisgoneó en los cajones de su estudio, pero apartó ese recuerdo de inmediato. Aquello no era ningún secreto, no en realidad. Era el tipo de cosas de las que la gente se enteraba cuando vivían juntos. Siempre que no lo mencionara, no le supondría ningún problema.

La tensión alrededor de los ojos verdes de Trent disminuyó cuando su risa se transformó en una brillante sonrisa acompañada de un enorme hoyuelo en su mejilla izquierda. Cuando la escoltó a través de la puerta, Adelaide pensó en sus pies y se aseguró de ir bien recta para no descolocar ninguna pluma o deshacer ningún rizo. También intentó mantener una distancia respetable entre su cuerpo y el de Trent para no pisarle accidentalmente, como le había

sucedido hacía unas pocas noches cuando iban de camino a un evento musical.

El dolor que sintió en las piernas cuando trató de subir al carruaje casi la hizo retroceder y decidir que tampoco merecía tanto la pena ir a la ópera. Pero solo de pensar que tendría que volver a subir todas esas escaleras para regresar a casa, acabó por convencerse de que era mejor la opción de la ópera. Tras colocarse meticulosamente la falda para no estropear ningún lazo o forzar ninguna costura, colocó las manos sobre el regazo, procurando que su bolso de mano de tamaño estándar no perdiera ninguno de los flecos que rodeaban la base. Como no llevaba ningún libro dentro, lo sentía demasiado liviano bajo su muñeca y le preocupó terminar balanceándolo sin sentido.

Trent subió al carruaje detrás de ella y se sentó en el asiento con la misma atención inconsciente que siempre ponía al hacerlo. Su marido no pretendía ser un caballero consumado, sencillamente lo habían educado así cuando todavía llevaba pantalones cortos.

—¿Sabías —dijo ella cuando el carruaje se puso en marcha—, que una de las primeras óperas en el Reino Unido se representó en una pista de tenis cubierta?

La risa inundó el interior del vehículo de inmediato. Trent se acercó a ella y le agarró una mano, tomándola entre las suyas. Solo eso hizo que aquella alocada carrera en la biblioteca de *lady* Blackstone mereciera la pena. Había querido algo que rompiera la posible tensión de la noche y el libro sobre historia del teatro le había proporcionado exactamente lo que necesitaba.

Trent no dijo nada mientras su risa se desvanecía, pero le envolvió la mano con la suya y se quedó mirando ambas extremidades. Después, pasó un dedo por la costura de su guante, siguiéndola dedo a dedo y enviando escalofríos a lo largo de su mano, que fueron directos a su columna vertebral y hasta la punta de los dedos de los pies que se curvaron dentro de sus zapatillas.

—Hay algo más que necesito decirte, Adelaide. Quiero pedirte disculpas. Anoche yo...

—Por favor, no. —Adelaide levantó la mano que tenía libre y presionó los dedos sobre los labios de él. La sorpresa se abrió camino sobre cualquier

pensamiento que hubiera tenido para arreglar las cosas—. Un nuevo comienzo, ¿recuerdas? Borrón y cuenta nueva. Estoy bien. En serio, lo estoy. Así que creo que lo mejor que podemos hacer es disfrutar de la ópera.

Trent la miró durante un momento; el tiempo suficiente para que empezara a preguntarse si al final iban a terminar discutiéndolo. Pero entonces su sonrisa regresó; incluso le mostró un atisbo de esos increíbles dientes blancos.

—Estoy de acuerdo. Disfrutemos de la velada. ¿Has estado alguna vez en la ópera?

Ella hizo un gesto de negación.

—No. Pero en una ocasión mi padre me llevó a Birmingham con él y fuimos juntos al teatro.

—¿Cuántos años tenías?

¿Qué edad tenía? Hacía ya unos cuantos años de aquello. Antes de que Helena empezara a venir a Londres.

—Creo que doce. Quizá trece.

—¿Y esa fue la última vez que fuiste al teatro? —preguntó él con voz tranquila mientras veían pasar Londres por la ventanilla del carruaje.

—Siempre iba a los espectáculos ambulantes que pasaban por Riverton. —Sabía que eso no era lo que le había preguntado, pero esa noche no quería ser digna de lástima. Quería ser una dama, una mujer digna de respeto y, quizá, hasta un poco amada. Si iban a empezar de nuevo, ese podía ser un objetivo tan digno como el que más.

Al bajar del carruaje estaba tan distraída que casi se engancha con la portezuela. Contuvo la respiración mientras se agachaba con cuidado para desenredar el ribete de la bisagra de la puerta. Puede que al día siguiente fuera capaz de permanecer con su ropa intacta durante más de una hora. Al menos necesitaba lograrlo durante la hora que iba a pasarse en casa de Caroline, practicando cómo sentarse y cómo andar. Tal vez pudieran incluir en la lección alguna noción de cómo bajarse de un carruaje con propiedad.

Se aferró al brazo que Trent le ofreció, dándole un ligero apretón que arrancó a su marido otra sonrisa con hoyuelos de esas que le paraban el corazón y que le hacían recordar sus apasionados besos antes de que todo

saliera mal. Cuando entraron a la ópera sonrió para sí misma. Puede que no quisiera olvidarse de todo lo acontecido durante las últimas veinticuatro horas.

Capítulo 30



Se suponía que Trent tenía que responder a algo que Colin estaba diciendo (al fin y al cabo, ese era el papel normal de una persona en una conversación), pero en su lugar estaba mirando a su esposa que estaba en el otro lado del círculo que habían formado en el palco de Griffith. Había algo diferente en ella, pero Trent no tenía ni idea de qué se trataba. No podía decirlo con certeza, pero su esposa no era la misma joven con la que estaba acostumbrado a pasear por la ciudad.

Llegaron a la ópera con apenas el tiempo suficiente para saludar a los demás ocupantes del palco antes de tener que tomar asiento para el primer acto; así que no fue hasta el intermedio cuando tuvieron la primera oportunidad de hablar con Colin y Georgina, que habían decidido acompañarlos durante la velada. La conversación era sobre todo entre Georgina y Adelaide, aunque Colin lanzaba alguna que otra observación de vez en cuando. Se habían quedado de pie, formado un círculo detrás de las sillas, para poder estirar las piernas y evitar las miradas curiosas que siempre estaban pendientes de los palcos de la aristocracia en busca de chismes interesantes.

No es que dos parejas de casados en un palco despertaran mucho interés, pero Trent estaba empezando a anhelar tener un poco de privacidad como nunca antes. Quizá tuviera que ver el hecho de haber visto como un grupo de hombres a los que respetaba muchísimo habían diseccionado su vida al detalle ese mismo día.

Estaban hablando sobre los trajes del primer acto; algo de lo que no podía opinar porque no había prestado mucha atención. Había estado muy ocupado asegurándose de que Adelaide disfrutaba de la velada. Si no hubieran mantenido la charla ambigua pero muy clarificadora en el carruaje, se hubiera sentido incómodo o incluso le hubiera preocupado ese «algo» distinto que notaba en ella, pero tras lo vivido en el vehículo, tenía la sensación de que iban a seguir adelante. En qué dirección, no sabía, pero sí avanzar y salir de aquel limbo en el que él mismo les había metido con su idea del cortejo. Aun así, había algo más, algo que estaba pasando por alto. La recorrió de arriba abajo con la mirada, preguntándose si necesitaba estirar las piernas un poco más de lo que ya estaban haciendo. Si Adelaide necesitaba andar, Trent sería capaz de desafiar a la multitud que se congregaba en los pasillos exteriores con tal de darle el gusto.

Pero no se la veía inquieta. En realidad, ni siquiera se movía; lo que resultaba bastante extraño en la Adelaide que él había llegado a conocer. Por lo general se la veía tranquila, pero a la vez llena de vida; lo que seguramente explicaba por qué siempre terminaba con ese aspecto desordenado. Curvó los labios hacia arriba mientras miraba a su esposa, buscando alguno de esos defectos que tanto le gustaban de ella.

—¿No estás de acuerdo, Trent? —sonrió Colin mientras formulaba la pregunta.

Ni loco reconocería que no le había estado escuchando, así que decidió arriesgarse.

—Por supuesto.

—¿Lo ves, Adelaide? Trent también cree que sería ridículo quedarse en Londres en verano con todo ese calor. Ahora solo tienes que decidir a cuál de vuestras propiedades quieres ir.

Trent quiso fulminar a Colin con la mirada (en serio), pero vio tanta esperanza en la cara de su esposa que fue incapaz de apartar la vista de ella. No sabía cuándo o cómo habían cambiado de tema y habían dejado de hablar de los raros trajes de la ópera, pero ¿importaba acaso?

Se acordó de los pasajes de la Biblia que habían leído esa misma tarde en Hawthorne House.

«...la tomó como esposa, y la amó...».

«Maridos: amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella...».

«...tributadles el honor debido...».

Trent contempló la alegría en el rostro de Adelaide ante la perspectiva de volver al campo y no le hizo falta más para tomar una decisión. Además, ¿por qué tenía que quedarse en la ciudad todo el año? Solo porque pasara una temporada en una de sus fincas del campo no significaba que tuviera que involucrarse en la gestión diaria de la misma. Sus administradores podían seguir encargándose como si ellos no estuvieran allí y él solo se preocuparía de su esposa, dedicándose en cuerpo y alma a ella. No era fácil y no tenía la sensación de que se tratara de amor, pero sí creía que era lo correcto y también suponía un comienzo.

—¿Por qué no vamos a Suffolk? —preguntó él, incapaz de resistir el impulso de acariciarle la mejilla con el nudillo al ver que esbozaba una deslumbrante sonrisa que iluminó todo su rostro—. Todavía tengo que ver la propiedad. Ibas allí de pequeña, ¿verdad?

Adelaide asintió.

—Mi padre siempre se quedaba allí cuando iba a ver las carreras. Normalmente me llevaba con él. Hará unos cinco años que dejamos de hacerlo.

Cuando Helena empezó a venir a Londres. ¿Acaso su vida se detuvo cuando su hermana se presentó en sociedad? Trent se planteó la idea de amonestar a sus padres por el favoritismo y la negligencia que habían mostrado, pero eso requería pasar tiempo en su presencia y cada vez estaba más decidido a evitarlos, salvo que fuera absolutamente necesario (y también a mantenerlos lo más lejos posible de Adelaide).

—Entonces está decidido. Pasaremos el verano en Suffolk. Tal vez Colin y Georgina quieran venir a visitarnos.

¿Y ahora se ponía a organizar fiestas en el campo? ¿Había algo que no estuviera dispuesto a hacer con tal de ver feliz a Adelaide?

Colin se frotó la barbilla, pensativo.

—Nunca me he puesto a investigar sobre caballos. Son una inversión

bastante impredecible, aunque podría ser divertido.

Georgina soltó un suspiro.

—No necesitas centrarte en otro proyecto. —Arrugó la nariz—. Y los caballos huelen.

Colin frunció el ceño.

—Pero ya he dejado de lado la naviera y ahora estoy invirtiendo menos en maíz. Necesito hacer algo.

—Da gracias por no casarte con un hombre de negocios, Adelaide. Me paso la mitad del tiempo compitiendo con beneficios y bolsas de valores. — Georgina suavizó la queja con una ligera sonrisa.

Trent fue el más sorprendido de todos cuando su hermana confesó estar enamorada de Colin. Quizá porque fue testigo de sus comienzos, cuando con solo verlo a Georgina le hervía la sangre de rabia.

Sin embargo, esa emoción volátil se había transformado con el tiempo, convirtiéndolos a ambos en una de las parejas más bien avenidas que jamás hubiera conocido. La manera en que se ayudaban y apoyaban mutuamente era algo digno de ver.

Los sirvientes empezaron a apagar las velas, señalando que el intermedio había llegado a su fin. Colin rodeó con un brazo a su esposa por la cintura mientras la conducía de regreso a su silla.

—¿Sabes? Si quieres que deje de leer los periódicos, solo tienes que pedírmelo.

Las mejillas de su hermana se sonrojaron ligeramente y Trent se apresuró a acompañar a Adelaide a sus asientos de enfrente del palco.

A veces odiaba llevarse tan bien con los maridos de sus hermanas.



Adelaide jamás se hubiera imaginado que un pequeño cambio pudiera poner patas arriba su rutina matutina, pero saber que Trent volvía a estar en casa pareció trastocar cada hábito que había adquirido en las últimas semanas. Solía vestirse ella sola a primera hora del día y solo requería la ayuda de Rebecca cuando tenía que arreglarse por la tarde.

Pero ahora Trent estaba en casa. ¿Esperaría que bajara vestida y peinada de forma adecuada? Miró al techo y se preguntó si debería llamar a Rebecca o simplemente seguir su rutina normal. Sea lo que fuere lo que decidiera seguro que no era tan incómodo como cuando volvieron de la ópera.

Trent la había acompañado, aunque le resultó un tanto extraño que se inclinara a besarla como solía hacer antes de... bueno, antes. Sobre todo, porque no se había detenido al pie de las escaleras, sino que la había escoltado hasta el salón que compartían ambos dormitorios. Que hubieran disfrutado tanto de la velada solo hizo que el inusual final fuera aún más raro. Él se acercó a ella y le dio un rápido beso antes de desearse mutuamente las buenas noches y retirarse a su habitación.

Ahora que sabía que estaba al otro lado de la puerta, que lo vería en el desayuno, que tendría que cuidar cada uno de los movimientos que hiciera durante todo el día, y no solo por la noche... Todas esas cosas lograron que le diera un miedo tremendo salir de la cama esa mañana.

El suave golpe en la puerta la sobresaltó. Al principio pensó que provenía del dormitorio de Trent, pero entonces Rebecca abrió la puerta y entró.

—Buenos días, *milady*.

Adelaide se sentó en la cama.

—¿Cómo sabías que tenías que venir esta mañana?

La doncella descorrió las cortinas, permitiendo que entraran los rayos de sol, antes de dirigirse al vestidor.

—Lord Trent va a desayunar en casa esta mañana. —Se detuvo en la puerta y la miró con una sonrisa que casi podía calificarse de atrevida—. Estoy empezando a entender cómo funciona todo por aquí, *milady*. Lleva su tiempo acostumbrarse.

—Sé a lo que te refieres. —Adelaide salió de la cama y se sometió a las atenciones de Rebecca (ya empezaba a echar de menos la comodidad de sus viejos vestidos de mañana y su sencilla trenza). Sin embargo, *lady* Blackstone había sido firme al respecto: nunca debía dejar que su apariencia jugara en su contra. Supuso que eso también contaba para cuando su esposo estuviera delante.

Pero se dio cuenta de que el sacrificio había valido la pena cuando Trent la

siguió con los ojos por el salón del desayuno hasta el aparador. Adelaide se llenó el plato y se dirigió con cuidado hasta la mesa. Cuando regresó de la ópera la noche anterior, Rebecca la había mirado con los ojos como platos al ver que venía prácticamente igual a como había salido. Tenía que reconocer que le había costado lo suyo y que casi se le rompió el abanico, pero en general hasta ella misma se había quedado impresionada, aunque también se había sentido un poco incómoda. Llegó con un poco de cera en el guante y en algún momento de la noche debió de pisar un poco de hollín, pero el vestido estaba intacto, el peinado seguía estando perfecto (o todo lo perfecto que podía estar con unos mechones que de vez en cuando se le enredaban en las pestañas) y el bolso de mano immaculado.

Esa mañana, tenía toda la intención de continuar con una apariencia impecable, incluso si tenía que estar pendiente de su ropa más de lo que le gustaría. Tanto que la noche anterior tuvo algunos problemas para seguir la conversación y, al mismo tiempo, prestar la atención necesaria a sus guantes. Esperaba que, con el tiempo, todos aquellos movimientos calculados y cuidadosos terminaran formando parte de su manera de ser y no tuviera que pensar en ellos todo el rato. Ser una dama como Dios mandaba resultaba agotador.

Consiguió llevar el plato a la mesa sin incidentes, pero se puso muy nerviosa al intentar sentarse correctamente a la mesa con su marido mirándola fijamente, mientras esperaba a que ella tomara asiento para hacer lo mismo.

—Tengo que ausentarme toda la mañana, pero volveré a tiempo para nuestro paseo de por la tarde. —Trent se aclaró la garganta y jugueteó con la servilleta—. Suponiendo que todavía quieras dar un paseo.

Ella asintió.

—Me encantaría. No tengo nada planeado.

Y así pasó la mañana.

Y todas las mañanas de las siguientes dos semanas.

Dentro de lo poco que sabía de los demás matrimonios, el suyo era mejor que la media (sin contar con los de la familia Hawthorne). Trent y ella hablaban. Seguía buscando datos interesantes que compartir con él en sus

paseos vespertinos. La cocina resultó ser algo que le gustaba y que se le daba bastante bien. Tras aprender a cocinar beicon, la señora Harris empezó a enseñarle a preparar platos más complicados.

No era el objetivo más refinado, pero incluso Caroline tuvo que reconocer que Adelaide no sería una dama normal. Aunque seguía haciéndole sugerencias para no estropear las zapatillas y los dobladillos, se había dado por vencida con los guantes y simplemente le recomendó que metiera un par adicional en el bolso ahora que ya no llevaba un libro que ocupara la mayor parte del espacio.

El señor Givendale vino a ver a Trent en otras dos ocasiones y siempre cuando otra visita acaba de irse. Entonces ella se quedaba como una estatua en el vestíbulo, impidiéndole la entrada. Nunca volvió a invitarlo a tomar el té, pero siempre se quedaban hablando unos instantes sin que ella pusiera mucho de su parte por prolongar la conversación. Entonces Fenton se aclaraba la garganta y Adelaide lo despedía deseándole las buenas tardes. Era bastante extraño, pero no preocupante.

Fueron a la velada de naipes de su madre y dejaron que toda la familia creyera que su relación funcionaba; en cierto modo así era. No era el matrimonio que ella había esperado cuando él le propuso la idea del cortejo, pero sí bastante mejor de lo que realmente había pensado que tendría.

Pero quería tener hijos y no sabía cómo abordar el asunto.

Ahora, sentada a la mesa del desayuno, dos semanas después de que Trent se mudara de nuevo a Mount Street, se encontraba jugueteando con el jamón y el tenedor mientras se reprendía a sí misma por seguir aplazando el asunto.

—Hoy va a venir el señor Lowick. No sé si lo conoces. Se encarga de llevar la propiedad de Suffolk.

Adelaide asintió mientras masticaba con cuidado y se tragaba la tostada, procurando que no se le escapara ni una sola miga. Cada vez le resultaba más fácil llevar a la práctica las lecciones de Caroline, pero todavía tenía que estar muy pendiente de lo que hacía.

—Oh, sí, lo recuerdo. ¿Os supondría mucha molestia si me paso a saludarlo? Solía darme caramelos a hurtadillas cuando era pequeña.

—Por supuesto que puedes saludarlo. Haré que alguien te avise cuando

esté en mi estudio. Puedes venir cuando mejor te parezca. Todavía no lo conozco, aunque hemos intercambiado unas cuantas cartas. —El plato de Trent estaba vacío, pero él todavía no se había levantado de la mesa—. ¿Tienes algún otro plan para hoy?

Adelaide soltó un suspiro. ¿Eso era lo que iban a ser? ¿Unos extraños educados viviendo bajo el mismo techo? ¿Poco más que compañeros de casa? Tenía por delante una vida muy solitaria y la apremiante necesidad de establecer una conexión (cualquier tipo de conexión) hizo que se le acelerara el corazón.

—Tu madre va a venir esta tarde.

Trent casi se atragantó con el té.

—¿Mi madre?

Adelaide asintió. No le había contado nada de las clases que le estaba dando su madre porque no sabía qué opinaría. A pesar de la promesa que se hicieron de que no habría más secretos entre ellos, la intimidad que compartieron antes de ir a la ópera había desaparecido, y se sintió obligada a mantener la idea de que todo era perfecto. De que ella era perfecta.

—Me va a enseñar cómo extender invitaciones.

—Invitaciones... Entiendo. Bueno. Me alegro. —Tomó otro sorbo de té y colocó el tenedor que acababa de dejar en el plato vacío hacía unos instantes—. ¿Entonces vamos a celebrar algún tipo de reunión?

Adelaide entró en pánico y agarró con fuerza el tenedor. ¿Debería haberle puesto al tanto de sus planes con antelación? Había tomado aquella decisión de forma espontánea el día anterior en casa de *lady* Blackstone, en un intento casi desesperado por ser una buena esposa.

—Pensé que podíamos invitar a cenar a tu familia, una especie de velada de prueba, si te apetece. La casa todavía no está lista para albergar muchas reuniones. Tu madre y yo pensamos que dentro de tres semanas sería un buen momento.

Trent sonrió, aliviando un poco su inquietud.

—Es una idea excelente. Asegúrate de incluir a Anthony y a Amelia. —Su sonrisa perdió un poco de brillo—. ¿Es...? ¿Solo vamos a invitar a «mi» familia?

La idea de tener a su madre y a Helena en la misma habitación que dos duques y un marqués hizo que le entraran ganas de dejar a un lado lo que le quedaba de desayuno.

—Sí. Creo que mi familia puede esperar para otra ocasión.

O para nunca, teniendo en cuenta que no podía recordar la última vez que su madre y su padre habían coincidido en una reunión familiar. Incluso cuando estaban en el campo, cenaban juntos en contadas ocasiones.

Estaba empezando a imaginarse por qué.

—Creo que es lo más inteligente. —Trent jugueteó con su tenedor un poco más; parecía que estaba a punto de decir algo. Pero al final debió de cambiar de opinión, se levantó y empezó a inclinarse sobre la silla de Adelaide como si fuera a darle un beso antes de comenzar el día. Ella estaba deseando que terminara de hacer el movimiento, sin embargo, se enderezó y dijo:

—Estaré en mi estudio si necesitas algo. El señor Lowick debería llegar en un par de horas.

—Está bien. —Lo vio salir de la sala antes de proseguir con su desayuno.

Estaban haciendo progresos, ¿verdad? Trent se había quedado un rato después de terminar el desayuno y casi le había dado un beso de buenos días. No hacía falta revolcarse en el lodo de la autocompasión simplemente porque las cosas no iban tan rápido como le gustaría.

Se dedicó a trocear el desayuno y a darle vueltas hasta que se enfrió. Después dejó aquel inapetente desastre y se retiró a su pequeño estudio para encargarse de la correspondencia que tenía pendiente antes de que llegara *lady* Blackstone. En la parte superior vio una nota de su madre invitándola a tomar el té por la tarde. ¿Quién invitaba a tomar el té? ¿De verdad creía su madre que sería tan grosera como para no devolverle la brevísima visita que ella le había hecho esa semana? Si bien era cierto que había contemplado tal posibilidad, no se veía capaz de llevarla a cabo.

Atendió con rapidez los otros tres asuntos que tenía encima del escritorio y después se quedó sin nada más que hacer, excepto esperar y mirar las paredes desgastadas, comparando el lamentable estado en que se encontraban con su propia vida, hasta que le avisaron de la llegada de *lady* Blackstone.

Capítulo 31



Había menos de diez personas en la familia directa de Trent. Extender las invitaciones para una cena sencilla no debería haberle llevado mucho tiempo, o eso esperaba. Pero no había contado con lo estricta que podía mostrarse *lady* Blackstone con la caligrafía y la dirección adecuada. Cuando la condesa por fin se mostró satisfecha con el resultado, Adelaide había repetido cuatro veces todas las invitaciones. Después, se reunieron con la señora Harris para discutir el menú, lo que les demoró otra media hora más; aunque en este último caso, gracias a Dios, no terminó con agujetas en la muñeca.

Cuando *lady* Blackstone se marchó, el señor Lowick ya llevaba dos horas en el estudio de Trent y Adelaide temió llegar tarde. Tampoco es que fuera una hecatombe. Su marido le había prometido que ese verano lo pasarían en Suffolk, así que podría ver al hombre. Ni siquiera había mantenido una relación muy estrecha con él. Después de todo, solo era un empleado de su padre. Quizá fuera más el deseo que tenía de establecer una conexión entre su pasado y su presente, de recordarse a sí misma y de recordarle a Trent que algo bueno había surgido de su unión.

Llamó con suavidad a la puerta del estudio de su marido.

—Adelante.

Esbozó la sonrisa perfecta de una dama (una que incluso *lady* Blackstone habría aprobado) y entró en la estancia.

—Perdón por la interrupción, un poco más tarde de lo esperado, pero he

tenido una mañana ligeramente diferente a la prevista.

Trent sonrió sin reprimirse lo más mínimo.

—Mi madre te obligó a escribir las invitaciones seis veces, ¿verdad?

—En realidad cuatro, pero las invitaciones han quedado preciosas.

El rostro de su marido se iluminó con sorpresa y algo parecido al orgullo.

—¿Cuatro? Debes de tener una caligrafía exquisita. Te reto a que envíes las primeras que escribiste a ver si se da cuenta.

Nunca se le habría pasado por la cabeza hacer una cosa así, porque en realidad jamás había tenido el valor suficiente para apartarse de lo que se esperaba de ella. Pero al casarse con Trent, se había alejado de los convencionalismos lo suficiente como para ser la comidilla de la sociedad durante, al menos, otros tres años más. Aun así, las invitaciones solo eran para la familia y el brillo travieso que vio en los ojos de su marido le resultó lo suficientemente tentador como para pensárselo.

—Quizá envíe las segundas. En las primeras puse mal el nombre de tu hermana Georgina.

La sonrisa de aprobación que recibió como respuesta hizo que le entraran ganas de mandar las primeras, con el nombre mal escrito incluido.

Trent se levantó y rodeó su escritorio, moviendo un brazo en dirección al caballero recién llegado del campo que estaba sentado enfrente, en una de las sillas del estudio.

Adelaide se había olvidado por completo del hombre, pero intentó disimularlo con una elegante sonrisa y ladeando un poco la cabeza mientras se reprendía a sí misma por haber dejado de lado sus modales. Se prometió ser la imagen de la perfección total el resto de la reunión.

—Por supuesto, me alegro de haberle podido ver antes de que se marchase. Recuerdo pasear por la propiedad con usted y con mi padre cuando era una niña.

—Oh, sí —dijo el hombre, ya mayor—. Solía darle caramelos de menta mientras caminábamos. —Sacó una pequeña lata del bolsillo—. Los sigo llevando a todas partes. ¿Quiere uno?

Mientras sonreía y aceptaba uno, se alegró de que le recordaran que no todos los momentos de su infancia fueron oscuros y tristes. El dulce sabor a

menta le trajo imágenes de amaneceres en campos húmedos de rocío y paseos a caballo a través de praderas repletas de flores. No veía el momento de que llegara el verano.

—Has llegado en el momento justo, Adelaide. El señor Lowick y yo estábamos terminando. —Trent cruzó la habitación para ponerse a su lado, como si fueran uno solo despidiendo a sus invitados. ¿Harían lo mismo cuando recibieran a su familia en la cena que iban a dar? ¿Se quedarían juntos mientras las demás parejas se marchaban? De pronto, estaba contando los días que quedaban para una noche que hacía unas horas le había parecido más una formalidad o un rito de iniciación. Por supuesto, en cuanto no quedara nadie seguramente se separarían con cortesía y cada uno se iría a su dormitorio, a menos que, hasta que llegara la cena, pudiera convencer a su marido de que era una esposa perfecta a pesar de sus meteduras de pata anteriores.

El señor Lowick guardó un montón de papeles en su cartera de cuero.

—El lunes por la mañana volveré a Suffolk en diligencia y empezaré a poner en marcha cuanto antes los planes de cultivo de los que hemos hablado. Aunque todavía estamos muy a principios de primavera para que los cambios se noten.

—Oh, qué maravilla. ¿Entonces vamos a plantar piñas?

La pregunta de Adelaide fue recibida con un tenso silencio. Se mordió el labio. Se suponía que no tenía que tener ni idea de lo de las piñas, solo había visto los bocetos porque había estado buscando en los cajones de Trent, pero como todavía estaba bajo los efectos de la ensoñación de la pareja unida, no pudo dejar pasar la oportunidad de demostrar que sabía algo sobre los planes de su marido.

La cara de sorpresa y curiosidad del señor Lowick le dijo que en esa reunión no se había tocado el asunto de las piñas. Casi tenía miedo de mirar a su marido, pero se dijo a sí misma que ser una cobarde solo haría que las cosas se pusieran peor después.

La risa amable de Trent había desaparecido, reemplazada por un ceño fruncido. Los ojos verdes le brillaban de irritación, aquello no le hacía ninguna gracia. Toda la dulzura que estaba acostumbrada a ver en su rostro se

había esfumado. Nunca lo había visto enfadado, no estaba segura de que hubiera mucha gente que lo hubiera visto así, pero no le cabía duda de que ahora mismo era como su marido se sentía.

—¿Qué sabes de las piñas?

Apartó la vista del ceño fruncido de su marido y miró de reojo al señor Lowick, que tenía todo el aspecto de querer salir de allí corriendo. Pero Adelaide y Trent estaban bloqueando la puerta y no creía que él fuera a aceptar fácilmente la sugerencia de que se hicieran a un lado.

—Estaba buscando las invitaciones que Fenton había guardado. *Lady Raebourne* me dijo que a veces las dejabas en un cajón. Vi el cajón y sentí curiosidad. Lo siento. No debería haber mirado, pero me resultaron fascinantes. Y creo que, como Suffolk cuenta con tantas granjas de caballos, es posible que puedas conseguir los... bueno... los elementos necesarios para llevar a cabo tu plan. Nunca quise... —Tragó saliva; se le había secado la boca después de aquella apresurada explicación—. Nunca quise molestarte.

Trent se frotó la cara y luego se mesó el cabello con los dedos, enviando mechones en distintas direcciones que solo consiguieron que pareciera más atractivo y a la moda. No era justo que luciera siempre tan estupendo.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero he oído hablar de las piñas. Son muy rentables, pero no sé si se pueden cultivar aquí en Inglaterra. —El señor Lowick sostuvo la cartera con una mano y se rascó la cabeza con la otra.

Trent soltó un doloroso suspiro que le salió directamente del pecho. Como si supiera que estaba a punto de decir algo de lo que luego se arrepentiría.

—Los holandeses... —Trent se aclaró la garganta antes de continuar—. Los holandeses han inventado un método para cultivarlas en invernaderos. Hice unos esbozos con algunas modificaciones para que resultara más eficiente, pero no tenía planeado hacer nada con ello.

—¿Y requiere... mmm... subproducto del caballo?

—Sí. —Trent asintió con los labios apretados y los ojos tristes. Estaba librando una batalla en su interior. Adelaide no podía creerse que le hubiera hecho algo así. Después de todos sus intentos, de todos los planes para ser la mejor esposa posible, iba y hacía esto. Sacar a la luz algo que estaba claro que él nunca había tenido intención de mostrar a nadie. Aunque, a pesar de

los conocimientos limitados que ella tenía en esas lides, le parecía que su idea estaba bien pensada e incluso era extraordinaria. Sin embargo, era evidente que él no lo veía del mismo modo y no había querido darla a conocer.

Al ver que no iba a decir nada más, el señor Lowick carraspeó.

—Bueno, entonces me voy. Por si me necesita, me hospedo en el Clarendon, milord.

—Por supuesto, señor Lowick. —Trent hizo un gesto de asentimiento y apartó a Adelaide de la puerta agarrándola suavemente del brazo. A pesar de que estaba enfadado, la seguía tratando con suma dulzura. Le admiró todavía más por ello.

Si no hubiera echado por tierra lo que fuera que a él le quedaba de admiración por ella.

Permanecieron allí, esperando en silencio hasta que ambos dejaron de oír los pasos del encargado.

Y después aguantaron un poco más. Desde luego ella no sería la que rompiera el silencio. No sabía lo que Trent estaba pensando o lo que debería hacer, así que recurrió a los hábitos del pasado y esperó.

Cuando tenía doce años, estuvo practicando durante meses cómo arrancar de raíz un arbusto del suelo montada a caballo, tal y como había visto en uno de los espectáculos itinerantes de jinetes que habían pasado por la localidad. En realidad, el jinete había recogido un pañuelo, pero era un hombre, bastante más alto que ella y que montaba a horcajadas, así que decidió que a ella se le podría dar mejor agarrar un puñado de ramas.

Sin embargo, no se lo enseñó a nadie, por miedo a que se rieran por la cantidad de tiempo que había empleado en lograr una hazaña tan ridícula. Pero su hermano la vio un día y llamó a su padre para que presenciara el espectáculo. Él había esbozado una deslumbrante sonrisa y se lo había enseñado a todos los amigos que los visitaron hasta que cumplió los trece años. Después, consideró que era indecoroso que una joven hiciera tales demostraciones. Nunca olvidó lo mucho que la animó durante todos esos meses.

—Supongo que sabes lo de las piñas desde hace un tiempo, ¿verdad? —preguntó con voz tranquila. Parecía cansado, como si todo el enfado que

había sentido hacía unos instantes lo hubiera abandonado y hubiera drenado todas sus fuerzas hasta dejarlo agotado.

Adelaide parpadeó, intentando conciliar a la persona que tenía enfrente con el hombre atlético y lleno de energía con el que se había casado, pero le fue imposible. Todo el mundo tenía secretos, y por lo visto ella había tropezado sin quererlo con los de Trent, aunque no sabía lo que significaba ni por qué. ¿Por qué un hombre tan seguro de sí mismo no quería compartir una idea tan innovadora? ¿Era posible que dudara de sus habilidades intelectuales a diferencia de lo que le sucedía cuando se trataba del esfuerzo físico?

—Sí. Lo sé desde... bueno... desde hace mucho tiempo.

Él tomó una profunda bocanada de aire y luego lo expulsó lentamente con los labios apretados.

—Voy a dar un paseo. —Sus miradas se encontraron. A Adelaide se le rompió el corazón al ver sus ojos torturados—. Necesito andar cuando estoy enfadado. No es por ti. Quiero que lo sepas. Ya hablaremos más tarde.

—¿Vamos a seguir yendo al baile de los Bellingham esta noche? —Quería acercarse a él, abrazarlo y ofrecerle consuelo por una herida que aún no había logrado identificar. Pero sabía que le dolía, y eso le bastaba para querer arreglarlo.

—Sí. Yo... Sí. Iremos. Si tú quieres.

Ella hizo un gesto de asentimiento. No tenía claro qué debía hacer, pero confió en él en lo de que hablarían más tarde.

Trent la miró. Adelaide casi pudo verlo ocultando la tristeza en el lugar donde normalmente la guardaba. La luz había vuelto a sus ojos y ya no se le veía enfadado. Pero aquello no bastó para borrar de su memoria el estado en el que acababa de verlo.

—Es solo un paseo para aclararme un poco. Volveré. —Se acercó a ella y le alzó la barbilla con un nudillo para que lo mirara directamente a aquellos ojos verdes que estaba intentando evitar—. Vamos a hacer que esto funcione. Tú y yo. Con el tiempo, aprenderemos a entendernos a la perfección. — Luego la besó con suavidad en los labios y salió por la puerta.

Y la dejó sola en su estudio.

Después de lo que acababa de enterarse, ¿cómo podía seguir confiando en

ella?

Sus ojos volaron hacia el cajón inferior del escritorio, donde seguramente seguían los bocetos del cultivo de la piña. Sería tan fácil. Podía hacerse con ellos y enviárselos al señor Lowick al Clarendon. Podía desempeñar el papel que su hermano había hecho por ella hacia tantos años.

La indecisión hizo que los pies se le pegaran a la alfombra. Sin bien la revelación de sus prácticas a caballo había terminado bien, la sensación de traición que sintió en un primer momento abrió una brecha entre su hermano y ella durante un tiempo. Por supuesto que al final lo perdonó, y hasta ahora nunca se había vuelto a acordar de la parte mala de esa historia.

La relación con su hermano había capeado la traición sin sufrir ningún daño considerable.

¿Pero lo haría su matrimonio? Trent le había prometido que hablarían más tarde, que aprenderían a entenderse, que era lo que siempre había pensado conseguir cuando se casara. Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionada?

Las paredes de la casa parecieron venírsele encima hasta el punto de que no pudo soportar seguir allí. Así que hizo lo único que había planeado posponer el mayor tiempo posible.

Fue a visitar a su madre.

Capítulo 32



Trent fue caminando hasta el club de esgrima y se pasó media hora asestando estocadas con la espada a un muñeco de paja porque no confiaba en sí mismo para entrenar con una persona de verdad. El largo camino a casa no fue suficiente para liberar la agitación que bullía bajo su piel, de modo que guio a su caballo hasta Regent's Park (bastante menos atestado que Hyde Park), pero a esa hora de la tarde los senderos todavía estaban demasiado llenos como para descargar su frustración en un intenso galope.

Así fue como terminó en Hawthorne House, lanzando dardos en el estudio de Griffith.

—Me estoy dando cuenta —murmuró su hermano mientras rompía el sello de una carta— que te veo más desde que estás casado que cuando vivíamos bajo el mismo techo.

—No está funcionando, Griffith. —Trent arrojó otro dardo en el centro de la diana. Por lo menos la rabia había mejorado su puntería—. He hecho todo lo que un hombre hace cuando corteja a una mujer.

Griffith no dijo nada, pero se levantó para quitarle tres dardos de la mano. Luego los lanzó sin ningún esfuerzo sobre la diana con una agilidad que logró clavar las tres puntas en profundidad en el corcho. Aunque su hermano mayor carecía de la mayoría de sus habilidades atléticas, no era debido a la falta de fuerza.

Trent apoyó la cadera en el escritorio de Griffith y contempló los dardos

volar.

—Sé que solo han sido semanas, ¿pero en nuestro caso no debería ir más rápido? Hay parejas que se conocieron en el primer baile de la temporada y ya están anunciando sus compromisos. Pensé que estaba yendo bien, pero hoy todas esas buenas sensaciones se han desvanecido en un instante. No la quería cerca de mí. Fracasé, Griffith. No he sabido cortejar a mi esposa.

Griffith atravesó el estudio para recoger los dardos de la diana.

—He estado pensando en esto y tengo una pregunta que hacerte. ¿Has intentado estar casado?

Estaba claro que las presiones del ducado habían hecho mella en el cerebro de su hermano. ¿No se había dado cuenta de que estar casado era lo que le había llevado precisamente a esa situación?

—Ya lo estoy.

—No, no lo estás. —Griffith lanzó un dardo y le entregó otro a Trent—. Estás intentando llevar a cabo un cortejo sin reglas ni un cierto orden.

—En su momento, me pareció una buena idea. —El dardo de Trent se clavó a unos seis centímetros del centro. Para cuando Griffith terminara su discurso, seguro que volvería a estar fuera de la diana.

Griffith sostuvo el dardo en la mano, sopesándolo como si estuviera considerando lo que iba a decirle. Trent sabía que no le gustaría lo que venía a continuación porque normalmente tenía demasiado sentido como para refutarlo.

—Está claro que algo ha pasado entre vosotros esta mañana. No quieres hablar de ello y lo respeto, pero lo cierto es que has salido corriendo. Estás aquí. Otra vez. Dejando que sea una sola persona la que recoja los pedazos rotos de tu matrimonio y los vuelva a unir. Y eso, como vimos aquí mismo hace no mucho tiempo, no es lo que Dios quería que fuera el matrimonio.

Trent se cruzó de brazos, haciendo todo lo posible por ofrecer un aspecto imponente para que su hermano no continuara. Pero era muy difícil amilanar a una montaña.

—Yo no pedí este matrimonio, Griffith.

—Pero es el que Dios te dio. Si tú no te encargas de protegerlo, ¿quién lo hará?

Nunca lo había visto de ese modo. Sí, le había dicho a Griffith que confiaba en el plan del Señor y que aquello había sucedido por alguna razón, pero no estaba seguro de habérselo creído. ¿En qué momento había dejado de hacer cosas para intentar arreglar la situación y había permitido que Dios lo hiciera por él? Nunca. De hecho, había escapado del lugar donde Dios lo necesitaba. Uno no podía estar casado viviendo en la otra punta de la ciudad o incluso en el otro extremo de una habitación si no aceptaba que la mujer involucrada era la mujer que debería proteger y valorar por encima de todo lo demás.

Incluido él mismo.

—Nunca he estado casado —dijo su hermano en voz baja.

Trent dejó a un lado sus pensamientos y vio que Griffith había terminado de tirar los dardos y ahora simplemente lo estaba mirando.

—Eso tengo entendido.

—Pero he visto un montón de matrimonios. Y hay algo que todos tienen en común. Tienen sus días buenos y sus días malos. Pero al llegar la noche siguen casados y eso les obliga a hacer frente a la situación.

Trent frunció el ceño. Se había enfadado con Adelaide, pero todavía era su esposa. No podía alejarse de ella como lo haría un hombre durante un cortejo normal. Esa noche iría a casa y la llevaría al baile. Y al final de la velada regresarían a casa. A su casa. A la casa de ambos.

Y no había nada que él pudiera hacer al respecto.

Lo que le irritaba mucho más de lo que había estado cuando se enteró de que había estado fisgoneando en sus cosas.

Griffith le quitó el último dardo de la mano y lo lanzó a la diana. Cuando vio que dio en el centro, esbozó una pequeña sonrisa.

—Dios te dio este matrimonio, Trent. ¿Ahora qué piensas hacer con él?



Adelaide sonrió desconcertada mientras miraba alrededor del espacioso salón de su madre. Aquel té no era la reunión familiar íntima que se había imaginado. Es más, con todas aquellas personas sentadas en los sofás o

hablando en los rincones, casi podía considerarse una fiesta de media tarde.

La mezcla de invitados le resultó un tanto extraña. La mitad estaban casados, las edades iban desde más o menos la suya hasta gente mayor que su madre. La mayoría eran damas, pero también había unos cuantos caballeros dispersos por la habitación. Su madre se los había presentado a todos en momento u otro, pero nunca se había dado cuenta de que en realidad todos ellos eran amigos de su progenitora. Incluido el señor Givendale. Aunque no debería haberle sorprendido que el hombre con el que más recelosa se había sentido en toda su vida estuviera en tan buenos términos con la condesa.

El susodicho individuo se sentó junto a ella en el sofá de color rosa, acercando la pierna a la suya más allá de lo que dictaba el decoro mientras tomaban el té y conversaban con las otras personas que estaban sentadas a su alrededor. Al otro lado tenía a la señora Seyton, lo que significaba que nadie se fijaría en la cercanía del señor Givendale, pero Adelaide sabía que no había necesidad de que le pegara la rodilla a la suya de ese modo.

—¿Me permite un instante para alabar el aspecto que luce esta tarde, *lady* Adelaide? Ese vestido le favorece sobremanera.

—Es verdad. —*Lady* Ferrington se echó un poco hacia delante en su silla para inspeccionar más de cerca la falda de Adelaide—. ¿Eso de ahí es muselina? ¿Dónde encontró un azul tan bonito? Y el corte es divino.

—Un hermoso vestido no tiene ningún sentido si no acompaña a la dama adecuada. —El señor Givendale alzó la taza de té en su dirección, provocando unas cuantas risas en el resto del grupo que los acompañaba.

Adelaide intentó ocultar la cara con la taza de té. ¿Acaso a nadie le parecía extraño que estuviera ofreciendo ese tipo de cumplidos a una mujer casada?

—Sin embargo, hoy la noto algo distinta, *lady* Adelaide. —La señora Seyton entrecerró los ojos—. ¿Siempre ha llevado lentes?

Todavía le quedaba un poco de té en la boca cuando soltó un ligero jadeo, con el consiguiente par de toses.

—Ah, sí. Siempre las he llevado.

—Es el pelo. —El señor Givendale se inclinó hacia la señora Seyton, presionando todavía más la pierna contra la de ella—. Lo lleva completamente peinado hacia atrás.

Ni siquiera Trent se había percatado de que por fin el flequillo le había crecido lo suficiente como para llevarlo recogido en un peinado que iba más acorde con el estilo actual. Sin embargo, por muy fácil y encantadora que fuera la conversación con el señor Givendale, no podía quitarse de encima la sensación de que su intención no era la de ser simplemente amable. Cuando volvió a sentir que le pegaba la a pierna otra vez, dejó la taza en la mesa más cercana.

—Por favor, discúlpenme. Necesito hablar con mi madre un momento.

Se levantó y tiró del borde de su falda para sacarla de debajo de la pierna del señor Givendale, antes de atravesar la habitación hacia donde estaba su madre, de pie, en un rincón y, por primera vez en toda la tarde, sola.

—Menuda reunión que estás celebrando, madre.

Unos enormes ojos azules parpadearon lentamente en su dirección. Ahora tenía claro de dónde había sacado el gesto, pero esperaba de corazón que no diera la misma sensación cuando ella lo hacía.

—Por supuesto. Las tardes son eternas y la gente se aburre, Adelaide. Sobre todo, si no tienen que encargarse de hijas solteras. Lo descubrí el año pasado.

El año pasado. Mientras Adelaide había estado sola en el campo con una institutriz como compañía.

—¿Y a padre no le importa?

—Tu padre no lo sabe, y espero que no le digas nada. Solo me permite celebrar una reunión al mes, pero nunca ha puesto ninguna objeción en cuanto al té. —Su madre miró a su alrededor—. Supongo que estás teniendo cuidado con Givendale, ¿verdad?

Adelaide enarcó ambas cejas. Miró a su madre y al hombre que no había dejado de acosarla desde que llegó.

—¿Cuidado?

—Sí, querida. —Su madre se terminó el té y dejó la taza sobre la mesa—. Un coqueteo está bien, pero las cosas se ponen un poco incómodas si lo llevas un poco más allá. No obstante, es bastante divertido, por eso lo sigo invitando.

Adelaide no sabía qué decir, así que se quedó allí, con la boca abierta

como un pez boqueando.

—Algún día se casará, aunque no creo que cambie mucho. Nunca ha respetado los votos matrimoniales. Aun así, tiene su utilidad. Si vas a seguir coqueteando con él, podrías enterarte de si estaría dispuesto a recomendar a Edgewick, ya que no te has dignado a preguntárselo a tu marido.

—¿Por qué no le pides a Helena que lo haga?

Su madre torció la boca.

—Porque Edgewick no tiene el color de pelo adecuado. Givendale solo va detrás de mujeres que están casadas con hombres rubios. Por si termina habiendo algún hijo.

—Por si termina habiendo algún... ¡Madre! —¿Cómo había podido llegar a los veintiún años sin darse cuenta de cómo era realmente su madre? Tenía que haberlo visto venir. Todas las señales habían estado allí, pero siempre había pensado que, de alguna manera, al final del día, su progenitora terminaba haciendo lo correcto.

—Bueno, no tienes un título por el que preocuparte. Y nadie dice que tengas que hacer nada con Givendale, pero si tu matrimonio no te hace feliz, tendrás que buscar la felicidad en alguna otra parte. —La condesa se encogió de hombros—. Así son las cosas. Yo encontré la mía haciendo lo que pude para que Helena obtuviera el mayor provecho de la vida.

Adelaide creyó que se había puesto enferma de pronto.

Sobre todo, cuando un brazo masculino cubierto de lana verde entró en su campo de visión ofreciéndole un plato con tres emparedados.

—¿Ha probado ya alguno de estos?

—Están deliciosos, ¿verdad? —Los largos y afilados dedos de su madre levantaron un emparedado del plato.

—Creo que necesito salir de aquí —susurró Adelaide con una extraña sensación de ahogo en la garganta que no sabía muy bien de qué le venía. ¿Asombro? ¿Repugnancia? ¿Horror?

—Sí, la estancia está un poco abarrotada. —El señor Givendale dejó el plato—. ¿Quiere que la acompañe a dar un paseo por el invernadero? Nunca he estado allí, pero he oído que las rosas están empezando a florecer.

Adelaide parpadeó. Tenía los ojos azules de ese hombre mucho más cerca

de lo que deberían estar y se dio cuenta de, al menos, una docena de cosas.

No podía pasear con él por el invernadero, ni aunque quisiera, porque no sabía dónde estaba. Nunca había estado en la casa de su familia de Londres porque no pertenecía a ese mundo. Y, sinceramente, tampoco quería formar parte de él, del mundo de su madre. Dios la había salvado de las atenciones de su progenitora y de ser criada para aceptar todo aquello como normal, y no iba a desperdiciar aquel regalo para obtener la aprobación de alguien que no le había prestado atención en veintiún años.

Y fuera cual fuese el desastre en el que Trent y ella habían convertido su matrimonio, habían sido honestos el uno con el otro. Sabía que él lo estaba intentando y ojalá se diera cuenta de que ella también lo hacía. Aunque nunca tuviera una unión feliz, como las que había visto en el resto de la familia Hawthorne, al menos podía tener un matrimonio honorable. Se lo debía a Trent y a Dios. Y también a sí misma.

El señor Givendale le tomó la mano.

—¿Se encuentra bien? Hay un saloncito más pequeño al otro lado por si necesita sentarse un rato.

Sí, definitivamente se estaba poniendo enferma.

—Adiós —masculló antes de pasar junto a él y huir de esa locura de salón. Encontró su pelliza junto a la puerta, pero no vio su sombrero, y no iba a esperar a que se lo trajeran. Aquello iba en contra de su determinación de tener el aspecto propio de una dama, pero la sociedad Tendría que disculparla por despeinarse a consecuencia de una tarde de viento porque no tenía intención de permanecer en esa casa ni un minuto más.

Capítulo 33



Nunca antes había odiado los bailes. Bueno, eso no era cierto. Siempre había pensado que odiaba los bailes. En ningún otro lugar se hacía más evidente la danza del cortejo social que en un baile. Incluso aquellos que solo venían a Londres para disfrutar de la camaradería y los acontecimientos de la temporada podían volverse repulsivos en un baile. Si no tenían en su propia familia a nadie que estuviera en edad casadera, se dedicaban a regodearse cotilleando sobre los que sí lo tenían.

Pero esa noche se había dado cuenta de que, hasta ese momento, los bailes solo habían sido algo molesto.

Porque odiaba este baile con todas sus fuerzas, y eso que apenas acababan de llegar.

Si su madre no hubiese llevado a toda la familia como muestra de apoyo, no habría acudido a aquella velada, pero apreciaba sus esfuerzos y lo que estaba tratando de hacer. Aunque ella no sabía que lo que de verdad necesitaba en ese momento era estar en casa con su esposa, manteniendo una larga conversación sobre lo que había sucedido ese día. Como había vuelto a casa demasiado tarde para que hablaran, se había arreglado a toda prisa y había bajado corriendo al salón. Al principio, Adelaide había parecido un poco confusa y la vio descender los peldaños con cierta vacilación, pero en cuanto contempló su rostro supo que había hecho lo correcto. Encontraba fascinante esperar a su esposa, observar cómo bajaba las escaleras y tener la oportunidad de admirarla de una forma que luego no tendría durante el resto

de la noche.

Ese momento de esplendor era lo menos que podía ofrecerle. Sabía que era mejor no aventurarse en los asuntos que se le daban mejor a su hermano, pero pensaba que nunca nadie se daría cuenta. Mientras no compartiera sus ideas con nadie, no pusiera en marcha ningún plan, nada saldría de aquello y pasaría por la vida como el púgil despreocupado que todos creían que era.

Pero hoy esa ilusión de protección se había hecho añicos por una pregunta inocente.

Y a cambio él la había destrozado a ella.

La acompañó hasta la pista para su vals habitual, pero notó que esta noche estaba más rígida; mucho más rígida de lo que las tensas emociones de ambos podrían justificar. Al menos, según su opinión. Aunque últimamente se estaba dando cuenta de que tenía que recordar que su visión de las cosas ya no era la única que importaba.

—¿Te encuentras bien? —la preguntó en voz baja.

Adelaide lo miró parpadeando.

—Por supuesto. ¿Por qué me lo preguntas?

¿Por qué se le habría ocurrido empezar aquella conversación en la pista de baile? Se aclaró la garganta.

—Esta noche se te ve... diferente.

Ella abrió los ojos antes de entrecerrarlos.

—¿Diferente?

Trent intentó sonreír a pesar del pánico que empezaba a apoderarse de él.

—Diferente. No pareces la misma. Y no lo digo porque lleves todo el pelo recogido.

—¿Te has dado cuenta? —Una leve sonrisa iluminó sus labios y sus hombros parecieron relajarse un instante—. No pensaba que nadie más se diera cuenta, aparte del señor Givendale.

Ahora fue Trent el que se puso rígido. La acercó más hacia sí.

—¿Cuándo se dio cuenta el señor Givendale?

Adelaide volvió a parpadear y Trent aflojó un poco su agarre.

—En casa de mi madre. Estuve allí tomando el té esta tarde.

—¿Y él se...? —Tragó saliva y la condujo hasta el final del círculo de

parejas de la pista—. ¿Estás bien?

Cuando ella se dio cuenta de lo que realmente le estaba preguntando abrió mucho los ojos.

—Me fui. No hice nada. No es que él intentara o no... No estoy segura, porque en realidad no sé nada de estas cosas, pero incluso mi madre me advirtió que tuviera cuidado.

Continuaron el vals a trompicones. Durante todo ese tiempo, no pudo evitar analizar todos los momentos en los que había manejado mal la situación. La preocupación que tenía por tener su mano, pero no su corazón estaba demostrando estar más que justificada. Y todo porque no había estado dispuesto a arriesgar su propio corazón. Como le había dicho Griffith, no había estado casado de verdad.

La escoltó hasta un lateral de la pista, pero ella no se estaba aferrando a la parte interior de su codo con la fuerza habitual.

Trent no podía sentir los pies. Los tenía entumecidos, como si las botas hechas a medida que calzaba hubieran encogido de pronto al tamaño del pie de un niño. Esa misma sensación amenazaba con apoderarse de sus manos. Lo único que estaba seguro de poder sentir era el corazón, y no estaba latiendo a un ritmo constante. ¿Se estaría muriendo? Nunca había oído que nadie hubiera tenido un ataque a los veinticuatro años, pero casos más raros se habían dado. Puede que, si falleciera, Adelaide terminara encontrando la felicidad.

Tal vez hasta con el señor Givendale.

Frunció el ceño mientras echaba un vistazo a su alrededor. No sabía dónde se encontraba ese roba esposas en ese momento, pero sí estaba seguro de una cosa: si Adelaide compartía el futuro con aquel hombre sería por encima de su cadáver.

—En algún momento de la velada tendré que saludar a mi madre.

La sangre de todo el cuerpo se le fue directamente a los pies, que llevaba embutidos en aquellas botas tan pequeñas. ¿Ella prefería estar con su madre antes que con él?

—Por supuesto. ¿Quieres que te ayude a encontrarla?

La vio mirar hacia algún lugar cercano a su codo izquierdo. Creía que la

fase en la que ella hablaba a alguna parte de su cuerpo para no mirarlo a la cara ya estaba superada, pero...

—No, creo que ya la he visto.

Temió que le estuviera mintiendo, pero no podía hacer nada al respecto, así que asintió con la cabeza y dejó que desapareciera entre la multitud que los rodeaba.

Un par de ventanas daban a la calle Piccadilly. Se colocó entre ellas para poder verla mejor. Le llevó un rato encontrarla, pero en cuanto lo hizo no permitió que la afluencia de personas le distrajeran y no la perdió de vista. Se dio cuenta de que Adelaide había encontrado a su madre, o, mejor dicho, su madre la había encontrado a ella. Sonrió en cuanto la vio buscar refugio al lado de Amelia o de Anthony o, en una ocasión, manteniendo una conversación con el duque de Spindlewood.

Él se quedó donde estaba. Observándola. Deseando estar en otra parte. En cualquier otra parte donde no hubiera nadie. Bueno, nadie no. Necesitaba hablar con Adelaide. No reconoció la emoción que hervía en sus entrañas, y no sabía cómo llamarla, pero se estaba apoderando de cada centímetro de su cuerpo y de su mente.

Treinta minutos más de tortura y se habrían quedado el tiempo suficiente para satisfacer las expectativas de su propia madre y evitar una charla con Ryland por haberse visto arrastrado a un evento social para nada. Treinta minutos serían suficientes para recuperar el control sobre sí mismo y encontrar las palabras adecuadas para convencer a Adelaide de que debían marcharse. Treinta minutos para ir de camino a casa y poder quitarse el pañuelo de cuello, la levita y ponerse cómodo.

La multitud se movió y perdió de vista a su esposa durante unos instantes. Se dijo a sí mismo que no debía preocuparse. Que ella se estaría desenvolviendo con serenidad a pesar de que sabía que no le gustaba ser objeto de mucha atención y de que, seguramente, también estaba un poco abatida por dentro. Al menos esperaba que así fuera, aunque al mismo tiempo tampoco deseaba que estuviera padeciendo la agonía que él estaba sufriendo en ese momento.

La gente volvió a moverse y pudo volver a ver el perfil de su esposa.

Ahora esbozaba una sonrisa forzada. Como si no quisiera hablar con quien quiera que estuviera charlando, pero como si no hubiera encontrado una forma educada de abandonar la conversación. No podía ver quién era su interlocutor, a pesar de que se puso de puntillas. Lo que hubiera dado por tener la altura de Griffith.

Miró alrededor del salón y vio que el resto de su familia estaba ocupada en otras conversaciones y compromisos y que nadie podía rescatar a su esposa salvo él. Que, en realidad, así era como tenía que ser. Estaba comportándose como un cobarde al quedarse a un lado del salón y dejarla abandonada a su suerte, pero esa noche no le apetecía entablar ninguna conversación mundana. Incluso sus amigos más cercanos lo habían dejado solo después de un breve intercambio de palabras.

Se abrió paso entre el gentío, retorciéndose y girando como si estuviera en un cuadrilátero en vez de un salón de baile.

Atravesó un grupo de madres que estaban cotilleando y pudo ver a la de Adelaide al lado de su hija. *Lady* Crampton estaba sonriendo y su esposa ahora fruncía el ceño. Un ceño profundo y sombrío que nunca antes le había visto. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo, a ella no le gustaba. El fuego que ardía en sus entrañas por fin encontró un objetivo. Lo que estaba angustiando a su esposa estaba a punto de desaparecer, aunque solo fuera por pura determinación.

Sobre todo, cuando identificó a la tercera persona de la conversación.

El señor Givendale estaba haciendo caso omiso del ceño de su mujer, desplegando el encanto que lo había llevado a más de una fiesta sin tener invitación.

—Debería hablar con lord Trent para que sea él quien le diga cuándo pueden concertar una reunión. —Por fin oyó la voz de Adelaide mientras sorteaba un último grupo de invitados—. Esta semana ya ha desperdiciado dos tardes y mi marido no se encontraba en casa.

Trent se detuvo en seco. ¿Givendale había ido a su casa? ¿Fingiendo tener asuntos que tratar con él? Solo coincidía con ese hombre en uno de sus clubes deportivos. Nunca confiaría en él lo suficiente como para tener nada que ver con él en ningún otro aspecto de su vida. Si ni siquiera se fiaba de él desde la

vez en que lo sorprendieron intentando esconder pesas en el florete de su oponente.

Lady Crampton se rio como si encontrara divertido todo aquello.

—Tendrá que disculpar a mi hija, señor Givendale. Lleva en Londres poco tiempo. ¿Ha conocido ya a mi hijo político, lord Edgewick? Se le da muy bien la esgrima y sería una incorporación muy provechosa para su club.

—No puedo recomendar a un hombre con el que nunca me he ejercitado en persona, *lady* Crampton. Tal vez lord y *lady* Edgewick puedan reunirse conmigo en su casa alguna tarde. *Lady* Adelaide, usted también debería acudir y estar con su hermana mientras su cuñado y yo practicamos.

Puede que Adelaide no estuviera segura de las intenciones de aquel petimetre, pero él las tenía más que claras. Cada célula del cuerpo de ese hombre reflejaba un objetivo. Mientras se ponía al lado de su esposa, sintió un extraordinario calor por todo el cuerpo que le devolvió la sensación a los dedos de las manos y de los pies.

—Eso no va a ser posible.

Aunque la piel parecía arderle por la emoción, cuando notó que los hombros de su mujer se relajaban y que con los dedos enguantados se aferraba con fuerza a su mano, el corazón se le estabilizó.

El señor Givendale sonrió.

—Oh, ¿entonces tienes intención de estar toda la semana en tu casa?

Trent entrecerró los ojos.

—Sí. Encuentro mi hogar lo bastante agradable para pasar en el las siguientes semanas.

El otro hombre asintió.

—*Lady* Crampton, ¿qué le parece si fijamos ese encuentro para dentro de unas semanas?

Iba a poner punto final a todo aquello en ese mismo instante. Puede que entre su esposa y él se hubiera erigido un obstáculo insalvable, pero ya se encargaría él de solucionarlo como fuera. Ese hombre no se interpondría en su camino de ninguna de las maneras.

—Sí, podéis fijarlo cuando queráis, pero ten claro que Adelaide no acudirá a ningún encuentro de ese tipo.

—Qué categórico. —Givendale levantó la otra mano de Adelaide y le besó los nudillos antes de que ella pudiera reaccionar y apartarla—. Hasta que volvamos a vernos, *lady* Adelaide. ¿Quizá tomando un té?

Lady Crampton intentó reírse, pero de su boca solo salió un chillido nervioso. A Trent nunca le habían entrado tantas ganas de golpear a una mujer.

—Aléjate de mi esposa, Givendale.

—Oh, ¿entonces ahora es tu esposa? Hace un par de meses solo era la mujer que te echó de tu propia casa. Esperaré hasta que regreses a Hawthorne House. ¿Cuánto tiempo tardarás? ¿Una semana? ¿Dos?

No podía golpear a *lady* Crampton, pero Givendale era otro cantar.

Los gritos que resonaron en el salón fueron la primera constatación de que se había dejado llevar por sus deseos. Se sacudió la neblina de los ojos y vio a Givendale levantándose del suelo, tocándose la nariz para ver si el puñetazo que le había propinado le había hecho sangre. Adelaide todavía lo agarraba la mano izquierda. Se soltó los dedos para poder ponerse frente a ella.

Givendale dio un paso al frente, apretando y abriendo los puños.

—Eso ha sido una imprudencia.

Trent sonrió de oreja a oreja, recuperando el control y volviendo a ser él mismo, aunque todavía sentía esa intensa emoción en su interior.

—Pero satisfactoria.

Oyó unas cuantas risas de la multitud que empezaba a congregarse a su alrededor.

—¿Crees que eres mejor que yo, «lord» Trent? Puede que todavía no tenga el trato honorífico, pero algún día heredaré el título. Tú, simplemente, te perderás en la historia.

—Si Dios quiere. —Trent giró los hombros para aliviar la tensión acumulada, aunque intentó que pareciera un encogimiento de hombros—. El Señor sabe que sería un duque horrible.

—Tampoco eres nada del otro mundo como púgil.

Trent volvió a sonreír. Una sonrisa sincera y amplia. No tenía muchas certezas en la vida, pero sabía que podía boxear y practicar esgrima con los mejores. Si se lo hubiera propuesto de verdad, podría haber enviado a

Givendale directo al cirujano sin derramar ni una sola gota de sudor. Sin embargo, él solo boxeaba por el placer de hacerlo, y de todos modos aquella no era una guerra que pudiera ganarse con los puños. Él acababa de hacerla pública. El vencedor de esa batalla no sería el que golpeará más fuerte, sino el que lograra poner a la gente de su parte. Había visto demasiadas confrontaciones en público como para pensar que ahora sería diferente.

Por suerte, Trent era casi tan bueno con las palabras como con los puños.

—Si crees que no estoy a la altura de tus expectativas, ¿qué te parece si buscamos a alguien más con quien puedas pelear? ¿Qué tal uno de esos hombres a los que finges visitar con la excusa de que tienes asuntos de negocios que tratar con ellos? Tengo el presentimiento de que no soy el único del que has estado pendiente para saber cuándo está o no en su casa.

Era un tiro al aire, pero sabía que seguramente daría en alguna diana. El método de Givendale era demasiado refinado, con un objetivo demasiado claro, como para que no lo hubiera llevado a cabo antes.

Su acusación provocó innumerables jadeos ahogados.

Su contrincante resopló.

—No tienes ninguna prueba.

Trent se cruzó de brazos y adoptó la postura más arrogante que pudo. Incluso tuvo la sensación de arquear un poco la ceja derecha.

—No necesito ninguna. Acabas de reconocerlo al no negar directamente la acusación.

Se dio cuenta de que su arrogancia estaba irritando sobremanera a Givendale, así que decidió ir un poco más allá. Se volvió hacia la multitud y dejó de mirar a su oponente. Aunque interpuso su cuerpo entre él y su esposa, trató de parecer lo más despreocupado posible.

—Caballeros, si les importan sus esposas, tengan mucho cuidado de hacer negocios con este hombre. No solo carece de principios, sino también de discreción.

—¿Cómo te atreves? —espetó Givendale—. Podría encontrarme al amanecer contigo solo por eso.

Trent lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Dijiste o no al menos a tres personas donde Gentleman Jack que sabías

de mi vida privada más de lo que deberías?

Los allí presentes se deshicieron en murmullos mientras los hombres apretaban la mandíbula. No vio a su hermano o a sus amigos entre ellos, pero confiaba en que estuvieran flanqueando a Adelaide para ofrecerle protección por si la multitud se volvía incontrolable.

—Sinceramente, Givendale, me da igual lo que hagas. Siempre habrá gente que haga la vista gorda a tu modo de vida. Yo, sin embargo, no soy uno de ellos. Así que te lo vuelvo a repetir: mantente alejado de mi esposa.

—Y mientras se mantiene alejado de mi hija, evite también acercarse a mi esposa. —Lord Crampton se acercó al círculo y se cruzó de brazos. Si el veneno que destilaban sus ojos era señal de algo, no sería uno de los que apoyaran a Givendale si las cosas se ponían feas. Lo más probable era que ayudara en la paliza.

Saber que el padre de Adelaide había presenciado la disputa hizo que le ardiera la nuca. Aunque también se alegraba de que al menos uno de sus progenitores se preocupara por ella.

Givendale le escupió a los pies.

—Me has humillado.

Trent se cruzó de brazos y negó tristemente con la cabeza.

—No, te has humillado tú solo.

Entonces Givendale se abalanzó sobre él.

Capítulo 34



Si había alguien en Londres que todavía no tuviera conocimiento de su matrimonio, ahora seguro que se había enterado, y de qué manera. Tampoco habría más rumores sobre si su matrimonio se había producido por un motivo distinto al amor. Comenzar una pelea en medio de un salón de baile tendía a cortarlos de raíz.

Terminó de convencerse por completo, cuando Givendale se estrelló contra él, enviándolo al suelo donde se golpeó el hombro con fuerza por el peso de ambos.

La potencia del golpe de Givendale hizo que los dos se deslizaran por el suelo. Varios hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas se dispersaron con un grito. Cuando se puso de pie, un puño se incrustó en sus costillas. Los puñetazos se sucedieron, mientras intentaba ajustarse a los movimientos de su contrincante. Recibió un par de golpes más antes de tomar el control de la pelea y asegurarse de que esa comadreja no robara besos a nadie más durante una temporada. A cambio, recibió un rodillazo en el costado. El traje de noche, con su corte, botones y otros accesorios, no era tan cómodo como la camisa de lino y los pantalones que solía usar cuando boxeaba. No estuvo seguro de si fue la costura del chaleco o la piel magullada, pero el dolor que azotó su cuerpo le dio una buena idea.

Su respuesta fue un golpe rápido al vientre que hizo que Givendale se doblara por la mitad, por lo que solo tuvo que darle un no muy gentil empujón con la rodilla para enviarlo al suelo.

Unos cuantos hombres se adelantaron para ayudar al caído con intenciones no muy claras. Trent hizo una mueca al ver más de un pie pisándole los dedos a aquel hombre y más de un par de puños dándole en las costillas, una zona de la que él ya se había encargado. Seguro que en breve más de un mayordomo recibiría nuevas instrucciones respecto del señor Givendale. Era más que sabido que la mitad de los matrimonios de la alta sociedad eran poco más que una farsa, pero ¡ay de la persona a la que sorprendieran en público!, sobre todo si la desenmascaraba el mismo hombre al que estaba intentando poner en ridículo. Givendale no sería capaz de hacer gran cosa en una temporada, lo que era una buena señal ya que no podría retarle a ningún duelo al amanecer.

Para cuando aquel tipo quisiera pedir que lo resarcieran, la noticia de la pelea ya estaría pasada de moda. No es que aquello fuera a olvidarse pronto, y por desgracia él sería tristemente célebre durante un tiempo, bastante, pero el sufrimiento de Givendale sería de corta duración.

A menos que volviera a intentar algo con su esposa.

El salón volvió a su habitual algarabía cuando Givendale y sus acompañantes salieron por la puerta. El pecho de Trent ascendía y bajaba con tanta fuerza que pensó que en realidad estaba respirando el mismo ruido junto con el olor a sudor y sangre. Bajó la vista hasta los puños, que todavía tenía apretados, y se vio una mancha roja en una mano. En su interior todavía rugía un monstruo emocional; tenía que salir de allí.

Miró a Adelaide por primera vez desde que empezara la confrontación. Todavía estaba donde la había dejado, flanqueada por Miranda y Amelia. La pelea le había llevado casi a la mitad del salón y la gente estaba llenando rápidamente la brecha que se había abierto, pero todavía podía distinguir el rostro aturdido y pálido de su esposa, hecho que le golpeó con mucha más fuerza que cualquier puñetazo que Givendale le hubiera asestado. ¿Qué pensaría de la contundente respuesta que había dado al problema de aquel individuo? Si a su esposa le preocupaba de verdad ese hombre, puede que acabara de darle el empujón final que la enviara a sus brazos.

Incluso podría acudir a él esa misma noche para curar sus heridas. Lo que no cambiaría el hecho de que estaba casada con él, pero sí cambiaría todo lo

demás.

Y pensar que había querido cortejarla. ¿Qué habría hecho si Adelaide hubiera sido libre para irse? No podría haber pegado a cada hombre que hubiera querido ganarse su corazón.

La mirada azul horrorizada de ella se encontró con la suya, verde y torturada, a través de sus lentes.

No sabía qué hacer. No podía acercarse a ella lleno de sudor y de la sangre del hombre que quizá le importaba más que él.

Así que hizo lo único que sentía que podía hacer.

Buscó a Griffith.

No le llevó mucho tiempo. La mole de su hermano se abrió paso entre la multitud, dirigiéndose hacia él, con Ryland pisándole los talones.

—Llévala a casa por mí. O a donde quiera ir si no desea estar allí. Solo sácala de aquí.

Ryland apoyó una mano en su hombro.

—Dalo por hecho.

El duque de Marshington miró a su esposa a través del gentío e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta contraria a aquella por la que había salido Givendale. Tras un leve asentimiento, Miranda guio a Adelaide entre los invitados, moviéndose silenciosamente por un lateral para que nadie se diera cuenta de su partida.

Ryland miró a Griffith.

—¿Te encargas de él?

—Mientras pueda andar.

Trent miró a ambos con el ceño fruncido, aunque mientras cuidaran de Adelaide le daba lo mismo lo que hicieran con él. Alguien chocó contra su espalda, enviando una llamarada de fuego por todo el hombro y haciendo que casi se cayera de rodillas.

—Pues vámonos entonces. —Griffith le pasó una mano por el brazo y lo llevó fuera con más rapidez que habilidad—. Mi carruaje está a la vuelta de la esquina.

Respirando con dificultad y entre dientes, Trent hizo un gesto de asentimiento y siguió el camino que le había señalado su hermano, cuyos

enérgicos pasos atravesaron el pavimento a un ritmo que excedía en mucho la habitual zancada larga de Griffith.

El lacayo saltó para abrirles la portezuela en cuando los vio venir. Trent miró la altura del vehículo y fue cuando empezó a sentir cada uno de los golpes que había logrado propinarle Givendale. Gimió de dolor mientras subía y se derrumbaba sobre uno de los asientos.

Griffith ascendió lentamente detrás de él, portando una de las lámparas del carruaje. En el momento en el que el vehículo se puso en marcha, la dejó en el suelo.

—¿Estás muy mal?

Trent se desabrochó los botones del chaleco y se sacó la camisa de lino de entre los pantalones. Cada movimiento le resultó una agonía y antes de darse cuenta estaba respirando sonoramente por el esfuerzo de mover sus doloridos músculos más de lo que había estado después de la pelea. El costado era lo que más le pinchaba.

Cuando se levantó la camisa Griffith siseó entrecortadamente.

—Necesitas un cirujano.

Se miró el costado. Bajo la luz de la lámpara tenía muy mal aspecto. Aunque no estaba sangrando profusamente, por lo que supuso que sería más una magulladura que otra cosa.

—Me lo curaré en casa. —Alzó la vista y se encontró con la mirada severa de su hermano—. Te prometo que como sea algo más que un arañazo, yo mismo mandaré llamar al cirujano.

Griffith se cruzó de brazos.

Trent se dejó caer en el asiento sin preocuparse por el estado de su ropa.

—Sinceramente, Griffith —continuó—, ¿crees que la señora Harris me dejaría hacer otra cosa?

Su hermano soltó un gruñido, pero no dijo ni una palabra más en el cuarto de hora que duró el trayecto hasta Mount Street. Cuando llegaron, se dispuso a ayudarlo, pero él alzó una mano para detenerlo.

—Puedo hacerlo yo solo. Gané la pelea, ¿recuerdas?

—Ah, ¿sí? —Griffith enarcó una ceja y dejó la pregunta suspendida en el aire.

Sí, había ganado la pelea física con Givendale, pero aún no sabía si había conseguido o no el premio.

—Te veo mañana.

No esperó a una respuesta mientras iba hacia la casa con la mayor elegancia posible. No había sufrido ningún daño en las piernas, ni tampoco le dolían, así que, lo que hacía que caminara como una lavandera cargada de ropa, eran la espalda y el costado. Las manos también le dolían, pero no influían en su forma de caminar.

Cuando Fenton abrió la puerta, Trent se limitó a alzar la mano, pidiendo que no dijera nada, mientras pasaba de largo y se tambaleaba hacia su habitación, deshaciéndose del pañuelo de cuello, la levita y el chaleco por el camino.

Movió un hombro, intentando aliviar la incomodidad al entrar en el santuario que era su dormitorio. Se quitó la camisa por encima de la cabeza y se volvió para mirarse en el espejo. La luz de la lámpara se proyectó sobre su piel, resaltando los hematomas que empezaban a formarse alrededor de las costillas.

Se lavó la sangre y comprobó que la herida del costado no era más que un rasguño largo y poco profundo cerca de la parte delantera que había causado la mayor parte de la mancha de sangre. Teniendo en cuenta lo que le costaba moverse, dudaba que Givendale pudiera limpiarse esta noche por sí solo.

No sentía mucha simpatía por su oponente. Seguro que a la mañana siguiente le pedía perdón a Dios, pero esta noche estaba atrapado en su naturaleza humana y no podía evitar alegrarse por haber dado su merecido al hombre que parecía haber intentado arruinar sus posibilidades de disfrutar de un matrimonio feliz. No es que Trent no hubiera puesto su granito de arena para que su unión fracasara, pero tampoco le hacía falta que nadie le ayudara.

Estiró el brazo una vez más, haciendo una mueca, pero sabía que no debía dejar que el músculo se agarrotara, porque de lo contrario le dolería más.

A pesar de la adrenalina que todavía fluía por sus venas, trató de convencerse de que era mejor que se fuera a la cama. Pasear de un lado a otro no le haría ningún bien a su dolorido cuerpo y en cualquier momento toda esa vibrante energía le abandonaría y caería exhausto.

Volvió a mirarse en el espejo para echar un vistazo a la cara y asegurarse de que el pequeño corte que tenía en la mejilla no había vuelto a sangrar.

Un suave sonido le hizo apartar la vista de su rostro hacia el área que se reflejaba en el espejo más allá de su hombro derecho. Se dio la vuelta, desesperado por verlo con sus propios ojos, pero la verdad estaba allí parada envuelta en un camisón de algodón blanco y una bata de un vivo tono azul

No se había ido con Givendale.

Había vuelto a casa con él.



Se había dicho a sí misma que no debía ir, que la jornada había estado repleta de demasiadas emociones y que era mejor esperar a mantener cualquier conversación bajo la luz del nuevo día. Pero mientras estaba tumbada en la cama, aguardando el sueño que se negaba a venir, en lo único que podía pensar era en lo mucho que le había costado a Trent moverse cuando abandonó el salón. En lo rígido que había estado él mientras se encontró con su mirada por entre las cabezas de los allí presentes.

En cuanto Miranda la sacó del salón de baile, intentó apresurarse por un lateral de la casa para encontrarse con él, pero la aglomeración de curiosos fue más de lo que podía soportar. Donde quiera que iba, la gente se acercaba a ella, intentado averiguar por qué Trent había mantenido un altercado público con Givendale. Como si en ese momento le apeteciera hablar de algo tan personal con personas que eran prácticamente unas desconocidas. Ryland puso fin a las preguntas con una mirada fulminante y la condujo hasta su carruaje, ofreciéndose a llevarla adonde fuera que quisiera pasar la noche.

Aquella oferta le rompió el corazón, porque sabía que la orden había venido de Trent. Después de todo lo que había sucedido, él le estaba dando una opción; la misma opción que él tenía. Pero de alguna manera supo que, con independencia de lo que ella hiciera, él siempre elegiría su matrimonio. Lo había demostrado más que de sobra esa noche.

Así que había regresado a casa y se había metido en la cama, tratando de no escuchar los gruñidos de dolor al otro lado de la puerta, mientras

atormentaba a su cerebro en busca de cualquier cosa que pudiera hacer para aliviar su sufrimiento. Un sufrimiento que él había recibido en su nombre.

Uno de los textos de medicina que había estado hojeando en busca de datos interesantes que compartir con Trent explicaba que masajear y frotar los músculos podía aliviar el dolor del cuerpo. No había leído el libro completo y, por lo tanto, no tenía ni idea de qué métodos se recogían en sus páginas, pero si podía ayudarle quería intentarlo. Nadie la había defendido nunca, creyendo en ella implícitamente como él lo había hecho. Por mucho que deseara un afecto más profundo, con obtener su protección y confianza le bastaría.

Sabía que si llamaba a la puerta y aguardaba su respuesta podría acabar perdiendo el coraje que le había llevado a tomar esa decisión; además, también era posible que ya estuviera durmiendo. Así que simplemente se acercó a la puerta que conectaba ambos dormitorios y la abrió.

Esperaba encontrarlo desplomado sobre la vieja poltrona o tumbado en la cama. Lo que menos se imaginaba era contemplar la luz de la lámpara proyectándose en su musculoso y magullado torso. De repente, ofrecerse a hacerle un masaje no le parecía tan buena idea. O quizá fuera la idea más inspirada que jamás había tenido.

—¿Adelaide? —Trent cruzó la habitación en tres grandes zancadas y le agarró de los hombros—. Adelaide, ¿estás bien?

Le habían pegado tan fuerte que al menos se había deslizado dos metros por el suelo, ¿y él solo estaba preocupado por ella?

—Creo que podría... He venido a ver si podía ayudarte. He leído que los masajes pueden aliviar el dolor después de... mmm... un altercado físico.

Trent alzó ambas cejas mientras subía y bajaba las manos por los brazos de ella. La bata de seda y el camisón de algodón no tenían nada que hacer con el calor que le transmitían aquellas manos y quiso zambullirse en él. De pronto se sentía helada por todos los altibajos que había experimentado esa jornada.

La voz de Trent era áspera; de hecho, tuvo que aclararse la garganta para que las palabras que salieran de su boca fueran inteligibles.

—Tienes razón. Hay un médico que se pasa de vez en cuando por el club

que se encarga de nuestros doloridos músculos a cambio de ser miembro sin pagar ninguna cuota.

—Oh. —Adelaide abrió los ojos y parpadeó. Si aquello era algo de lo que normalmente se ocupaba una persona cualificada, ¿y si lo hacía mal y terminaba haciéndole más daño?

—¿Entonces quieres que llame a un médico?

—No, no, no me refería a eso. —La acarició con la mirada, con las cejas en tensión, como si no supiera qué hacer a continuación. Después miró por encima de su hombro, en dirección a la cama, antes de cerrar los ojos y susurrar algo que Adelaide no logró entender. Cuando volvió a abrirlos, se quedó sin aliento ante la intensidad que vio en aquellos ojos esmeralda. Tenía que tratarse de un efecto de la luz de la lámpara porque, durante unos instantes, le pareció ver todas las sensaciones del día brillando en su mirada —. Si quieres ayudarme, no te haré cambiar de opinión, pero no tienes por qué hacer esto.

Adelaide se sorprendió al sonreír. Le temblaban hasta los mismísimos huesos por la mezcla de los nervios que sentía y el recuerdo de la última vez que había estado en esa estancia. Aun así, todavía quería sonreír.

—Quiero ayudarte.

Trent asintió antes de acercarse a la cama y tumbarse bocabajo.

—La mayor parte de la tensión parece estar en el hombro izquierdo.

—Bien. ¿Qué tengo que hacer... presionar sobre la zona? —Adelaide colocó la lámpara sobre la mesita de noche y al instante deseó no haberlo hecho. Trent tenía una espalda espectacular, por muy magullada y llena de hematomas que estuviera. Y ella se había ofrecido voluntaria para tocarla.

Trent se volvió hacia ella y le sonrió.

—No lo sé con seguridad. Nunca he estado en ese lado para ver lo que se hace. Solo haz lo que mejor te parezca. Te avisaré si me duele.

—Muy bien entonces. —Adelaide se frotó las manos. Tenía los dedos tan fríos que no se atrevía a ponerlos directamente sobre su piel. Sopló sobre ellos para calentarlos mientras contemplaba su espalda e intentaba decidir por dónde empezar.

—No tienes por qué hacer esto, Adelaide. Ya me han pegado otras veces.

Pronto estaré bien.

—No —dijo ella en voz baja. Después, volvió a repetirlo con más convicción. Al final decidió empezar por la parte superior e ir bajando. Al principio le tocó con tal suavidad que apenas le dejó marca en la piel. Pero en cuanto el calor del cuerpo de él derritió el hielo de sus dedos, comenzó a presionar con más fuerza, recorriendo con sus manos el contorno de los hombros y bajando por la espina dorsal.

Trent soltó un gemido y ella retiró las manos al instante, como si se hubiera quemado. Sabía que tenía que haber llamado a un médico. Era una osadía intentar practicar una terapia con solo haber leído unos cuantos párrafos de un texto científico.

—Nooo —jadeó él—. Me siento fenomenal.

¿Entonces era un gemido positivo? Satisfecha consigo misma, volvió a colocar las manos para continuar con la tarea, olvidándose casi por completo de que se suponía que el que tenía que salir beneficiado de todo aquello era él. Estaba disfrutando tanto de poder recorrer su piel con las manos, que dejó de pensar y confió en sus instintos para que la guiaran.

Después de un rato, los gemidos fueron reemplazados por un suave ronquido.

Continuó masajeándole un rato más, recreándose en la textura de su piel y evitando tocar la herida. A continuación, se llevó la lámpara a su dormitorio con una sonrisa.

Capítulo 35



Adelaide estaba convencida de que algún día podría caminar por el pasillo de la iglesia sin ser el centro de las miradas especulativas de todo el mundo. No le ayudaba mucho que supiera que las miradas iban dirigidas más a Trent que a ella misma; seguía estando en la línea de visión de todos los presentes, continuaba formando parte de la historia que estaba en boca de todos y todavía le incomodaba mucho el asunto.

Pero si aquel era el precio que tenía que pagar por ir por aquel pasillo del brazo de Trent, lo aceptaría sin dudarlo. Se había pasado casi toda la noche despierta, meditando sobre su vida y llegando a la difícil conclusión de que, si tenía que elegir entre complacer a su madre o complacer a Trent, su progenitora sería la perdedora. Estaba convencida de que esa decisión era incluso bíblica.

Cuando Trent y ella se sentaron en el banco de la familia, Griffith los estaba esperando. El duque miró a su hermano antes torcer hacia arriba una comisura de la boca.

—Se te ve muy bien. Teniendo en cuenta las circunstancias.

Trent se estiró las mangas del abrigo.

—Apenas me tocó.

Después de haber sido testigo de primera mano de todos los gemidos que soltó cuando subió al carruaje esa mañana, estaba bastante impresionada por la fachada indolora que había adoptado. También se sintió muy halagada porque él le hubiera permitido ver su sufrimiento y confiara en ella para que

le guardara el secreto. Sonrió. Puede que después necesitara otro masaje.

El calor ascendió inmediatamente a sus mejillas. No debería tener ese tipo de pensamientos. Y mucho menos en la iglesia. Se sacó el abanico de la muñeca y lo agitó con rapidez sobre su rostro para refrescarse las mejillas.

—Me encantaría saber lo que estás pensando ahora mismo —le susurró Trent a la oreja.

Se ruborizó todavía más. Al ritmo que iba, Dios no tendría que fulminarla con un rayo. Ardería por sí sola.

—Gracias por el masaje de anoche.

En serio. Si no dejaba de susurrarle al oído no se haría responsable si la iglesia sufría un caso de combustión espontánea.

—La última vez que estuve tan dolorido, no pude levantarme de la cama al día siguiente. Esta mañana, sin embargo, casi me sentía como todos los días.

Adelaide volvió la cara y se encontró con la de su marido a menos de un par de centímetros de distancia. Cualquiera que los viera en ese momento pensaría que estaban a punto de besarse. Durante un instante, incluso ella misma lo creyó.

—Me alegra oír eso. De verdad.

—Tal vez podría devolverte el favor.

La miró con una intensidad tal que le transmitió todo lo que estaba pensando sin pronunciar una palabra. ¿Sería posible que todavía disfrutaran de otras cosas, como besarse, aunque lo demás no funcionara entre ellos? Desde luego le habían gustado esas otras cosas y también le había producido un intenso placer darle el masaje de la noche anterior. Lo que sí tenía claro era que no podía mantener esa conversación sin que le ardiera toda la cara.

—¡Trent, estamos en la iglesia!

—¡Adelaide, estamos casados!

Ella lo miró confundida.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Griffith se inclinó sobre ellos.

—¿Sabéis que se considera una grosería hablarse en susurros?

Trent miró a su hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estamos en una iglesia. Uno siempre habla con un tono de voz

respetuoso en una iglesia.

—Y aquí también se debería hablar de temas respetuosos —murmuró ella.

La profunda y grave risa que llegó a sus oídos le recorrió la columna vertebral hasta aterrizar en su vientre con un ruido sordo.

—¿Qué puede ser más respetuoso que la unión de dos personas a los ojos de Dios?

Adelaide enarcó una ceja y casi se sintió aturdida cuando se dio cuenta de que ella tenía esa habilidad cuando Trent le había confesado en una ocasión lo mucho que le molestaba no ser capaz de hacerlo.

—Tal vez la unión del alma de un hombre con nuestro Salvador resucitado.

—Touché. —Trent no parecía demasiado preocupado por haberle dejado vencer aquella «pelea» dialéctica. Pero ¿por qué iba a estarlo? Todavía le ardían las mejillas por las implicaciones de su anterior conversación. Sería un milagro que lograra oír un solo párrafo del sermón de esa mañana.



Esa noche cenaron en casa. Mientras comían tranquilamente, y después cuando se retiraron al salón, Trent se estuvo estrujando el cerebro por encontrar temas de conversación que le arrancaran una sonrisa, o incluso que la hicieran reír. No podía dejar de pensar en las bromas que habían compartido en la iglesia. Anhelaba mantener más charlas como aquella. Adelaide no solía responder a sus pullas, pero cuando lo hacía, admiraba su rápido ingenio. Cuando recordaba el día de su boda, en el que ella ni siquiera había podido mirarlo a los ojos, nunca se habría imaginado que terminaría convirtiéndose en la mujer vivaz que tenía sentada enfrente de él.

Aunque durante esos pocos instantes en que el rubor amenazaba con superar sus sentidos, se parecía a la Adelaide con la que se había casado, en vez de la joven que se había mostrado tan distante con él durante las últimas semanas. Pero a pesar de que su relación había parecido superar un escollo invisible la noche anterior, ella todavía parecía distinta. ¿A qué podía deberse?

El salón era cómodo y tranquilo, el lugar perfecto para relajarse un domingo por la noche. Adelaide estaba leyendo un libro; él, fingía hacerlo. El ejemplar que tenía frente a sus ojos era aburrido, pero siguió pasando las páginas y contando hasta diez cada vez que se ponía con la siguiente hoja para no delatar su falta de atención.

—Está del revés —le informó ella en voz baja.

Trent sabía que era una trampa, así que hizo caso omiso y pasó otra página, intentando aclararse la mente, antes de volver a mirar el libro... y descubrir que, efectivamente, estaba del revés. Lo cerró de golpe y lo arrojó a la silla que tenía enfrente.

—No me extraña que fuera tan aburrido.

Adelaide le sonrió por encima de su propio libro. Trent la miró, la miró de verdad. Llevaba el pelo impecable, completamente retirado del rostro. Pero no la veía distinta solo por eso. Siguió fijándose en ella. El vestido estaba en perfecto estado (al igual que el resto de la ropa), las plumas de las zapatillas estaban en su lugar... Todo estaba donde debería estar.

Un momento, todo estaba donde debería estar.

Eso era. Llevaba semanas viéndola perfecta. ¿Qué le había pasado a su Adelaide?

Con el ceño fruncido, extendió la mano y le quitó una horquilla, logrando que dos rizos cayeran en cascada sobre su hombro. Luego se agachó, le quitó una zapatilla y la lanzó en dirección al dormitorio de Adelaide.

Después volvió a sentarse, satisfecho con el cambio.

—Mucho mejor.

—¿De verdad era necesario? —Le encantó el suspiro exasperado que soltó.

—Sí. Se te veía demasiado perfecta.

Ella lo miró parpadeando. Adoraba sus parpadeos.

—¿Demasiado perfecta?

—Mmm, sí. Me ha llevado un tiempo darme cuenta, pero sí, se te veía demasiado perfecta.

Ella dejó su libro a un lado y lo miró completamente confundida.

—¿Me estás diciendo que preferías que fuera por ahí con guantes que no

combinaban, zapatillas manchadas y dobladillos descosidos?

—No todo a la vez. —Se encogió de hombros—. Nunca has ido con todo a la vez. Simplemente me gustaba saber que era la única persona que te veía impecable cuando salías.

Ella se sentó sobre una pierna y se inclinó sobre el brazo de su silla para mirarlo a la cara. La curiosidad impregnaba todos sus rasgos, a juego con unos ojos muy abiertos y expectantes.

—Pero tu madre me dio instrucciones muy específicas sobre cómo ser la dama perfecta. Debo reconocer que me cuesta pensar en todos los movimientos que hago todo el tiempo y que realizo un inventario completo cada vez que visito el vestidor de las damas. Me resulta muy frustrante descubrir que, a pesar de todo el cuidado que tengo, siempre encuentro algún fallo.

—Aunque tengo un absoluto respeto por mi madre, nunca le he pedido que se casara conmigo. —Trent se detuvo y negó con la cabeza—. Eso no ha sonado muy bien.

Adelaide lo miró durante un instante.

—Tampoco me lo pediste a mí.

—En realidad sí lo hice. —Trent sonrió mientras ella volvía a parpadear.

Se inclinó para acortar la distancia que había entre sus sillas y capturó sus labios en un beso.

Lo que tenía que ser una dulce caricia de labios pronto se transformó en algo más intenso cuando le acunó la cara y entremetió los dedos en su pelo, quitándole más horquillas y liberando más rizos sobre sus hombros.

—Adelaide. —Tragó saliva, pues su voz había sonado demasiado áspera como para que le entendiera—. Adelaide, ¿crees que podríamos volver a intentarlo?

Ella clavó la vista en la puerta de su dormitorio y después le miró a los ojos antes de acercarse a él y volver a besarlo.



Sus días volvieron a caer en una rutina y, aunque no era tan diferente a lo que

habían hecho antes, parecía que todo había cambiado. Desayunaban juntos por la mañana. Luego Adelaide se acurrucaba en la silla de su estudio y leía, mientras Trent trabajaba durante una hora. Entonces salía y se iba a uno de sus clubes mientras ella se reunía con la señora Harris o iba a ver a *lady* Blackstone. Había dejado de preocuparse tanto por su apariencia (excepto cuando estaba en presencia de la condesa) y se sintió increíblemente liberada cuando por fin pudo volver a relajarse en ese aspecto.

A veces, incluso cometía algún fallo a propósito para ver si Trent se daba cuenta. Él había empezado a corregírselos con dulzura y sin decir nada. Y si estaban solos cuando lo hacía, el gesto siempre iba acompañado de un beso.

Trent regresaba a casa a por la tarde y se iban a dar un paseo antes de volver a casa y prepararse para la cena. En los últimos tres días, solo habían salido una vez, y fue para asistir a una pequeña reunión que ofrecía un amigo de Trent de la escuela. Lo normal, sin embargo, era que cenaran en casa y luego se retiraran al salón.

Trent le había enseñado a jugar al ajedrez. Ella le leyó alguna de sus novelas de Minerva Press, usando voces diferentes para cada personaje como si le estuviera leyendo a un niño. En alguna ocasión habían jugado al Matatenas, aunque se pasaban más tiempo persiguiendo la pelota que recogiendo las tabas.

A continuación, iban al dormitorio de él y, en algún momento de la noche, ella se despertaba mientras él la llevaba a su cama.

A simple vista, todo parecía maravilloso. Cualquiera que los viera pensaría que por fin habían dado rienda suelta a su matrimonio y estaban enamorados como cualquier pareja joven que hubiera llegado al altar de una forma mucho más convencional que ellos.

Pero Adelaide sabía que aquello no era del todo cierto.

Sabía que el equilibrio que habían conseguido era extremadamente delicado. El incidente con los bocetos del cultivo de piñas se interponía entre ellos como una barrera ignorada que les impedía avanzar del todo. Adelaide ya no se preocupaba por sus zapatillas, pero temía dar otro paso equivocado con Trent e intentaba que sus conversaciones no fueran muy profundas.

Y eso no le gustaba.

La oscuridad se cernía sobre ellos por muy cómoda que se sintiera con las pesadas mantas sobre ella y el hombro tibio y fuerte que estaba usando como almohada. Le encantaba esa parte del día, cuando estaba calentita y feliz y tan cerca de su marido como era posible. A veces intercambiaban historias de sus infancias entre susurros, otras se quedaban en silencio.

Se acercó más al costado de él y trazó un diseño circular sobre su pecho.

—Estoy tan a gusto aquí. Cuando me llevas a mi cama siempre termino despertándome por el frío que paso en el trayecto. Puede que me quede aquí toda la noche.

Trent se echó a reír. A Adelaide le tembló la cabeza por la vibración de su hombro.

—¿Y escandalizar a Rebecca y a Finch por la mañana?

—Finch está casado —masculló ella—. Es perfectamente capaz de lidiar con una imagen así.

Él le retiró el pelo de la cara.

—¿Sabes? Podría ir yo a tu cama. Así no tendría que moverte y que pasaras frío.

Adelaide hizo un mohín. Se sentía ridícula haciendo un gesto así, pero no quería que la privaran de la comodidad de aquella cama.

—Me gusta mucho tu cama. Es el mueble más bonito que he visto en mi vida.

Él la besó con dulzura en los labios.

—Entonces mandaré que te hagan otra igual. Aunque se me ocurren algunas otras cosas que podrías tallar en el cabecero en vez de una partida de caza.

—Una cama como esta es demasiado cara, Trent. Al final terminaré redecorando mi habitación y seguro que encuentro una cama lo suficientemente bonita, pero siempre me gustará más la tuya.

Trent le alzó la barbilla con un dedo. Bajo la pálida luz de la luna que se deslizaba entre los bordes de las cortinas, pudo verlo buscándola con la mirada.

—No sabes cuánto dinero tengo, ¿verdad?

—Trent, para. No eres un primogénito. Sé que nunca nos faltará de nada,

pero no espero que puedas vivir como tu hermano.

Trent echó la cabeza hacia atrás.

—No, como mi hermano no. Pero seguramente sí de forma parecida a tu padre.

Adelaide se incorporó y se volvió para poder mirarlo fijamente. No podía ser igual de rico que su padre, un hombre poseedor de un título nobiliario. Era un hijo menor, cuyo hermano ya había heredado.

—No hace falta que te endeudes para impresionarme.

Trent se rio y la envolvió en sus brazos.

—Mi padre me dejó un patrimonio generoso y Colin lleva años gestionándolo, incluso antes de que yo lo supiera. Los hermanos entrometidos tienen sus ventajas.

—Oh. —Adelaide volvió a trazar círculos en el pecho de Trent. No estaba muy segura de si debía hacerle la pregunta que le había estado rondando todo el día por la cabeza. Varios días en realidad. Sabía que su delicado idilio no podría durar para siempre, ¿pero quería ser ella quien lo rompiera?—. ¿Trent?

—¿Sí, querida?

—¿Podrías, por favor, contarme lo de las piñas?

Capítulo 36



Trent se puso rígido. De modo inconsciente la acercó más a su pecho, hasta que la abrazó por completo. Ese hecho lo convenció más que cualquier otra cosa de que había llegado el momento. De que era hora de bajar la guardia, de dejarla entrar.

De estar casado de verdad.

—No sé si seré capaz de explicarlo. —Respiró hondo—. Pero lo intentaré.

Ella le acarició suavemente el cabello con los dedos, echándoselo hacia atrás, pero no dijo nada y esperó con paciencia. Una parte de él quería contratacar, decirle que no era asunto suyo, que, si no hubiera husmeado en sus papeles, nunca se habría enterado de lo de las piñas y hubieran podido ser felices con su actual dicha conyugal.

—Es una tontería —susurró.

Adelaide apoyó la cabeza en la mano y le sonrió de forma alentadora.

—En realidad los bocetos me parecieron maravillosos. Hacían un uso notablemente eficiente del espacio.

Trent se echó a reír; algo que le sorprendió poder hacer, sobre todo teniendo en cuenta lo que estaba a punto de decirle. Adelaide pensaría que estaba mal de la cabeza.

—La razón por la que guardé los bocetos en el cajón no es la idea en sí misma.

—Oh.

Se sentó y se pasó las manos por el pelo. Le ayudó que en ese momento no

podía verle la cara.

—Planificar cultivos y hacer cambios en ellos es algo que suele hacer un duque.

Adelaide frunció el ceño. No podía verla, pero lo sintió. Era una mujer que se expresaba con todo su cuerpo.

—No, es lo que hacen los hacendados.

Trent se encogió de hombros.

—Cuando crecí, el dueño de la finca era un duque. Y aprendí cómo llevar una propiedad porque yo también asistía a las clases que le daban a mi hermano, el futuro duque. Así que todo eso... son cosas de duques. Y no quiero que se me den bien.

Oyó el sonido de las mantas cuando Adelaide se las quitó. Después, la vio ponerse de rodillas frente a él.

—Trent, el hecho de que no hayas nacido como primogénito y no tengas que planear el cultivo de medio país no significa que estés menos capacitado que Griffith.

—No, no me has entendido. No es que no crea que sea bueno en ello, es que no quiero serlo. No quiero que Dios baje la vista a la Tierra y piense que podría ser mejor duque que Griffith.

Tragó saliva, sabiendo que lo que estaba a punto de decir era absurdo, que no era lógico, que se trataba de una tontería que había florecido en la mente de un niño. Pero que no había podido superar nunca.

—Así es como perdí a mi padre.

Adelaide se arrastró sobre su regazo, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Podía sentir su aliento, incluso creyó poder sentir su corazón, a menos que fuera el suyo propio latiendo con la fuerza de los dos. Le resultaba más fácil tenerla así, envuelta en sus brazos, aunque sin verle la cara. Podía aceptar su consuelo, pero sin tener que preocuparse por su censura.

—Dios vio que Griffith sería un duque extraordinario, así que le convirtió en duque. Mi padre siempre decía que eso sucedería algún día. Aunque no creo que ni él pensara que ocurriría tan pronto.

Hubo un prolongado silencio. Trent quería llenarlo de algún modo, pero

no sabía qué más decir.

Al final, fue ella la que lo rompió por él.

—Trent, plantar piñas no te hará más capaz para ser duque.

—No es el acto de cultivar piñas en sí mismo. Sino el hecho de involucrarse en ese tipo de asuntos.

Adelaide se sentó y le enmarcó el rostro entre las manos.

—¿Puedo ser franca contigo, Trent?

Se quedó congelado por la severidad de sus palabras. Había esperado una amable comprensión, tal vez algún tópico que otro, o algo de consuelo.

—Por supuesto.

—Serías un duque terrible.

Sintió que toda la tensión abandonaba su cuerpo. Se rio.

—Sí lo sería, ¿verdad?

—Sí. Ser duque comprende mucho más que poseer un título y administrar tus propiedades. También tienes que dirigir a las personas que trabajan para ti. Y eso, mi querido esposo, se te da francamente mal.

Trent la abrazó por la cintura.

—¿Perdón? La gente me adora.

—Exacto. La gente te adora. Haces que se sienta cómoda. Antes del incidente con el señor Givendale, ¿alguna vez te habías dado cuenta si alguien tenía malas intenciones? Trent, eres una persona fabulosa, y el mundo es un lugar mucho mejor porque tú estás en él, pero me temo que, si fueras duque, te costaría mucho prever los problemas potenciales.

La observación de Adelaide no calmó de inmediato el miedo irracional que tenía, pero sí le ayudó a ponerlo en perspectiva. Le dio una herramienta para combatir sus inseguridades y sus miedos. Le proporcionó el coraje para atreverse a llevar a cabo algunas cosas sin tener que mirar constantemente por encima del hombro para asegurarse de que Griffith estuviera bien.

Atrajo a Adelaide hacia sí y la besó. No estaba seguro de lo que estaba poniendo en aquel beso, pero sí que se trataba de algo más, de algo diferente a lo que le había dado antes; ella, por su parte, se lo devolvió como si también se hubiera dado cuenta.

Después volvió a abrazarla, la besó en la coronilla y le preguntó:

—¿Has probado alguna vez la piña?



La felicidad de Adelaide continuó al llegar el día. Todo iba maravillosamente bien en su mundo... hasta que Fenton le anunció que su madre y su hermana habían venido para hacerle una visita. Entonces su burbuja de dicha se rompió en una docena de pedazos (lo que no significaba que no se pudiera volver a recomponer, pero en ese momento estaba rota). ¿Cómo se las apañaba su madre para saber cuándo era feliz? ¿Acaso su euforia restaba energía a la alegría de su madre? ¿De verdad el mundo cambiaba tanto cuando sonreía? Había pasado más de una semana desde el altercado en el salón de baile y a su progenitora se le había dado de fábula evitarla, o lograr que sus escasos encuentros públicos fueran breves y educados.

Por lo visto era demasiado pedir que mantuvieran esa rutina en un futuro previsible.

Dijo a Fenton que las llevara al salón, a pesar de que estaba un poco vacío. Los trabajadores irían mañana para encargarse de las paredes y colgar las nuevas cortinas. Todavía no había decidido qué mobiliario quería; aún no había podido encontrar algo lo suficientemente robusto y femenino, pero aquello no era óbice para que las paredes siguieran en mal estado. Sobre todo, cuando una de las ventanas ya estaba sin cubrir.

Se miró en el espejo para asegurarse de que no estaba demasiado desaliñada y bajó las escaleras para encontrarse con sus invitadas, recordándose que, efectivamente, eran «sus» invitadas y estaban en «su» casa. Después pidió a Mabel que llevara el té al salón. No había razón alguna para entretenerse con minucias y prolongar innecesariamente la visita.

No querer que sus parientes fueran a visitarla mientras que, al mismo tiempo, estaba ocupada planeando que la familia de Trent hiciera una visita prolongada, hizo que se sintiera un poco culpable. Pero lo cierto era que su familia no era tan agradable como la de su marido. Y aunque quería con todas sus fuerzas honrar a su madre, como le pedía la Biblia, estaba teniendo grandes dificultades para conciliar ese mandato con los versículos que decían

que se alejara de los necios.

Si tardaba un poco más de lo normal en bajar las escaleras, nadie lo sabría excepto ella. Y si hacía una mueca a la puerta del salón antes de abrirla con una sonrisa, también sería su secreto.

—Querida. —Su madre se acercó a toda prisa hacia ella con las manos extendidas en una demostración de afecto que ni siquiera le había visto hacer con Helena—. Me has tenido muy preocupada. No he podido hablar contigo como Dios manda desde «el incidente».

Jamás había conocido a nadie que fuera capaz de hablar así, pero su madre acababa de lograrlo. Le dio una palmada y puso fin al incómodo abrazo.

—No creo que fuera tan dramático como estás intentando que parezca, madre. Y desde luego no tanto como para hablar de ello con tanto énfasis. — Se sentó en una de las sillas desteñidas tal y como le había enseñado *lady* Blackstone. Con una postura con la que podía levantarse de inmediato en caso de ser necesario, pero que no daba la sensación de querer echar a los invitados.

—Hasta yo me he enterado. —Helena abrió los ojos de par en par mientras asentía solemnemente con la cabeza.

Adelaide la miró con los ojos entrecerrados.

—Estás suscrita a todos esos periódicos de tres al cuarto de Londres, Helena. Por supuesto que te has enterado.

Su hermana abandonó el gesto de falsa inocencia.

—Y todos han dedicado unas líneas a la pelea de tu marido.

—Igual que se las dedicaron a las palabras que intercambiaste con *lady* Raebourne hace dos años, pero entonces no le dimos tanta importancia ni hablamos de ellas entre susurros. —Adelaide no podía creer que acabara de sacar a colación el mayor escándalo que había soportado su familia (o en el que les habían atrapado, como estaba empezando a creer que era el caso). Sintió una punzada de remordimiento por hablar del pasado, pero si Helena iba a atacar a su marido, aquello le daba vía libre—. Si mal no recuerdo, me escribiste diciendo que estaban exagerándolo todo y que solo debería haber ocasionado unas pocas risas en los salones.

Hizo una pausa mientras Fenton traía el servicio de té. En cuanto el

mayordomo se retiró, volvió a mirar a su hermana.

—¿Todavía sigues midiendo el nivel de escándalo de un suceso en base al número de artículos que le dediquen?

—En serio, Adelaide, no tiene nada que ver lo uno con lo otro. —Su madre cruzó las manos sobre su regazo y frunció los labios.

No tenía ni idea de por qué habían ido a verla, pero parecía que había conseguido desbaratar sus planes.

Pero el breve momento de satisfacción que sintió llegó a su fin cuando su madre se hizo con la tetera y empezó a servir el líquido en la taza de Helena. Estaban en su casa. Ella debería ser la que servía el té. Para su madre, tener el control de la tetera era una forma de demostrar su poder, que iba más allá del insulto. Mientras pensaba si arrebatársela o no para demostrar que tenía razón, la puerta del salón se abrió.

Se dio la vuelta, esperando que se tratara de un sirviente, aunque lo que de verdad quería era que fuera una de sus nuevas cuñadas. Cuando vio a Trent entrando en el salón se alegró de no haber quitado la tetera a su madre, porque seguro que se le habría caído de las manos de la conmoción.

—Siento llegar tarde, querida. —Trent cruzó la estancia y se sentó junto a ella en el sofá como si fuera perfectamente normal que un marido recibiera visitas con su esposa. Le sorprendió lo diferente que sonaba la palabra «querida» en boca de su esposo que en la de su madre—. Oh, he llegado justo a tiempo, me alegro de no haberme perdido el té. Cinco azucarillos y un chorrito de leche, por favor.

Su madre frunció el ceño mientras le preparaba el té, pero la apretada línea de sus labios se transformó en una sonrisa cuando le entregó la taza. Después se puso a servir el té a Adelaide (un té prácticamente blanco con un poco de crema) antes de prepararse el suyo.

Adelaide se detuvo a mirar a Trent. Estaba convencida de que le había dicho que ese día iba a practicar esgrima con Anthony. Cuando se inclinó para recoger su té, notó cómo le palpitaba el pulso en el cuello. Llevaba el pelo con ese efecto despeinado tan de moda en esos tiempos, húmedo en las sienes y un poco más alborotado que cuando salió de casa esa mañana. ¿Habría venido corriendo desde casa de Anthony para estar allí y que no

tuviera que hacer frente a su madre ella sola? Fenton debía de haber enviado a Oswyn antes incluso de subir las escaleras para informarle de que tenía visita.

¿Qué hombre se tomaba esas molestias si no se preocupaba por su esposa? Ninguno. Puede que no hubieran llegado adonde estaban por el método más convencional, pero nadie podría convencerla de que no había al menos un poquito de amor en su relación.

Tomó un sorbo de su té y se encontró a Trent mirando con el ceño fruncido la taza que tenía en la mano. Se encogió ligeramente de hombros, intentando decirle sin palabras que le daba igual cómo le hubiera servido el té su madre. Con independencia de que le llegara o no el mensaje, Trent decidió continuar:

—Espero no estar interrumpiendo nada. —Su marido se acomodó en el sofá y dio un sorbo a su té, dejando claro que no le importaba en absoluto si estaba interrumpiendo o no y que no tenía la más mínima intención de irse a ninguna otra parte.

—Por supuesto que no, milord —dijo su madre desde su taza.

Adelaide se mordió el labio para no sonreír. Como hijo menor que no heredaría nada más que dinero y unas pocas conexiones familiares, Trent no era nadie a los ojos de su madre. Como condesa, creía que lo superaba y debía de molestarle sobremanera tener que tranquilizarlo de ese modo, aunque solo fuera un poco.

Helena, sin embargo, no tenía ese problema.

—¿Participó en la carrera de caballos de la semana pasada, milord? —Su hermana agitó las pestañas en dirección a Trent, que abrió los ojos como platos y tragó a toda prisa el sorbo de té antes de toser ligeramente.

—No creo que lo hiciera. A veces galopo por el parque por las mañanas, así que puede que me uniera de forma involuntaria a alguna persecución.

Adelaide esbozó una leve sonrisa.

—¿Sueles unirme a alguna carrera de forma involuntaria?

—A veces sucede. —Trent le devolvió la sonrisa, haciendo caso omiso de las otras dos mujeres.

—¿Y ganas?

—Por supuesto. —Trent alzó la taza en su dirección—. ¿Para qué jugar si no tienes intención de ganar?

—Ni siquiera cuando no tienes intención de jugar.

Él le guiñó un ojo.

—A veces esos triunfos son los más placenteros.

Adelaide agachó la cabeza un tanto sonrojada. De pronto tuvo la sensación de que ya no estaban hablando de carreras de caballos.

Su madre dejó la taza sobre la mesa.

—He oído que su hermana va a celebrar un baile la próxima semana.

Y ahí estaba el verdadero propósito de aquella visita. Aún no habían recibido ninguna invitación para el baile. Conociendo lo que Miranda sentía por su familia, estaba prácticamente segura de que aquel desaire era intencionado. Y descarado de una forma que solo una duquesa excéntrica podía permitirse.

—Ah, ¿sí? No lo sabía. No suelo encargarme de las invitaciones. Y mucho menos de las de ella. —Trent volvió a dar otro sorbo al té.

Adelaide intentó no sonreír. De verdad que lo intentó.

Helena sonrió y volvió a airear el salón con su movimiento de pestañas.

—Estaría encantada de ayudarte a organizar tu agenda social, Adelaide. Nunca antes has tenido que lidiar con estas cosas.

—Sí, lo sé. Son habilidades que una adquiere cuando puede disfrutar de, al menos, una temporada en Londres. —Menos mal que estaba sosteniendo la taza de té, porque su primer instinto fue taparse la boca. ¿De dónde había salido tal impertinencia?

Miró a su marido, esperando ver censura y sorpresa en su rostro; sin embargo, parecía casi orgulloso.

El silencio en el que se sumió el salón era tan denso que uno casi podía nadar en él. Trent era el único al que se le veía cómodo. Se bebió el té y sonrió a las tres como si no tuviera ni idea de todo lo que se había desatado.

—He oído que Montgomery House cuenta con un salón de baile encantador. —Helena recorrió el borde del plato con un dedo—. Y que el suelo de la pista tiene un mosaico con la imagen de un pavo real.

—Ah, ¿sí? —Trent alzó ambas cejas en su dirección—. ¿A que sería

emocionante verlo, querida? Aunque no sé si tendremos la oportunidad de admirarlo como es debido con la cantidad de personas que Miranda ha invitado. Tendremos que pasarnos otro día por allí para contemplarlo tranquilamente.

—Me parece una idea estupenda —murmuró ella, preguntándose cuánto tardarían su madre y su hermana en, o bien pedir que las invitaran, o renunciar a toda esperanza. El comportamiento de su familia la estaba avergonzando y estaba desesperada por cambiar a otro tema en el que no tuvieran que humillarse aún más—. ¿Qué tal está padre?

Su madre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No se le está dando mal. Bernard tiene unos días de vacaciones y tu padre lo ha estado llevando a alguno de sus clubes y sitios similares. Todavía no puede hacerse miembro de ellos, por supuesto, pero es importante que los jóvenes aprendan cuanto antes a desenvolverse en sociedad de forma adecuada. Es lo mismo que tuve que hacer yo con Helena.

A Adelaide empezó a temblarle la taza en la mano hasta tal punto que oyó el repiqueteo de la porcelana. Una parte de ella sabía que, si no la dejaba sobre la mesa, terminaría cayéndosele, pero esa misma parte no parecía controlar sus propios movimientos. Su lengua, por el contrario, funcionaba perfectamente, aunque sin su discreción habitual.

—¿Bernard está en Londres?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Dejarle en Hertfordshire con la niñera?

—Eso es lo que hicisteis conmigo.

Unos dedos suaves le quitaron la taza antes de envolver su mano helada y transmitirle calor.

Su madre parecía aturdida, como si acabara de darse cuenta de su error.

—Tu padre solo tiene que ocuparse de Bernard. Yo no podía enseñaros a Helena y a ti las mismas cosas al mismo tiempo. En ese momento eras demasiado joven. Además, las cosas son distintas con los caballeros.

—Sí, lo son. —Trent le apretó la mano con dulzura antes de ponerse de pie—. Por ejemplo, un caballero tiene el privilegio de poder echar a la gente de su casa cuando molestan a su esposa.

—Milord...

Trent se cruzó de brazos y fulminó a la condesa con la mirada.

Su madre se dirigió entonces a ella.

—Adelaide, yo...

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no tengo intención de pedir a Miranda que os incluya en su lista de invitados. —Adelaide todavía estaba temblando; unos temblores que provenían de algún lugar de las profundidades de su alma y que hacían que la voz se le entrecortara ligeramente. Aunque sus palabras fueron perfectamente entendibles.

Helena se retorció incómoda en su asiento.

—No te puedes ni imaginar lo mal que me sentía cuando nuestra madre insistía en que te dejáramos atrás. Lo intenté, Adelaide. En serio. Puede que, ahora que estamos fuera de su alcance, por fin podamos ser hermanas.

Adelaide frunció el ceño, aunque siguió centrada en su madre.

—Ni tampoco pediré a Trent que recomiende al marido de Helena. No tiene por qué hacerlo.

Su madre la miró como si la cabeza fuera a explotarle de un momento a otro. Se alegró de que todavía no hubiera llegado nadie a arreglar las paredes.

Se levantó y rodeó a Trent con un brazo, aferrándose a él para mantenerse en pie.

—Ha sido una visita encantadora. Pero estoy segura de que entendéis que tengo que prepararme para un compromiso al que no puedo faltar. Fenton os acompañará hasta la puerta.

Trent la miró sonriendo. Una sonrisa en toda regla, con hoyuelos, dientes blancos y un brillo de diversión en los ojos.

—Cierto, querida. Creo que hoy tenemos una cena con el duque de Spindlewood.

A continuación, ambos abandonaron el salón. Pero nada más salir por la puerta, Trent la hizo a un lado e inclinó la cabeza para escuchar. Unos susurros airados llegaron a sus oídos, demasiado confusos como para entenderlos, pero lo suficientemente claros como para saber que estaban discutiendo.

Trent le dio una palmadita en la mano y la acompañó hasta las escaleras.

Todavía miraba la puerta del salón cuando empezaron a subir por ellas.

—¿No te preocupa que puedan romper algo? Parecen furiosas.

—¿No íbamos a empezar a arreglar el salón mañana? —Trent miró hacia la puerta y luego echó un vistazo alrededor del vestíbulo—. ¡Fenton!

—¿Sí, milord?

—Cuando nuestras invitadas decidan irse, asegúrate de que vayan directamente hasta la puerta sin pararse en ningún otro sitio. Que Oswyn te ayude si es necesario.

—Por supuesto, señor. —El mayordomo calvo hizo una reverencia antes de tirar de la cuerda de la campanilla para llamar a Oswyn. Después, se quedó parado en el vestíbulo cual centinela.

Trent se volvió hacia ella y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Satisfecha?

Todavía le quedaban rastros de sudor seco en las sienes, prueba de que ella le importaba más de lo que nunca había expresado con palabras.

—Sí, creo que sí.

—Bien. —Continuaron subiendo las escaleras hacia el salón que compartían sus dormitorios. Antes de separarse para arreglarse para la noche, él la tomó de las manos—. A veces puedes honrar a tu madre simplemente con no decirle al mundo lo desalmada que puede llegar a ser.

Adelaide se detuvo a pensar en lo destrozada que se quedaba cada vez que se encontraba con su madre y lo mucho que tardaba luego en recomponerse. Cuando vivía con ella, nunca se había dado cuenta, pero ahora que estaban separadas era más que obvio.

—Creo que tienes razón. ¿De verdad vamos a cenar con Spindlewood esta noche?

Trent entrecerró los ojos e inclinó la cabeza.

—Bueno, he oído que esta noche iba a cenar en los jardines de Vauxhall y hemos quedado allí con Georgina y Colin, así que, en términos generales, sí, vamos a cenar con él.

La alegría burbujeó en su interior y estalló en forma de risa.

—Oh, Trent Hawthorne, te quiero.

Él la miró como si acabara de golpearlo con la pantalla protectora de la

chimenea. Adelaide no quería quedarse esperando a que le soltara cualquier tópico cortés, así que se apresuró a añadir:

—¿Has dicho en los jardines de Vauxhall? Será mejor que vaya al dormitorio a ver la ropa que me ha preparado Rebecca.

Después, corrió hasta su alcoba, con el corazón latiéndole a toda prisa.

Capítulo 37



El sueño era una bendita forma de evadirse, donde las preguntas y la confusión desaparecían, otorgándote una paz momentánea, aunque no estuvieras despierto para disfrutarla. Pero era una vía de escape que Trent no tuvo esa noche. Se quedó sentado en su silla, mirando la luz de la vela parpadear en los rincones de la habitación. Las sombras danzaban sobre la figura que estaba acurrucada en su cama. No sabía qué hacer, pero era consciente de que tenía que hacer algo. No podían evitar aquello eternamente. Solo tenía que encontrar el coraje suficiente para preguntarle por lo que le había dicho, del mismo modo que ella tuvo el valor necesario para preguntarle por las piñas.

No sabía cuánto tiempo se había quedado parado en el salón después de que ella se fuera. Finch lo había encontrado allí, mirando la puerta de madera como si esta le fuera a responder las grandes cuestiones de la vida. Ni siquiera Adelaide podría responderle. Tampoco es que fuera a preguntárselas. ¿Cómo podía formular las preguntas que se habían arremolinado en su mente sin hacerle daño por su falta de habilidad para devolverle las mismas palabras?

De todos modos, ¿qué significaban las palabras «te quiero»?

Estaba claro que ambos habían superado los problemas físicos de su relación matrimonial, pero aquello solo era una pequeña parte del amor a su esposa que Dios le había ordenado profesar. Cuidarla, poner las necesidades de ella por encima de las propias. Estaba intentado hacer todo eso,

comprometiéndose con el bienestar del Adelaide.

¿Eso significaba que la amaba?

Se hizo con la Biblia que descansaba sobre el tambor que hacía las veces de mesita al lado de la vieja poltrona de su padre y pasó las páginas hasta llegar a los versículos de los Corintios que Anthony había mencionado hacía unas semanas. Le pareció que había pasado toda una vida desde entonces; se sentía mayor y más sabio, pero también más aturdido que nunca.

Cuando los había leído antes, le habían parecido una aglomeración condenatoria de cualidades que no tenía. Tampoco decían nada sobre los maridos y las mujeres, así que decidió no hacer caso de ellos. Ahora, sin embargo, los veía como una lista, un mapa de lo que necesitaba para amar una persona.

«El amor es paciente».

«Es bondadoso».

«No es envidioso».

«No se jacta».

Trent no era perfecto (ningún hombre lo era), pero podía ver todas esas cosas cuando pensaba en su vida con Adelaide. Nunca se le había pasado por la imaginación que ella se sintiera halagada por las atenciones de Givendale o las alentara de ninguna forma. ¿Qué era eso si no bondad y falta de envidia? Por no mencionar la confianza.

«No se comporta con rudeza».

Bueno, él había pegado a un hombre en medio de un baile, pero no creía que Dios se refiriera a eso.

«Se regocija en la verdad».

¿Como en las conversaciones sobre los planes de cultivo de piña o madres que interfieren?

«Todo lo perdona».

«Todo lo cree».

«Todo lo espera».

«Todo lo soporta».

Eso era pedirle mucho a alguien. La vela envió destellos de luz a la página, resaltando la verdad de Dios. Si aquello era amor, eso era precisamente lo que tenía que hacer. Porque Dios le había ordenado amar a su esposa como Cristo había amado a la Iglesia. Lo que significaba que tenía que amarla por encima de sí mismo, en cuerpo y alma, hasta la muerte. «Perdonar». «Creer». «Esperar». «Soportar». ¿Cómo se trasladaba eso a un matrimonio?

Trent consideraba que los problemas de Adelaide eran también los suyos propios. Hasta el punto de que le había ordenado a Fenton que le avisara si alguna vez *lady* Crampton iba a verla. Luego fue corriendo todo el trayecto desde casa de Anthony hasta la suya. Un trayecto breve, sí, pero corrió de todos modos.

Confiaba en que Adelaide superaría la educación que había recibido. Que los destellos de fuerza que había visto en ella aumentarían si los afianzaba de manera adecuada.

Pero por encima de todo, sabía que ella era la única mujer para él. No por ninguna idea poética sino porque Dios se la había dado y confiaba en el juicio del Señor.

Ahora bien, ¿significaba todo eso que había aprendido a amar a su esposa? Si algo dejaba claro el pasaje que tenía frente a sus ojos era que el amor era bastante más que la emoción que impulsaba a los hombres a escribir poemas y a acudir a eventos sociales que hubieran preferido evitar. De hecho, ningún lugar de ese extracto decía nada sobre saber lo que la otra persona estaba pensando o sentirte como si no pudieras vivir sin ella. El amor parecía consistir más en lo que hacías y dabas a la otra persona que en lo que ellos te ofrecían.

Volvió a colocar la Biblia sobre el tambor del ejército y apagó la vela antes de atravesar la habitación. Puede que escandalizara a Finch, pero esa noche iba a dormir con su esposa. Y al día siguiente iba a empezar a hacer un examen de su vida, para eliminar cualquier elemento que le impidiera cumplir con el trabajo más sagrado de todos: amar a su mujer.



Adelaide estaba en el pasillo, frente a la puerta del salón de arriba, intentando decidir si de verdad quería entrar o no. Trent le había pedido que tomaran el té juntos esa tarde; una oferta que había aceptado de inmediato, pero ahora se preguntaba si no hubiera sido mejor limitar sus interacciones hasta que ambos hubieran tenido la oportunidad de superar su espontánea declaración de la noche anterior.

El desayuno había sido más tenso de lo que fue el que tuvieron la primera mañana después de la boda. Cada vez que lo veía tomar una bocanada de aire esperaba que fuera a decir algo sobre sus palabras. Que le preguntara por ellas o le dijera algún tópico al respecto.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Solo actuó tal y como lo había estado haciendo durante los últimos días. Le preguntó por sus planes, compartió varias historias divertidas del club del día anterior. Y la invitó a tomar el té con él.

Después de haber aceptado, cada uno se había marchado a encargarse de sus asuntos, pero ahora que había llegado el momento, deseó haber podido encontrar alguna excusa.

—Le ruego me disculpe, *milady*. —Fenton apareció detrás de ella con la bandeja de té en la mano, obligándola involuntariamente a entrar en el salón.

Fenton dejó la bandeja sobre la mesa y luego dirigió una mirada significativa en dirección a Trent. Él asintió y el mayordomo abandonó la estancia en silencio.

¿De qué iba todo aquello?

—¿Haces los honores de servirlo? —preguntó su marido.

—Por supuesto. —Adelaide se sentó, intentando recordar cómo le gustaba a él el té.

—Crema y cinco terrones de azúcar.

—Ah, sí. —Adelaide vertió un poco de crema en la taza y echó los terrones indicados antes de hacer lo mismo con la suya. A continuación, se la llevó a los labios y dio un sorbo. En cuanto el líquido entró en contacto con su lengua, le repelió el sabor, pero no hizo caso, como siempre.

—¿Cómo te gusta tomar el té, Adelaide?

Ella parpadeó.

—Igual que a ti.

—Mmm. ¿E igual que a Miranda? ¿O como a tu madre?

Abrió la boca para responder, pero la cerró enseguida. Con una calma que realmente no sentía, dejó la taza sobre la mesa.

Trent hizo lo mismo antes de inclinarse para mirarla a la cara.

—¿Cómo te gusta tomar el té? —insistió él.

—No me gusta.

Él se echó hacia atrás con cara de estupefacción.

—¿Perdona?

Adelaide tragó saliva y se frotó las piernas con las manos.

—No me gusta el té.

Fenton volvió a entrar con otra bandeja llena de tazas. La depositó en la mesa y se marchó.

—¿No te gusta el té de ningún modo?

Ella se encogió de hombros.

—No, no me gusta. Suelo tomarlo igual que la persona que tenga enfrente. Todavía no he encontrado una combinación que me llame la atención.

Trent tomó una taza de la bandeja.

—Pues vamos a descubrir cuál es, ¿te parece?

Una hora y dos teteras más después, Adelaide se recostó en su asiento y cruzó las manos sobre su regazo.

—Creo que ya podemos hacerlo oficial. No me gusta el té. Aunque me resulta más agradable con un montón de leche y un poco de azúcar.

Trent también se recostó en su asiento, disfrutando de su taza de té.

—Tendremos que mantenerlo en secreto. Podrían expulsarte de Inglaterra si se hace público. Entonces, ¿qué es lo que te gusta?

—El café. La señora Harris prepara un café maravilloso. Siempre me tomo dos o tres tazas en el desayuno.

Trent se mostró sorprendido.

—¿Lo que tomas es café? Pensaba que se trataba de chocolate. Mi hermana siempre dice que es incapaz de empezar el día sin una taza de chocolate caliente.

Adelaide negó con la cabeza.

—El chocolate está bien, pero el café es lo mejor del mundo.

Trent se acomodó en la silla y cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Cuéntame algo más de ti que nadie sepa.

Adelaide miró las tazas dispersas y los restos de posos que habían dejado al intentar descubrir cómo le gustaba el té. Entonces se dio cuenta. No necesitaba que él se lo dijera con palabras. Aquello era prueba suficiente para cualquier mujer.

Se puso cómoda, imitando la postura de Trent.

—Me he estado metiendo un trozo de lino en las zapatillas de baile por si vuelvo a tener de pareja a tu tío Charles. No hace más que pisarme los dedos de los pies.

Trent soltó una sonora carcajada y bebió otro sorbo de té.

Ninguno de los dos abandonó la estancia durante la siguiente hora.



Trent se paseó por el estudio, preguntándose por qué diantres había pensado que sería una buena idea. En realidad, era una idea terrible, iba a meter la pata hasta el fondo y luego se pasaría el resto de su vida compensando a Adelaide.

—Su hermano ha llegado, milord.

Miró a Fenton y asintió con la cabeza.

—Gracias.

Había llegado la hora de bajar. De hecho, ya debería estar abajo. Era la primera vez que Adelaide ejercía de anfitriona y él tenía que estar allí para apoyarla. En cambio, estaba allí arriba, nervioso como una muchacha antes de su primer baile. ¿Por qué se había hecho eso a sí mismo? Hacía dos semanas que Adelaide le había dicho que le quería. Se lo había vuelto a repetir cuatro días antes, mientras se quedaba dormida. Y él sabía que era verdad, porque lo veía todos los días, cada vez que lo miraba y por la forma en que le hablaba.

Tras hacer un examen a conciencia de sí mismo durante una semana había llegado a una conclusión. En algún momento de todo ese periplo había aprendido a amar a su esposa. Y también se había convencido de que ella

creía en él de verdad. Hacía dos días que había enviado al señor Lowick los bocetos para el cultivo de piñas. Había pensado en contárselo a Adelaide la noche anterior, pero entonces tuvo esa idea. En su momento le pareció brillante. Ahora pensaba que era una locura.

Bajó corriendo las escaleras y entró en el salón recién decorado. Adelaide había hecho mucho hincapié en que estuviera listo para aquella cena y se había recorrido todo Londres en busca de los muebles adecuados. Había hecho un trabajo excelente. El sofá tapizado en rojo y dorado le recordaba un poco a la poltrona de su padre que tenía en el dormitorio, con sus intrincadas curvas en la parte superior del respaldo. También tenía esas patas curvas tan de moda, pero llevaba ocho de ellas y estaban unidas con un armazón de láminas de madera debajo que le daban un aspecto robusto, por lo que no le daba miedo sentarse en él.

Griffith, que estaba observando la habitación, mientras daba unas ligeras patadas a las patas del sofá, le dijo:

—Tienes que decirme donde encontró esto. Quiero uno igual para el salón blanco.

Trent fue hacia la nueva vitrina de nogal y sirvió a su hermano un vaso de agua de la jarra que la señora Harris había preparado. Luego se puso un jerez antes de llevarle el agua a Griffith.

—¿También lo quieres en blanco?

—En absoluto. Creo que me decantaré por un terciopelo azul pavo real.

Trent casi se atragantó con el jerez mientras Griffith se bebía el agua con total tranquilidad.

El resto de la familia llegó y Adelaide se apresuró a recibirles con una mezcla de nervios y expectación. Después, se aseguró de que todos tuvieran una bebida en la mano y salió corriendo del salón cada diez minutos para ver a la señora Harris y comprobar cómo iba la cena.

Fue un auténtico alivio cuando Fenton por fin les invitó a entrar en el comedor.

Como sucedía siempre que su familia se juntaba, todos se quedaron quietos un instante, mirando a su alrededor y haciendo cálculos mentales sobre quién de ellos debía entrar primero. Dos duques, un marqués y un

conde tendían a lograr ese efecto en cualquier acto social.

—¿No podéis sencillamente ir al comedor? —masculló él—. Y sentaos dónde queráis. Somos familia.

Adelaide soltó un jadeo a su lado y palideció un poco.

—Pero he puesto tarjetas de comensal —susurró—. Llevo días estudiando cómo deben sentarse.

—¡Esperad! —Trent suspiró e hizo un gesto al grupo para que volvieran al salón—. Madre, ¿me haces al favor?

En un abrir y cerrar de ojos, su madre los colocó a todos en el orden correcto para el breve paseo hasta el comedor. Cuando entró y vio las tarjetas de comensal, miró a su nuera con una sonrisa deslumbrante.

Por su parte, le resultó un poco raro ocupar la cabecera de la mesa cuando todos los hombres presentes, excepto uno, le superaban en rango. Pero le hizo muy feliz ver a Adelaide exultante cuando todos empezaron a comer. Sobre todo, porque ella había intervenido en la elaboración de varios de los platos que había sobre la mesa, incluido el beicon que tenía delante de él.

Antes de llegar a los postres, Trent se puso de pie.

—Ahora me gustaría que me prestarais un poco de atención. Como todos sabéis, este año no comenzó como esperaba. No tenía pensado casarme y menos hacerlo tan rápido. Sin embargo, nuestro Señor sabe mucho más que nosotros, aunque a veces nos creamos lo contrario. Y en su infinita sabiduría, me dio una esposa que encaja conmigo mejor que cualquier otra persona.

Rodeó la mesa y se arrodilló al lado de la silla de Adelaide. Le pareció oír a Georgina suspirar, pero no miró en su dirección. Solo tenía ojos para su esposa, cautivado por esa mirada azul que hacía que su rostro resplandeciera, aunque en ese momento estuviera un poco pálida.

—Adelaide, te gusta leer sobre algunas de las cosas más extrañas que he oído en mi vida, tu gusto por la comida es un poco cuestionable y no consigues mantener un aspecto impecable más de media hora seguida.

Griffith tosió.

—Ejem, hermano, sé que soy el único soltero de la estancia, pero no creo que ese sea el tipo de cumplidos que a una mujer le guste que le digas enfrente de otras personas.

Trent no le hizo caso. Esperaba conocer a Adelaide y que esa declaración pública haría que confiara en el amor que sentía por ella. «Dios mío, por favor, que no me equivoque».

—Pero, Adelaide, todo eso solo te hace ser tú misma. Y no cambiaría ni una sola cosa de ti. Si tuviera que repetir lo que nos ha traído hasta aquí, volvería hacerlo encantado. Me caería por ese suelo en ruinas y me sentaría allí contigo toda la noche. Y te pediría que te casaras conmigo una vez más, pero no porque no me quedara otra opción.

Tragó saliva, esperando que la garganta no lo traicionara y pudiera pronunciar la siguiente parte.

—Adelaide, sé que esto no es lo más convencional, pero hace tiempo que mandamos los convencionalismos al garete. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para pedirte que te casaras conmigo de nuevo. Porque te quiero. Y porque estoy deseando cultivar piñas contigo.

Más de uno de los presentes sorbió por la nariz mientras se dejaba llevar por lo sentimental del momento. Pero también oyó algunos murmullos sobre las piñas, dándole a entender que se habían quedado un poco confundidos. Pero no lo hubiera hecho de otra forma.

Adelaide lo miró sin un atisbo de confusión en los ojos y dejó que las lágrimas le cayeran por las mejillas hasta perderse en su radiante sonrisa.

—Yo también te quiero —susurró—. Y me encantaría volver a casarme contigo y cultivar muchas piñas.

Epílogo



Suffolk, Inglaterra — 1816

P—odías haberme avisado de que iban a tardar dos años en crecer —se quejó Adelaide, mientras entraba al invernadero de su marido especialmente construido para tal efecto. A su alrededor había capas de estantes cuidadosamente elaborados y llenos de tierra con todo lo necesario para que cultivar la fruta tropical. En el otro extremo, donde hacía dos años habían plantado los primeros ejemplares, se podía ver unos adorables bultos marrones y verdes cubiertos de pinchos.

Adelaide fue hacia ellos y los tocó, aunque necesitó extender por completo el brazo ya que su vientre no le permitía acercarse demasiado.

—Son bastante feas, ¿verdad?

Trent se rio (al fin y al cabo, esa había sido la intención de Adelaide al pronunciar esas palabras). Su marido llevaba meses emocionado, pues no sabían con certeza qué vendría primero: si la cosecha de su primera piña o el nacimiento de su primer hijo. A ella le alegró que fuera primero la piña, así podía presenciarlo. No le habría hecho ninguna gracia tener que estar confinada en su habitación, recuperándose del parto, cuando él extrajera la primera planta.

—¿Vamos allá? —Trent sostenía un cuchillo enorme de aspecto siniestro en una mano con un brillo de anticipación en el rostro. Seguro que después le dolerían las mejillas de la sonrisa tan amplia que esbozaba ahora, pero sin

duda merecería la pena.

—Sí, por favor. —Por mucho que quisiera estar allí en ese momento, también estaba deseando sentarse. Nunca le había dolido tanto la espalda y tenía los pies tan hinchados que llevaba las zapatillas de baile, pero sin el acolchado especial.

Trent cortó la primera piña y la llevó a la mesa de trabajo que había al final del invernadero. Habían traído consigo una fuente grande con ellos para no tener que esperar para probarla.

Su marido cortó un pedazo y le pasó un trozo de la fruta amarilla. Ella la tomó entre sus dedos y esperó a que él también tuviera su trozo. Años de trabajo resumidos en ese único momento. Poco después de haber puesto en marcha sus planes de cultivo, Trent se ofreció a comprarle una piña para que la probara, pero ella le dijo que esperaría y que las primeras piñas que saboreara serían las suyas. En ese momento no tenía ni idea de lo mucho que tardaban en crecer. Ahora solo esperaba que le gustara y que no se pusiera a vomitar al primer mordisco.

—¿Vamos allá?

Trent golpeó su trozo de piña con el de ella a modo de brindis y ambos les dieron un gran mordisco.

Adelaide no sabía qué esperar exactamente, pero desde luego no era eso. El sabor ácido y dulce le inundó la lengua y después se esparció por toda garganta.

—Esta riquísima. —Soltó un gemido de placer antes de meterse el resto del trozo en la boca.

Trent se rio y cortó el resto de la pieza para compartirla con el personal que se había congregado para la ocasión. Más de uno era la primera vez que probaba esa fruta exótica y fue muy divertido ver las caras que todos pusieron.

Pero enseguida necesitó de verdad un lugar donde sentarse.

Y tal vez una comadrona.

—Trent.

—¿Sí, mi amor?

—Creo que necesito volver a casa. Y te lo digo por última vez. ¡No, no

vamos a poner de nombre a nuestro bebé Piña!

Agradecimientos



Querido lector, no te imaginas el pequeño, pero apasionado ejército de personas que se necesitan para poner este libro en tus manos. Desde luego, nada de esto habría podido pasar sin la bendición del Señor ni la ayuda de mi marido y mis hijos. Tal vez mis agradecimientos hacia ellos suenen repetitivos, pero se quedan cortos para el reconocimiento que se merece mi familia. En serio. Podría dedicar la sección entera a ese pequeño batallón de personas, pero entonces no lo leeríais y el resto de gente importante no recibiría su merecido agradecimiento.

Otra constante en mis novelas son mis increíbles lectores beta, que se han ganado a pulso su inclusión en este libro. Vuestros comentarios sinceros han sido decisivos en esta historia, aunque me quejara de ellos. Vuestra disposición a leer el segundo borrador después del desastre que fue el primero continúa halagándome y asombrándome.

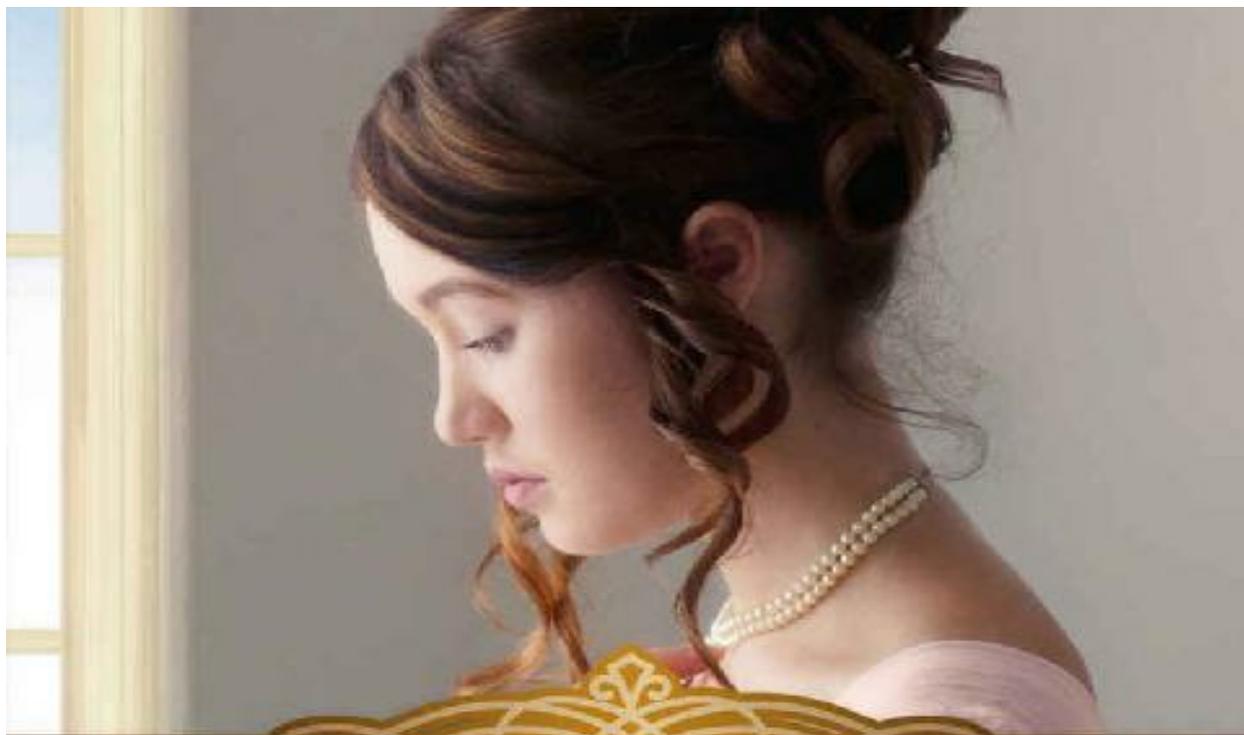
A mi tía Delana, que comparte mi obsesión por los chocolates Rolo. Gracias por proporcionarme los paquetes suficientes durante la edición.

Para el club de fans de Trent, espero que la historia cumpla vuestras expectativas. De no ser así, bueno, de entrada, ya eran un poco intimidantes. Os adoro a todos y sois la razón por la que me levanto todos los días y me pongo a escribir. También sois los culpables de que no me vaya a la cama para cumplir mis plazos de entrega.

También quiero dedicar unas líneas al maravilloso talento artístico del departamento de diseño de Bethany House. Muchísimas gracias por haber

dado vida a Adelaide y a Trent de una forma que nunca creí posible, incluido el flequillo pasado de moda de Adelaide. Estoy convencida de que en realidad sois magos. Un abrazo enorme al resto del equipo de Bethany House, por creer en mí y en este libro y recorrer este camino conmigo.

Por último, me gustaría dar las gracias a HP por hacer un portátil lo suficientemente robusto para soportar todo el uso que le he dado. He escrito este libro en al menos quince lugares diferentes y no lo habría podido terminar sin la posibilidad de escribir en cualquier sitio con un portátil que ha resistido una clase de baile, filas de automóviles parados y los pisotones de una niña de cinco años.



Querida Amelia
KRISTI ANN HUNTER



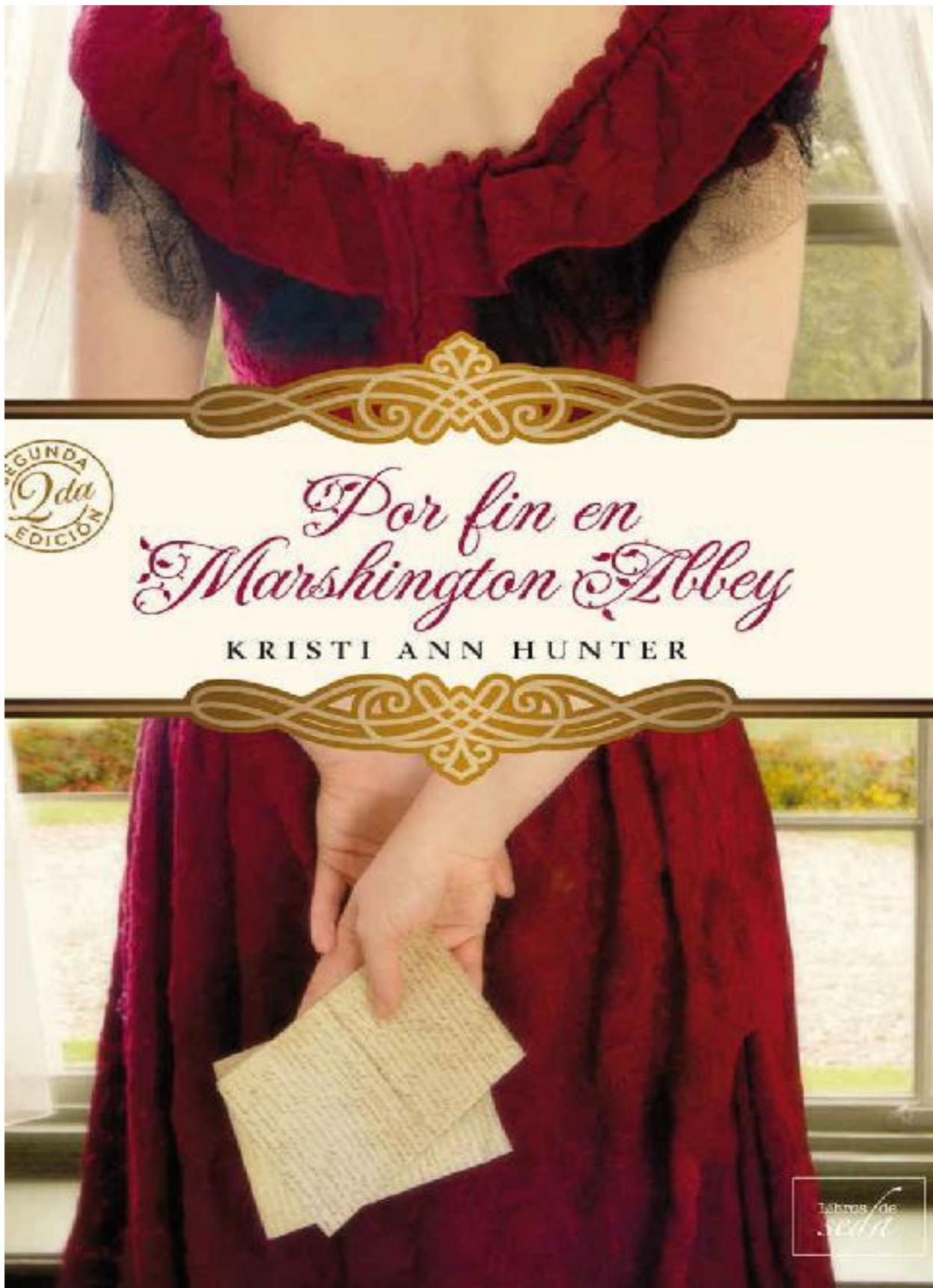
LITROS DE
seda

Querida Amelia

KRISTI ANN HUNTER

La señorita Amelia Stalwood es una mujer noble y vive también en una casa noble en Londres, el hogar de un pariente siempre ausente. Aislada de la vida social, sus mejores amigos no son nobles, sino criados. Y así sigue siendo hasta que le presentan un poco por casualidad a la familia Hawthorne y a un amigo de esta, Anthony, marqués de Raeburn. Los Hawthorne le abren las puertas de la alta sociedad y, justo cuando empieza a sentirse bien entre ellos y cuando cree que despierta cierto interés en Anthony, su situación cambia de manera inesperada para peor. A ello hay que añadir unos rumores muy feos que no sirven si no para empeorar las cosas.

Ahora que acababa de entrar en un mundo nuevo para ella, ¿conseguirá Amelia mantenerse en él y salvar su reputación? ¿La ayudarán sus nuevos amigos? ¿Qué pasará con Anthony?



SEGUNDA
2da
EDICIÓN

*Por fin en
Marshington Abbey*

KRISTI ANN HUNTER

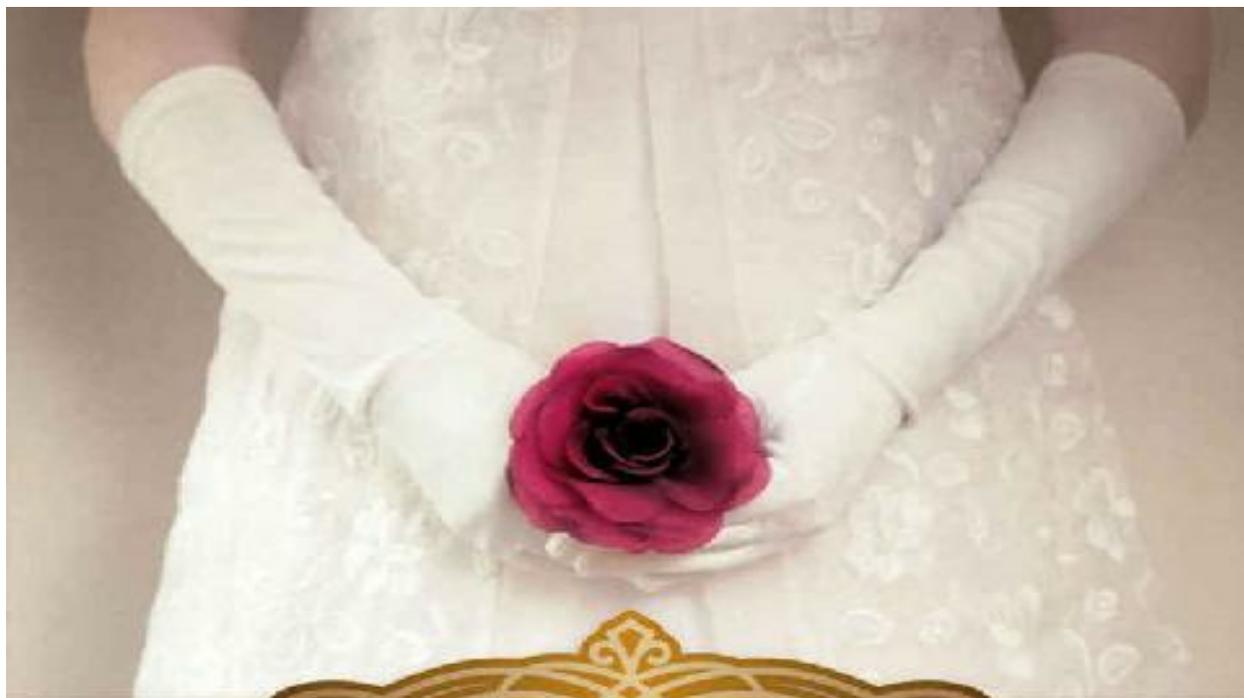
Palabras de
Seda

Por fin en Marshington Abbey

KRISTI ANN HUNTER

Lady Miranda Hawthorne es una dama en todo lo que hace, aunque preferiría no tener que estar siempre pendiente de los convencionalismos. Se desahoga desde niña vertiendo sus sentimientos más profundos en una serie de cartas dirigidas a un viejo amigo de su hermano, el duque de Marshington, aunque nunca ha pensado enviarlas, ya que ni siquiera lo conoce personalmente.

Cuando Marlow —el extraño y nuevo ayuda de cámara de su hermano— descubre por casualidad una de las cartas y la envía a su destinatario, Miranda se siente morir. Y lo último que espera es que el duque conteste a su misiva con otra en la que inicia un cortejo por correspondencia, lo que la lleva a descubrir que siente algo por dos hombres: uno al que nunca ha visto pero cuyas palabras resuenan profundamente en su corazón y otro, Marlow, cuyo comportamiento se hace cada vez más y más sospechoso y parece estar involucrado en una trama de espionaje. ¿Acertará Miranda en su elección?



*La dama
de Hawthorne*
KRISTI ANN HUNTER



SEDA ROMÁNTICA

Libros de
seña

La dama de Hawthorne

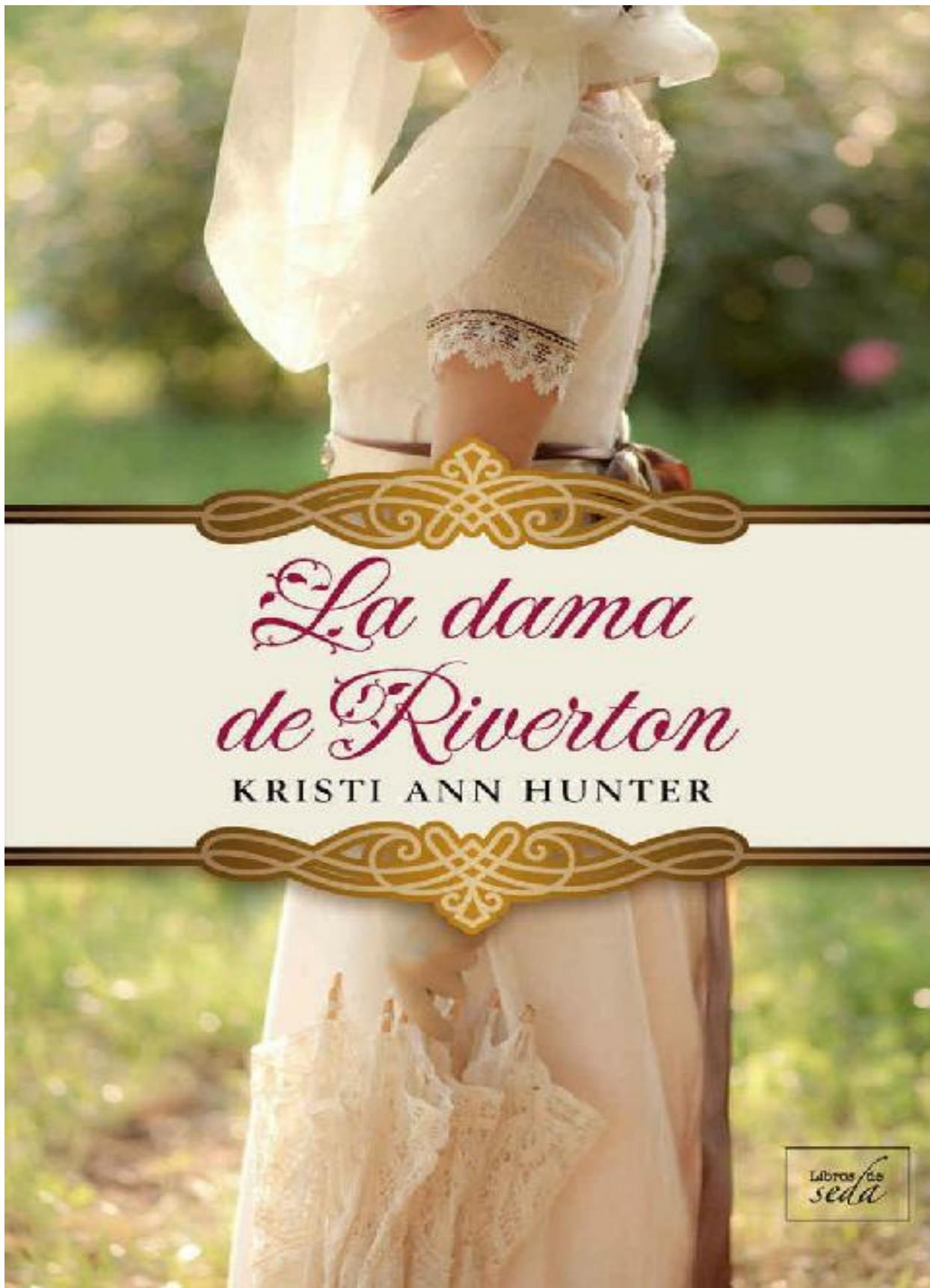
KRISTI ANN HUNTER

Lady Georgina Hawthorne se ha esforzado mucho para ser la más admirada en la temporada social tras su debut. En el primer baile al que asiste en Londres, espera despertar el interés de algún noble.

Colin McCrae tiene dinero y buenos contactos en el mundo de los negocios, pero ningún título. Lo invitan a todas las fiestas, pero de hecho nadie le acepta en sociedad. La primera vez que ve a la bella *lady* Georgina, le irrita sentirse atraído por una mujer a la que solo le importan el estatus y las apariencias.

Lo que Colin no sabe es que las desesperadas aspiraciones sociales de Georgina se deben al vergonzoso secreto que guarda.

En los planes de Georgina no está casarse con Colin y, sin embargo, como sus caminos no dejan de cruzarse... ¿Qué hará? ¿Apostará por el amor o se sacrificará por sus sueños de riqueza y posición? ¿Y él?



*La dama
de Riverton*

KRISTI ANN HUNTER

Libros de
seda

La dama de Riverton

KRISTI ANN HUNTER

A Griffith, duque de Riverton, le gustan el orden, la lógica y el control; por eso aplica los mismos principios a su vida y a la búsqueda de una esposa. Está seguro de que la señorita Frederica St. Claire sería la candidata ideal. Sin embargo, mientras ella parece no hacerle mucho caso, lo cierto es que su bellísima prima, la señorita Isabella Breckenridge, le atrae cada vez más.

Teóricamente, Isabella tendría que estar disfrutando de la temporada y de su presentación en sociedad. Sin embargo, su familia atraviesa por dificultades, y su tío solo les ayudará si ella, a su vez, utiliza su belleza para favorecerlo en sus objetivos políticos. Cuanto más conoce a Griffith, más incómoda se siente con semejante acuerdo y más desea librarse de él.

¿Serán capaces, él de librarse de su orgullo y ella de sus miedos para llegar a estar juntos?